

**Los 40
son los
nuevos 30**

AMANDA PETERS



Table of Contents

Cubierta

LOS 40 SON LOS NUEVOS 30

Los 40 son los nuevos 30

Capítulo 1

El diablo está en los detalles

Capítulo 2

El amargo sabor de la venganza

Capítulo 3

Cuando se cierra una puerta

Capítulo 4

Comenzar de cero

Capítulo 5

La convivencia

Capítulo 6

El sexo como modo de expresión

Capítulo 7

Navidades en familia

Capítulo 8

¡Cómo está el mercado!

Capítulo 9

Yo sólo quiero un piso decente

Capítulo 10

El abominable hombre del ático

Capítulo 11

El saludo al sol no es lo que parece

Capítulo 12

La noche más oscura

Capítulo 13

Siete minutos dan para mucho

Capítulo 14

Mi reino por un Lexatin

Capítulo 15

La hora de la verdad

Capítulo 16

[La tecnología tiene sus peros](#)

[Capítulo 17](#)

[Merienda con amigas](#)

[Capítulo 18](#)

[Las despedidas no son lo mío](#)

[Capítulo 19](#)

[El cartero siempre llama dos veces](#)

[Capítulo 20](#)

[El comienzo de una nueva era](#)

[Otras obras de Amanda Peters](#)

[Los pecados de Eva \(Volumen 1\)](#)

[Comienza a leer esta historia en las siguientes páginas...](#)

[Capítulo 1](#)

[El encuentro](#)

[Capítulo 2](#)

[La confirmación](#)

[Capítulo 3](#)

[Un día en la redacción](#)

[Capítulo 4](#)

[Confesiones de sobremesa](#)

[Capítulo 5](#)

[Fin de semana festivo](#)

[Capítulo 6](#)

[Noche de San Juan](#)

[Capítulo 7](#)

[El comienzo de algo excitante](#)

[Capítulo 8](#)

[Una sorpresa inesperada](#)

[Capítulo 9](#)

[Bienvenida al vecindario](#)

[Capítulo 10](#)

[Fiesta exclusiva para chicas](#)

[Avance](#)

[Los pecados de Eva \(Volumen 2\)](#)

[¡¡Ya a la venta en Amazon!!](#)

LOS 40 SON LOS NUEVOS 30

Lucía Iriarte está a punto de vivir un día que recordará para siempre. Esa mañana recibirá tres noticias diferentes que trastocarán todo su mundo y se sumirá en un pequeño caos personal del que no sabrá salir sin ayuda de sus amigas.

Con 39 años recién cumplidos, Lucía tendrá que reinventarse de nuevo y comenzar de cero. Retomará viejas amistades y conocerá otras nuevas mientras se enfrenta a un triple reto mayúsculo en el Madrid actual: encontrar un piso decente, un trabajo que le apasione y alguien que le haga olvidar sus penas.

Tantos cambios le traerán muchos quebraderos de cabeza a Lucía, una mujer educada a la vieja usanza que tendrá que aprender sobre la marcha para afrontar tamaño desafío. Contará con la inestimable ayuda de sus amigas Patricia y Sonsoles, pero ella no lo verá nada claro. Y menos al encontrarse con ciertas situaciones, algunas bastante surrealistas, que no le ayudarán precisamente a cumplir sus planes.

Los 40 son los nuevos 30 es una novela muy actual, una historia fresca (y un poco gamberra) en la que acompañaremos a Lucía mientras intenta encontrar su lugar en el mundo. Amistad, mucho humor, romance y un poco de sexo son los ingredientes de una obra que nos habla de segundas oportunidades.

Los 40 son los nuevos 30

AMANDA PETERS

LOS 40 SON LOS NUEVOS 30

© Amanda Peters, 2018

1ª Edición digital

[Página en Facebook de Amanda Peters](#)

Reservados todos los derechos de la obra, debidamente registrada. Su plagio, total o parcial, sin citar a su autor constituye un delito. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Capítulo 1

El diablo está en los detalles

Dicen que las desgracias nunca vienen solas, pero ese día el amigo Murphy hizo horas extras en mi honor. Nada hacía presagiar en aquella mañana gris de principios de octubre que mi vida fuera a dar un cambio tan radical, aunque la verdad es que no estuve demasiado atenta a las señales. Y eso que mi estómago ya hacía de las suyas desde primera hora, algo habitual cuando me encontraba estresada.

El despertador sonó a las seis y media de la mañana, como todos los días. Fiel a la costumbre, me levanté dejando a mi marido en la cama —él entraba más tarde a trabajar y aprovechaba al máximo esos minutos extra entre las sábanas—, y me dirigí a la ducha. Tras unos minutos bajo el chorro de agua hirviendo, me dispuse a desayunar sin que ninguna alarma sonara todavía en mi cabeza.

Un rato después regresé al dormitorio y me encontré con la cama totalmente destrozada. Andrés, mi marido, daba vueltas y rezongaba por lo bajini de un modo poco habitual. Me acerqué hasta él y le toqué en el hombro:

—Cariño, ¿estás bien?

—No, ummm... La verdad es que no me encuentro nada bien —respondió él con la ronquera típica del recién despertado.

Encendí la lamparita de la mesilla y le observé mejor. El lacio cabello de Andrés se encontraba muy sudado, pegado en mechones irregulares que le caían sobre la frente. Los ojos inyectados en sangre y el mal aspecto en general de su rostro no me tranquilizó lo más mínimo. Andrés era propenso a los gripazos de campeonato, con episodios febriles cercanos a los 40° centígrados, por lo que pensé que podía estar sucediéndole otra vez.

—¿Qué te ocurre? —pregunté alarmada—. ¿Tienes escalofríos y malestar general?

Él asintió mientras me miraba con ojitos de cordero degollado e intentaba encontrar las palabras. Yo le toqué la frente y se la encontré caliente, aunque no parecía tener un ataque de los suyos de fiebre alta. Aún

así me aseguré poniéndole el termómetro, pero enseguida me bajaron las pulsaciones al comprobar la lectura del mercurio.

—Tienes sólo unas décimas, no te preocupes —aseguré al momento—. ¿Bebiste ayer algo frío? Ya sabes que esos cambios de temperatura no te sientan nada bien.

—No, esto..., no lo recuerdo —replicó algo azorado. Andrés se comportaba a veces como un niño pequeño cuando le pillaban en falta, así que supe que me estaba mintiendo. Seguro que se habría tomado algo con hielo o había salido sin abrigar a la calle cuando arreciaba el frío o la lluvia. O también podía ser debido a esa manía suya de poner la calefacción del coche a tope mientras conduce, algo que no le sienta bien a sus vías aéreas al enfrentarse después a bruscos cambios de temperatura—. Me duele mucho la garganta, no puedo tragar.

—Lo siento, cari, hoy no me puedo entretener —dije al ver que no era tan grave. No podía perder el tiempo con tonterías, aunque si hubiera sido algo preocupante mis prioridades hubieran cambiado—. Tengo que pasar por el ambulatorio a por el resultado de las pruebas y después tenemos una reunión de personal en la oficina. Miedo me da, si hacemos caso a los rumores nos van a bajar el sueldo de nuevo.

—En serio, no te preocupes. Me duele un poco la cabeza y siento una lija en la garganta, pero no es de mis peores días. Tú vete tranquila y yo me quedo hoy en casa, por lo menos por la mañana. Si después me encuentro mejor ya iré a la oficina por la tarde.

—De acuerdo, pero avisa a Pepe. Descansa un poco más, tápate bien para sudar esa fiebre y tómate la leche caliente con miel y un paracetamol. Yo vendré tarde hoy pero si necesitas algo o te pones peor, me llamas sin falta.

Parecía su madre más que su mujer, siempre me lo decían, pero es que Andrés se comportaba muchas veces como un niño pequeño. A toro pasado no sé si me hubiera comportado de otra manera, pero en esos momentos no podía perder más el tiempo. Las señales estaban ahí, pero yo no las vi.

—No hará falta, de verdad —dijo con cara de pena. En otras circunstancias quizás me hubiera quedado en casa para cuidarle, más que nada porque nunca me hacía caso y luego empeoraba. Quizás estaba incubando algo y podría ser peor si no lo atajábamos a tiempo. Pero aquel día era importante para mí—. Alcánzame el móvil, voy a mandarle un mensaje a mi jefe.

Asentí con la cabeza y le di su teléfono, que descansaba plácidamente encima de la mesilla. Andrés tecleó sobre la pantalla la contraseña de desbloqueo de su *smartphone* último modelo y después escribió un mensaje sin apenas esfuerzo. Miró la pantalla unos segundos y pareció tranquilizarse al recibir respuesta de Pepe, el pesado de su jefe. Ya me podía marchar tranquila, parecía todo controlado.

—¿Seguro que estás bien? —insistí al ver los ojos vidriosos de Andrés —. Puedo llamar al médico de urgencias o acercarnos al ambulatorio si lo prefieres.

—No, de verdad, tampoco es para tanto. Haré lo que me has dicho y si me encuentro algo mejor adelantaré trabajo desde casa, tengo el portátil en el despacho. Tú a lo tuyo, no quiero que llegues tarde por mi culpa.

—Vale, muy bien. Aunque no me quedo tranquila del todo.

Me despedí de él con un beso en la frente, tampoco necesitaba que me pegara el catarro y acabáramos los dos enfermos. Apagué la luz, cerré la puerta para que siguiera durmiendo y me preparé para el ajetreado día que me esperaba.

Andrés era el director comercial en una empresa de electromedicina, especializada en aparatos como escáneres de última generación y otros similares. Viajaba a menudo por España e incluso al extranjero para visitar a clientes o acudir a congresos y simposios. Su empresa se encontraba a la vanguardia en el sector y debían luchar mucho para superar a la feroz competencia, por lo que mi marido dedicaba largas jornadas a un trabajo que le exigía mucho, pero que también le reportaba grandes satisfacciones.

Pepe Santisteban era su jefe, un pesado de mucho cuidado al que había tenido la desgracia de conocer en algún que otro evento al que me habían invitado. Siempre me daba unos abrazos que yo no pedía y me manoseaba todo el rato, mientras Andrés no parecía darse cuenta. Por no hablar de sus chistes malos o sus salidas de tono cuando bebía un poco más de la cuenta.

Tampoco le tenía demasiado aprecio por haber sido el artífice de que yo trabajara en mi actual empresa. Sí, de desagradecidos está el mundo lleno, pero mi trabajo no me llenaba nada y estaba hasta el mismísimo moño, por decirlo finamente, de perder el tiempo en un sitio que odiaba a muerte.

Andrés y yo nos habíamos casado muy jóvenes, apenas cumplidos los veinte años, por circunstancias de la vida. Un error de cálculo nos trajo un regalito que no esperábamos a esas alturas de nuestra relación y hubo que apechugar, como se suele decir. Me quedé embarazada y no me arrepiento de

nada. De ahí nació Carolina, mi querida hija, una preciosa muchacha que acababa de comenzar la universidad ese trimestre. La persona que más quiero en el mundo y por la que mataría sin dudar, pero su llegada cambió el rumbo de mi existencia en aquellos momentos.

Nos conocimos en la Facultad de Empresariales, donde Andrés cursaba el último curso cuando yo apenas comenzaba segundo. Él pudo licenciarse pero yo tuve que dejar la carrera por el embarazo y lo que vendría después, aunque pensé que ya retomaría los estudios más adelante.

Nuestras familias siempre han sido de recios principios católicos, por lo que no hubo más remedio que casarnos a la carrera, no sin antes tener que lidiar con una buena serie de reproches, incluidos los del sacerdote que ejercería la ceremonia. Después nos fuimos a vivir a un piso que mis suegros tenían vacío en Chamberí, en una buena zona del centro de Madrid, y comenzó nuestra vida de casados.

Carol fue un bebé muy tranquilo y una niña que no me dio excesivos problemas, pero esas rutinas de vida no eran lo más habitual para una joven de mi edad. Tuve que olvidarme de discotecas y fiestas universitarias y sólo pensar en pañales y biberones. Por no hablar de estudios o trabajo: la casa y mi preciosa hija ocupaban todo mi tiempo.

Andrés tardó en abrirse camino profesionalmente, trabajando al principio de nuestro matrimonio en empleos que no le gustaban demasiado. Y eso que en aquella época no eran tan complicado encontrar trabajo para un universitario como ocurre en la actualidad. Lo bueno era que no teníamos gastos de hipoteca o alquiler gracias a la “generosidad” de mis suegros, detalle que doña Mercedes se encargaba de recordarme en cuanto tenía ocasión.

—No sé qué haríais sin nosotros, Luci, la verdad. Te quedaste embarazada por tu mala cabeza y ahora el pobre Andrés tiene que dejarse los cuernos para sacaros adelante. Menos mal que estamos aquí para lo que haga falta, no vamos a permitir que a mi preciosa nieta le falte de nada.

¡Menuda hija de puta! Yo me tenía que morder la lengua y callarme para no responderle a esa bruja como se merecía. ¿Qué se había creído? Me trataba como si fuera una pelandusca que había cazado a su hijito con malas artes, buscando ese bombo milagroso que le obligara a casarse conmigo. ¡Cómo si hubiera sido sólo culpa mía! Nosotros poníamos nuestros medios, pero a veces la logística fallaba más de la cuenta.

—Y claro, la prometedor carrera de Andresito se ha ido al garete. Le

pensábamos mandar a Londres para estudiar un máster y especializarse en finanzas internacionales, pero se tuvo que casar de prisa y corriendo y terminar la licenciatura de aquella manera. ¡Qué vergüenza! Todavía recuerdo el bochorno que pasamos al tener que contárselo a nuestro párroco.

Los Abengoa eran de Chamberí de toda la vida, una familia acomodada de clase media-alta que siempre me había mirado como a una advenediza. En su momento abandoné mi Navarra natal para comenzar los estudios universitarios en la capital, pero a veces el destino te da unas cartas para las que no estás preparada.

Yo agachaba la cabeza y aguantaba el chaparrón como podía. Siempre he tenido un poco de genio y un pronto que a veces exasperaba a mis padres, pero con el tiempo lo había ido domando poco a poco. Y eso que doña Mercedes sacaba lo peor de mí: en ocasiones me mordía el carrillo por dentro, hasta hacerme sangre, por aguantarme las ganas de soltarle cuatro frescas. No quería que me tacharan de verdulera en su barrio pijo, pero el límite de mi paciencia se había rebasado hacía ya tiempo.

Yo me había criado con la familia Iriarte en una ciudad pequeña, rodeada de campo, y en una región navarra situada más cerca de Aragón o La Rioja que del País Vasco. Lo admito: era más de pueblo que las amapolas y fue un shock para mí llegar a la gran ciudad. Con el tiempo me convertí en una urbanita, pero aún recuerdo con nostalgia y un pelín de vergüenza mis andanzas al llegar a Madrid, dando vueltas como una idiota en la línea 6 de metro, la circular que bordeaba la ciudad.

Y claro, al entrar en contacto con los Abengoa intenté mejorar mis modales para causarles buena impresión, aunque esa mirada de desprecio, de mirarte por encima del hombro, no fui capaz nunca de quitársela por mucho que lo intentara. Y eso me sacaba de quicio, el que se creyeran más que los demás sólo por nacimiento, como un derecho heredado o algo así. A Andrés le intentaba inculcar otros pensamientos, pero la cabra siempre tira al monte y se dejaba influenciar demasiado por los rancios de sus padres.

En presencia de doña Mercedes tuve que aprender a calmar mi lengua viperina, aunque lo cierto era que me callaba por prudencia y por no herir a Andrés. Mi suegra se merecía una contestación de las buenas por humillarme de aquel modo en cada ocasión en la que nos cruzábamos, y mi odio hacia ella aumentaba año tras año. Detalles que fui apuntando en mi libreta de resquemores, dispuesta a vengarme en cuanto surgiera la menor oportunidad.

Pero la oportunidad no surgió y los años fueron pasando sin apenas

darme cuenta. Carol creció y comenzó a ir al colegio, por lo que pensé que sería buen momento para retomar mi vida como yo hubiera querido vivirla. Todavía era joven y podía estudiar lo que quisiera, o trabajar para ganarme las habichuelas y poder comprarnos juntos la casa de nuestros sueños.

—No hace falta que trabajes, amor mío, ahora me marcha algo mejor — me decía Andrés para que me olvidara del tema. El machismo era uno de sus grandes defectos, lo había mamado desde pequeño—. Además, ¿para qué quieres comprarte una casa? Aquí estamos muy bien y no tenemos apenas gastos.

—Ya, pero la casa es de tus padres y yo quiero que tengamos algo verdaderamente nuestro. Están construyendo unas promociones preciosas en los nuevos P.A.U's, con piscina y jardines para que disfruten los niños. Así Carol podrá tener amiguitos de su edad en el barrio y disfrutar más que en esta vieja casa.

—¿Dónde dices? —preguntó Andrés con desprecio—. ¿En el extrarradio? No, ni de coña, no pienso irme a vivir al culo del mundo. Aquí tengo a mis padres y el colegio de la niña también nos pilla cerca. No pienso juntarme con esa chusma recién llegada a la ciudad, nosotros tenemos un estatus.

¿Esa chusma recién llegada a la ciudad? Vamos, que ya sabía yo lo que opinaban de los “de provincias”, una definición que también había tenido que escuchar referida a mí y dicha sin ningún cariño. Pero de nuevo fui prudente, no tenía necesidad de comenzar una discusión y me callé sin rechistar.

Ahora me doy cuenta de que hice mal, tenía que haberme impuesto o por lo menos luchado más por cosas que para mí eran importantes. Pero siempre me pasaba lo mismo, y más en esos años de juventud en los que muchas veces me sentía sobrepasada por las circunstancias de la vida.

Como una idiota claudicaba sin plantarle cara, cuando le podía haber dicho cuatro cosas, igual que a su madre. ¿Estatus? ¡Qué estatus ni qué ocho cuartos! Andrés y su familia se creían mejores de lo que realmente eran y miraban muchas veces por encima del hombro a los demás, incluida a mí. Yo no se lo tenía en cuenta a mi marido porque lo había vivido en casa, y la ascendencia de doña Mercedes sobre él era todavía muy fuerte. Pero ahora me doy cuenta de la pérdida de tiempo que supuso todo aquello.

—Además, si te quedas de nuevo embarazada tendremos más gastos, por lo que nos viene bien quedarnos aquí. Es la casa de mis padres, pero algún día la heredaré y nos olvidaremos de problemas inmobiliarios.

—Pero...

—Nada, tú dedícate a lo tuyo. Carol empieza ya el colegio y tendrás que llevarla también a las actividades extraescolares. Entre eso, la casa y si viene el hermanito, no vas a tener tiempo para pensar en nada más.

—También podrías echar tú una mano en casa. Vamos, digo yo.

—Sí, claro, no tengo otra cosa mejor que hacer. Bastantes horas trabajo ya fuera de casa, para que me vengas encima con gilipolleces. Tú única tarea es encargarte de lo que te he dicho y yo traigo el dinero para la familia, como se ha hecho toda la vida. Y punto, no quiero seguir discutiendo por tonterías.

Y entonces se daba la vuelta y me dejaba con la palabra en la boca. ¡Menudo machista de libro! No sé si pretendía llenarme la casa de niños — los Abengoa no eran del Opus, pero no andaban muy lejos de sus enseñanzas —, pero yo ya había tomado mis precauciones. Visitaba a un ginecólogo alejado del barrio para que no me tuvieran controlada ni doña Mercedes ni su hijo, y tomaba la píldora anticonceptiva desde hacía tiempo. Quería mucho a Carol, pero no estaba dispuesta a pasar de nuevo por lo mismo. No en un momento en el que parecía poder asomar la cabeza después de unos años tan duros.

Y es que la maternidad es muy bonita, eso nadie lo puede negar, pero también muy dura. Y más si tu pareja no se involucra y te lo deja todo a ti. Andrés parecía anclado en los años setenta y no me ayudaba en nada, por lo que tuve que espabilar a marchas forzadas. Mis padres se encontraban lejos y no podían echarme una mano y mi suegra no era una opción, por lo que tragué con aquello y tiré para delante como pude.

Los años pasaron a una velocidad endiablada, y cuando me quise dar cuenta, cumplí los treinta y cinco años. Había aparcado mi carrera por el embarazo y me había convertido en lo que más odiaba: una auténtica maruja sin una vida propia. Mis esperanzas e ilusiones se habían desvanecido con el tiempo, aunque yo me refugiaba en que había criado a una chica maravillosa y eso era lo único importante.

Hasta que me planté y le dije a Andrés que no podía más. Carol comenzaba ese curso el instituto; ya había dejado atrás su infancia y demandaba más libertad, por lo que pensé que era mi momento. Tuve numerosas discusiones con Andrés, que parecía haberse olvidado de traer más niños a la familia, pero al final me salí con la mía.

Mi marido trabajaba ya en su actual empresa y sus viajes aumentaban cada vez más. Yo me sentía sola en casa, con la niña viviendo su propia

adolescencia, y necesitaba algo a lo que aferrarme. Me ahogaba entre esas cuatro paredes, sin apenas relacionarme con nadie que no fuera del entorno de los Abengoa, y estaba a punto de estallar. Andrés pareció darse cuenta de la situación y me permitió un pequeño margen de maniobra. Aunque seguiría teniéndome controlada, eso por descontado.

—Pepe me ha comentado que en una empresa de software con la que trabajan nuestros clientes más importantes necesitan alguien para administración. Aunque no sé si das el perfil, no tienes experiencia.

“¿Cómo narices iba a tener experiencia?!” grité en mi interior. Las palabras se me amontonaban en la garganta, pero sabía que cualquier exabrupto lanzado en mal momento podía dar al traste con la pequeña ventaja que parecía haber cobrado en una carrera en la que veía la meta tan lejos. Así que contesté con moderación.

—Sabes que me manejo bien con la ofimática y los números, aparte de que no se me da mal el inglés. Puedo atender el teléfono, hablar con los clientes o lo que haga falta, no hay problema. Dile a Pepe que me recomiende, tengo el currículo preparado por si le hace falta.

—¡Nada de hablar con clientes! —exclamó Andrés, sin prestar atención al resto de mi alegato. Ni siquiera le pareció extraño que tuviera preparado y actualizado mi currículo, aunque en el apartado “Experiencia” tuviera que improvisar, dada mi situación.

—No, claro, no me refería a eso. Puedo trabajar en administración, llevar pedidos, facturas y albaranes, mecanografiar o lo que necesiten en el departamento. Soy rápida tecleando y me amoldo rápido, seguro que podría encajar en esa empresa.

—No sé, no lo tengo muy claro.

Andrés había rechazado lo de hablar con los clientes porque era un celoso patológico, aparte de un machista y retrógrado recalcitrante. Yo le amaba e intentaba no tener en cuenta sus actitudes, inculcadas desde la cuna en casa de los Abengoa, pero a veces me sacaba de quicio. Por eso me puse burra y al final me salí con la mía, no sin antes afrontar más de una bronca de las gordas con mi marido.

Y fue en esa empresa, una pequeña tecnológica que vendía servicios y productos a la Administración, pero también a otras empresas privadas, donde comencé a trabajar hacía ya cuatro años. Al principio me costó adaptarme al ritmo de la oficina y al cambio en mis rutinas habituales, pero al final me acostumbé y comencé a ganar poco a poco jirones de libertad,

encorsetada como estaba hasta entonces a lo que dictaba la decencia y los rígidos patrones de mi marido y su Pepito Grillo particular: doña Mercedes.

Evidentemente mi suegra puso el grito en el cielo al conocer la noticia, pero yo no me achanté. Había tomado una decisión y no pensaba claudicar. Al principio comencé con un trabajo de media jornada en administración, pero pronto me gané el reconocimiento de mis compañeros y jefes, por lo que un año después opté por una vacante a tiempo completo, en horario de nueve de la mañana a seis de la tarde.

Y hacia allí me dirigía en esa mañana aciaga, aunque antes debía pasar por el ambulatorio. Saludé a la chica de recepción y me dirigí hacia la segunda planta del edificio. Tenía hora con mi doctora a las 8.30 horas, justo con el tiempo necesario para recoger los resultados de las pruebas y encaminarme hacia mi trabajo.

—Siento comunicarte esto, Lucía, pero es lo que me temía —comenzó diciendo la médica para asustarme aún más.

—Entonces...

—No hay duda: tienes una pequeña úlcera de estómago. No es muy grave, pero podría ir a más. Debes cuidarte, hacer dieta y rebajar ese estrés que llevas —me indicó tras pasarme las recetas de los medicamentos que debía comprar y unas pautas para sobrellevar mejor mi enfermedad.

—Eso se dice muy fácil y muy rápido, doctora —respondí.

—Tú verás: esa es la solución más conservadora y menos invasiva. Si no, ya sabes, siempre nos queda la cirugía.

—De eso nada, tengo pánico a los hospitales. Gracias por todo, ya me las apañaré.

Salí de allí cabreada con mi médico, cuando la pobre no tenía la culpa de nada y sólo me había informado de la situación. Mi cita en la consulta se había retrasado, como era habitual en una sanidad pública que iba de mal en peor por culpa de los recortes, por lo que ya iba tarde para entrar en hora en la oficina.

Llegué a la sede de mi empresa, situada en pleno Paseo de la Castellana, muy cerca del estadio Santiago Bernabéu, con un cabreo de tres pares de narices. El día no había amanecido muy católico y no tenía pinta de mejorar en breve.

Entré en la oficina pasadas ya las 9:15 de la mañana, saludé a varios compañeros con un escueto movimiento de cabeza, y me dirigí hacia el pequeño cubículo dónde trabajábamos las chicas de administración. Por el

camino me crucé con Patricia, una de mis mejores amigas en la empresa, aunque no tuviéramos casi nada en común. Una joven lista y resuelta que siempre estaba en boca de todo el mundo por diferentes motivos, aunque en el fondo yo la veía muy buena chica. Aunque esa mañana precisamente no me encontraba de humor para aguantar según qué cosas.

—Buenos días, madrugadora. ¿Se te han pegado hoy las sábanas?

—Ahora no, Patri; de verdad, no tengo el día —contesté con gesto serio.

—Vale, lo siento —respondió ella algo compungida—. Espero que no sea nada grave, pero si necesitas hablar con alguien, ya sabes dónde encontrarme.

—No es nada serio, no te preocupes. Sólo que hoy me he levantado con el pie izquierdo —repliqué con una mentirijilla—. Se me ha hecho tarde, tengo un informe que terminar y encima tenemos la dichosa reunión de personal a las once.

—Siento estresarte más de lo que ya estás, pero deberías saber que han adelantado esa reunión a las diez de la mañana. Por lo visto el Director General tiene algo importante que decirnos. Miedo me da.

—¡Joder, joder, no me da tiempo! —solté mientras salía a la carrera hacia mi mesa de trabajo. Quedaban escasos minutos para la dichosa reunión y tenía muchas cosas que preparar todavía.

Acostumbrada a trabajar bajo presión en unos años en los que había espabilado a marchas forzadas a nivel profesional, pude terminar con la tarea que me había impuesto. E incluso logré tomarme un café antes del comienzo del cónclave, aunque a mi úlcera no le hizo demasiada gracia el brebaje infame con el que nos castigaban en la oficina, y mi delicado estómago se encargó de recordármelo durante el resto de la mañana.

—Buenos días —comenzó diciendo don Amancio, el jefe supremo de la empresa, cuando todos estuvimos sentados en la gran sala de reuniones—. Querría traer mejores noticias para todos nosotros, pero la crisis nos ha golpeado con fuerza y debemos dar un golpe de timón para no hundirnos sin remedio.

Las caras largas comenzaron a proliferar en toda la sala. Los jefes de departamento parecían más tranquilos, ya debían conocer el alcance del tijeretazo que estaba a punto de acometer don Amancio, pero el resto de los asistentes comenzamos a temblar. Y eso que todavía no conocíamos los detalles de la escabechina.

La propuesta de la empresa era inaceptable. Proponía una rebaja en los

sueldos de la mayoría de los empleados, salvaguardando a los pesos pesados de la empresa, de entre un 30 y un 50% en el peor de los casos. Pero los sentenciados teníamos otra salida que algunos considerarían más digna, todo gracias a la maravillosa última reforma laboral de nuestro gobierno: acogerse a un despido pactado por causas objetivas y cobrar una mísera indemnización de 20 días por año trabajado, aparte de pasar a engrosar las listas de la empresa más grande del país, el INEM. Eso sí, sólo teníamos quince días para decidirnos y firmar una de las dos opciones, a cada cual peor que la otra.

—¡Es una vergüenza! —exclamó Matías, uno de los técnicos más reivindicativos. Nuestra empresa carecía de delegado sindical desde que se marchó Jesús y así nos lucía el pelo a la hora de negociar con la empresa. Nos iban a dar pero bien, sin vaselina ni nada, y llevábamos las de perder—. ¿Y a los jefes de departamento no se les baja el sueldo?

La indignación subió entre los presentes, ya que todos estábamos al tanto. Nuestros responsables tenían unos sueldos muy por encima de la media del sector, pero eran intocables. Como la idiota de Menchu, mi jefa en administración, que parecía que iba a heredar la empresa. Don Amancio se rodeaba de su guardia pretoriana, la misma que en esos momentos le apoyaba con sus gestos hieráticos de autosuficiencia, mientras prefería bajarle el sueldo a los curritos para no tener que perder sus privilegios.

—Calma, calma... —pedía el Director General ante la deriva que estaba tomando la reunión. Un cabrón con pintas conocido entre los empleados por Don Vito. Y es que nuestro amado jefe era un elemento de cuidado, amigo personal de políticos corruptos y metido en más de un chanchullo empresarial que le había llevado incluso a sentarse en el banquillo de los acusados en un juicio. Vamos, el ejemplo perfecto de la élite empresarial de nuestro país, uno de los motivos para que España se fuera al garete sin remedio.

—¡Huelga, huelga! —gritó a pleno pulmón Matías, secundado por algunos de sus compañeros de Sistemas. Al final el resto nos unimos a sus cánticos, no podíamos permitir que pisotearan nuestros derechos de ese modo.

—Eso, eso, vamos a la huelga —me animó Patri, que se había colocado a mi lado sin que me diera cuenta.

Yo asentí con la cabeza, mientras todos los compañeros se levantaban de sus sitios y comenzaban a vociferar. La reunión se desmadró y fue imposible escuchar nada con nitidez. Hasta que el vozarrón de José Luis, el Director Técnico, nos sacó a todos de aquel trance que amenazaba con desbocarse.

—Un poco de orden, por favor... Propongo, si estamos todos de acuerdo, tomarnos un receso para reposar la noticia. Esta tarde, a partir de las cinco, los jefes de departamento se reunirán con sus subordinados para explicarles con detalle el acuerdo que la empresa propone a sus empleados para salvar nuestra precaria situación.

Los gritos arreciaron y don Amancio tuvo que intervenir de nuevo para calmar los ánimos. Y sólo se le ocurrió apagar las llamas con una decisión sorprendente. Una decisión que a mí me marcaría para el resto de mi vida.

—¡Ya está bien! Al que no tenga nada urgente que atender, le permito tomarse libre el resto de la mañana. Pero quiero a todo el mundo aquí a las tres de la tarde, tenemos que agilizar el plan que hemos trazado si no queremos echar el cierre antes de lo previsto.

La gente comenzó a escabullirse y todos abandonamos la sala de reuniones en pequeños corrillos en los que despotricábamos contra los jefes. Aquello era una auténtica hecatombe y yo no sabía ni qué pensar.

En mi caso era menos grave que en el de otros compañeros. Al fin y al cabo trabajaba porque yo quería, ya que en casa no nos hacía falta. Andrés ganaba un buen sueldo y seguro que aprovecharía la coyuntura para obligarme a volver al redil. Todo el día en casa, mano sobre mano, menudo panorama.

Peor se le presentaba a Patri y a otros compañeros, que ya hacían malabares con el exiguo sueldo que nos pagaban en la empresa. Por ejemplo, las chicas del *call center* ganaban poco más del salario mínimo interprofesional y si encima les bajaban el sueldo, no iban a poder subsistir. Trabajadores pobres, una de las maravillas de la globalización y la postcrisis que sólo había afectado a los de abajo.

La tensión se mascaba en el ambiente y el mal rollo generalizado se adueñó de la oficina. Mi amiga Patri, una de las mejores diseñadoras gráficas de la empresa, echaba humo por las orejas cuando abandonamos la reunión.

—¡Pero que se han creído...! Menudos cabronazos, siempre igual. Los de abajo pringamos y los de arriba siguen con sus privilegios.

—Tranquila, Patri, seguro que se soluciona. Y en tu caso igual te hacen un favor. Eres una gran profesional, joven y con futuro. Aquí te ibas a estancar, puede que encuentres algo mejor y puedas darles con la puerta en las narices.

—No es tan fácil, Lucía, ya lo sabes. Mucho llenarse la boca con la salida de la crisis y estamos peor que antes con la dichosa reforma laboral.

Ahora sólo quieren becarios y gente recién salida de la carrera, y el sector tecnológico no es una excepción. Pagan una mierda y te explotan a tope, son los nuevos tiempos.

—Habrá que ser positivas, y eso que hoy no tengo mi mejor día. Yo sí me podría permitir la bajada de sueldo aunque seguro que Andrés prefiere que me quede en casa. Aparte de que no me da la gana trabajar nueve horas al día por poco más del salario mínimo. Una auténtica vergüenza, la verdad.

—Por decirlo educadamente, que tú eres muy “fisna”. Es una putada gorda y ya está. Les metía yo su propuesta por dónde te digo, menuda panda de desgraciados. Anda, vamos al bar de la esquina a ahogar nuestras penas. No pienso dar un palo al agua en todo el día, que les jodan.

—No, gracias, creo que no es el momento. Entre que mi estómago no lo toleraría y que he dejado a Andrés con fiebre en la cama, creo que voy a acercarme a casa. Me aseguro que esté todo bien, le doy la noticia a mi maridito para que se recochineé un rato, como algo y me vuelvo antes de las tres.

—De acuerdo, como tú veas. Yo creo que me voy a bajar igual, a ver si me despejo. El ambiente aquí está muy enrarecido y prefiero alejarme de algunos tíos a los que les daría una buena paliza con un bate de béisbol. A lo Lizbeth Salander, ya sabes.

Me largué de la oficina sin encomendarme a nadie y llegué a casa sobre las once y media de la mañana, lo recuerdo perfectamente. Entré en mi domicilio mientras pensaba en cómo se iba a tomar Andrés las dos noticias desgraciadas que traía como mochila: la confirmación de mi problema en el estómago, un habitual de los últimos años, y la faena que nos acababa de hacer nuestro jefe con aquel ultimátum de mierda.

No me apetecía escuchar de nuevo a doña Mercedes con su matraca y esperaba que Andrés no echara más sal en la herida. Ganaba poco más de 1.200 euros netos en doce pagas y no estaba dispuesta a ese recorte brutal en el sueldo por el mismo trabajo. Pero tampoco quería irme al paro y aguantar los reproches de Andrés y su familia. A menos de un año de mi cuadragésimo cumpleaños, como una espada de Damocles en el horizonte, y con mi escasa experiencia profesional como bagaje, no era buen momento para buscarme otro trabajo. Tenía quince días para decidirme, pero no iba a ser nada fácil.

Aunque lo ocurrido después me hizo algo menos complicada la decisión, tal vez de un modo que en ese momento jamás hubiera sospechado. Idiota de mí, yo me adentré pasillo adelante con más preocupación por el estado de

Andrés que por mis propios problemas. Si es que siempre he sido muy tonta para esas cosas, así me ha ido en la vida, sobre todo desde que llegué a Madrid. Al final me habían domesticado bien en mis años con los Abengoa, con lo reivindicativa y respondona que había sido yo de adolescente.

Andrés no se encontraba en la cocina ni en el despacho, por lo que intuí que había preferido descabezar otro sueñecito antes que ponerse a trabajar con su portátil. Lo comprendía perfectamente, cuando uno está con fiebre no tiene ganas de nada. Te duele todo el cuerpo, parece que te han dado una paliza, y sólo quieres que el castigo se pase lo antes posible.

Tampoco me sorprendió entonces encontrarme la puerta del dormitorio sin cerrar del todo. Lo más seguro era que Andrés se la hubiera dejado entornada después de desayunar o cualquier otra cosa, antes de meterse de nuevo en la cama para sudar la fiebre. Aunque entonces escuché unos quejidos casi inaudibles y me preocupé. Tal vez le había subido la temperatura durante ese rato y Andrés deliraba entre sueños. No era la primera vez, por lo que debía actuar con urgencia.

Abrí la puerta de par en par y me adentré en nuestra habitación, aunque una visión espeluznante me dejó clavada en la misma entrada. ¡Dios mío! Era imposible, eso no podía estar sucediendo en mi presencia.

Andrés sudaba la gota gorda, eso no lo podía negar. Pero no era debido a la fiebre alta. Y también gemía y emitía ruiditos extraños, pero tampoco se debían a las alucinaciones. La que estaba alucinando era yo y todavía tardé unos segundos más en reaccionar, hasta que la ira y la vergüenza se apoderaron de mis actos.

—¡Cabronazo, hijo de la gran puta! —le grité con todas mis fuerzas, algo que debió extrañarle ya que yo no solía decir tacos en público. Y digo público porque el bueno de mi marido estaba muy ocupado haciéndole un trabajito fino a su acompañante.

—Espera, Lucía, por favor... —soltó Andrés tras recuperar su mandíbula, presa hasta ese momento por los placeres de la carne—. Te lo puedo explicar, de verdad.

—¡Qué coño me vas a explicar tú, desgraciado! —le chillé a pleno pulmón mientras le tiraba un zapato que encontré allí, arrojado de cualquier manera en el suelo de mi dormitorio. Un zapato masculino que, por cierto, yo sabía que no pertenecía a mi marido.

—¡Ay! —exclamó el muy capullo cuando el tacón del zapato le golpeó en plena frente. Esperaba que le abriera una buena brecha y se desangrara allí

mismo, como el cerdo que realmente era. Menuda joyita de marido que tenía —. Dame sólo un momento, Lucía, te juro que esto no es lo que parece.

—¡Qué original por tu parte, Andresito! —dije alucinada ante su desfachatez—. ¿Te crees que no tengo ojos en la cara, so mamón? Te voy a hundir la vida, machote de pacotilla, te acordarás de esto toda tu puta vida.

Andrés se levantó del suelo e intentó acercarse a mí con las manos en alto, en aparente son de paz. No le creí ni por un instante; era un encantador de serpientes, un embaucador, y no iba a consentir que se saliera de nuevo con la suya. Y menos después de humillarme de esa manera, nunca más. Así que cogí una lamparita que tenía a mano y amenacé con arrojársela si osaba moverse ni un milímetro más, mientras seguía poniéndole fino a grito pelado. ¡A la mierda los modales y el qué dirán!

—¿Eso es lo que te gusta, cabrón? Ya verás cuando tus amistades sepan que al hombretón de Andrés le gusta la carne y el pescado. ¿O es sólo el pescado? Madre mía, ¡cómo he podido estar tan ciega?!

—No te precipites, Lucía; esto podemos arreglarlo como personas civilizadas.

Mi hasta entonces marido se acercó de nuevo hasta mi posición, totalmente desnudo, mientras yo reulaba dando pasos hacia la salida del dormitorio. Su acompañante nos miraba sin mostrar apenas emoción, como si aquella tragicomedia no le afectara para nada. Y mi furia interna dio paso a otro estado que no supe calibrar bien, aunque lágrimas de rabia comenzaron a poblar mis mejillas sin que yo pudiera impedirlo.

—Joder, si es que soy gilipollas —dije en voz alta al atar algunos cabos sueltos que siempre me habían chirriado un poco en actitudes y comportamientos de mi marido—. ¡Vete a tomar por culo, Andrés, que es lo que te gusta!

Y dicho esto tiré la lámpara a su lado, sin darle de lleno, pero armando un buen estropicio que le hizo saltar hacia la cama por si acaso. Me di la vuelta y salí de allí sin mirar atrás, dispuesta a olvidar una escena que marcaría mi vida para siempre. Aunque antes de abandonar el piso tuve que escuchar una frase más a mi espalda.

—Déjalo, Andrés, no merece la pena —soltó con voz meliflua el semental de color caoba que acompañaba al maricón de mi marido en tan solemne ocasión.

Sí, habéis leído bien. El muy puritano y conservador de mi marido, ese que se había criado en el hogar ultracatólico de doña Mercedes, tenía un

pequeño secretillo. El pobre Andrés no había salido todavía del armario, o igual era yo la única idiota que todavía no se había enterado, y le había pillado con las manos en la masa y la boca en...

Sin paños calientes, no os voy a engañar. Ver a Andrés a dos carrillos, deleitándose con gozo mientras chupaba y lamía la lustrosa polla de aquel enorme negro, me marcaría para el resto de mi vida. No podría borrar de mi mente la imagen de mi marido, de rodillas en nuestra alfombra, entregado totalmente a la causa, mientras los poderosos músculos de aquel perfecto ejemplar humano se contraían al acercarse al éxtasis. Un clímax que rompí completamente con una aparición estelar que no esperaba la feliz pareja.

Recogí mi bolso, pegué un portazo al salir y bajé las escaleras a todo correr, ahogada en mis propios sollozos mientras me alejaba de ese infame lugar. Mi mundo se resquebrajaba a ojos vista y yo no sabía qué hacer.

Lo que sí tenía claro en esos momentos, cuando sofoqué mis lágrimas y me recompuse al alcanzar la calle, era a qué persona iba a llamar en primer lugar para contarle la buena nueva. Efectivamente, habéis acertado, pillines: a mi querida suegra.

Y es que la venganza es un plato que se sirve frío. Me iba a despachar a gusto con la matriarca del clan Abengoa. ¡A tomar por saco la urbanidad, los modales y las buenas costumbres!

Capítulo 2

El amargo sabor de la venganza

Caminé por el barrio, dando vueltas como una tonta, mientras intentaba ordenar mis pensamientos. La peor jornada de mi vida sólo había alcanzado el mediodía, aunque esperaba que no me sucedieran más cosas horribles en un día para olvidar. Entre el médico, mi jefe y el idiota de mi marido no me lo estaban poniendo demasiado fácil.

No sabía si llamar a mi suegra desde una cabina, por miedo a que no me cogiera el teléfono si veía mi número de móvil en la pantalla, o pasar directamente de los Abengoa. Tendría que pensar también en qué iba a hacer con mi trabajo, al que debía regresar en un rato. Demasiados frentes abiertos, tenía que priorizar. Y el destino, o quizás la casualidad, jugaron esta vez a mi favor. Ya sabía cuál sería mi siguiente paso.

Caminando por el distrito de Chamberí como una autómatas no me había percatado de hacia dónde dirigía mi camino. Nosotros vivíamos en Santa Engracia y mi deambular sin sentido me había hecho subir la calle hasta la plaza de Chamberí para después girar a la derecha, sin apenas darme cuenta, y continuar por Eduardo Dato. Cuando me quise percatar de mi ubicación, ensimismada en mis propios pensamientos, me encontraba ya a la altura de la boca de metro de Rubén Darío. Una malévola sonrisa se asomó a mi cara y en ese momento decidí el siguiente paso que iba a acometer.

La casa de mis suegros se encontraba allí mismo, en la semiesquina con la calle Fortuny, una de las zonas más privilegiadas de la ciudad. Justo enfrente del rascacielos de cristal de una conocida aseguradora madrileña se hallaba el edificio donde los Abengoa tenían su domicilio habitual en Madrid. Un inmueble de rancio abolengo, con una decoración excesivamente barroca en su fachada recién reformada, en el que estaba a punto de adentrarme.

Aproveché que en ese momento salía una señora mayor, que no me miró con muy buenos ojos al ver mi rostro sofocado, para colarme en el portal sin avisar de mi presencia. No había llamado al portero automático por temer que mi suegra no me abriera la puerta, pero no tuve en cuenta que en esa parte de la ciudad también eran habituales los porteros físicos. El hombre me saludó

educadamente y me miró con extrañeza, tal vez al intentar recordar de qué me conocía. Le saqué de sus dudas con un tono cantarín que no pareció convencerle, tenía que ejercitar mis pésimas dotes de actriz. No quería que se notara mi desasosiego ni, por supuesto, que me chafara la sorpresa que le tenía preparada a la bruja de Chamberí.

—Buenos días. Soy la nuera de doña Mercedes, subo en un momento que ella me está esperando.

—Muy bien, señora. Que pase buen día.

“Si tú supieras”, pensé en esos momentos. No quería perder el tiempo esperando el vetusto ascensor con el que contaba el edificio, de esos decimonónicos que nunca sabes si te van a dejar tirada. Así que subí a pie los escalones que me separaban del tercer piso. Total, con la mala leche que me rebullía por dentro tenía energías de sobra para eso y para mucho más.

Llamé al timbre del tercero derecha y esperé unos segundos. Escuché unos pasos acercarse y alguien que se asomaba a la mirilla para averiguar quién osaba molestar a esas horas de la mañana en una casa decente. Sabía que mis suegros habían despedido a la última chica filipina que les ayudaba con las tareas de la casa y mi suegro no aparecía por su domicilio hasta la hora de la comida, por lo que en esos momentos la única que podía encontrarse en el piso era doña Mercedes. Así que me armé de valor y me dispuse a seguir el plan que había urdido a la carrera en una cabeza a punto de explotar.

—Doña Mercedes, soy yo, Lucía, ábrame. Es urgente, tenemos que hablar.

—...

Por toda respuesta mi suegra se dio la vuelta y comenzó a alejarse de la puerta, pasillo adelante. O eso intuí yo al escuchar amortiguados unos pasos que se perdían hacia el interior del inmueble. Doña Mercedes me ignoraba y pensaba hacerse la sueca, como si no estuviera en casa. Tenía que atacar con toda la artillería. Total, de perdidos al río.

—No me deje con la palabra en la boca, doña Mercedes, sé que está usted ahí. La estoy escuchando perfectamente. Le aseguro que esto le interesa. Andrés está muy enfermo y creo que usted es la única que puede ayudarle.

En ese momento escuché un ruido a mi espalda, me di la vuelta y me encontré de cara con la vecina cotilla de mi suegra, creo recordar que se llamaba Angelita, dispuesta a saber por qué estaba montando tanto escándalo

a esas horas de la mañana.

—Hola, hija, ¿cómo estás? ¿Tú no eres la mujer de Andresito?

—Sí, señora, la misma. Estoy llamando a doña Mercedes, pero parece que no me escucha. Si ya le digo yo que vaya al otorrino a mirarse esa sordera antes de que vaya a más.

—Claro, claro, eso será. Desde luego yo he hablado hace un rato con ella cuando le he pedido un poco de sal y me consta que no ha vuelto a salir a la calle, yo me hubiera enterado.

—Ya imagino —contesté con una sonrisa irónica al ver el gesto de la anciana señalando su puerta. La cotilla del edificio no tenía mejor cosa que hacer que mirar por la mirilla durante todo el día, fiscalizando a vecinos y visitas, y con eso me aseguraba que ella no había visto salir a doña Mercedes desde su privilegiada atalaya. Vamos, que mi suegra nos estaba escuchando y no le salía del reverendo abrir la puerta. Tenía que cambiar de estrategia.

—¿Quieres pasar a mi casa mientras tanto? Tengo café recién hecho.

—No, de verdad, no quisiera molestar. Yo...

—¡Si no es molestia, niña! Seguro que Mercedes tiene la tele muy alta y por eso no se entera de los timbrazos. Anda, acompáñame y la llamamos por teléfono.

—No se preocupe, seguro que mi suegra abre enseguida la puerta —contesté subiendo el volumen de mi voz—. No creo que le haga gracia que me ponga a airear los trapos sucios de su niño bonito aquí en medio de la escalera.

—¿Cómo dices? Yo soy casi de la familia, si te puedo ayudar en algo no lo dudes. Tengo unas pastas riquísimas en la cocina, ¿no te apetece de verdad tomar un café?

—Pues igual le tomo la palabra, muchas gracias —dije con retintín. El cabreo había dejado paso a la ironía, aunque yo necesitaba elevar el nivel si quería afrontar una discusión con mi suegra en igualdad de condiciones—. No sé si podría ayudarme, es algo muy grave. Lo de Andrés es una enfermedad incurable, sabe usted, o un pecado mortal para algunos. Puede que arda en el infierno, ya se lo digo yo.

—Perdona, hija, no entiendo nada.

La señora Angelita no comprendía mi razonamiento, ni falta que le hacía. No me dio tiempo a acompañarla a su casa y mi estratagema surtió efecto. Unos pocos segundos después, tras escuchar cómo se descorrían los numerosos cerrojos que custodiaban la recia puerta de roble, vimos asomar el

hocico de mi suegra, dispuesta a enterarse de lo que sucedía.

—Perdona, hija, creía que eras uno de esos niñatos que reparten publicidad. El portero tiene que estar siempre atento para que no se le cuelen en el portal, ya sabes.

La señora Angelita seguía allí plantada, contemplando nuestra batalla dialéctica, sin que doña Mercedes perdiera el tiempo en darle ninguna explicación. Yo la ignoré también y me dirigí a mi suegra en tono sarcástico.

—Claro, no se preocupe —dije por seguirle la corriente, a sabiendas ambas de que le había pillado en un renuncio—. ¿No me invita a pasar? Creo que tenemos que hablar de lo que le ocurre a Andrés, es muy importante.

—Sí, perdona, no me había dado cuenta —respondió con su mejor mueca de cinismo.

La oronda figura de doña Mercedes se parapetaba tras su puerta, abierta solo unos pocos centímetros hasta ese momento para verme la cara, aunque ella perjurara que no se había dado cuenta de su falta de educación y urbanidad hasta ese preciso momento. De todas maneras yo ya no tenía nada que perder, así que no pensaba cortarme ni media.

—Con que se aparte un pelín me vale, no se preocupe. Entiendo que sea cuidadosa en estos tiempos tan complicados, con la cantidad de desalmados que corren por nuestras calles. No sabe una de quién fiarse.

—Eso es cierto, Luci —replicó mi suegra con fuego en las pupilas, mientras remarcaba ese “Luci” incompleto que sabía que me repateaba las tripas. El duelo se las prometía—. Anda, pasa y no te quedes ahí como un pasmarote. Espero que no me tengas en cuenta el desastre de la casa, no sé qué vamos a hacer sin asistenta.

La casa se encontraba como una patena, más limpia que los chorros del oro, pero mi suegra seguía despotricando e imaginando cosas que sólo sucedían en su cabeza. Me iba a divertir cuando le contara algo que no eran imaginaciones mías, por mucho que mi cerebro se hubiera colapsado al ver en directo un adulterio tan poco convencional.

Pero, ¿y si no me creía? Doña Mercedes defendería a capa y espada a su hijo, acusándome de ser una mentirosa. La mala pécora de su nuera mancillando el buen nombre de los Abengoa, hasta ahí podríamos llegar, aseguraría en cuanto le diera ocasión. Sería capaz de ponerme un pleito por difamación, menuda era ella. Tenía que haber grabado el momento supremo, pero en mi estado de shock al ver la mandíbula desencajada de Andrés para dar cabida a semejante monstruosidad, no reparé en aquel pequeño detalle.

¡*Mea culpa!*

Acompañé a mi suegra pasillo adelante y nos dirigimos hacia uno de los saloncitos de la casa, un enorme piso de doscientos metros cuadrados situado en una de las mejores zonas de Madrid. A saber lo que valdría hoy en día, por mucho que la burbuja inmobiliaria que había aupado y hundido a tanta gente en nuestro país estuviera de capa caída. Y mientras, ella seguía con su letanía, aunque yo no le hacía demasiado caso.

—Ya ves, la chica que nos ayudaba se ha largado con viento fresco a su país, sin avisar ni nada, y todo está manga por hombro. De desagradecidos está el mundo lleno, con lo que hemos hecho nosotros por ella. Fíjate, estaba como una reina en nuestro país, nada que ver con la indigencia con la que vivía allá en la selva ésa de donde procede. Y de un día para otro se larga con viento fresco y nos deja aquí empantanados. No sé por qué permitimos entrar a ese tipo de gente en España, la culpa de todo la tiene Zapatero.

Evidentemente sabía que mentía, pero doña Mercedes lo hacía con estilo, sin inmutarse. Los embustes le salían solos, casi se le caían de los bolsillos sin que ella se cerciorase. La pobre criada filipina estaba harta de aguantar carros y carretas, pero siguió en la brecha. Fue la bruja de Chamberí la que la despidió sin avisar, y por supuesto sin indemnización, pero ni demás tonterías. Menuda era ella para esas cosas. No iba encima a darle papeles a una emigrante estúpida que sólo tenía dos carreras en su país y se ganaba aquí la vida como buenamente podía.

Clasista y racista, lo tenía todo la buena mujer. Y yo iba a disfrutar con la noticia que tenía que darle, destrozándole sus rancios principios éticos y morales. Me regodeaba por dentro al anticipar el momento, y claro, se me tuvo que notar en la cara.

—¿No era tan urgente lo que tenías que decirme? No estoy para perder el tiempo con tonterías, Luci. No sé por qué sonríes, no me parece el momento.

—Tiene razón, doña Mercedes, discúlpeme. Me sonreía porque me he acordado de una cosa sin importancia que a algunos les puede parecer hasta graciosa, nada más. Pero le aseguro que lo de Andrés es muy grave. No sé si ni siquiera podrá usted solucionarlo, creo que es una enfermedad incurable.

El cinismo supuraba por todos mis poros, mientras intentaba poner mi mejor cara de póker. Doña Mercedes me miraba confundida, le había infligido una pequeña brecha en su flanco y pareció dudar un segundo.

—Pero, ¿qué tiene mi niño? —preguntó la mujer, asustada de verdad

ante mi gesto serio—. Mira que le tengo dicho que no vaya a esos países sin civilizar, que puede pillar cualquier cosa.

Con esos países sin civilizar se refería a Sudamérica y parte de Asia, aunque también incluía algún país europeo como Grecia, Rumanía y otros que, según ella, no pintaban nada en la Unión Europea. Lo dicho, mi suegra tenía un gran futuro como dignataria neoliberal, había escogido lo mejor de cada casa.

—Pues sí, a lo mejor ha pillado alguna cosa por ahí. Claro, no toma precauciones y así le va. Espero que no me haya pegado nada... —dije con maldad, jugando con el doble sentido, sin pensar en ese momento que tal vez Andrés sí me hubiera pegado alguna enfermedad de transmisión sexual o algo peor. Aunque no creía, dada la escasa frecuencia de nuestros encuentros conyugales.

—Dios mío, Lucía, me estás asustando. ¿Qué tiene mi Andresito? —Sus nervios afloraban a ojos vista, y yo disfrutaba con el momento, alargando su agonía. Ni siquiera se percató de que me llamaba correctamente por mi nombre. — ¿Cólera, dengue o algo peor? ¿Qué le han pegado esos desgraciados a mi hijo?

—Siéntese, doña Mercedes, será mucho mejor —le aseguré al entrar en su saloncito preferido—. No quiero asustarla demasiado, pero lo que tiene Andrés es crónico. Creo que no se le va a curar en la vida, o eso dicen los entendidos. El que va allí nunca regresa, no hay vuelta atrás.

Doña Mercedes se echó las manos a la cara y comenzó a sollozar. Lo estaba pasando realmente mal, incapaz de adivinar lo que le sucedía a su hijito del alma. Tampoco podía prolongar demasiado su suplicio, así que me preparé para el golpe final; uno en el que utilizaría los mismos términos que había escuchado en más de una reunión familiar en casa de los Abengoa, sobre todo al hablar de los derechos de esos degenerados según su docta opinión, los homosexuales.

—¡Por Dios, Lucía! Dímelo ya, no me tengas en este sinvivir. Soportaré lo que sea, pero debo saber a qué me enfrento, seguro que podremos hacer algo. Conocemos a los mejores médicos, y si hay que llevarle a Houston o dónde sea, allí estaremos. ¿Qué tiene Andrés?

Me tomé un momento de respiro, la miré directamente a los ojos y solté la bomba que esperaba hundiera para siempre a mi némesis.

—Mucho mariconeo es lo que tiene —solté sin inmutarme.

La señora Abengoa me miró con un rictus de desprecio, mientras el

color grana comenzaba a cubrir sus mejillas. Sus ojos despedían chispas y no sabía si la rabia o la vergüenza se acabarían por imponer, pero allí iba a arder Troya.

—¿Qué has dicho, querida? Creo que no te he entendido bien.

—Me ha entendido perfectamente, doña Mercedes. ¿No lo llamaba así su santo esposo en alguna comida familiar? Ahora no recuerdo si decía mariconeo o mariconismo, pero para el caso es igual.

—¿Cómo te atreves a...?

Doña Mercedes se levantó como un resorte, dispuesta a abofetearme por semejante calumnia. Pero yo me adelanté a sus movimientos y esquivé el golpe. Me eché para atrás y seguí con la retahíla, haciendo hincapié en cada sílaba, desgranando los insultos que alguien tan homófobo como la familia Abengoa siempre había utilizado al referirse a los gays. Y no es que yo tuviera nada en contra de ellos, pero tampoco me esperaba que Andrés saliera así del armario. Me podía haber avisado con tiempo, maldita sea.

—Sí, maricón se ha dicho toda la vida, ¿no? Eso de gay u homosexual es muy moderno para ustedes. Pero vamos, que la lengua castellana es muy rica y para los insultos ni le cuento: bujarra, mariposón, sarasa, trucha, comealmohadas y un montón más. ¿Quiere que siga? Si no lo entiende le hago un croquis.

—Estás loca, eso es lo que pasa. ¿Cómo te atreves a entrar así en mi casa y soltar toda esa sarta de patrañas?

Yo no estaba dispuesta a ceder. Ya me había encendido y la mecha estaba a punto de explotar. Total, no tenía nada que perder. O quizás sí, no calculé las posibles consecuencias de mis actos y me solté la melena. Y que saliera el sol por Antequera.

—¿Loca yo? Más quisiera usted, maldita bruja. He pillado a su niño con la boca llena, chupándole el rabo a un enorme negro con el que estaba haciendo guarrerías en nuestra habitación.

— Fuera de aquí, no quiero volver a verte en la vida —gritó doña Mercedes hecha una furia intentando acallarme.

—Y menos mal que los he pillado en los preliminares. Si llego a aparecer unos minutos después nunca me hubiera recuperado de la impresión. Esa enorme verga africana destrozando el culito de su Andrés tenía que ser de Oscar del cine porno. Sí, no me mire así; su hijo tiene más pinta de comealmohadas que de soplanucas, las cosas como son. Visto lo visto, no creo que le tocara el rol activo en esa pareja, por mucho que siempre se las

haya dado de machito.

Es cierto, lo reconozco; me estaba solazando en mi venganza y la lengua se me había soltado del todo, me daba igual ser soez. Quería humillar al monstruo que me había hecho imposible la existencia desde que me casé con su hijo, y por eso hice hincapié en los aspectos que yo creía que le harían más daño.

—¡Basta ya, desgraciada! —chilló fuera de sí. El color granate de sus mejillas se iba oscureciendo por momentos, todavía le daba un ictus y la palmaba allí mismo—. Ya te estás retractando de esas acusaciones infames o de lo contrario...

—O de lo contrario, ¿qué? —le espeté con aplomo—. ¿Me va a desheredar? Me da lo mismo, no quiero nada suyo. O sí, ya veremos. Voy a ponerle una demanda de divorcio a Andrés y le voy a sacar hasta los ojos. A ver cómo le cuenta al juez que le he pillado chupando con ganas el pollón de su amante negro, en nuestro propio dormitorio. ¡Qué vergüenza!

Doña Mercedes echaba fuego por la boca mientras se acercaba a mí, y yo reulaba para no ser arrasada por su ira. Pero ya había abierto la espita y nada ni nadie podrían pararme en semejante tesitura.

—¡Mentira! Eres una muerta de hambre y siempre has querido quedarte con nuestro dinero. ¡Por encima de mi cadáver! Te demandaré por injurias y calumnias, y te pondremos de patitas en la calle, con una mano delante y otra detrás.

—Sí, eso quisiera usted, como han hecho con la pobre criada filipina. Pero yo no soy como ella y tengo mis derechos. Lo que le jode es que su niño sea maricón, lo más bajo en su rancia escala de valores. Ya sólo le falta convertirse en perroflauta y votar a la izquierda para que su vergüenza no tenga límites. Y sí, Andrés disfrutaba de lo lindo chupándole el rabo a un enorme negro que tenía pinta de empotrador. No sé si después va a poder sentarse en una semana, eso tiene que doler una barbaridad.

—¡Ya está bien, largo de aquí! O te marchas ahora mismo o llamo a la policía. Y ya tendrás noticias de mis abogados, te aseguro que no te irás de rositas. ¿Tienes pruebas de semejante infamia?

—¿Qué más pruebas quiere? Lo he visto con mis propios ojos. El cabrón de Andrés se lo montaba con ese tío en mi propia casa, en nuestro dormitorio. ¿Qué más necesita?

Yo había perdido el control un segundo antes, pasándome de verdulera al hablarle de esa manera a mi suegra, pero se lo tenía bien merecido.

Tampoco quería provocarle un infarto o algo así, pero mi subconsciente me avisó de algo que tardé en asimilar.

—No tienes pruebas, bonita. Será tu palabra contra la de Andrés. Entre el honor de los Abengoa y las invenciones de una desequilibrada como tú, imagina a quién hará caso un juez. Despídete de tu vida, guapa, yo soy la que te va a hundir en la miseria.

—¿Usted ya lo sabía? —pregunté al azar, iluminada por una idea peregrina que quería hacerse hueco en mi cabeza—. No, no puede ser...

—No sé de qué me estás hablando, Luci, pero has agotado mi paciencia por hoy. No hagas más el ridículo y sal ya de aquí. Y prepárate para más de una demanda, te voy a dejar en cueros.

—En cueros estaba su Andresito, sudando como un gorrino mientras disfrutaba de su amante negro. Sí, un asqueroso negro venido del África, de esos que tanto le gustan a usted. Aunque viendo su reacción, creo que todo el mundo sabía que mi marido era gay menos yo, soy una idiota.

—No sé de qué me hablas, tus delirios no te dejan razonar. Ya te darás cuenta de las barbaridades que has soltado por esa boca cuando te lo haga pagar. Te vas a arrepentir de esto, querida.

—¡Joder, soy tonta! —exclamé al fin tras caerme de la parra—. Todos lo sabían y yo sin enterarme. Seguro que muchos de sus viajes de trabajo han sido más por placer que por otra cosa. He estado ciega durante demasiado tiempo, pero ya me he quitado la venda de los ojos. Aunque no sé si sus amistades del Casino, o los feligreses de su parroquia, conocen las aficiones carnales de Andrés Abengoa.

Doña Mercedes no aguantó más y me echó con cajas destempladas. Me fue arrinconando pasillo adelante hasta que llegamos a la entrada. Entonces abrió la puerta y me invitó a salir con gesto fiero, no sin antes soltarme su última amenaza.

—Por tu bien espero que no sigas adelante con esta farsa. Puedes obtener el divorcio de Andrés, pero ni un duro de él y por supuesto, olvídate de mi nieta. Y sobre todo, habrá que hacerlo con discreción. Eso o te jodo la vida para siempre, tú verás.

No me sorprendió que la lengua bífida de la víbora soltara un taco en medio de la frase, la clase no distingue en momentos puntuales. Pero yo estaba dispuesta a luchar y más si me tocaban a mi hija. Así que me despedí con gesto triunfal, aunque no había disfrutado tanto como suponía. Parecía que la familia Abengoa había silenciado el secreto de Andrés y a doña

Mercedes no le había pillado tan de sorpresa mi anuncio.

—Ya lo veremos, vieja loca. A mi hija ni la mencione. Y sobre lo de Andrés, ya pensaré lo que hago. Tengo amigos informáticos, igual monto una página web contando las aventuras extraconyugales de mi amado esposo. Ya sé que entre los de su clase está bien visto que el hombre de la casa tenga una o más queridas, aunque no sé si sus amistades tolerarán igual de bien lo del negrito, sentado a la mesa familiar en la próxima Navidad.

El portazo casi me da en la cara, pero tuve tiempo de saltar antes de que la puerta me golpeará. Salí de allí con una opresión en el pecho, quizás había cometido un error fatal al encabronar de esa manera a la mala del cuento. Pero ya no había solución ni marcha atrás, así que apechugaría con lo que tuviera que venir.

Abandoné el portal, me dirigí hacia el Paseo de la Castellana y comencé a andar hacia el norte, camino de mi oficina. No había comido nada en toda la mañana, pero mi estómago se había cerrado y la angustia se apoderó entonces de todo mi cuerpo. La dichosa úlcera apareció para saludarme y supe que aquel día de mierda todavía no había terminado.

Quise regodearme en mi venganza y me equivoqué. Me había salido el tiro por la culata, eso me pasaba por no pensar las cosas lo suficiente. Me dejé llevar con doña Mercedes y cometí un error de bulto, dando munición a mis enemigos. Pero yo no iba a arredrarme. Si la vieja quería luchar, yo estaba dispuesta a ello. Y no sabía con quién se jugaba los cuartos, eso por descontado.

Capítulo 3

Cuando se cierra una puerta

Entre pitos y flautas, serían cerca de las dos de la tarde cuando me acerqué de nuevo a mi oficina. No me apetecía nada subir en esos momentos, calentita todavía después de la discusión con mi suegra, pero no me quedaba otro remedio. Después de todo, en ese preciso momento, no me parecía tan mala la idea de Patri de media mañana: ahogar mis penas en alcohol. Aunque mi úlcera se rebelara, esa jornada de infausto recuerdo se merecía algo con fundamento para celebrarlo.

Se me ocurrió que igual mi amiga malasañera, Patri, estuviera todavía de picos pardos por ahí, sin querer presentarse en esa oficina donde nos habían humillado de semejante manera. Así que le mandé un *whatsapp*, por si acaso:

—¿Dónde andas, guapa? He tenido movidón en casa y no me apetece verle el careto a don Vito. ¿Tomamos algo antes de la sentencia de muerte?

—Iba a comer ahora, pero da igual. Estoy en la barra del Henry's, aquí te espero.

—Ok, voy para allá. Hasta ahora.

Me acerqué a una de las cafeterías preferidas de los empleados de mi empresa, donde servían un menú casero que no estaba mal de precio, situada en una bocacalle algo alejada del jaleo de la Castellana. Me encontré a Patri en la barra, casi sonriente, y mi compañera me hizo un gesto para que me acercara.

—No tienes muy buena cara, Lucía, ¿qué te ha pasado? —me soltó nada más tenerme a su lado.

—Ya te contaré con calma, es muy fuerte. La he tenido con mi marido y después con mi suegra.

—¿Con tu suegra? Chica, vaya movidas raras que tienes tú también, no me entero de nada.

—Luego te lo explico, que aquí no es plan. ¿Alguna novedad en la ofi?

—No mucho, la verdad. Algunos de los compis quieren liarla y amenazan con la huelga. Pero ya sabes, siempre están los típicos lameculos para joderlo todo. Si no nos unimos entre nosotros, poco vamos a poder hacer

contra esos cabrones.

—Ya veo —dije distraída.

—Anda, vamos a comer algo. He pedido turno en el comedor mientras te esperaba y ya nos toca. A ver si se te pasa la caraja y te centras un poco.

—Buf, no sé si podré comer algo. Se me ha cerrado el estómago.

—Ya, esto es una mierda, menudo panorama. Pero algo tendremos que echar al buche, este cuerpazo no se mantiene del aire.

—Si yo te contara...

Patri no decía ninguna mentira. Mi compañera era una chica que apenas llegaba al 1,60 m, con unas curvas rotundas que no pasaban desapercibidas. Y menos con las pintas con las que a veces se presentaba en la oficina. A ella le daba igual todo el mundo y no se asustaba por esas tonterías, pasaba de convencionalismos. Podía acudir a la oficina con unos vaqueros rotos, unas zapatillas desastradas o una camiseta reivindicativa, se la traía al paio lo que pensara la gente. Igual se la presentaba un día a doña Mercedes, para que la bruja del Oeste me desheredara del todo.

Pero era una chica estupenda, y una verdadera amiga aunque no nos conociéramos desde hacía mucho tiempo, ni por supuesto tuviéramos mucho que ver. Patricia era transparente y eso me gustaba de ella, no tenía otro trasfondo ni te buscaba las vueltas. Al pan, pan y al vino, vino, como solía ella decir.

Por no hablar de su éxito entre el género masculino, y eso que ella no iba de diva, ni nada que se le pareciese. Patri era un torbellino, alguien con una vitalidad arrolladora que te llevaba por delante en cuanto te despistaras un instante. Tenía algo especial, llámalo aura, carisma o como quieras decirlo. Y era consciente de ese poder que tenía, de ese poderoso influjo que a veces provocaba entre los hombres, aunque no fuera una belleza clásica.

De hecho se afirmaba que era una devoradora sexual, alguien que no se andaba con medias tintas a la hora de llevarse al huerto a quien le apeteciera. Al principio me chocó un poco su actitud al conocerla, pero yo no era nadie para juzgarla. Y menos viendo lo visto. Toda mi vida con el mismo hombre y me había salido rana.

Nos sentamos entonces a comer y pedimos la comanda. No es que me apeteciera mucho almorzar, pero llevaba sin tomar nada desde el desayuno. Entre la úlcera y los disgustos había adelgazado bastante en los últimos meses, y estaba harta de que me lo repitieran mis compañeros, entre ellos Patri. Me pedí entonces una ensalada César y una dorada a la plancha, aunque

no veía yo que mi estómago fuera capaz de digerir aquello.

—¿Ya estás con el verde? —preguntó Patri con sarcasmo—. Ya te he dicho que la lechuga es para los grillos, así no voy a hacer carrera de ti. Mírate, al final vas a ser una escoba con tetas.

—De verdad, Patri, no tengo ganas —respondí mientras escarbaba en el plato, sin pinchar más allá que algún tropezón de la ensalada—. Llevo un día de perros, no se lo deseo ni a mi peor enemigo.

—Pues nada, desembucha. Para eso están las amigas.

—No es que no quiera, pero es que...

—Ya, no te preocupes —contestó enseguida—. Lo entiendo, es algo muy personal. Y éste no es el mejor sitio.

Por un lado quería contárselo y desahogarme con alguien, esa quemazón en la boca del estómago me estaba matando. Ya no sabía si se debía a la úlcera, a los disgustos o a yo que sé qué, pero me ardía el tubo digestivo y amenazaba con echar fuego por la boca como un dragón de película. Pero por otro lado, aparte de que no era el lugar ni el momento más adecuado, me daba muchísima vergüenza contarlo en voz alta. Casi como si tuviera yo la culpa, cuando era la más inocente de toda la historia.

—Veamos, a ver por dónde empiezo. Eso sí, no te rías, que nos conocemos.

—No, tranquila, faltaría más. Tú cuéntale a la tita Patricia, ya verás cómo te quedas mucho más a gusto cuando lo sueltes. Y después nos metemos unos pacharanes para olvidar las penas y le decimos cuatro cosas a don Vito.

—Secundaría tu moción, pero igual reviento por algún lado. De acuerdo, al lío.

Patricia tenía un humor bastante peculiar, por lo que me preparé para lo que pudiera pasar. Comencé por comentarle cómo había dejado a Andrés a primera hora en la cama, con síntomas griposos, y pasé a describirle, sin demasiados detalles, la situación en la que le hallé después a media mañana.

—¡No me jodas! ¿En serio? —preguntó con asombro.

—Te lo juro, yo no sabía qué hacer. Cogí un zapato que había por allí tirado, luego caí en la cuenta de que quizás fuera de su amante, y se lo lancé a la cabeza. Le di en toda la frente, aunque sin demasiada fuerza. Lástima no haberle abierto una brecha allí mismo, aunque por lo menos le interrumpí el almuerzo.

—Me estás vacilando, no puede ser... —La sonrisilla comenzaba a

asomar en las comisuras de sus labios y me preparé para su andanada—. ¿En serio te has encontrado a tu amado esposo dándole mandanga de la buena a un negraco?

—Bueno, yo creo que era más bien al revés por lo que pude entrever, les pillé en plenos preliminares. Juraría que después Andrés iba a tener que soportar las acometidas de ese tipo, un armario ropero de dos por dos con unos abdominales de infarto, y te aseguro que daba miedo sólo de verlo.

Quise quitarle hierro al asunto y le seguí el juego, haciendo un gesto con mis manos para indicarle la verdadera dimensión del arma de grueso calibre. Mi amiga puso ojos como platos y ya no pudo contenerse.

—¡Estás de coña, a mí no me la das! Como intento para olvidar la putada que nos han hecho los jefes me parece un poco patético, pero se agradece.

Le hice un gesto con la cabeza para que entendiera que no me estaba inventando nada. Eso, y el rictus serio con el que hablaba, terminaron por indicarle la verdad.

—No, no puede ser... —Yo seguía impertérrita, afirmando que había sido así. Y entonces ella subió un poco el volumen, quizás demasiado para una conversación discreta de la que no quería que se enterase nadie—. ¿Me estás diciendo que has pillado a tu marido comiéndole la polla a semejante semental?

La muy cabrona se puso a hacer gestos, moviendo su mano e imitando como sería un carrillo inflado por albergar semejante cacho de carne.

—Schhh, calla. No hace falta que se entere todo el restaurante.

—Joder, Lucía, ¡qué fuerte! ¿Y por qué no te has unido a la fiesta?

—¡Si hombre! Lo que me faltaba por escuchar.

—No me seas mojugata, leche. A tu marido ya le conoces bíblicamente e igual no se te presenta otra ocasión de probar un empotrador así en tu vida.

—Si sabía yo que no te tenía que contar nada. Se acabó, ya está bien.

—Perdona, perdona, soy una idiota —contestó al momento Patricia mientras intentaba aguantarse la risa—. Yo me hubiera unido a la orgía, aunque igual me toca aplaudir o montármelo por mi cuenta si los dos tortolitos no me hubieran hecho caso. Aunque nadie se resiste a estas curvas de infarto.

Y entonces Patri hizo un poco el payaso, para romper la tensión del momento, mientras se contoneaba en la silla de forma supuestamente lujuriosa. Me dio entonces un golpe en el brazo, para animarme, y yo también

sonreí.

—¡Madre mía, no quiero ni imaginármelo! O sí, ¡qué narices! ¿No habrás inmortalizado el momento con el móvil?

—Pues mira, no, no he caído en esos momentos. He salido de allí por patas, no tenía ganas de humillarme más aún.

De hecho ella siguió diciendo tonterías y acabamos casi llorando de la risa, cerca de que alguien nos llamara la atención por el espectáculo montado.

—Venga, Patri, vale ya...

—Si es que no se te puede sacar de casa, amiga. Mira la que has liado en un momento. A quién se le ocurre descojonarse de un pobre hombre al que le van los sementales de ébano. ¡Quién los pillara!

—Se acabo, Patri. Sé que lo haces para que no me agobie con la situación, para quitarle importancia. Pero te aseguro que no es fácil, y menos en un día como hoy.

—Ya imagino, lo siento. Y perdona si me he pasado de la raya, sabes que se me calienta la boca y no puedo parar. No me lo tengas en cuenta, guapa. ¿Y qué vas a hacer a partir de ahora?

—Pues me tenía que haber estado quietecita, pero a mí también se me ha calentado la boca. Y creo que he metido la pata hasta el fondo.

—¿Qué ha pasado? En ascuas me tienes, ladrona...

Patri me guiñó el ojo y le conté el resto de mi experiencia matutina: mi encuentro con doña Mercedes y esa conversación tan sosegada, algo normal entre nuera y suegra, en los términos que todos conocéis de sobra.

—¡Joder con la víbora! Por lo que cuentas parece que ya lo sabía.

—Sí, esa impresión me ha dado a mí también. Y encima le indico los siguientes pasos que voy a dar, soy idiota; ahora me estarán esperando.

—Habla con un abogado para asesorarte o contrata un detective para que investigue al pimpollo a fondo, seguro que aquí hay gato encerrado. Aunque creo que llevas las de ganar, le has pillado in fraganti.

—No sé, no lo veo yo tan fácil. Y no sé qué voy a hacer a partir de ahora.

—De momento, esta tarde te vienes a mi casa, tengo una habitación de sobra. Si no te importa compartir espacio con esa bicicleta estática que sólo utilizo de perchero, puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

—Gracias, Patri, pero no sé. Ya veré lo que hago —respondí azorada ante su invitación de buen grado.

—No pierdas el tiempo, ellos ya estarán planeando su estrategia y no

querrás que te pillen en bragas, monina. Busca un buen abogado y desplúmales. Que yo sepa, la mitad de lo que tengáis es vuestro.

—Ya te digo yo que no, me obligaron a firmar un contrato prenupcial. El piso en el que vivimos es de mis suegros, y yo no tengo nada a mi nombre. Cada uno sigue llevando su cuenta corriente y doña Mercedes no va a permitir que toque ni un céntimo del dinero de los Abengoa. Por no hablar de mi hija, seguro que me la quieren quitar también.

—La niña ya está crecida, podrá elegir lo que quiera hacer con su vida. Aparte de que ya es mayor de edad y ahora se encuentra en la universidad. Con lo bien que se lo estará pasando en el campus de Salamanca no creo que quiera regresar a Madrid para meterse en medio de un *fregao* de semejante calibre.

—No sé, tendré que decírselo de algún modo. A ver si la llamo luego, aunque me da mucha vergüenza.

—Como te he dicho antes, tú no has hecho nada malo. El adúltero es su papaíto, aunque el tipo de amante es algo diferente a lo que nos tienen acostumbrados estos hombres de bien.

—Ya, pero compréndelo, no es fácil para mí. Anda, vamos a pedir la cuenta y regresamos a la oficina. Todavía llegamos tarde y nos ponen de patitas en la calle sin finiquito ni nada.

—Hablando de finiquitos...

—¿Sí?

—Creo que voy a aceptar el despido pactado.

—¿En serio? Yo no sé todavía lo que voy a hacer, he estado un poco ocupada esta mañana. Además, todavía nos tienen que contar esta tarde las condiciones y nos dan quince días para pensárnoslo.

—Paso de que me bajen más el sueldo, te recuerdo que ya nos quitaron el variable y los beneficios sociales.

—Lo recuerdo perfectamente, son unos capullos. Y eso que la empresa no tiene pérdidas, que lo sé de buena tinta —repliqué.

—Me aburre lo que hago en el curro, yo necesito otras metas. Entre el paro, los trabajos *freelance* de diseñadora que puedo incrementar a partir de ahora y otras cosillas, tengo para tirar una temporada. Y tú, ¿qué vas a hacer? Mi invitación sigue en pie.

—Buff, no sé, es todo demasiado precipitado. Mi vida se ha puesto del revés en sólo unas horas y todavía lo estoy asimilando. Aunque tampoco es que me apetezca regresar a casa esta tarde.

—No, claro, lo comprendo. Y menos en esa cueva de Sodoma en la que se ha convertido vuestro pisito de pequeños burgueses.

—Seguro que el tuyo es mucho más convencional, claro —dije con retintín.

—Bueno, tiene sus días. Aunque visto lo visto, no creo que te vayas a asustar por mis conquistas. Alguna vez subo a alguien a casa, pero soy muy discreta. Se acabó lo de pasear desnuda junto a mi pareja de turno, embadurnarnos de nata, y follar como locos en la encimera de la cocina. ¡Palabrita del niño Jesús!

—Ya, seguro que eso se lo dices a todas.

Capítulo 4

Comenzar de cero

Esa misma tarde los jefes de departamento nos detallaron la propuesta de la empresa. Nuestros compañeros habían comenzado a organizarse y, aunque no había delegado ni comité sindical desde que Jesús diera la espantada unos meses atrás, se las arreglaron para apretar a los responsables y negociar unas condiciones no tan pésimas para los empleados.

—Se rumorea que la bajada será sólo del 20% para los sueldos inferiores a 24.000 euros brutos anuales, o sea la mayoría de los empleados de la empresa, y un 30% para los que ganen más y no sean de los elegidos, claro —me confirmó Patri cuando salimos de la reunión vespertina.

—O sea, la guardia pretoriana de don Vito; a éstos no les tose nadie, como a la idiota de mi jefa. Se cree que por tener dos carreras y un Masters del Universo es mejor que nadie. Y luego no sabe hacer la O con el culo de un vaso y tenemos nosotras que sacarle las castañas del fuego —respondí.

—Que me vas a contar, Lucía, te regalo al inepto de Luis, mi amado superior. Tú con Menchu no tienes que soportar encima sus insinuaciones y babeos constantes. Te juro que un día le planto una hostia en plena jeta y me quedo tan ancha.

—¡Ni se te ocurra! —fingí escandalizarme—. Ese tío es un gilipollas, no merece la pena que te manches las manos con él. Total, ¿no dices que te vas a ir?

—Creo que sí, aunque la bajada de sueldo no sea tan brutal. Y más si consiguen que la indemnización sea de 45 días por año trabajado. Por lo visto hay algunos compañeros que conocen los trapos sucios de don Vito, y a la empresa no le conviene que lleguemos a juicio.

—Claro, mejor que sea algo pactado entre las partes y nada de meter a magistrados de por medio. Y si unos consiguen esa indemnización, que ya está en boca de toda la oficina, los demás no vamos a quedarnos atrás. No podrán discriminar entre diferentes empleados, nos tendrán que indemnizar con la misma cantidad.

—Eso mismo pienso yo. ¿Te apuntas entonces? Yo entré un poco antes

que tú, pero más o menos llevamos lo mismo, unos cuatro años en la empresa. Eso son 180 días de sueldo como indemnización, medio salario anual en bruto más el paro. No está tan mal para ir tirando.

—No te creas, me lo estoy pensando. Primero a ver si me aclaro con mi situación personal, que bastante jaleo tengo encima.

—Claro, eso es lo primero. Yo lo tengo casi decidido, la verdad. Lo consultaré con la almohada pero creo que cogeré el despido. En cuanto me confirmen que los rumores son ciertos firmo el finiquito, no vaya a ser que se echen atrás.

—Yo lo sopesaré cuando aclare un poco el lío que tengo en la cabeza y seguramente lo haga también. Entre que no tengo ganas de que me bajen el sueldo, aunque sea un 20%, que no quiero seguir trabajando en una empresa a la que llegué recomendada por amigos de mi marido, y que encima tú te marchas, me parece a mí que la decisión será la misma que la tuya.

—Y si encima te vienes a vivir conmigo seremos dos tías buenas en el paro, dispuestas a arrasar Madrid. ¿No te suena bien?

—Si tú lo dices...

—Bueno, yo me piro a casa, ya he tenido bastante por hoy. Mi invitación sigue en pie, ya sabes. Tengo el móvil encendido las 24 horas, así que si luego te quieres venir a Tetuán no hay problema. Me pegas un toque y ya está.

—Muchas gracias, guapa. De momento regresaré a mi casa, aunque todavía no sé lo que voy a hacer. Tengo que hablar también con mi hija y no es fácil todo esto. La verdad es que no me lo esperaba para nada, en el fondo es una putada.

—Claro, te entiendo. Y recuerda buscar a un abogado para que no te pillen desprevenida. Bueno, hablamos luego. Y si no, mañana nos vemos en este antro, a ver si se aclara un poco la situación en la oficina.

—Gracias de nuevo por todo, Patri. Me has sido de mucha ayuda, aunque me hayas hecho pasar un poco de vergüenza en el restaurante.

—De vergüenza nada, ya te lo he dicho. Tú no has hecho nada malo y el capullo es él. Que le vayan dando, que parece que le gusta.

Patricia me guiñó el ojo, antes de darme un abrazo fraternal que necesitaba como el comer. Ella se marchó de la oficina y yo salí unos minutos después, dispuesta a enfrentarme a la dura realidad.

De camino a casa me dispuse para realizar una de las llamadas más complicadas de mi existencia. Marqué el número de Carol y segundos

después comencé a hablar con ella de banalidades. Pero claro, mi hija me conocía perfectamente y supo enseguida que le ocultaba algo.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó tras contarme sus novedades en la universidad—. Te noto un poco distraída, si quieres hablamos en otro momento.

—No es eso, hija. Verás, es que hoy he tenido un mal día y me apetecía escuchar tu voz para terminarlo mejor.

Carol era una chica despierta y vitalista, joven pero a la vez muy madura y con los pies en la tierra. Se emocionaba casi por cualquier cosa y disfrutaba mucho con sus primeros pasos como una mujer semi independiente, pero a la vez era muy intuitiva y sabía que la vida no era un lecho de rosas. Supe que no podría ocultarle la verdad y menos con todo lo que había sucedido.

—Ya sabes que puedes contarme lo que sea. ¿Has tenido algún problema en el trabajo? Seguro que es eso. O el plasta de papá, que estará con alguna de sus historias.

Carol idolatraba a su padre, pero algunas veces le sacaba de quicio, como a mí. Creía conocerle perfectamente, aunque intuí que ella no sabía nada del pequeño secreto de Andrés. O eso esperaba al menos, no fuera a ser yo la única idiota que no se había enterado hasta ese momento. Decidí contarle primero lo ocurrido en la oficina, para ganar tiempo.

—Vaya, lo siento mucho, es una verdadera faena —respondió con educación. Carol tenía mucho cuidado en no decir palabrotas delante de sus padres después de las broncas que se había ganado, sobre todo por parte de Andrés y de su abuela paterna, pero la entendí perfectamente. Para mí sonó como un “Joder, menuda putada”, que realmente era una mejor definición tras lo sucedido.

—Pues sí, la verdad. Y todavía no sé qué hacer, aunque seguramente me acoja al despido. Es lo mejor para todos.

—Bueno, yo te apoyaré en lo que decidas, ya sabes. Además, ese trabajo no es para ti, tú vales mucho más. Y papá seguro que encantado, él prefiere que te quedes en casa. ¿Qué opina él de todo esto?

—No sé, no se lo he preguntado todavía. Ni creo que lo haga, visto lo visto —me lancé a tumba abierta. Ya no podía dar marcha atrás y le di pie a Carol para que preguntara a su vez—. Tu padre tiene otras preocupaciones en la cabeza, me parece a mí.

—¿Le ocurre algo a papá? —preguntó asustada Carol—. Hablé el otro día con él y parecía contento.

—No me extraña, con esos homenajes que se da.

—No entiendo nada, mamá. ¿Qué ocurre? Me estás preocupando, la verdad.

—Verás, hija, es que esto no es fácil para mí. Llevo un día muy malo y tanta desgracia junta está sacando lo peor de mí. Yo no soy tan cínica, aunque quizás me iría mejor en la vida si me preocupara un poco más de mí y menos de los demás.

Carolina seguía sin comprender los devaneos de su madre, así que tiré por la calle del medio. Primero le conté cómo había dejado a su padre en la cama con fiebre, luego le expliqué lo que me había dicho la doctora de mi úlcera y después, una vez que nos dieron el palo en la oficina, le narré mi regreso a casa. No entré en detalles, pero Carol no se anduvo por las ramas.

—¿Pillaste a papá con otra en la cama? Joder, eso es muy fuerte, no me lo puedo creer —dijo con voz temblorosa.

No tuve en cuenta el pequeño taco soltado, tampoco era el momento de pararme a pensar en esas tonterías. La situación lo requería y eso que Carol no conocía todavía toda la verdad. Tragué saliva y continué con la explicación.

—Con otra no, hija. Le he pillado con otro.

—Como que con otro, ¿a qué te refieres? No te entiendo, no sé...

El silencio se instaló a través de la línea telefónica y yo dejé que Carolina se diera cuenta por sí misma de la magnitud del descubrimiento. Y claro, la negación se apoderó de su primer discurso, algo habitual en esos momentos.

—No puede ser, mamá, tiene que tratarse de una equivocación. Quizás estaba reunido con alguien y tú has malinterpretado las señales, nada más.

—Lo siento, hija, no hay equivocación posible. Tu padre tenía una reunión personal, sí, pero de naturaleza muy íntima.

Al final tuve que darle algún detalle del acompañante de Andrés y la situación en la que los había pillado. Mi hija se quedó sin palabras durante unos segundos y yo callé para no echar más leña al fuego.

—Vaya, no sé qué decir. La verdad es que me has dejado muerta, no puedo ni imaginármelo. No querría tener esa imagen en mi cabeza y...

—Lo mismo me pasa a mí, hija, y yo lo he tenido que ver en vivo y en directo. Es muy duro, te lo aseguro. Después de veinte años juntos una no se espera estas cosas. Y encima parece que somos las últimas tontas que nos enteramos de la movida.

—¿De qué hablas ahora? Esto es demasiado para mí, lo siento, no sé si deberías comentarlo conmigo.

—Creía que tenías derecho a saberlo. Y prefería contarte mi versión, que es la real, antes de que tu abuela malmetiera entre nosotros. ¿No te ha llamado todavía?

—La verdad es que sí; tengo una llamada perdida suya, pero estaba en clase y no se lo he podido coger. ¿Qué le ocurre a la abuela ahora?

Le conté entonces la conversación con doña Mercedes, aunque tampoco insistí demasiado en los detalles más escabrosos. Sí le di a entender que mi suegra lo sabía todo desde el principio y que ella no iba a permitir que manchara el nombre de los Abengoa de ninguna manera. Y por supuesto, añadí su velada amenaza sobre lo concerniente a mi hija.

—Pasa de la abuela, ni caso. Además, pienso seguir en Salamanca estudiando, ya soy mayorcita para decidir mi vida. Y ya veré lo que hago luego.

—Ya, pero tendrás que regresar a casa en Navidad, Semana Santa y verano. Y si tu padre y yo nos separamos, no podré verte en esas fechas tan señaladas.

—No te preocupes, mamá, no me vas a perder. No quiero ponerme de parte de nadie y espero que arregléis esto de forma civilizada, no me apetece declarar en un juicio. Yo te aconsejaría que lo hablaras con papá, aunque sé que no es fácil después de lo que ha pasado.

—Sí, eso haré, aunque me cueste un mundo. Espero que tu abuela no le coma demasiado la oreja, ya sabes la influencia que tiene sobre él. Somos dos personas adultas que pueden poner fin a una relación de mutuo acuerdo para facilitar las cosas a todos, aunque el desencadenante de todo sea algo tan poco usual.

—Bueno, pues ya me contarás. Eso sí, te recomendaría que hablaras también con un abogado, por si las moscas.

—Sí, hija, así lo haré. Siento haberte dado este disgusto y gracias de nuevo por tu comprensión.

—Te tengo que dejar, mami, tengo una llamada en espera. Un beso grande.

—Hasta pronto, Carol. Un beso.

Mi hija había colgado el teléfono antes siquiera de que terminara mi última frase. Parecía habérselo tomado bastante bien, dadas las circunstancias. Y eso no sabía si me afectaba a mí en algo, tendría que

asimilarlo primero. Tal vez Carol no lo supiera a ciencia cierta pero, una vez pasada la sorpresa tras la noticia, parecía haberlo asumido con naturalidad. Como si después de todo fuera algo que quizás ya hubiera sospechado en alguna ocasión.

Yo seguía muy enfadada por el día de mierda que llevaba, pero en el fondo ignoraba si mi cabreo se debía a que Andrés me había engañado, o al tipo de traición cometida. La úlcera, el despido en la empresa y la bronca con doña Mercedes no ayudaban precisamente a mitigar el dolor que se había instalado en mí, pero en el fondo casi parecía una liberación.

Claro que me había cabreado con la situación, pero quizás hubiera sido mucho peor encontrármelo con una pelirroja de grandes tetas, una de sus supuestas fantasías según me había confesado en alguna ocasión en nuestra juventud, aunque ahora creía conocer mejor sus verdaderos gustos y aficiones en la cama. Sí, Andrés me había puesto los cuernos y me dolía, pero quizás mi mente quería asimilar que no había sido por una cuestión de traición a nuestro matrimonio, sino por una necesidad imperiosa de revelar su verdadera naturaleza sexual, quizás reprimida desde tiempo inmemorial.

Seguro que si un marido pilla a su esposa con otra mujer en la cama se lo toma mejor e incluso pretende unirse a la fiesta, otra de las fantasías recurrentes de los hombres. Eso mismo insinuó Patri, la desinhibida de la oficina, y a mí me sentó fatal. Pero en el fondo era casi una bendición para todos haberme enterado del secreto de Andrés. Él ya no tendría que esconderse, si es que su familia se lo permitía, y yo podría rehacer mi vida. Mejor eso que seguir con un matrimonio que, a todas luces, se había convertido en una pantomima.

La verdad es que yo había querido mucho a Andrés, y pensé que el sentimiento era recíproco. Pero él nunca se entregó del todo. Creí que se debía a su propia naturaleza, a su personalidad, y me equivoqué de pleno. Nuestra vida en pareja derivó hacia una convivencia más o menos tranquila, y en realidad ni recordaba la última vez que habíamos tenido relaciones sexuales.

Me decía a mi misma que eso era lo habitual en un matrimonio de dos décadas, pero todavía éramos jóvenes. La convivencia, el trabajo, los hijos y las preocupaciones de la vida matan la pasión de los primeros momentos, aunque ni siquiera entonces podía recordar a un fogoso Andrés. Fue entonces cuando comencé a recordar detalles de su comportamiento que en su momento no me parecieron sospechosos, pero que vistos desde otra

perspectiva ayudaban a clarificar mejor el engaño al que me había visto sumida sin apenas percatarme.

Decidí afrontar la situación y hablar con Andrés cara a cara, sin injerencias. Ni siquiera sabía si se encontraría a esas horas en casa, habría vuelto al trabajo o se había fugado con su amante al Caribe. Y lo peor de todo era que ya no me importaba, no después de haberme quitado la venda de los ojos. No es que hubiera sido una mujer infeliz en mis años de casada, pero entonces me di cuenta de muchas cosas que me había perdido.

Las sorpresas no habían terminado todavía y antes de llegar a mi mancillado hogar me encontré con una vieja amiga a la que hacía tiempo que no veía. Sonsoles era una mujer algo más mayor que yo, divorciada, que vivía en el barrio de Salamanca pero solía pasarse mucho por nuestra zona, sobre todo para ir de compras a determinados sitios.

—Hombre, Lucía, ¡qué alegría verte!

—Hola, Sonso, estás estupenda —afirmé sin mentir tras darnos los consabidos dos besos de rigor al saludarnos—. ¿Qué haces por aquí?

—Ya sabes, de compras. Y gracias por el piropo, la verdad es que me siento bien. Me he apuntado al gimnasio y me tomo la vida de otra manera después del divorcio. Si Juanjo quiere perder el tiempo con niñas sin cerebro que sólo van a por su dinero allá él, yo pienso vivir mi vida como me dé la gana. ¿Qué tal Andrés y tu niña?

El caso de Sonsoles no fue exactamente como el mío. Ella sabía que su marido no le era fiel, pero hacía la vista gorda. Hasta que Juanjo le pidió el divorcio, ya que según él se quería casar con su última secretaria. Sonso contrató a un tiburón como abogado, hasta ese momento ni lo recordaba, y le sacó los ojos a su marido. Se quedó con la mitad de sus posesiones y consiguió una pensión estupenda con la que vivía muy bien.

Ya había perdido la vergüenza contándoselo a Patri en medio de una restaurante y pasado lo peor tras hablar con Carol. Así que decidí que tal vez Sonsoles pudiera ayudarme, siempre venía bien tener aliados en ciertas circunstancias. Ella había pasado por un divorcio tormentoso, y aunque yo prefería no sufrir los mismos contratiempos, pensé que había que estar preparada para cualquier contingencia.

—Pues ahora que lo mencionas, tengo muchas novedades que contarte. Y además, necesito tu ayuda, creo que tú eres la única que puedes comprender mi situación. ¿Tienes mucha prisa? Podíamos tomar un café y charlar un ratillo, si te apetece.

—Hombre, claro, no hay problema. Y más ahora que me has dejado con la intriga, Lucía. ¿Estáis todos bien?

—Bueno, no del todo. Tranquila, ahora te lo cuento con calma.

Nos metimos en una cafetería tranquila del barrio, dispuestas a merendar y a cotillear un poco de los conocidos, por lo menos mientras entraba en materia. Sonsoles era buena haciéndole un traje al más pintado y yo me reía con sus historias y su manera de contarlos. Se veía que le había sentado bien el divorcio, yo la vi hasta más guapa aunque nunca hubiera sido una mujer demasiado agraciada.

—Ya ves, hija, a la vejez viruelas. El gimnasio me ha puesto un cuerpo que ni las jovencitas, tengo el culo prieto y unas piernas que ya quisieran muchas. Y aunque esta cara no sea la de Miss Mundo, no veas el éxito que tengo entre los chavales. Será que les gustan las maduritas con experiencia.

—No me digas que...

—Como te lo cuento, Lucía, vivir para creer. El idiota de Juanjo se lo pierde, no veas que bien me lo paso con mis follamigos. Se ve que el sexo rejuvenece, estoy en plenitud y me siento bien conmigo misma.

Después del día que llevaba, ya no podía escandalizarme por nada. La beata de Sonso se había echado al monte y por lo visto le sentaba estupendamente. Al final iban a llevar todas razón y tendría yo también que cambiar mi actitud ante un tema que, hasta ese momento, me había parecido bastante secundario en mi vida.

Sonsoles había sido una mujer de misa casi diaria, vestida siempre con ropa de ursulina que la hacía parecer más mayor. El cambio había sido brutal, estaba casi irreconocible: peinado más moderno, ropa más casual, ejercicio, dieta y una mejor actitud ante la vida le habían hecho afrontar su divorcio de otra manera. Y yo debía tomar nota, por lo que me pudiera pasar. Así que apunté mentalmente lo que me pudiera servir de su experiencia vital.

—Vaya, sorprendida me tienes. Se nota que estás pletórica, me voy a poner verde de envidia. Y yo con mi úlcera y mis historias, así no hay quien tenga buena cara.

—Pues ya sabes, olvídate de las penas y practica la dieta del cucurucho —soltó mientras se reía a mandíbula batiente. Desde luego la remilgada de Sonsoles había mutado en otra persona totalmente diferente y todavía tenía que calibrar si me gustaba más o menos que mi antigua conocida—. Bueno, y ya está bien de hablar de mí o de despellejar a los demás. ¿Qué te ocurre?

—Veamos, no sé por dónde empezar.

Ya había perdido la cuenta de las veces que había contado la misma historia, pero allí estaba de nuevo. Nos encontrábamos en una esquina solitaria de la cafetería, sin gente alrededor, así que no escatimé en detalles. Y menos después de ver la desenvoltura de la nueva Sonsoles, al parecer la nueva depredadora sexual de yogurines madrileños al por mayor.

—Vaya, vaya con Andrés, qué calladito se lo tenía.

—¿Te sorprende?

—Pues sí, la verdad, lo disimulaba muy bien. Pero al fin y al cabo es lo mismo de siempre. Nosotras somos las idiotas que sacamos adelante nuestras familias y ellos son los que se dan la vida padre. A saber lo que...

—Sí, no quiero ni pensarlo —contesté para que no verbalizara en voz alta lo que yo también me había planteado. Todos esos viajes de negocios, con sus consiguientes noches de hotel en diferentes lugares de España, Europa y Sudamérica, tal vez le hubieran servido a Andrés para conocer más en profundidad su lado oculto.

—Claro, te comprendo. Pero tienes que olvidarte de eso e ir a por todas. Yo te paso ahora mismo el teléfono de mi abogado, es una fiera. Y no sólo en el trabajo, ya me entiendes —soltó de pasada mientras me hacía un gesto pícaro. Ese día estaba hablando con mujeres que veían el sexo como algo placentero y no me parecía tan mal. Tal vez yo también debería olvidarme de mis pensamientos moralistas sobre el particular, sobre todo debido a mi educación cristiana y al tipo de gente con el que me había relacionado durante mi etapa adulta. Y más si a partir de entonces iba a convertirme de nuevo en una mujer soltera, aunque fuera casi cuarentona—. Con lo que me cuentas le puedes desplumar y quedarte con todo. Si él quiere irse a Chueca a disfrutar del fornicio con maromos de pelo en pecho es su problema, tú tienes que mirar por tu futuro.

—Sí, me va a hacer falta. Y más después de las amenazas de mi suegra —añadí antes de contarle la experiencia con doña Mercedes.

Charlamos todavía un rato y quedamos en que nos veríamos más a menudo. Aparte del teléfono de su abogado, apunté su nuevo número de móvil para seguir en contacto, —por lo visto Sonso era una apasionada del Whatsapp y las redes sociales—, y nos despedimos hasta la próxima.

Quedaba lo peor del día: afrontar una conversación con Andrés que nunca hubiera imaginado tener en esos términos.

Capítulo 5

La convivencia

Las siguientes dos semanas fueron complicadas en el trabajo, pero al final nos salimos con la nuestra. La empresa cedió y conseguimos el finiquito de cuarenta y cinco días por año trabajado y los papeles para arreglar el paro. Patri y yo nos marchamos de la oficina con más de diez mil euros de indemnización, y en el INEM nos concedieron también la prestación por desempleo con la cuantía máxima para personas solteras, en su caso, y casadas con un hijo, en el mío.

Total, tampoco tenía que contarle mi vida al funcionario de turno. Y eso que las cosas con Andrés habían ido mucho mejor de lo que me presuponía antes de enfrentarme a la peliaguda cuestión. Desde el principio no me puso problemas y se atuvo a concretar un divorcio de mutuo acuerdo, algo que no hiciera más difícil el ya de por sí tremendo trance para una pareja.

Durante los primeros días después de mi descubrimiento me martirizaba por las noches pensando en qué podía haber hecho yo mal para desembocar en esa situación. Y claro, intentaba pensar en Andrés como el típico cabrón que se la pega a su mujer con la primera que pasa.

El machismo imperante en nuestra sociedad no veía mal que el hombre tuviera sus escarceos extraconyugales, esas canitas al aire casi institucionalizadas en el imaginario colectivo. Incluso las amantes, o queridas como hubieran dicho mis suegros, eran algo habitual entre la gente pudiente. Una hipocresía mayor entre personas de clase media-alta, de tendencias conservadoras y católicas, que nunca había llegado a comprender del todo.

Pero Andrés me lo planteó de otro modo y yo le creí a mi pesar. Desde jovencito había sabido que él no era “normal”, como le decía su madre. Al principio intentaron corregirle, incluso llevándole a los mejores especialistas médicos por si el problema era de otra índole, pero la cabra tiraba al monte. Los Abengoa le dieron un ultimátum: o se casaba como una persona decente, formaba una familia y comenzaba una vida tradicional, o se atendería a las consecuencias. Le desheredarían, le echarían de la familia y le darían de lado para siempre.

Por el contrario, si aceptaba sus condiciones tendría ayuda para sus estudios, para comenzar su vida de casado y para establecerse en su carrera profesional. El pack completo, que incluía el piso en el que vivíamos para no tener que pensar en esas cosas. Eso sí, debía casarse con una buena chica católica y darle nietos. Lo que hiciera después en sus ratos libres no les incumbía, siempre que fuera discreto y nadie pudiera ponerles en vergüenza por sus actos de depravación.

—No me siento orgulloso, Lucía, pero acepté sus condiciones. Después te conocí en la universidad y comenzamos a tontear. Yo creí que igual mis padres tenían razón y sólo estaba pasando por una mala racha que al final se acabaría, por eso me empeñé en que lo nuestro funcionara. Pero enseguida comprendí que era algo inherente a mi naturaleza, por mucho que mis padres no lo comprendieran.

—Tranquilo, te entiendo. No te atormentes más.

Entonces lo comprendí mejor: ser machista, retrógrado y todo el pack que yo había visto siempre en él eran simple fachada, parte de la mentira que Andrés se había inventado para sobrellevar mejor su verdadera naturaleza y no dar pábulo a insinuaciones entre sus allegados. Una mentira de vida que ahora se resquebrajaba por los aires.

Mi todavía marido estaba avergonzado y se mesaba los cabellos mientras desnudaba su alma. Yo sabía que no resultaba fácil para él pero tampoco para mí. Y encima era yo la que intentaba calmar a Andrés, un hombre que debía haber sufrido lo indecible para llevar esa doble vida. Y lo peor no era que me engañara a mí o a sus padres, sino que vivía de un modo que le hacía completamente infeliz.

—Lo siento de veras, Lucía. Tú no te mereces esto, no después de todo lo que hemos pasado juntos. Yo te quiero mucho, aunque no es el amor que debería haber entre un hombre y una mujer casados.

—Ahora soy yo la que se siente fatal, Andrés. Yo también te he querido mucho y después de pillarte in fraganti quise odiarte, pero no me salía ese rencor de las entrañas. Casi que hubiera sido más fácil encontrarte con esa pelirroja pechugona con la que fantaseabas de jovencito.

—Pura fachada, ya has visto. Me van otro tipo de personas.

—Sí, no me lo recuerdes, menudo panorama. Pero bueno, ya no hay marcha atrás y debemos asumir nuestra nueva situación. Espero que podamos hacer esto como personas civilizadas y seguir cada uno con nuestras vidas.

—Por supuesto, no habrá problemas. Yo me encargo de mi madre, no te

preocupes.

Contraté al abogado recomendado por Sonsoles, por lo menos para los primeros pasos, y los Abengoa no se enzarzaron en discusiones vanas. No querían tener a un tiburón merodeando y tampoco querían enseñarse conmigo, así que llegamos a un principio de acuerdo antes de acometer el divorcio propiamente dicho.

Según ese primer acuerdo a ratificar por ambas partes una vez consumado el divorcio propiamente dicho, cada uno obtendría más o menos lo que deseaba. Andrés seguiría viviendo en la casa familiar, propiedad de sus padres, y yo declinaba cualquier derecho futuro sobre ese piso o cualquier otra propiedad de los Abengoa. Mi abogado pidió además un cheque de 80.000 euros adicionales, por las molestias, y una pensión vitalicia de mil ochocientos euros mensuales. Ellos no parecían por la labor de darme la razón en ese último punto, por lo que tuvimos que negociarlo.

Y por descontado, no obtendría ningún tipo de contraprestación hasta que firmara un acuerdo extra de confidencialidad. En él se estipulaba que jamás podría hablar del secreto que había arruinado nuestro matrimonio con nadie que no lo conociera ya, y por supuesto, con nadie del entorno personal o profesional de cualquiera de los Abengoa. Y si incumplía las condiciones, debería devolver todo el dinero cobrado más intereses y ellos tendrían derecho a demandarme bajo unas condiciones en las que podría salir muy mal parada.

Como Carolina ya era mayor de edad no habría problemas de custodia compartida, por lo que ella seguiría viviendo en el hogar familiar cuando regresara de Salamanca, pero vendría a visitarme siempre que ambas quisiéramos. Aunque antes tendría que tener un hogar más o menos estable, ya que las negociaciones se alargaron durante semanas y yo me había ido a vivir con Patri, por lo menos de manera provisional.

Al final los Abengoa se plantaron en 40.000 euros de compensación y una pensión mensual de 1.200 euros para mí. Ellos seguirían encargándose de la manutención, estudios y demás gastos de Carol mientras siguiera dependiendo de la familia, y yo no obtendría ningún tipo de beneficio adicional por cualquier cosa comprada antes o durante nuestro matrimonio.

Además, cuando todo se estabilizara y recibiera la compensación de mi familia política, aparte de la pensión estipulada tras la firma del divorcio, podría buscar un piso de alquiler para mí sola con una habitación adicional para mi hija. Y de ese modo, por fin, podría rehacer mi vida. Aunque de

momento compartía piso con Patri y me estaba costando aclimatarme.

—¿Vas a firmar ese acuerdo de mierda que te proponen? —me preguntó una noche mi antigua compañera de trabajo y ahora nueva compañera de piso.

—Creo que sí. Mi abogado cree que podríamos apretarles más y sacar más tajada, pero a mí me parece bien así. Andrés está sufriendo con todo esto, Carol también y yo prefiero finiquitar el tema y comenzar de cero.

—La verdad es que me sorprendes, eres mejor persona que yo. En tu lugar yo hubiera ido a por todas. Pero claro, nunca he estado casada ni tengo una hija en común con alguien que guarda un secreto tan grande.

—No sé, tampoco quiero hacerme mala sangre. Contra doña Mercedes si hubiera luchado más, a esa arpía no la soporto; pero su hijo la ha calmado y parece que se ha quedado conforme. Yo he hablado con Andrés largo y tendido a lo largo de estas últimas semanas, y ninguno nos merecemos esto. No queremos años de luchas en los juzgados y acabar tirándonos los trastos a la cabeza. Y menos con Carol en medio.

—Bueno, también podías haber hecho otra cosa.

—¿A qué te refieres?

Patricia había recordado entonces el caso de una chica que conocía a través de unos amigos suyos. Por lo visto la pobre se casó con un chico con el que llevaba más de un año de novios y dejaron su pueblo natal para vivir en Madrid. La chica era joven e inexperta, pero enseguida se dio cuenta de que su marido no se comportaba como era debido.

—Durante el noviazgo pensó que el chico no se propasaba con ella porque la respetaba y todo eso. Ya sabes, lo de llegar vírgenes al matrimonio y demás tonterías que nos han inculcado. Imagínate, un pueblo pequeño donde se conocen todos.

—¿Y después de casados?

—La cosa fue a peor. El marido no le ponía la mano encima y esta pobre chica pensaba que había hecho algo mal. Su madre le había hablado de la noche de bodas, de lo que había que hacer para tener contento al marido y demás, pero el pollo no estaba por la labor.

—No me digas que...

—Como te lo cuento, ni un pelo le tocó. Ella se lo contó a su madre y ésta puso el grito en el cielo, pensando que rechazaba a su hija por alguna razón y que su yerno buscaba la nulidad del matrimonio. Pero la joven no se amilanó y puso en práctica algunos trucos que le enseñaron sus hermanas.

—¿Por ejemplo?

—Pues ya sabes, lo típico. Comprarse lencería fina, pasearse medio desnuda por el salón cuando él veía la televisión, preparar una cena romántica con elementos afrodisíacos y otras tonterías por el estilo.

—Sin lograrlo, por lo que me imagino.

—Imaginas bien. La chica se cabreó y tuvieron una trifulca. El marido se largó de la casa y estuvo tres días sin aparecer y sin cogerle el móvil. Ella estuvo a punto de llamar a la policía, pero desistió y se refugió en el hogar materno.

—¿Y qué ocurrió?

—Que el tipo fue a buscarla, se la llevó con la excusa de que era su esposa y le dijo la verdad, confesándole su homosexualidad. Con él no le iba a faltar de nada, eran familia de posibles. Pero tendría que aguantar sus salidas y entradas, a veces de varios días de duración, sin reprocharle lo más mínimo. Y por supuesto, cada uno haciendo su vida.

—Vamos, la quería de fachada nada más. Y no le puso la mano encima ni una vez, menudo chasco. Por lo menos mi Andrés lo disimulaba algo mejor.

—Efectivamente. El tío le aseguró que tendría dinero para la casa y para sus caprichos, no tendría ni que trabajar. Y podría incluso tener sus amigos por ahí, siempre que fuera de forma discreta. Pero si él demandaba su compañía para ir a alguna comida familiar, acto empresarial o cualquier otra contingencia, ella debía estar dispuesta a protagonizar el papel de amada y sumisa esposa. Un paripé en toda regla, pagado eso sí de forma generosa.

—Menudo panorama... ¿Y qué sucedió al final?

—Que la chiquilla tragó con el pacto, pero no lo soportó durante mucho tiempo. Más tarde conoció a un muchacho y comenzaron a verse a escondidas, aunque su marido ni aparecía por casa. Pero ella quería vivir la vida de otra manera y le pidió el divorcio. Y claro, se armó la marimorena.

—Déjame adivinar. El tipo se puso digno, la familia más, y le hicieron la vida imposible a la muchacha.

—Más o menos. Tuvo que luchar con uñas y dientes para librarse de ese tipejo y conseguir su libertad en forma de divorcio. Eso sí, perdió dinero y algunas cosas que eran de su propiedad, pero no le importó.

—¿Ves? Por eso digo que mi acuerdo no está tan mal. Además, no quiero llevarme un mal recuerdo de Andrés y prefiero quedarme con los buenos momentos vividos junto a él. Por no hablar de nuestra preciosa hija,

claro.

—No, si yo te comprendo. ¿Y te vas a buscar un piso de alquiler cuando la situación se aclare?

—Sí, eso pretendo. Y es lo que hemos acordado para que Carol pueda pasar temporadas conmigo. No te ofendas, pero no creo que a los Abengoa les pareciera muy bien que mi hija viniera también a vivir aquí, aparte de que no hay sitio.

—Donde caben dos caben tres, ya sabes.

Yo procuraba ser comprensiva, aparte de intentar amoldarme a mi nueva vida en un entorno totalmente diferente. Además, yo era la invitada en casa de Patricia y no le podía reprochar nada, pero los primeros roces surgieron ya nada más irme a vivir allí.

El piso estaba situado en Tetuán, cerca de Bravo Murillo y no demasiado lejos de la Castellana. De hecho Patri iba algunas veces andando a nuestra antigua oficina, por lo menos cuando el tiempo lo permitía, y de ese modo se daba un paseo a falta de cualquier otro tipo de ejercicio físico.

Mi suegra no hubiera entrado en mi nuevo barrio ni con una pinza en la nariz. Se notaba más suciedad en las calles y los inmuebles eran diferentes a los que doña Mercedes podía encontrarse por Chamberí o el barrio de Salamanca, los distritos por los que solía moverse durante las últimas décadas. Por no hablar de sus habitantes, un crisol de razas y culturas a los que no estaban acostumbrados en mi familia política. A excepción de Andrés, claro está, al que la multiculturalidad parecía importarles menos.

Pero el problema no estaba en el exterior del piso, al que me iba acostumbrando poco a poco, sino en el interior. Patricia llevaba tiempo viviendo sola y era un auténtico desastre, por lo que le costó asumir la nueva situación. A ella no le preocupaba en exceso la limpieza ni el aspecto general del piso, y eso a mí me sacaba de quicio.

—Patricia, por Dios. ¿Qué hace la plancha encima de la mesa del comedor? Y seguro que la ropa limpia sigue en la lavadora sin sacar.

—Pareces mi madre, ¡no me agobies! —me respondía a las dos de la tarde, recién levantada, cuando yo llegaba de la calle. Habíamos preparado, de hecho fue idea mía, un pequeño calendario de tareas para organizarnos en la casa (limpieza del baño, cocina, colada, basura, recados, etc.), pero ella nunca lo cumplía. Y claro, yo me cabreaba.

—No es que sea tu madre, pero esto es un completo desastre. Vale que tengas la ropa sucia tirada en el suelo de tu habitación, ahí no me meto, pero

en las zonas comunes deberías tener más cuidado.

En alguna ocasión me había encontrado la puerta abierta de su cuarto al atravesar el pasillo, y eso parecía una auténtica leonera. No hacía la cama nunca, mezclaba la ropa limpia con la ya utilizada, y no recogía ni un maldito cachivache. La habitación olía a cuartel y yo no podía soportarlo. Incluso me encontré unas bragas pegadas en una esquina, pero me aguanté las arcadas, cerré su puerta e intenté olvidar lo que había visto.

Nuestros horarios, desde que ambas dejamos el trabajo, tampoco cuadraban demasiado. Ella se tomó una temporada sabática y no paraba mucho por casa. Salía hasta la madrugada, aunque fuera en días de diario y en pleno invierno, y luego se levantaba a las tantas. Yo, por el contrario, intenté fijarme unas rutinas para hacerme más llevadera mi nueva existencia.

Gracias al chivatazo que me brindó el funcionario que me atendió en el INEM, me apunté a un curso bastante interesante de marketing online para desempleados. Tenía las mañanas ocupadas, desde las nueve hasta la una del mediodía, y luego hacía los recados de la casa y preparaba la comida. Patri encantada, claro está, cuando ella sobrevivía hasta entonces a base de bocadillos, pizzas y precocinados. A mí no me importaba cocinar para las dos, pero no iba a ser su chacha. Y claro, tuvimos más de un encontronazo, aunque intenté sosegarme para no acabar peleadas.

—Eres un auténtico coñazo, tía. Me caías mejor antes, no hay quién te aguante cuando te pones en ese plan.

—Joder, Patri, que esto parece una pocilga. Tampoco es tan complicado, se trata de seguir unas mínimas normas de conducta.

—Lo intentaré, pero es que ahora no tengo muchas ganas de nada. Debo entregar dos webs que tengo a medias y la verdad es que no encuentro el momento.

—Si salieras menos y trabajaras más, otro gallo cantaría. Y no te lo digo como reproche, ya lo sabes. Si te llaman de algún trabajo te va a costar un mundo volver a la rutina de madrugar y tirarte un montón de horas en la oficina.

—No sé yo si volveré pronto a eso. De momento tengo la indemnización y el paro, después ya veré. Además, sólo se es joven una vez. ¡Déjame disfrutar!

—No, si yo no soy nadie para juzgarte. Pero tampoco quiero que me despiertes a las cuatro de la madrugada, cuando llegas de fiesta, ya que yo me sigo levantando a las siete de la mañana. Y te aseguro que en este piso se

escucha todo, y más en el silencio de la noche.

—Lo tendré en cuenta, perdona —dijo Patri avergonzada—. De todas maneras, podías apuntarte un día de estos para salir de copas. Todavía no hemos salido juntas por ahí y eso es un desperdicio, me prometiste que íbamos a quemar Madrid.

—Creo que eso lo dijiste tú, pero tienes razón. A ver si nos organizamos y quedamos un día con calma. Aunque veo complicado mantener tu ritmo, yo ya tengo una edad.

—Anda, no protestes. ¡Si estás estupenda! Ya verás cuando te presente a alguno de mis amigos, se les van a salir los ojos de las órbitas. Todos quieren conocer a mi misteriosa nueva compañera. Igual organizo una pequeña fiestecilla en casa y así matamos dos pájaros de un tiro. ¿Qué te parece?

—Buf, no sé, me da bastante pereza. Y de momento, creo que podrás comprenderlo, no me apetece conocer a nadie. Primero tengo que centrarme y todo eso.

—Claro, claro, no pasa nada. Pero sigo diciendo que lo que necesitas para alegrar esa cara es un buen meneo, ya sabes. Y creo que tengo algún candidato al que no deberías ponerle demasiadas objeciones.

—Creo que paso de momento. No tengo yo el cuerpo para historias ahora.

—No te digo que te enamores ni nada por el estilo. Sexo sin compromiso, nada más, un alegrón para ese cuerpo serrano que no puedes dejar marchitar.

Con mi amiga Sonsoles había vuelto a coincidir en un par de ocasiones y hablábamos también por teléfono. Ella era de la misma opinión que Patri, al final tendría que seguir su consejo. Tal vez tuviera que organizar una quedada y presentarlas a las dos, igual hasta se llevaban bien.

—Cambiemos de tema, anda, que no me siento cómoda. Y menos después de encontrarme a mi marido en la cama con otro tío. Tengo la autoestima en ese sentido bastante baja, primero quiero asumir mi nueva situación.

—Vale, perdona, soy una inconsciente. Que conste que sólo lo hacía por animarte, pero llevas toda la razón.

—Tranquila, sé que lo haces de corazón. Y te prometo que más adelante saldremos juntas y puede que me busque incluso algún maromo. Pero todavía no ha llegado ese momento.

—Te tomo la palabra, Lucía.

Capítulo 6

El sexo como modo de expresión

Una tarde de viernes, a finales de octubre, se me ocurrió juntar a mis dos amigas. Quedamos para picar algo en un local del centro y acabamos tomando unos vinos por la zona de la Plaza Mayor. Mi úlcera parecía haberme dado una tregua, pero no podía pasarme demasiado. Así que, aunque Sonsoles y Patri se rieran de mí, yo me lo tomé con más calma que ellas.

Me sorprendió que las dos congeniaran enseguida, dos mujeres que no podían ser más diferentes y con pocos rasgos en común. Aparte de su manía de meterse conmigo, claro.

—A ver si consigues tú que se espabile un poco, Sonsoles —dijo Patri tras pasar de los vinos a los mojitos—. Ya sé que echar un polvo es como montar en bicicleta, pero a esta chica se le va a olvidar hasta pedalear.

—Eso lo solucionamos rápido, chicas. Tengo invitaciones para una sala de bailes latinos en la zona de Huertas. Esta noche se van a enterar de lo que vale un peine.

—Yo no bailo demasiado bien, la verdad —afirmé para ver si me libraba. Pero los gestos de mis amigas no admitían discusión, esa noche tendría que soltarme la melena para no quedar como la aburrída del grupo—. Pero bueno, puede ser divertido.

—Y si nos llevamos a un maromo sabrosón, mejor que mejor —insinuó Sonsoles mientras nos guiñaba un ojo—. Ya he probado los ritmos caribeños y creo que se ajustan perfectamente a estas curvas.

—¡Uhhh! —exclamó Patri—. No veas si mola la Sonso, y luego se queja Lucía de mí. Si yo soy una mosquita muerta.

—Sí, ya te digo. Anda, no me hagas hablar. Acuérdate del pibe...

Lo decía con conocimiento de causa, no sería la primera vez que Patricia me demostraba, aún sin querer, sus dotes amorosas. El jueves de la semana anterior no me dejó pegar ojo en toda la noche. Por lo visto había conocido a un chico argentino que no se callaba ni debajo del agua, ya me comprendéis. Un muchacho fogoso y con aguante, creo que tuvieron tres o cuatro rounds a pleno rendimiento, y se enteró medio vecindario. Y lo digo porque su

cabecero chocaba contra mi pared con cada embate, y el porteño lo radiaba como si fuera la final del mundial.

No llegué a verle la cara, pero mejor para todos. Aunque la situación verdaderamente violenta llegó unos días antes, cuando me crucé en la cocina con la pareja casual de esa noche de Patricia.

Me pareció escuchar abrirse la puerta de la calle sobre las seis de la mañana, yo me había despertado antes de que sonara el despertador para ir a mi curso. Me quedé rezongando en la cama, pero enseguida comencé a escuchar risitas y gemidos en la habitación de al lado que fueron aumentando de intensidad. Esta vez no oí al chico, parecía más discreto que el argentino, pero a Patricia la escuché en toda su plenitud.

—Joder, ¡qué bien me lo haces! No pares, por Dios, me voy a correr de gusto...

—Ummm.

—¡Madre mía, qué lengua! Arghhh.

Yo me tapaba los oídos para no escuchar los gemidos y demás sonidos abiertamente sexuales que salían de esa habitación. Patricia estaba desatada, o eso me parecía a mí, y yo no sabía dónde meterme. Pero más por vergüenza que por envidia, creía yo; sería cosa de mi educación, aunque no recordaba haber chillado de placer de esa manera en la vida. Siempre podría achacarlo a que mi marido era gay, pero tampoco podía asegurar que fuera esa la única razón en realidad.

Nunca me he considerado una mojjigata ni una reprimida, por lo menos cuando era joven, aunque la domesticación a manos de los Abengoa había hecho mella en mí. Y claro, a mi edad, después de un escaso bagaje tras veinte años de algún misionero de vez en cuando con Andrés, estaba totalmente fuera de onda.

Tampoco me había preocupado demasiado del tema durante las dos últimas décadas, el sexo no era algo prioritario para mí. Y desde luego mi vida sexual y mi visión sobre el tema se encontraban en el polo opuesto de lo que opinaban mis amigas. De Patri podía entenderlo, pertenecía a una generación mucho más joven y abierta que la nuestra, pero Sonso era cinco años mayor que yo. Al final ellas parecían llevar razón y yo era la que tenía que espabilar. Había vuelto a la soltería y debía aprovechar el momento.

Me pierdo en mis elucubraciones y no cuento el final de la historia. Total, que harta de escuchar lo bien que se lo pasaba mi compañera de piso, opté por irme a la ducha y ganar tiempo antes de marcharme al curso del

INEM. Me tiré un buen rato bajo el chorro de agua caliente, me sequé el pelo y un rato después fui a la cocina para desayunar. Mi sorpresa vino cuando me topé allí con alguien desconocido.

—Ah, hola, buenos días. Tú debes de ser Lucía, ¿verdad? Patri me ha hablado mucho de ti, un placer conocerte.

Y entonces se acercó a darme dos besos a modo de saludo, mientras yo me quedaba ojiplática y no sabía cómo reaccionar. Totalmente a cuadros, para entendernos mejor.

—Espero que no te hayamos despertado, Patri a veces es un poco escandalosa cuando se junta conmigo. Sólo quería coger el bote de nata de la nevera, ya me marchó.

Y dicho esto me guiñó un ojo y se largó de allí, camino de la habitación de Patri. Mis ojos no pudieron escapar al hipnótico vaivén de sus caderas al caminar. Y es que aquel *culotte* tan ajustado a sus perfectas posaderas no dejaba nada a la imaginación.

¡La madre que me parió! ¿Me había cruzado con una chica en la cocina? Tuve que frotarme de nuevo los ojos para cerciorarme de que estaba despierta. Acababa de hablar con una mujer espectacular: una chica alta y morena de rasgos muy dulces, que no llevaba más ropa puesta que el culotte en el que no podía dejar de pensar. Por no hablar de sus magníficos pechos, pequeños pero muy bien puestos, cuyos pezones parecían apuntar hacia mí durante nuestra breve conversación. Y eso que yo soy hetero, pero aquella visión me turbó durante unos instantes.

Tuve que poner una cara de alelada que no me quería ni imaginar. Vale que había escuchado que Patricia era una chica liberal, moderna y algo promiscua, incluso había tenido oportunidad de comprobarlo en las últimas semanas. Pero tampoco sabía que le fueran las tías. ¿Era acaso lesbiana o bisexual?

—Es verdad, el bueno de Héctor —contestó Patri para sacarme de mis elucubraciones, recordando al argentino. Y entonces añadió algo que no esperaba—. Un macho alfa de los que ya escasean, no veas que aguante tenía el tío. Aunque quizás también te acuerdes de mi amiga Nerea.

—No sé de quién me hablas, la verdad —repliqué si saber dónde meterme. Patricia me picaba sacando a colación mi encontronazo en la cocina con su amante semidesnuda y la que se ruborizaba era yo. No tenía remedio, la verdad.

—Sí, mujer, creo que os conocisteis en la cocina el otro día. Una chica

morenita, muy mona, que tiene un aire a lo Audrey Hepburn.

—¿Me estoy perdiendo algo? —preguntó Sonsoles mosqueada.

—Ah, sí, ya recuerdo... —aseguré.

—Cuando regresó a mi cama con la nata que le había pedido para seguir jugando me contó vuestro encuentro fortuito. Me dijo que te quedaste un poco parada al verla así, en pelotas, y que no supiste reaccionar.

Sonsoles nos miraba a la una y después a la otra, intentando comprender lo que sucedía. Yo no sabía dónde meterme y los colores se me habían subido al rostro de un modo incontestable. La que lo estaba pasando mal era yo, cuando no había hecho nada, y Patri disfrutaba contando sus intimidades al comprobar que era a mí a quién le daba más vergüenza.

—¿Te refieres a que tu amante de esa noche se trataba de una mujer? —le preguntó Sonso directamente a Patri al percatarse de la realidad.

—Claro, chica, hay que probar de todo y viene bien de vez en cuando para desengrasar y olvidarse de tanto “mete saca”.

Yo creía que Sonsoles se iba a escandalizar. Una cosa era que hubiera comenzado la senda del folleteo con jovencitos después de su divorcio y otra que su educación moral, parecida en valores a la mía y a la de los Abengoa, aplaudiera semejante actitud que en nuestros antiguos círculos seguro que hubieran tachado de aberrante.

—Vaya, dicho así suena muy bien.

—¡Sonso! —regañé a mi amiga sin darme cuenta—. No le hagas caso a Patri, le gusta provocar.

—Pues sí, ¿pasa algo? —soltó con chulería la benjamina antes de dirigirse a Sonsoles—. Si tienes la oportunidad, no dudes en probarlo. Te va a encantar... Hay cosas que los hombres no saben hacer y te aseguro que una lengua y unas manos como las de Nerea te llevan al séptimo cielo de la felicidad. Es masajista y...

—¡Basta ya, Patri! —grité un poco furiosa. Me sentía incómoda con el temita y mis amigas lo notaron. Y claro, fui objeto de mofa por parte de las dos.

—Si es que eres una mojigata, Lucía, tu compañera de piso tiene razón —aseguró Sonso—. Creo que esta chica y yo vamos a llevarnos muy bien, igual hasta aprendemos cosas juntas.

—Madre mía, ¡qué peligro!

—Anda, Lucía, no te quejes. Nerea dice que te echaba un polvazo, que estás muy buena para la edad que tienes.

—¡Ni de coña! —chillé como una loca mientras mis dos amigas se descojonaban de mí en mi propia cara.

Sonsoles se acercó a Patri y le dijo algo al oído. Yo las ignoré por un instante y me concentré en mi copa, que estaba casi entera cuando mis amigas ya iban por su segunda unidad de mojitos. Justo en ese momento me crucé con la mirada de un chico moreno de unos treinta años, con barba a lo *hipster* y unos ojos profundos que parecían taladrarme.

Me giré enseguida para alejarme de esa mirada, aunque tuviera que enfrentarme a las locas de mis amigas. Prefería eso a que ellas se percataran de esa chispa invisible que había surgido en la distancia con el barbudo, no quería más cachondeo del imprescindible. Y con aquellas dos arpías como compañeras de juerga, era muy probable que si llegaban a darse cuenta de lo sucedido se hubieran acercado al chico sin cortarse un pelo, para presentármelo y cualquier otra cosa que se les ocurriera en ese momento. No quería ni imaginarme las burradas que podrían decirle en semejante situación, seguro que le aseguraban que necesitaba un buen meneo para que se me quitara la tontería.

—¡Vamos a jugar a un juego muy divertido! —dijo Sonsoles mientras Patri asentía con la cabeza—. Quién pierda en su turno bebe un buen trago de su bebida y la ganadora final decide lo que vamos a hacer a continuación.

—No sé yo si me convence ese plan —dije sin saber dónde me metía.

—Anda, tonta, seguro que lo pasamos muy bien. ¿Verdad, Sonso?

Mi compañera de piso parecía haberse puesto de acuerdo con mi vieja amiga, así que llevaba las de perder. Me encogí de hombros e hice un gesto de asentimiento, tampoco podía estar toda la noche de mal humor. Aunque aquellas dos brujas me estaban comenzando a cansar.

—Es muy facilito, ya veréis. Lo vi el otro día en una serie con la que me río mucho y me gustó. Se trata de decir en voz alta algo que no has hecho nunca y si alguno de los otros sí lo ha hecho, le toca beber.

—¿Y qué gracia tiene eso? —pregunté sin saber el sentido que le querían dar al juego.

—Vale, me parece buena idea —dijo Patri—. ¿Comienzo yo?

—No, yo misma, que para eso lo he propuesto —respondió Sonso—. Y ya que me habéis dejado alucinada con vuestra historia, comienzo por ahí: yo no me he acostado nunca con una mujer.

Patri sonrió y bebió mientras me lanzaba una mirada cómplice. Ella sí lo había cumplido, así que le tocaba beber, pero yo me quedé quieta sin hacer

nada. Se estaban cachondeando de mí, pero yo no le veía la gracia por ningún sitio.

—Muy bien, me toca ahora a mí —continuó Patricia—. Yo nunca he participado en un intercambio de parejas.

Sonsoles se llevó muy despacio la copa a los labios y le pegó un buen trago dejándonos alucinadas. Yo estaba cada vez más descolocada y ellas se divertían al verme así. O cambiaba de actitud o lo iba a pasar muy mal durante toda la noche.

—¿En serio, Sonso? —preguntó divertida Patri—. Eso me lo tienes que contar otro día, la verdad es que siempre me ha llamado la atención.

—Cuando quieras, guapa. O te llevo a un local liberal muy chic que conozco por la zona de Arturo Soria.

—Ok, puede ser divertido. Yo he probado tríos con dos chicos y con chico-chica, pero la verdad es que ni intercambios ni orgías.

—Te aseguro que te va a encantar.

—¡Basta ya! —grité para cortarles el rollo—. Y para que sigáis con el cachondeo, me toca a mí. Imagino que el leitmotiv del juego tiene que ver con el sexo, ¿verdad?

—Hombre, no, pero...

—Tranquila, Sonso, allá voy. A malas os voy a emborrachar, aunque no sé yo si será buena idea viendo lo visto. Mi turno es éste: yo nunca he hecho el amor en un sitio que no fuera la cama o el coche de Andrés cuándo éramos más jóvenes.

—¡Venga, no me lo creo! —exclamó Sonsoles con la sonrisa en su cara, justo después de beber su trago correspondiente—. Vale que yo me haya soltado la melena últimamente, pero ni siquiera mi ex marido era tan aburrido.

—Pues no le veo yo tan lanzado a Juanjo, la verdad.

—Si yo te contara, Lucía. Juanjo era un exhibicionista de tomo y lomo, aparte de un cabrón que se tiraba a todo lo que se movía. Lo hemos hecho en ascensores, baños públicos, probadores de tiendas, en la playa y en algunos sitios más.

—Me siento como una extraterrestre entre vosotras, yo soy más tradicional a la hora de hacer el amor. Y no por culpa de que Andrés sea gay, es que tampoco me había planteado nunca que mi vida sexual fuera como la de una ameba.

—¡Ha dicho hacer el amor! —soltó mientras tanto Patri, ajena a nuestra

conversación—. Joder, Lucía, se dice follar, no es tan difícil. Venga, repite conmigo: follar, follar, follar...

—Me estoy empezando a hartar de vosotras, no me hace ni puñetera gracia.

—Y seguro que habrá probado el misionero y poco más. Lo del Kamasutra le sonará a postre exótico o algo así. Por no hablar de que no ha catado más varón en su vida que el bueno de Andrés.

Yo agaché la cabeza, dándole la razón, aunque Patricia no hurgó más en la herida. Sonsoles se percató también de que aquello se estaba saliendo de madre y terció entre nosotras, detalle que le agradecí en silencio.

—Venga, chicas, tengamos la fiesta en paz. Si queréis nos marchamos a la sala de bailes latinos, o dónde prefiráis.

Patricia me miró y yo asentí, tampoco quería amargarles la fiesta. Eso sí, intenté que por lo menos dejaran de humillarme esa noche.

—Tranquila, Lucía, se acabó el cachondeo. Pero si veo un cubanito molón que te mira con ojos golosones no voy a resistir la tentación de llevarte por el mal camino.

—Bueno, ya veremos —contesté algo más animada.

Un rato después nos dirigimos a la sala de bailes latinos recomendada por Sonsoles, situada en pleno centro de Madrid, en la zona de marcha conocida por Huertas. Aunque la visita a ese local tampoco salió cómo esperábamos, pero eso ya lo barruntaba yo cuando Patri nos explicó su método para librarse de pesados y sobones a la hora de bailar.

—Hacedme caso, es mano de santo —aseguró mi nueva compañera de piso mientras Sonso y yo la mirábamos aleladas—. Si el maromo está bueno y os apetece un “refrote”, yo no me opongo, faltaría más. Pero en caso contrario...

—Éste es un sitio de nivel, Patri —nos informó Sonsoles, promotora de la idea de aterrizar en un garito nocturno repleto de parejas que bailaban salsa como los ángeles—. Los hombres piden bailar a las mujeres que estén libres o sin pareja, como antiguamente, y se marcan una o dos piezas como máximo con cada pareja de baile. Aquí son muy respetuosos, aunque siempre puede haber algún “aguililla”.

—Yo no he entendido bien eso que explicabas de “la pinza” —respondí un poco sobrepasada. La verdad es que me estaba sentando bastante mal la copa que nos habíamos tomado nada más entrar, más cerca del garrafón que del alcohol de calidad, y mi estómago volvía a hacer de las suyas. Y la actitud

de mis compañeras de juerga no ayudaba precisamente a mejorar la situación—. ¿Dónde tengo que apretar exactamente?

—Aquí, Lucía, es muy fácil —dijo Patri mientras me apretaba en un punto indeterminado de la parte cervical, a medio camino entre el hombro y el cuello, un poco por encima de la clavícula—. Haces “la pinza” entre el pulgar y el índice, y el maromo pilla la indirecta enseguida. Pero sólo si crees que se está sobrepasando, no la vayamos a liar.

—Menos mal que suelen poner salsa, que si llega a ser una *lambada* aquí arde Troya.

Sonsoles lo dijo en tono risueño, pero a mí no me hizo ni pizca de gracia. Aquellas dos arpías se cachondeaban de mí y yo no sabía qué hacer. Y menos al acercarse un trío de mulatos de mediana edad, colombianos me pareció entender por su acento, que deseaban bailar con “tan bellas damas”.

Yo no estaba muy por la labor, pero me dejé llevar. No quería ser la aguafiestas de esa noche y mis amigas insistieron mucho, así que fuimos saliendo por tandas a la pista. Primero Patri con el hombre más joven, aunque tendría como mínimo mi edad. Se desenvolvían bien con el paso más típico de salsa y parecían congeniar. Los gestos y sonrisas de Patri así lo atestiguaban, aunque no me pareció que el tipo tuviera oportunidad alguna de alargar la velada con mi amiga.

Sonsoles se puso en plan leona y sus movimientos sensuales denotaron que también estaba a gusto con su *partenaire* y que quizás pretendiera que su pareja se arrimara un poco más a su cuerpo serrano. Yo contemplaba sus evoluciones en la pista y al final tuve que claudicar ante la insistencia de Pacho, que así se llamaba el hombre que permanecía a mi lado en el borde de la pista.

—Yo no bailo tan bien como mis amigas, Pacho, tendrás que guiarme.

—No te preocupes, es muy fácil. Ya verás cómo enseguida te sueltas.

Pacho lo decía por algo, ya que la rigidez de mis hombros, el envaramiento de mi cuerpo y la cara de acelga que debía estar poniendo en esos momentos no eran el mejor reclamo para nadie. Pero el colombiano no se dejó arredrar por mi actitud y comenzó a guiarme con los pasos más sencillos del baile.

Poco a poco comencé a relajarme, ese hombre sabía manejarse en una pista. Mi acompañante tenía además un pico de oro, y no paraba de decirme zalamerías mientras bailábamos. Entre las risas, el movimiento y la oscuridad del ambiente, casi no percibí el lento avance estratégico de Pacho. Hasta que

su mano derecha abandonó su posición original y bajó demasiado, pasando de la cintura y la parte baja de la espalda a la zona donde ésta pierde su casto nombre. Cuando me quise dar cuenta, el listillo tenía su mano palpando sin rubor alguno mi cachete. Vamos, un magreo de trasero en toda regla.

En ese momento me acordé de las enseñanzas de Patri y le apliqué la pinza del mejor modo que supe. Pero mi defensa no pareció surtir efecto alguno, el interfecto seguía a lo suyo, sobándome el culo sin cortarse un pelo. ¡Menudo cabronazo!

No quería montar el espectáculo, nunca me ha gustado ser el centro de atención, pero me puse muy nerviosa. Intenté probar de nuevo la dichosa pinza, pero sin resultado. Le miré con cara de asesina, pero el capullo seguía a lo suyo, sonriendo como si su actitud fuera lo más normal del mundo. ¡Qué se había creído! Si me descuidaba aquel tipo podía meter su mano en sitios aún más íntimos, por lo que no aguanté más, tenía que desembarazarme de ese pulpo.

¡A tomar por saco!, pensé. Le solté entonces un guantazo con la mano abierta y le crucé la cara sin dudarlo. El restallido sonó como un latigazo y todo el mundo se paró a nuestro alrededor, fijándose en la curiosa escena.

—¿Estás loca? —dijo Pacho en voz alta para llamar la atención, instantes después de olvidarse de mi culo y separarse de mí un metro—. Pero a ti, ¿qué coño te pasa?

—¿Cómo que qué coño me pasa? Joder, me estás sobando el culo a conciencia y yo intentaba no montar el espectáculo. Pero nada, ni puto caso me hacías, tú a tu puñetera bola.

—No te molestaría tanto, zorra, no te he oído quejarte. Haberme dicho algo y yo hubiera parado, eso es que te gustaba.

—¿A quién llamas zorra, desgraciado? Me voy a cagar en tu puta madre...

No sé qué me sucedió, pero perdí totalmente el norte y me volví loca. Ni siquiera pensé que tenía un público absorto que contemplaba mi actuación, en esos momentos me daba todo igual. Me abalancé sobre él como una fiera, dispuesta a sacarle los ojos con mis uñas mientras le chillaba. Pacho se sintió atacado y reuló un poco, pero enseguida se rehízo y comenzó también a insultarme mientras intentaba parar mis golpes. Pareció entonces huir hacia el centro de la pista, pero sólo estaba cogiendo fuerzas para contraatacar y yo me temí lo peor.

Afortunadamente Patri se dio cuenta de la situación y vino en mi ayuda

al instante. Sonsoles interceptó entonces a los colombianos, que se habían reunido en aparente cónclave en una esquina de la pista, y los calmó de la manera que pudo.

No pensé que hubiera podido hacerle tanto daño al caradura de Pacho con mi bofetada, era un exagerado. Aunque al fijarme en sus gestos, los aspavientos y las miradas furibundas que me lanzaba mientras subía el tono de voz para llamar la atención sobre la loca que le había agredido, no lo tuve tan claro. Aunque tal vez lo que de verdad le había dañado fuera el orgullo de macho, el gallito no esperaba que yo le plantara cara de ese modo.

Ese machista de mierda era capaz de llamar a la policía y denunciarme, y yo llevaba todas las de perder al haberle abofeteado delante de varios testigos. Así que decidimos hacer mutis por el foro y nos largamos de allí antes de que la cosa fuera a mayores. Mis amigas me lo reprocharon nada más salir del local, pero al final nos echamos unas risas a costa de Pacho y su orgullo herido.

—Joder con la mosquita muerta, le has dejado planchado. ¡Lucía, eres la bomba! —dijo Sonsoles.

—Perdón, lo siento. No sé qué me ha pasado, yo no suelo comportarme así. Menuda verdulera que me estoy volviendo, no sé medir bien mis actos.

—¿Qué leches haces pidiendo perdón? —preguntó entonces Patricia—. Qué les jodan, faltaría más. Has hecho muy bien, más fuerte le tenías que haber dado.

—No sé, me he puesto nerviosa. El cabrón no me soltaba el culo y amenazaba con pasar a mayores sin mi permiso. Lo intenté con la pinza sin resultado y mis gestos de desagrado eran evidentes, pero el tío me ignoró.

—Olvidémonos del tema, anda. Cualquiera se mete contigo...

Capítulo 7

Navidades en familia

Casi sin darnos cuenta, el nuevo año ya había llegado. Las navidades pasaron sin pena ni gloria, aunque tuve que acercarme a casa de mis padres y dar más explicaciones de las que hubiera deseado. Nunca ha sido una época que me haya gustado demasiado, pero encima con todo lo que había sucedido no estaba para muchas fiestas. Menos mal que Carol se apiadó de mí y me acompañó durante esos días para que no se me hiciera tan duro.

La llegada al hogar familiar de los Iriarte no fue para tirar cohetes. Mis padres nunca fueron personas muy efusivas, pero es que parecía que la culpa de que mi matrimonio hubiera fracasado era exclusivamente mía.

—¿Y no se podía haber arreglado, hija? —me soltó la tarde de Nochebuena mi madre mientras le ayudaba en la cocina.

—Hombre, Lourdes, parece que tu yerno no estaba mucho por la labor, ¿no? Si le van otro tipo de cosas es normal que hayan decidido separarse.

Esto lo dijo mi tía Puri, la más progre de la familia, para intentar echarme un capote. Aunque su hija, mi prima Purita, nos miraba con gesto de asco y yo no sabía dónde meterme. ¡Por favor, quería pasar la Navidad tranquila y sin sobresaltos!

—Pero Lucía, ¿tú no te diste cuenta? —siguió erre que erre mi madre, que también era muy cansina cuando le daba por ahí.

—No, mamá. Te aseguro que si me hubiera dado cuenta antes no me habría llevado ese susto. O por lo menos lo hubiera evitado.

Tampoco era plan de contarle a la familia mis pensamientos posteriores a descubrir a Andrés con su amante. Sí, después de analizar algunos comportamientos de mi marido, actitudes y viajes o salidas que no quedaban demasiado claras, me di cuenta de que quizás llevaba muchos años engañándome y yo parecía no haberme querido percatar inconscientemente. Pero no era el momento para desnudar mi alma y confesar en voz alta la ceguera que se había adueñado de mí durante tanto tiempo.

—Claro, menudo marrón, ¿no? —intervino mi prima Purita—. Encontrártelo allí con el negro tuvo que ser un shock.

—¡Purita, deja en paz a tu prima!

Mi tía regaño a su hija y yo fulminé con la mirada a mi madre. Al parecer no le habían dolido prendas en airear mis trapos sucios delante de toda la familia Iriarte, por lo que en breve, conociendo la querencia de las Puris por los chismes y cotilleos, sería el hazmerreír de media provincia.

Afortunadamente Carol vino a rescatarme, con la excusa de enseñarme unas fotografías en el salón de casa. Mi padre andaba también por allí, con cara de mustio, y yo sabía que me tocaría aguantar su charla en algún momento. Total, mis padres ya me lo habían insinuado por teléfono cuando me atreví a contarles los motivos de mi divorcio, y me lo habían vuelto a dejar muy claro en persona.

—Tampoco es tan grave, Lucía, podías haber hecho la vista gorda. Total, qué más da que fuera chico o chica, los hombres de su posición siempre han tenido queridas. Y sus esposas, como tú en este caso, pueden seguir haciendo su vida tan ricamente sin renunciar a ninguno de sus privilegios.

Yo no tenía ganas de discutir con ellos, pero alucinaba ante tales razonamientos. Se atrevieron incluso a comentarlo delante de Carol, —por suerte cuando no había ningún primo o tío delante—, y mi hija se escandalizó. Incluso les recriminó su actitud, abochornada ante tales pensamientos de sus abuelos, pero ellos ni se inmutaron.

Así que os podéis imaginar mi agobio y las ganas que tenía de que se acabaran las dichosas Navidades visto el percal. Me acordaba de una cena en la película de Bridget Jones, cuando la pobre protagonista tiene que aguantar las bromas de parientes y amigos por ser la única que no tenía pareja. Yo también me encontraba de nuevo soltera, o divorciada, que era un estigma mayor en la retrógrada sociedad en la que me había criado, pero encima mi marido me había cambiado por un tío de pelo en pecho.

Dejé la casa familiar por un rato y me fui con Carol y otros familiares a tomar algo a la calle antes de cenar. Aunque no sé si fue peor el remedio que la enfermedad, porque nos cruzamos con vecinos y amigos de toda la vida, y siempre había un alma caritativa que se apiadaba de la pobre Lucía por lo que le había pasado. ¿Todo el mundo lo sabía ya en el puñetero pueblo?

Y cuando no tenía que aguantar las miradas y gestos de conocidos, eran mis propios familiares los que me sacaban de quicio con sus chorradas. Nunca he entendido la mentalidad de mucha gente del norte de España para según qué situaciones, aunque sólo me di cuenta cuando me marché a Madrid

y abandoné una sociedad tan endogámica.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —me preguntaba mi tía Vicenta—. Fíjate la chica de los Trevijano, también el novio la ha dejado y ya va a cumplir 30 años. ¿Qué va a ser ahora de ella? Nadie la va a querer ahora en el pueblo.

—¿Y qué tiene que hacer esa chica, tía, meterse a monja? —saltó Carol con razón. Mi hija se había criado en Madrid y no entendía esas cosas—. Que yo sepa puede rehacer su vida como y cuando quiera, es muy joven. Y mi madre también, faltaría más.

—Ya, bueno, pero Lucía va a cumplir los cuarenta, no es lo mismo.

—Pero yo...

Se me quitaban las ganas de discutir, así que preferí ahogar mis penas en el riquísimo vino de crianza que servían en la zona. Igual llegaba a casa borracha y montaba el espectáculo en la cena de Nochebuena. Así podrían compararme de verdad con Bridget Jones en la cena familiar delante del dichoso pavo relleno.

Quiero mucho a mi familia y amo mi tierra, pero tampoco la echo tanto de menos. En Madrid, por ejemplo, yo simplemente era una chica joven que estaba rehaciendo su vida y con grandes proyectos por delante. Podía entrar y salir, reinventarme si quería y vestirme como me diera la gana. En mi pueblo no era tan fácil, porque enseguida te catalogaban de algo. Siempre he odiado las etiquetas, pero es que en el norte veían las cosas de otra manera que en Madrid.

Allí se me consideraba como una señora de mediana edad, con una hija mayor que ya iba a la universidad. No podía vestirme con según qué prendas, —ni se me ocurrió acudir con minifaldas, escotes demasiado pronunciados ni vestidos ajustados a la reunión familiar— ni demostrar ciertas actitudes que no eran compatibles para una mujer respetable de cuarenta años. Y claro, a mí se me llevaban los demonios con ese tipo de mentalidad.

Sonreí entonces al imaginarme a mi amiga Patricia en semejante situación, rodeada por mis familiares, amigos y conocidos del pueblo mientras afeaban nuestro comportamiento. Les hubiera explicado, de forma muy clarita, lo que ella hacía con su cuerpo y su vida. Y que, por supuesto, yo tenía todo el derecho del mundo a hacer lo que me diera la real gana sin que a nadie debiera importarle lo más mínimo.

Menos mal que tenía a mi hija conmigo, aunque de todos modos estuve a punto de hacer las maletas y abandonar el hogar familiar antes de la cuenta. Aguantamos como pudimos hasta Año Nuevo y nos marchamos con viento

fresco, aunque mi madre pretendía que nos quedáramos hasta Reyes.

Al final nos escapamos con unas mentirijillas: yo aseguré que tenía unas entrevistas de trabajo la semana del 2 de enero y Carol contó una trola sobre la facultad. Las dos salimos de allí, contentas por haber estado con la familia, pero también agotadas. Familia no hay más que una, pero a veces te sacan de quicio sin darse cuenta.

Capítulo 8

¡Cómo está el mercado!

Con este enunciado me refiero específicamente al mercado laboral, que en aquella época pude comprobar que era mucho peor de lo que me imaginaba. Vamos, que la famosa recuperación económica que nos vendían desde las altas esferas no era tal. Y eso que yo no podía quejarme con la pensión vitalicia que me pagaba mi ex marido, aparte del dinero que tenía en el banco, fruto de la indemnización de la empresa y el pago que los Abengoa realizaron para que me callara la boca.

Pero nunca me ha gustado ser una mujer florero y aspiraba a algo más. Si pretendía tener una casa propia, ya fuera comprada o alquilada, para que mi hija pudiera pasar temporadas conmigo, tenía que buscarme la vida. Compartir piso con Patri tenía sus cosas buenas y otras no tan buenas, así que me puse a la tarea de buscar un empleo digno.

—Lo primero de todo, nena, es “tunear” tu currículum —me dijo una noche Patri en plan oráculo de Delfos.

—Tampoco tengo mucho que tunear, ya sabes.

—Por eso lo digo. No te preocupes, ya verás cómo conseguimos una imagen muy diferente de la que te imaginas.

Al final estuve ocupada durante casi todo noviembre y diciembre con la formación a la que me había apuntado a través del INEM. En ese curso de marketing online aprendí temas muy interesantes sobre un mundo que no creí pudiera apasionarme tanto. Durante los primeros días andaba muy perdida: que si el ROI, que si Google Adwords, Facebook Ads, CMS como Wordpress, el target y otros muchos términos que me sonaban a chino. Para colmo era la más mayor del curso, no controlaba demasiado de redes sociales y los jovenzuelos con los que compartía aula me miraban como si fuera un bicho raro.

He de reconocer que llegué a desesperarme al comienzo, y alguna noche que otra me desahogaba con Patri contándole mis batallitas de señorita Rotenmeyer. Mi amiga me decía que no me quedara con duda alguna y preguntara siempre que me perdiera durante el curso. Y claro, en las primeras

dos semanas me pasaba el día interrumpiendo al profesor y preguntando detalles que el resto de compañeros veían como meras obviedades. Pero poco a poco le fui cogiendo el tranquillo y conseguí que ninguno de esos niñatos volviera a reírse de mí.

Soy cabezazona y si me decido a hacer algo me gusta terminarlo y hacerlo bien. Así que me apliqué en casa, estudiando todo lo que pude. Afortunadamente en Internet hay muchísima información sobre el marketing online y comencé a seguir a gurús del tema suscribiéndome a sus blogs, en sus canales de Youtube o en los diferentes simposios que de vez en cuando se organizaban para neófitos en la capital.

Mis compañeros dejaron de mofarse de mí cuando comencé a sacar buenas notas en los diferentes controles parciales que nos hacían en clase. Y se les quedó cara de tonto cuando el profesor me felicitó por mi trabajo fin de curso, donde obtuve la máxima calificación de los veinte alumnos que comenzamos aquel curso presencial de ciento ochenta horas.

Mientras, me había apuntado a todos los cursos online que podía, para seguir formándome y aprendiendo sobre la marcha. Me saqué el título de diversas certificaciones de Google, practiqué campañas de marketing en mis propias redes sociales y apliqué también esos conocimientos para ayudar a Patri en sus diferentes negocios. Y es que mi compi se había montado su propia página Web donde ofrecía sus servicios como diseñadora y maquetadora.

Las navidades ya habían quedado atrás, y el mes de enero era una buena época para comenzar a buscar trabajo. Tras observar las mejoras que yo había alcanzado en mi nueva faceta profesional, Patri decidió que ya estaba preparada para soltarme en la selva laboral, así sin anestesia ni nada. Y claro, comencé a alucinar cuando comprendí a qué se refería ella con lo de “tunear” el currículo.

—Veamos, lo primero de todo es la formación. Tienes que poner lo de la licenciatura o grado en empresariales y añadir la formación no reglada pero dándole un aire más cosmopolita.

—¿Qué licenciatura, flipada? —pregunté—. Te recuerdo que dejé mi carrera casi recién comenzada.

—Ya, pero eso no lo tienen por qué saber tus futuros empleadores.

—Pero...

—Pero nada —me calló al instante la loca de mi amiga—. Aquí nadie te va a pedir el título. Si esto fueran los Estados Unidos igual hasta te metían en

la cárcel por mentir, menudos son para esas cosas. Pero en España todo el mundo engaña un poco con los estudios y/o conocimientos, no te preocupes. Igual en otros sitios te piden el diploma, pero en Madrid no es lo normal, te lo digo yo.

—Eso no puede ser, Patri, mal comenzamos.

—¿Qué te crees, que mi antiguo jefe y algún otro directivo de nuestra querida ex empresa son ingenieros y licenciados? Te aseguro que ni de coña, pero nadie se lo discute.

Y entonces Patri pasó a describirme la verdadera formación de algunos de nuestros antiguos jefazos, gracias a que era amiga de una chica de personal y los cotilleos estaban a la orden del día. Ni ingenieros, ni arquitectos ni leches. Como mucho diplomados, algún módulo de FP y otros casi no habían terminado ni el Bachillerato. Ver para creer.

—¿Y el diploma éste del INEM no está sellado por la Universidad de Alcalá de Henares?

—Sí, tenían un convenio de...

—Pues ya está, arreglado: “Máster en Marketing online y Analítica Web”

—¡¿Pero qué haces?! —exclamé alucinada—. Ese curso no es un verdadero máster y además, para poder estudiar uno hay que ser licenciado y yo no...

El gesto de Patri lo decía todo: estaba esperando a que yo misma me diera cuenta de su estratagema. A mí me parecía pasarse de la raya, no sé por qué me dejé convencer.

—Hazme caso, ya verás. Si no tienes la conciencia tranquila te puedes crear dos currículos diferentes. Uno, el que te prepararé yo a todo lujo. Y otro normalito, con lo que de verdad quieras añadir. Y luego, dependiendo de la oferta de empleo a la que pretendas optar, te apuntas con uno u otro perfil. Y entonces comprobarás las diferencias.

—No sé ni por qué te hago caso, la verdad. Al final me meteré en un lío por tu culpa.

—¿Y qué es lo peor que te puede pasar? ¿Que no te elijan?

—Bueno, visto así, tampoco pierdo nada.

—Por eso decía, tú inténtalo al menos durante unas semanas. Si no te va bien y no logras los resultados esperados, cambiamos de estrategia.

—Muy optimista te veo yo, ojalá tuviera tu moral. En cuanto vean mi edad, mi escaso bagaje profesional y que mis conocimientos tampoco son

para matarse, se van a reír en mi cara.

—No te preocupes por eso, simplemente te ignorarán. Ah, y ahora que mencionas lo de la edad, ya estás quitando la fecha de nacimiento del currículum.

—Pero...

—Nada, fuera ese dato. Si lo quieren saber, que pregunten, que eso les cuesta un poco más. Aparentas menos años de los que tienes, nadie va a pensar que eres una cuarentona ni mucho menos.

—¡No te pases! Todavía no los he cumplido —dije enojada.

—Ya, por eso. Venga, vamos ahora a crear tu perfil de LinkedIn.

—Puff, ¡qué pereza!

Tenía mi perfil personal de Facebook abierto desde hacía años, aunque no le hacía mucho caso. Patri me obligó a crearme uno de Twitter, otro de Instagram y comenzamos también una fanpage en Facebook para su propia aventura empresarial en la que las dos aparecíamos como administradoras de la página. Y ahora quería que añadiera un perfil en LinkedIn. No ignoraba que se trataba de la red social profesional más conocida, pero ya no sabía qué contraseñas poner para tanto perfil diferente.

—Anda, que menuda Community Manager estás tú hecha si no sabes manejar las redes sociales más conocidas. Y me he dejado unas cuantas en el tintero, habrá que contentarse con esto para comenzar.

—Hombre, hay otras funciones dentro de un departamento de marketing aparte de la de Social Manager o Community Manager —repliqué algo cansada.

—Venga, que es muy divertido. Ahora elaboramos tu perfil aquí y tenemos que ser más creativas que los demás, llamar la atención de los posibles empleadores. Habrá que rellenar esos huecos en los que no has trabajado en ningún sitio para que el currículum no quede tan soso. Y aquí aparecerá el socorrido *Entrepreneur*, silogismo muy utilizado entre los usuarios de esta red.

—¿Emprendedor? —pregunté mosqueada—. Pero sí yo no he montado nunca nada por mi cuenta, ni...

—Ya lo sé. Ni tú ni la mitad de las personas que en su situación actual laboral especifican lo de *Entrepreneur*, y todo por no decir que están en el paro o en búsqueda activa de empleo. Eso suena muy mal. Por si no te has dado cuenta todavía, las empresas prefieren contratar a gente que ya esté trabajando o en algún proyecto interesante antes que mirar a los pobres

afiliados a nuestro querido INEM.

—Sí, eso tampoco lo he entendido nunca. Y eso que las empresas suelen tener subvenciones del Estado a la hora de pagar cotizaciones sociales si contratan a alguien parado.

—Ya, pero es así —confirmó Patri—. A mí me han llegado a llamar de algún trabajo que me interesaba, y los idiotas querían hacerme la entrevista a las once de la mañana. Cuando les comentaba que no podía acudir al encontrarme en pleno horario de trabajo y que yo no era comercial ni tenía manera de escaquearme de la oficina durante mi jornada laboral, me decían que entonces no estaría tan interesada en su oferta.

—Bueno, ya lo veré con mis propios ojos, seguro que a mí me sucederán cosas más raras. Conociendo mi suerte, cualquier cosa puedo esperarme.

—Anda, no seas gafe. Tú no tienes problemas con el horario para las entrevistas, aunque hazte la interesante cuando te llamen para no parecer desesperada. Y tenemos también que pensar una cifra cuando te pregunten el sueldo que ganas, has ganado o pretendes ganar.

—Sí, ésa es otra cosa que ya he leído en algún foro y lo comenté también con los compañeros del INEM cuando nos impartieron la última jornada lectiva dedicada a la búsqueda de empleo. Yo sólo he trabajado en nuestra antigua empresa, así que no puedo comparar mucho. Pero algunos chicos me decían que han llegado a ofrecerles menos dinero del que realmente ganaban (y eso que habían inflado la cifra al hablar con el entrevistador), para cambiarse de empresa.

—Ah, sí, es lo normal. Y encima los de recursos humanos de esas empresas de poca monta te venden la moto como si aquello fuera la panacea y consiguen hacerte sentir mal si no aceptas su oferta. Aunque sean peores condiciones laborales, de sueldo y de horario, pretenden hacerte ver que vas a dejar escapar la oportunidad de tu vida si no trabajas para su gran empresa en régimen de semiesclavitud.

—Pues conmigo lo llevan claro en ese sentido, los mando a paseo y punto.

Yo tenía razón: ese tipo de situaciones no iban a sucederme, pero sí otras tan surrealistas que no hubieran desentonado en una película de Berlanga. Voy a explicaros sólo las más llamativas, aunque tengo más anécdotas que a veces, cuando se las cuento a alguien en petit comité, se piensan que me las invento o exagero para llamar la atención o buscar la sonrisa fácil. Nada más alejado de la realidad, ojalá no me hubieran sucedido.

Y es que mi búsqueda de empleo durante ese tiempo fue de todo menos aburrida.

De hecho, mi primera entrevista de mi nueva singladura profesional ya me avisó de por dónde iban a ir los tiros. Yo creía que había tenido suerte al conseguir que me llamaran para un puesto de asistente junior, nada menos que en el departamento de marketing de una conocida empresa de patentes y marcas, cuyas oficinas centrales se situaban en una buena zona de Madrid. Pero no fue así, ni mucho menos.

—Esa gente es muy rancia, Lucía, creí que querías darle otro aire a tu vida. Te van a recordar a tu ex familia política y al barrio casoso donde vivías.

—Yo voy a la entrevista y ya veré. Igual quieren a una pipiola para llevarle los cafés al jefe y cuando me vean aparecer ni siquiera me darán una oportunidad.

Eso le dije muy convencida a mi compañera de piso, pero ocurrió algo que no me esperaba. Me recibieron en una inmensa sala de juntas, con una mesa de reuniones de madera tan abrigantada que casi soltaba destellos al mirarla de lado. La entrevista me la iban a realizar entre el responsable de Recursos Humanos y el jefe adjunto de Marketing, dos contra una. Y todo empezó a torcerse desde el principio.

—Encantado de conocerte, Lucía —me tuteó nada más llegar el de marketing, un chico poco agraciado que no llegaría a la treintena—. Soy Javier Álvarez, adjunto al responsable de marketing. Y él es Óscar Montilla, nuestro jefe de RRHH.

—Es un placer —contesté mientras le tendía la mano al tal Javier.

Soy una chica del norte, y nunca me ha gustado demasiado el contacto humano con personas que no conozco. Ya sé que en Madrid y en otros muchos sitios es normal que los hombres y las mujeres se saluden con dos besos aunque no se conozcan de nada. Pero en mi tierra eso es menos habitual y, además, yo pretendía dar una imagen profesional en mi primera entrevista de trabajo después de muchos años.

Así que me sentí bastante violenta cuando Javier me tomó por los hombros y me obligó a aceptar dos besos más que sonoros en mis mejillas. Creo que le miré con gesto de desprecio, porque el chico bajó la mirada avergonzado y me indicó dónde me podía sentar. El de RRHH ni siquiera hizo el amago de saludarme, ni con besos ni con la mano, antes de situarse justo enfrente de mí.

Álvarez comenzó entonces la entrevista en un tono amable. Me preguntó por mi formación específica en marketing y no hizo demasiado hincapié en mi licenciatura, ni en cuando había terminado los estudios. Al final Patri tenía razón en eso. Después me comentó un poco por encima las tareas a desempeñar en el puesto vacante y yo le fui haciendo algunas preguntas sobre dichas funciones mientras notaba fija en mí la mirada inquisitiva de Montilla.

Ya os había comentado que Álvarez no era muy agraciado físicamente, aunque parecía agradable y simpático: un chico bajito, con sobrepeso y alopecia temprana, ojos huidizos y pinta de desastrado. El traje le sentaba fatal, sudaba profusamente mientras me hacía las preguntas, y parecía incómodo en presencia del jefe de RRHH.

Y no me extrañaba, la verdad. Montilla era un imponente ejemplar masculino de 1,90 m. de altura, hombros anchos que llenaban perfectamente su impecable traje de corte italiano y una mirada de cabronazo que podía derretir al más pintado. Casi me sonreí al pensar en cómo lo definiría Patri de haberse encontrado en esa situación: un dios griego con un polvazo de muerte, seguro.

Yo hubiera estado de acuerdo con esa definición, porque había que reconocer que el tipo estaba muy bueno, objetivamente hablando. Pero despedía un aura que no me gustaba nada y la verdad es que me resultó aprensivo desde el principio. Y la sensación no mejoró al sentir su mirada escrutadora, que parecía querer colarse en mi mente, por no hablar de mi cuerpo.

Me había vestido de forma sencilla, elegante pero no demasiado formal: una falda de tubo, unos tacones no muy altos y una blusa con un poco de escote, nada exagerado. Ya había pillado a Álvarez en más de un renuncio mientras me miraba el canalillo, aunque me sentía mucho más sucia al percibir el tipo de mirada del otro hombre. Parecía asqueado por tener que compartir estancia conmigo y no se esmeraba en disimularlo. O eso presentí yo antes siquiera de que se dirigiera a mí en los siguientes términos:

—Perdona que te interrumpa, Javier. Antes de nada quería hacerle unas preguntas a la señorita Iriarte.

Álvarez hizo un gesto de asentimiento y yo me preparé para la andanada. El tono obsequioso de Montilla no auguraba nada bueno y su sonrisa lobuna me puso en alerta antes de que abriera de nuevo la boca.

—¿Cuál es su edad? No veo la fecha de nacimiento en el currículum.

—39 años —contesté sin pestañear.

Se trataba de una pregunta políticamente incorrecta, no era relevante para el tipo de trabajo, pero yo ya imaginaba que buscaban a una jovencita a la que poder manejar a su antojo. Vi por el rabillo del ojo que a Álvarez no le había sentado nada bien la interrupción del otro y mucho menos el tipo de pregunta realizada. Pero todavía no había llegado lo peor.

—Muy bien, lo anotaré aquí —Montilla garabateó algo en la copia impresa de mi CV antes de proseguir. No me tuteaba como había hecho su predecesor en la entrevista, pero eso no era lo que más me preocupaba en ese momento. Había acudido más o menos tranquila a la reunión, pero ese hombre me estaba creando un desasosiego poco edificante—. ¿Está usted casada o soltera?

—Divorciada —contesté con sequedad.

Álvarez dio un respingo en su silla y yo levanté el mentón de modo desafiante. El jefe de RRHH tendría unos 35 años y mucho mundo, pero no pensaba dejarme intimidar. Sabía que no tenía por qué contestar a ese tipo de preguntas, pero preferí averiguar a dónde quería llegar ese malnacido.

—¿Tiene hijos o pretende tenerlos en un futuro próximo?

—Pues sí, tengo una hija. Pero ya está crecilita: tiene 18 años y ha comenzado este curso la universidad, por lo que no tendré que cambiar muchos pañales esta temporada. Y no, no pienso tener más hijos, aunque eso a usted no le incumba.

Álvarez se puso rojo al escuchar mi salida de tono, pero Montilla pareció disfrutar con el enfrentamiento. Tenía que haber abandonado la reunión en ese momento, pero el orgullo me pudo y salí trasquilada.

—No quería importunarla, se trata de una pregunta pertinente. Como comprenderá, el puesto implica unas responsabilidades importantes y tenemos que asegurarnos de la idoneidad de los candidatos. Es comprensible que no podamos permitirnos el lujo de contratar a una madre con hijos pequeños que tenga que estar todo el día pendiente de ellos, o peor aún, que vaya a quedarse embarazada en los próximos meses. Eso sería una intolerable falta de ética profesional, por no hablar del despilfarro de tiempo y dinero gastado por la empresa al formar a alguien nuevo para tener que cubrir esa baja al poco tiempo. ¿Tiene usted pareja en estos momentos?

—Pues sí, ahora que lo pregunta. Pero como ya le he dicho, no tenemos intención de tener hijos. ¿Contesta eso a su pregunta o tiene algo más que añadir?

Creí que al mentir de forma deliberada sobre lo de tener pareja

cambiaría el tono de mi interlocutor. Sabía que yo no le caía bien a ese tipo y que no me iba a contratar, pero si no me había levantado de la silla hasta ese momento tampoco podía permitir que me humillara. Así que aguanté estoica la siguiente escaramuza, sin saber que mi temperamento iba a hacer de las suyas a continuación.

—No, la verdad. Dice que está divorciada pero... ¿cuándo se separó de su marido y cuál fue el motivo principal de la ruptura? Y si ahora tiene una nueva pareja, eso conlleva otro tipo de implicaciones. ¿Dónde se conocieron? ¿Viven juntos?

—¡Ya está bien! —exclamé mientras me ponía en pie. Tuve que contar hasta diez mentalmente para no decirle cuatro cositas a ese impresentable, la lengua viperina se me disparaba y no quería acalorarme demasiado—. Discúlpeme, señor Álvarez, pero no tengo por qué aguantar impertinencias de este señor. Y menos aún contestar a preguntas irrelevantes, que sólo atañen a mi vida privada, y que no afectan para nada al futuro desempeño en las tareas encomendadas del puesto vacante.

El adjunto de marketing no sabía dónde meterse y se disculpó cómo buenamente pudo, mientras Montilla parecía disfrutar al haberme sacado de quicio. Salí de allí sin dirigirle la palabra y supe que nunca volvería a saber de esa gente, por mucho que Álvarez intentara arreglar una situación que se había enquistado en escasos minutos.

Cuando llegué a casa esa tarde, toda indignada y con los nervios a flor de piel, tuve que servirme una copa de vino blanco para calmarme. Patri estaba por allí y al final le conté con pelos y señales lo sucedido. Mi amiga no daba crédito y eso que mi periplo de entrevistas por la ciudad no había hecho nada más que comenzar.

—Menudos imbéciles, no les hagas caso. Menos mal que a éste no le has cruzado la cara de un guantazo o le has llamado cabronazo a la cara. Ya saldrá algo mejor, sólo ha sido tu primera entrevista. Aunque te has cubierto de gloria, guapa.

—Eso, tú encima dándome ánimos —protesté—. Buenos, por lo menos no tengo que esperar a su próxima llamada, nerviosa por saber si seguiré o no en el proceso. La respuesta está bastante clara.

Pero alguien quiso enmendarme la plana, mientras el soniquete de mi móvil me avisaba de un mail entrante. Lo miré con desgana y tuve que frotarme los ojos al ver el remitente: Javier Álvarez. Abrí el correo pensando que el chico de marketing se disculparía mientras me confirmaba con buenas

palabras que no era lo que estaban buscando en su empresa. Pero me volví a equivocar.

“Lamento las posibles molestias ocasionadas por nuestro responsable de RRHH, que tal vez se haya excedido en sus funciones. Sin embargo, yo tengo la última palabra para contratar a la persona que nos ayudará en el departamento de marketing y he decidido ofrecerle la posibilidad de continuar con el proceso si está todavía interesada en el puesto.”

Había abandonado el tuteo al escribir el mail, pero eso no era lo importante de esa misiva. Totalmente alucinada solté algo en voz alta que ahora no recuerdo, pero Patri enseguida se interesó por el contenido de lo que yo miraba en el móvil con gesto de incompreensión. Cuando se lo expliqué se indignó muchísimo, casi más que yo.

—¡Que se meta el puesto donde le quepa! Menudos impresentables.

—La verdad es que sí, he flipado un poco. Y mira que el trabajo estaba bien y la empresa tiene buena pinta, pero es que ese desgraciado me ha sacado de quicio.

—Bueno, no te preocupes. Tengo yo un contacto que te voy a pasar para que le llames. Trabaja en una productora audiovisual y tiene varios proyectos en marcha, seguro que le cuabras para alguno.

—Te lo agradezco, de verdad. Aunque no sé, igual tengo que darle una vuelta a lo de esta gente. Yo trabajaría con el de marketing, al otro tipo no tendría por qué aguantarle.

—¿Y tener como enemigo al macizo del jefe de RRHH? Por no hablar de que el chico de marketing te hace ojitos, tal vez busca otra cosa.

—No seas mal pensada, anda. Y dame el contacto de tu amigo mientras me decido.

Hablé por mail con el conocido de Patri y concretamos una entrevista para dos días después, en una dirección del pueblo de Fuencarral. No es que me entusiasmara la zona, pero tampoco iba a quejarme. Para el puesto necesitaban a alguien con nociones de SEO, redes sociales y editar artículos en Wordpress sin meterme en temas de programación, así que les cuadraba mi perfil.

Mientras tanto, decidí abandonar definitivamente el proceso en la empresa de patentes pero Álvarez pareció no darse por aludido. Primero por mail y luego mediante llamadas telefónicas en las que insistía en ofrecerme el puesto. Llegó incluso a enviarme una carta de intenciones con el sueldo bruto que ganaría y demás, tanta insistencia me escamaba. Así que intenté

hacérselo entender amablemente, pero él siguió ignorándome.

—¡Mándale ya a la mierda de una santa vez! Conmigo podía dar, eres demasiado educada con ese tipo —dijo Patri.

—Es un pobre hombre, no se lo tengo en cuenta. Aunque ya se está pasando de castaño oscuro, sus últimos mensajes son más personales. Me quiere invitar a un café, a comer o a lo que yo quiera para hablar de esta situación y claro, ya no sé cómo negarme.

—¡Pasa de él! Bloquéale en el móvil para que deje de darte la brasa.

Y eso tuve que hacer, porque el insistente Javier no cesaba de enviarme mails, mandarme whatsapps y llamarme cada dos por tres. Así que corte de raíz y me olvidé de esa empresa y sus empleados, no iba a perder más el tiempo con tonterías.

Mi entrevista con el conocido de Patri tampoco pasará a la historia como una de las mejores de mi vida. El día amaneció lluvioso y, aunque me llevé paraguas, no me sirvió de mucho. El viento racheado amenazaba con partir sus endebles varillas, mientras la tromba de agua comenzaba a calarme hasta los huesos.

Debido a la virulencia del vendaval que arreció minutos después intenté resguardarme debajo del voladizo de un edificio de oficinas, pero el día se estaba poniendo muy desagradable. No llevaba capucha en el abrigo y el paraguas no servía de nada, por lo que mi pelo se empapaba a gran velocidad. Por no hablar de que ya llegaba tarde a la entrevista, menuda puta mierda. “Joder, si es que soy una *loser*, todo me pasa a mí”, pensé en esos momentos.

Pero claro, todo lo que no mejora, empeora, y todavía me quedaban unas cuantas sorpresas para ese día. Abandoné el precario resguardo y me asomé otra vez a la acera, dispuesta a atravesar el paso de peatones con un peligroso semáforo en ámbar intermitente. Quise cruzar a toda velocidad ante el peligro de los camiones que circulaban por allí, un cruce con no demasiada visibilidad que encima se veía reducida debido a las inclemencias meteorológicas, antes de que me atropellaran y muriera de la manera más tonta.

Me jugué el tipo y avancé entre los vehículos, que afortunadamente estaban medio parados por el abundante tráfico. El semáforo seguía en ámbar para los coches, pero los peatones nos encontrábamos en inferioridad de condiciones y nadie hacía caso a nuestra preferencia de paso. Una moto me sorteó como pudo y yo me colé entre dos camiones de reparto al atravesar la calzada, pero no me percaté de un coche que venía por detrás de mí a toda

velocidad.

El atasco de delante pareció remitir y los vehículos más atrasados comenzaron a acelerar para sortear el cruce a la mayor velocidad posible antes de adentrarse en una de las variantes de la autovía. Yo me creía ya a salvo instantes antes de llegar a la acera de enfrente, pero calculé mal.

Mientras me pegaba con el paraguas, imposible de domar por el viento, escuché a mi espalda un acelerón brusco y el petardeo de un motor. En ese preciso momento paso por mi lado ese maldito coche, un Renault 5 amarillo cantoso, que cruzó a toda velocidad el enorme charco que separaba la calzada de la acera y que yo había bordeado con cuidado al pasar por allí un segundo antes.

—¡Me cago en tu puta madre! —me salió sin pensar.

El coche patinó de lado sobre el charco, sus ruedas lo atravesaron como un cuchillo caliente entre la mantequilla y el agua turbia salió despedida en mi dirección. El cabrón me puso perdido el abrigo y encima me llevé un susto de muerte. ¡Vaya mañanita que llevaba!

—¡Eeeh! —grité cuando ya era tarde. De todos modos, tuve que desahogarme de alguna manera con aquel energúmeno—. ¡Gilipollas, ve con más cuidado!

El cabreo comenzó a apoderarse de mí y estuve a punto de claudicar y regresar a casa. Pero no quería hacerle un feo a Patricia, que me había conseguido el contacto, y sobre todo, a su conocido, que estaría esperándome en su oficina. Todavía no me había mirado en un espejo, pero creí que podría afrontar todavía la entrevista con algo de dignidad.

Naturalmente, mi aventura no había hecho nada más que comenzar. Terminé por perderme entre los diferentes polígonos industriales de la zona, y acabé en un descampado sin asfaltar mientras preguntaba por la dichosa empresa que nadie parecía conocer. Al final tuve que llamar al tipo que me iba a entrevistar para que me indicara con más detalle la dirección exacta después de pedirle disculpas por mi retraso y el chico me lo indicó con amabilidad.

Fue culpa mía; me distraje un momento mientras guardaba el móvil en el bolso y continuaba caminando, con tan mala suerte que no me fijé en que metía el zapato izquierdo en una zona de charcos más profundos. ¡Maldita sea, otra vez no!, pensé cabreada como una mona al comprobar que me había puesto perdida de barro.

—¡Aaarrggghhh! —grité desesperada, sólo para desahogarme mientras

me mesaba los cabellos. No me podía estar pasando todo eso a mí, no minutos antes de asistir a una entrevista de trabajo.

Un chico que corría con su perro bajo la lluvia me miró un poco alucinado, igual pensó que yo estaba trastornada por ponerme a gritar en medio de la calle. Pero es que la impotencia se apoderó de mí y fue la única manera que se me ocurrió de soltar adrenalina e intentar calmarme un poco. Se me pasó por la cabeza regresar a casa inmediatamente, sin acudir a la entrevista, pero el orgullo me ganó. El maldito Murphy no iba a poder conmigo.

—Señora, ¿se encuentra usted bien? —me dijo otro joven que pasaba por allí.

—¿Señora dice? —pregunté mosqueada—. ¡Señora será tu puta madre, gilipollas!

El pobre chaval no tenía la culpa de nada, pero yo le gruñí en plan doberman. El increpado no se dio por aludido, hizo un gesto como si yo fuera una desequilibrada y siguió su camino sin inmutarse. Menos mal que no se me encaró, ese enfrentamiento podía haber terminado como el rosario de la aurora.

¿Y por qué? El chico tampoco había mentido, yo era una señora hecha y derecha, con una hija universitaria y un mosqueo de tres pares de cojones después de la mañanita que llevaba. Pero no podía ser, debía calmarme y recuperar la dignidad perdida antes de afrontar la puñetera entrevista. ¡En qué maldita hora me había levantado de la cama!

Pero eso no fue lo peor, ya sabéis que la ley de Murphy actúa en situaciones similares. Cuando por fin hallé la ubicación precisa de la empresa, me encontré con una destartada nave industrial con techos altísimos y estanterías por todas partes, repletas de DVD's y otros cachivaches en los que no quise ni fijarme.

—¿Tú eres Lucía, verdad? Yo soy Pedro, lamento que hayas tenido que venir hasta aquí con la que está cayendo —se presentó mi entrevistador, un chico con pelo largo y perilla, vestido con vaqueros y camiseta heavy de color negro. Si se sorprendió al ver mis pintas tras enfrentarme a las condiciones climatológicas adversas lo disimuló muy bien, todo un profesional. Punto para el chico.

—Nada, tranquilo, es que este sitio es un poco difícil de encontrar. Y encima con este chaparrón...

—Sí, ya imagino. Anda, dame el paraguas y tu abrigo mientras te secas

un poco —se apiadó de mí antes de añadir algo que me animó un poco—. En el baño de chicas dispones de secador de manos y una toalla, por si quieres pasar primero antes de que charlemos con más calma. ¿Te apetece un café mientras tanto?

—Sí, muchas gracias. Eres muy amable, Pedro, enseguida vuelvo. Si me disculpas...

El cabreo que llevaba al llegar a esa nave industrial perdida en el culo del mundo se suavizó un poco ante la amable actitud de mi interlocutor. Llevaba los zapatos manchados y las medias caladas, aparte de humedad en el resto de la ropa, aunque el abrigo se había llevado la peor parte. Y por supuesto, tenía el pelo hecho un asco gracias a la lluvia y al viento racheado, pero algo podría hacer en el baño para arreglarlo. Me peiné bien, me retoqué el maquillaje y me adecenté lo mejor que pude antes de retomar la conversación con Pedro.

El joven, que aunque aparentaba más edad no debía pasar de los 25 años, me esperaba sentado en una pequeña mesa redonda que tenía en su mini despacho. Sonreí al ver una bandeja de pastas y dos tazas de café servidas como Dios manda.

—Gracias de nuevo, Pedro. Siento mucho las molestias ocasionadas, no ha sido la mejor manera de comenzar una entrevista.

—Tranquila, son cosas que pasan. Cualquier amiga de Patri es amiga mía, así que no te preocupes más. Comenzamos de cero si te parece.

—Muy bien, por mí perfecto.

Pedro me comentó que allí tenían montados varios negocios en un mismo espacio físico: una pequeña productora independiente, una distribuidora de DVD's por Internet y una plataforma online en la que los usuarios intercambiaban cómics, mangas y otro tipo de publicaciones.

—Como te comenté por mail, buscamos a alguien que se encargue de dinamizar un poco las redes sociales de las tres empresas. Ya sabes: posts en Facebook, Instagram y Twitter, crear un canal de Youtube y gestionarlo con nuestros propios vídeos hasta dónde nos permita la censura, llevar nuestros blogs bajo Wordpress y retocar alguna imagen en Photoshop, etc. Vamos, un poco de todo, como puedes comprobar.

—Sí, me parece muy bien, puedo encargarme sin problemas. Si quieres hablamos de mi experiencia profesional y te comento un poco mi formación y demás.

—No, tranquila, ya he visto tu currículum. Por mí perfecto. Otra cosa es

que a ti te cuadre lo que aquí ofrecemos.

—En principio sí. Aparte de lo que me has comentado, no sé si os interesa crear campañas publicitarias en Adwords, Facebook Ads y otras plataformas.

—Claro que me interesaría, pero ahora mismo no disponemos de mucho presupuesto. De hecho, tu contratación sería sólo a jornada parcial, con un contrato de 25 horas semanales que podremos aumentar según vayan funcionando los diferentes proyectos. En principio nos da igual contratar a un chico o a una chica, y además tú vienes recomendada, pero antes de nada deberías conocer algunos de los productos audiovisuales que manejamos. No sé si te sentirás cómoda con todos ellos, eso es lo primero y lo más importante.

—Sí, por supuesto. Antes has comentado lo de censura en Youtube, no sé si van por ahí los tiros.

—Bueno, en parte. Si te parece te enseño en mi ordenador los proyectos que tenemos en marcha y así lo ves con mayor claridad.

Las grandes plataformas online y las redes sociales son poco permisivas con diferentes temas como la violencia gratuita, los desnudos, las armas y otros similares, por lo que no sabía a qué se refería exactamente Pedro.

El amigo de Patri me enseñó entonces la tienda online con DVD's de todas las épocas y estilos, montada bajo una plataforma de pago que no parecía muy difícil de manejar. Afortunadamente habíamos trabajado en el curso del INEM con ese tipo de CMS's como Prestashop y Magento, por lo que estaba familiarizada con el tema. Manejar lo del intercambio de cómics y llevar sus diferentes redes sociales tampoco me parecía muy complicado. Pero me quedaban todavía sorpresas por descubrir en aquella inmensa pantalla de Apple con una definición de cine.

Y digo lo de la definición porque casi me caigo de culo al ver a pantalla gigante los vídeos e imágenes con los que tendría que lidiar en la productora audiovisual: escenas de sexo duro, todo lo explícitas que os podáis imaginar, y a una resolución en la que los actores parecían querer salir de las dos dimensiones de la pantalla y acompañarnos en persona en esa destartalada nave industrial de las afueras de Madrid.

—Esto, yo... Perdona, no sabía que...

—Sí, creí que estabas al tanto, culpa mía. Distribuimos también DVD's de cine para adultos, pero estamos dando nuestros primeros pasos como productores y creadores de películas eróticas. No tendrías que asistir a los

rodajes, pero sí tratar con este tipo de imágenes y vídeos. Ya sabes: retocarlo para subir los archivos a la Web, moderar nuestros foros, hablar con proveedores y alguna que otra cosilla.

Aparté avergonzada la mirada de esa sinfonía de cuerpos sudorosos y brillantes en diferentes posturas sexuales, algunas aparentemente imposibles de realizar para alguien que no fuera gimnasta profesional. Pero mi mente no fue tan rápida y sólo podía recordar los pechos siliconados por doquier, los culos inmensos bailando twerking y esos penes gigantes que taladraban a pequeñas ninfas por todos los orificios de su cuerpo. Una situación para la que no estaba preparada y que no supe ni quise disimular.

—La verdad es que no era lo que me esperaba, lo siento mucho — repliqué azorada, con el sofoco subiéndome a un rostro en el que ya me notaba los colores. No, ni de coña iba yo a realizar ese trabajo. No me imaginaba retocando en Photoshop los atributos de esos actores porno antes de publicar un post en su Web. Definitivamente, eso no era lo mío.

—Ah, no, disculpa si te ha pillado de improviso. Creí que Patri te había dicho algo.

El pobre Pedro parecía confundido, o quizás avergonzado por haberlo planteado de esa manera. Vale, sí, venía de parte de Patri y mi nueva amiga era una chica moderna, liberal y sin pelos en la lengua. Pero yo no era como ella, por mucho que intentara cambiar, modernizarme y adaptarme a los nuevos tiempos. Tal vez Pedro pensó que no habría problemas en ese sentido, pero no contaba con que mis convicciones morales y los principios éticos y religiosos con los que me habían educado seguían muy arraigados en mi mente.

Así que le agradecí su interés, me disculpé de nuevo por haberle hecho perder el tiempo y salí de allí como alma que lleva el diablo. Por lo menos no llovía cuando retorné de nuevo a la calle y menos mal, porque con las prisas me dejé allí el paraguas medio roto. Ya me compraría otro porque no tenía intención de regresar a ese sitio en mi puñetera vida.

Cuando se lo comenté a Patri antes de echarle la bronca por mandarme a ese antro de degenerados ella no me tomó muy en serio. Comenzó a reírse a mandíbula batiente, mientras se agarraba la tripa y me señalaba como una loca.

—¡No me lo puedo creer! ¿En serio? Joder, has tenido que alucinar al saber que debías retocar las pollas de esos maromos bien dotados.

—No hace falta ser tan explícita, graciosa. Y sí ya habías trabajado

con Pedro en otras cosas, me podías haber avisado con tiempo. No hubiera ido allí ni loca.

—No tenía ni idea, lo siento —dijo sin lamentarlo lo más mínimo—. Yo le he ayudado con cosas de *anime* y demás, pero nada de porno duro. ¡Ya verás cuándo se lo cuente a la Sonso! Nos vamos a descojonar un rato, ja, ja.

—Mira, paso de ti, no sé ni para qué te hago caso. Menuda rachita llevo, mejor me olvido del tema y empiezo de cero.

Tuve alguna que otra experiencia curiosa en las siguientes semanas: dinámicas de grupo que se salían de madre, entrevistadores que se ponían a hacer ruidos extraños o a contar chistes para ver tu reacción, psicotécnicos que no había por dónde cogerlos y otras chorradas que no vienen ahora al caso.

—La verdad es que eres doña Pupas —aseguró Sonsoles cuando se reunió una tarde con nosotras, mientras Patri se meaba de la risa contando mis andanzas—. Mira que te pasan cosas raras, deberías escribir un libro o algo así.

—Ya te digo: “Diario de una *loser*” —apostilló Patricia entre risas—. Aunque la gente se creería que es pura ficción, cuando todo te ha pasado realmente a ti.

—No lo voy a negar, estoy gafada. No puedo con mi vida.

—Venga, ánimo, que ya verás como encuentras algo guay. Anda, cuéntale a Sonso lo de Terry, que así nos echamos unas risas.

—¿Terry? ¿Qué Terry? No me digas que has conocido a un guiri guapetón y yo no me he enterado de nada. ¡Si es que sois unas zorras!

—Más quisiera yo, Sonso. Es la última historia para no dormir en mi periplo por las pymes de este país. A mí no me hace ni puñetera gracia, para que os voy a engañar, pero Patri tiene razón. Mejor me lo tomo en broma porque si no voy a estallar. Lo que no me pase a mí...

La mañana anterior había acudido a un chalet muy mono situado en una urbanización de alto standing en Pozuelo. También me pillaba fatal en transporte público, pero visto lo visto tampoco podía ponerme exquisita, no tenía tanto dónde escoger. Se trataba de una pequeña *startup* que estaba empezando, algo sobre una *App* para móviles en la que los ricachones podrían buscar viajes de lujo, ocio de alto nivel y cosas así.

Me arreglé un poco más en esta ocasión, quería causar una buena impresión. El puesto era para ayudante del jefe de producción, significara aquello lo que significara. Y allí estaba yo, dispuesta para una de las

situaciones más surrealistas de mi vida sin tener ni idea de lo que iba a suceder.

Una secretaria alta y delgada, muy estilosa, me acompañó a una inmensa sala de juntas donde ya me esperaba el director general. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años con cara de amargado, vestido con un traje de corte clásico muy pasado de moda. No me lleve muy buena impresión al verle y creo que fue algo recíproco, porque se le escapó un mohín en la boca que no disimuló demasiado.

Me senté a la mesa y el entrevistador, creo recordar que se llamaba señor Martínez o algo parecido, se colocó a unos metros de mí para evaluarme de frente. Yo me sentía un poco cohibida y algo nerviosa, no lo voy a negar, y no fui muy concreta en las respuestas ante las primeras preguntas que me hizo. Yo misma me di cuenta de que no lo estaba llevando bien, pero lo peor estaba por llegar.

Tengo la manía de cruzar las piernas cuando estoy sentada en una silla un rato más o menos largo, aunque sé que no es buena postura, e intento corregirla si voy a permanecer mucho tiempo en esa posición, como en una oficina, por ejemplo. De hecho, Andrés me llamaba muchas veces la atención porque me decía que le daba patadas o le manchaba el pantalón cuando comíamos juntos en algún lugar público, aunque a veces sólo le rozara. Y por eso me sorprendió más lo que ocurrió a continuación.

En esa ocasión fui yo la que noté que algo me rozaba el pantalón por debajo de la mesa en la pierna que tenía cruzada, situada por encima de la que seguía apoyada en el suelo. El instinto me hizo girarme y mirar en dirección hacia el señor Martínez, pero él no podía haber sido el que me rozara, era físicamente imposible dada la distancia existente entre los dos. El mosqueo se apoderó entonces de mí, pero no podía pararme a mirar debajo de la mesa, por lo que intenté disimular y proseguir con la entrevista.

Pensé que sólo habían sido figuraciones mías y Martínez no pareció siquiera darse cuenta de mi malestar, por lo que me olvidé del tema y continué contestando a sus preguntas. Mi imaginación me jugaba malas pasadas porque me pareció entonces escuchar un sonido gutural y como si alguien arañara el suelo, por lo que se me disparó el corazón en un segundo. Noté entonces una presencia maligna a mi lado y no pude soportarlo más. Me eché para atrás con violencia y volqué la silla en mi arrebató, mientras mis ojos se salían de las órbitas al contemplar al causante de mi desasosiego.

—¡Joder, qué susto! Pero, ¿qué coño es esto?

Un enorme ejemplar de rottweiler negro me miraba con ojos crueles, apretaba sus mandíbulas en una mueca que daba miedo y dejaba escapar de su garganta un gruñido antinatural mientras me contemplaba como si fuera a comerme en ese mismo instante. El señor Martínez se puso entonces en pie, al parecer contrariado, y llamó a su lado al perro.

—Terry, ven aquí, no molestes a la señorita. Así, muy bien, buen chico —le dijo al perro mientras le acariciaba el lomo y le daba alguna especie de golosina como premio.

Yo permanecí de pie, con los brazos cruzados delante del pecho en posición defensiva y lo más alejada que podía de aquel animal. Nunca me han gustado demasiado los perros, y menos sí son de razas peligrosas, y la gente no entiende el miedo irracional que pueden llegar a provocar en mí en determinadas circunstancias. Y menos si el cancerbero seguía atento a mis movimientos, sentado sobre sus cuartos traseros al lado de su dueño mientras quizás elucubraba si me atacaba en ese momento o un poco más adelante.

—Tranquila, no pasa nada, puede sentarse. Es Terry, nuestra mascota, no le va a hacer nada.

—Sí, ya, bueno...Perdone, es que no me esperaba esto.

—Pues tendrá que acostumbrarse si quiere trabajar aquí; Terry es uno más de la familia y es muy cariñoso. ¿Verdad, chiquitín?

—No, si no se lo discuto, es sólo que me ha sorprendido verle salir de debajo de la mesa. Entonces, ¿anda siempre por la oficina?

—Sí, ya se lo he dicho. ¿Algún problema?

Y a todo esto, el tipo me miraba enfadado, como si yo tuviera la culpa de lo que había sucedido. Vale que no me gusten demasiado los perros grandes, pero esa situación se salía de lo normal. ¿Se suponía que no debía haberme inmutado al ver salir a un perro enorme de debajo de mis piernas? Joder, a cualquiera le hubiera dado un susto de muerte y más a alguien como yo. El aspecto amenazante del animal no ayudaba tampoco demasiado y la actitud de Martínez me desconcertó totalmente. Y pensar en que el chucho andaría por la oficina a todas horas, mirándome como si fuera a tomarme de merienda, no me facilitó demasiado las cosas. Así que tiré por la calle del medio, ya que aquello no tenía solución.

—Siento mucho haberle hecho perder el tiempo, pero creo que yo no encajaría demasiado en su empresa. Gracias y buenos días.

Salí en dirección contraria a la del rottweiler y me fui alejando de allí mientras Martínez no reaccionaba y me miraba como si estuviera loca. Me

dieron ganas de gritarle que el tarado era él, dejando que un enorme perro de presa saliera de debajo de mí con las fauces abiertas y tratándome como si yo fuera idiota. Cerré la puerta a mis espaldas y abandoné ese lugar a la máxima velocidad sin darme la vuelta ni un instante. Aquello había sido surrealista.

—¡Madre mía, Lucía! —exclamó Sonsoles—. Tienes razón, lo que no te pase a ti...

Capítulo 9

Yo sólo quiero un piso decente

Después de mi periplo por las entrevistas más *sui generis* que se pueda una imaginar, di con una oficina en la que no se comportaron como si fueran marcianos y parecían al menos personas normales. Se trataba de una gran empresa de distribución alimentaria que trabajaba con las mejores marcas y en la que necesitaban un ayudante para el departamento de marketing y comercial. No era el trabajo de mi vida pero podía seguir aprendiendo mientras aplicaba los conocimientos adquiridos y, sobre todo, cogía experiencia en una rama que me gustaba y en la que pretendía ganarme la vida a partir de entonces.

Y si el mercado laboral estaba hecho una pena, no os quiero ni contar el inmobiliario, al que comencé a echar un vistazo para irme acostumbrando a las odiosas búsquedas. Madrid estaba siguiendo la estela de Barcelona y una nueva palabra se había puesto de moda en la ciudad: la gentrificación. Los pisos turísticos comenzaban a proliferar en la ciudad y los alquileres subieron de una forma brutal en apenas unos meses.

Tampoco buscaba el palacio de Buckingham, ni nada por el estilo. Sólo quería encontrar un piso majo, de dos habitaciones con cocina independiente, baño y un saloncito. No necesitaba garaje pero por lo menos que contara con un pequeño balcón si no lo conseguía con terraza. Y comencé a alucinar al comprobar realmente cómo estaba el mercado. A mediados de enero comencé una búsqueda un poco más exhaustiva de pisos en la ciudad y aluciné ante lo que me fui encontrando.

En el centro o barrios cercanos que estuvieran medianamente bien, como Arganzuela o Moratalaz, los pisos se habían puesto por las nubes. No bajaban de mil euros mensuales de alquiler y eso que la mayoría estaban amueblados de aquella manera, sin reformar, con el edificio antiguo o sin ascensor. Por supuesto, tuve que olvidarme de áticos, pisos con terraza, urbanizaciones de alto standing con piscina y conserje o cualquier detalle superfluo, porque entonces te pedían dos o tres mil euros de alquiler sin cortarse un pelo.

Por no hablar de las condiciones contractuales: dos meses de fianza, más

aval bancario de hasta un año del alquiler, garantías adicionales y te hacían un estudio socioeconómico que ríete tú de Hacienda o el Mossad. Y si te ponías a hablar con inmobiliarias entonces sí que acababas harta del temita. Hasta cartas de recomendación de jefes o antiguos caseros me llegaron a pedir, el colmo de la desfachatez. ¡Ni que estuviéramos en Manhattan!

Y claro, si te ibas a barrios más periféricos, te encontrabas otro tipo de problemas. Y no es que los precios fueran mucho más asequibles: me llegaron a pedir 800 euros por un cuchitril interior que se caía a pedazos, sin apenas luz natural y en un edificio centenario que no daba muy buena espina. Por no hablar de la suciedad en la escalera o el barrio, y el ruido que se oía en todo el vecindario. No, la verdad es que no quería vivir allí yo sola y menos llevar a mi hija conmigo.

—Ya te lo dije, Lucía, está todo fatal. Mejor te quedas aquí conmigo hasta que mejore un poco la cosa —me dijo una tarde Patri cuando le conté mis penas inmobiliarias.

—Y yo te lo agradezco, pero debo empezar a caminar sola. Aunque claro, visto lo visto necesitaría un sueldo entero para pagar el alquiler y luego para la comida y los gastos tendría que tirar de la pensión de Andrés.

—Por eso lo digo, tonta. Y eso que tienes pensión y un colchón en el banco. Imagínate una familia con cuatro o cinco miembros; es imposible que salgan adelante con un sueldo o aunque sean los dos los que trabajan, ya que ahora lo de ser mileurista es casi el paraíso. No me extraña que digan que cada vez hay más trabajadores pobres, gente currando una burrada de horas por apenas el salario mínimo, eso no debería estar permitido en este país.

Patri tenía razón, no quería ni pensar lo que una pareja joven con niños tendría que sufrir para llegar a fin de mes en una época tan difícil para todos. Se suponía que habíamos salido de la crisis pero yo no lo veía en el día a día, y eso que podía considerarme afortunada dadas las circunstancias. No me extrañaba que los jóvenes permanecieran en casa de sus padres hasta pasados los treinta años, era imposible independizarse.

Por no hablar de quedarse sin trabajo con mi edad, o las personas que ya hubieran pasado los cincuenta. A esas alturas de la vida era difícil reinventarse y comenzar de cero, la sociedad te daba de lado y te volvías invisible. Sí, a lo mejor el país había salido de la crisis antes de meterse en una más gorda según algunos agoreros, pero habíamos dejado atrás a mucha gente. Y yo tenía que medir muy bien mis pasos para no unirme a ese grupo de desheredados que cada vez era más numeroso.

—No, si tienes razón. Y eso que ni me he molestado en mirar pisos para comprar, otra vez están subiendo los precios, como si no hubiéramos aprendido nada de la burbuja inmobiliaria.

—Hombre, cuando tengas algo ahorrado podías dar una entrada y luego buscar una hipoteca que no fuera demasiado alta para ir tirando. Creo que los intereses están ahora muy bajos —dijo Patri no demasiado convencida.

—Por eso, miedo me da cuando empiecen a subir. Con mi escaso sueldo y mi poca antigüedad en la empresa no me darían una hipoteca razonable, aparte de que conlleva muchos gastos adicionales. Por no hablar de que tendría que mirar fuera de Madrid. En la capital no baja nada decente de los 300.000 euros, y no me lo puedo permitir.

—Pues nada, lo dicho, te quedas aquí aunque sea algo temporal. Y vamos a hablar de algo más divertido, que te pones de un muermo que no hay quien te aguante.

Cuando me quise dar cuenta, ya estábamos a mediados de febrero y mi situación no había mejorado demasiado. En el trabajo iba poco a poco, pero en el tema inmobiliario seguía sin encontrar nada aceptable. Tenía alertas programadas en varios portales inmobiliarios en Internet, pero los anuncios cada vez eran más desesperantes. Así que opté por hacer caso a Patricia y olvidarme un poco del tema hasta que estuviera más asentada en mi nueva oficina.

Esa semana recibí una agradable sorpresa: la visita de mi hija Carol, que iba a pasar unos días con nosotras. Acababa de terminar sus exámenes parciales y tenía libre hasta que retomaran las clases para comenzar el segundo cuatrimestre. Mi hija se llevaba bien con Patri e incluso con Sonsoles, pero ambas teníamos ganas de tener nuestro espacio propio, un piso donde sólo estuviéramos las dos, como madre e hija.

Carol se había convertido en una mujer preciosa y a mí, como orgullosa madre, se me caía la baba al verla. También me daba un poco de miedo, he de confesarlo, porque el mundo está lleno de maldad y yo no quería que la hicieran daño, pero ella debía seguir su propio camino. Ya fuera en el terreno sentimental, en el laboral, o en cualquier otro, mi hijita estaba preparada para afrontar los retos que le planteara la vida.

—¿Y qué tal te han ido los exámenes? —le pregunté cuando estuvo más o menos instalada.

—Muy bien, lo aprobaré todo, no te preocupes —afirmó sin duda alguna.

—Muy segura te veo yo. No hay que darlo todo por supuesto, que luego llegan los palos. Te lo digo por propia experiencia.

—Venga, no me seas madre plasta, que no te pega nada. Me han salido bien los exámenes, te lo aseguro. Y si algún profesor tiene la ocurrencia de suspenderme iré a la revisión y al decano si hace falta. No pienso dejarme pisotear, ya lo sabes.

—Muy bien, hija, así me gusta. Anda, voy a prepararte algo de cenar, tienes que estar hambrienta después del viaje.

La casa donde yo vivía con Patricia no era muy grande y sólo tenía dos habitaciones. Mi compañera tenía cama de matrimonio en su cuarto, pero nosotras no queríamos molestarla. Y no pretendía que Carol mal durmiera en el sofá, así que se instaló en mi habitación. Yo tenía una cama de 90 cm y no cabíamos las dos, pero nos apañamos con un colchón inflable que Patri guardaba para ese tipo de ocasiones.

Mi hija quería hacer muchas cosas durante su estancia en Madrid, y en muchas de ellas contaba con que yo la acompañara. Y la lista era larga: ver un musical en la Gran Vía, visitar una exposición temporal que estaría ese mes en el Museo del Prado, cenar en un restaurante muy chic que se había puesto de moda en Chueca y algunas ideas más. Yo estaba encantada de pasar más tiempo con Carol, más después de la ruptura con su padre y todo lo que había conllevado en nuestras vidas.

—¿Y tú cómo lo llevas, mamá? —me preguntó ese fin de semana, refiriéndose al divorcio—. Hablé con papá el otro día y le vi animado, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Claro que se lo ha quitado, hija. Yo me cabreé mucho al verle así, pero luego me di cuenta de lo duro que ha tenido que ser para él llevar una doble vida durante todo este tiempo. Por no hablar de la presión de tu querida abuela Mercedes, que es para echarle de comer aparte, ya la conoces. Pero tu padre es un hombre sensato y me ha puesto todo tipo de facilidades para no alargar más este proceso.

—Me alegro por los dos, ya sabes, pero me da mucha lástima. Ya nunca más seremos una familia unida, y a veces me entristezco al pensarlo.

—Claro, hija, es normal. Entiendo que cuando hay un divorcio los hijos se llevan a veces la peor parte, y más si conlleva situaciones estresantes como las que hemos vivido. Tú no eres una cría, pero si te ocurre cualquier cosa quiero que me lo cuentes. ¿De acuerdo?

—Sí, claro, no te preocupes. Yo estoy bien, de verdad, sólo un poco

triste a veces. Me preocupo más por ti, por verte vivir aquí y todo eso.

—En ese sentido estoy bien, tranquila, ya me he acostumbrado. Y en breve va a cambiar mi situación, y podré retomar mi vida como a mí me dé la gana. ¿Quieres acompañarme a ver algunos pisos que tengo que visitar?

—Claro, por mí encantada. Me gusta verte así, más alegre y contenta, aunque imagino que también ha sido muy duro para ti.

—Pues sí, te puedes hacer a la idea. No te voy a negar que no fuera un palo muy gordo, y más al encontrarme a tu padre en esa situación y después discutir con tu abuela. Pero Andrés me puso las cosas muy fáciles, ató bien a la bestia que tiene por madre, y firmamos todos los papeles en buena sintonía.

—Vaya, me alegra oírte.

—No te creas que ha sido fácil, no te voy a engañar. Tampoco quería hundir a tu padre en la miseria, ni sacarle los ojos como me decía mi abogado. Yo sólo quería terminar con esa situación lo antes posible y poder así retomar nuestras vidas. El dinero no es lo más importante, aunque por lo menos me ha servido para comenzar de cero en unas circunstancias difíciles.

Carol no quiso insistir más en el tema y cambió de terció con elegancia. Yo podía entender que ella se encontraba entre dos aguas, y tampoco quería llevarse mal con ninguno de sus progenitores. Por supuesto yo nunca intentaría ponerla en contra de su padre, pero tampoco le iba a ocultar la realidad. Por eso le conté toda la verdad y que ella sacara después sus propias conclusiones.

Seguro que mi querida ex suegra ya le había comido la oreja para dejarme mal a mí, pero Carol era una mujer hecha y derecha, con los pies en el suelo y una cabeza muy bien amueblada, por lo que no temía nada en ese sentido. Mi hija no tenía ningún problema conmigo, yo era su madre y siempre estaríamos unidas por mucho que doña Mercedes se empeñara en lo contrario.

Al final fuimos a visitar dos o tres pisos que no se me salían de presupuesto y ambas tuvimos la misma percepción: había que seguir buscando. No me iba a meter en el primer zulo que encontrara sólo porque se ajustara al precio que yo podía permitirme. Y menos si se encontraban en esas penosas condiciones de habitabilidad.

Ese fin de semana me tocó también acompañar a Carol a una actividad que nunca me ha entusiasmado demasiado: ir de compras. Vale, seré un bicho raro, pero eso de verme rodeada de una muchedumbre en un centro comercial no era lo que yo entendía como algo divertido para pasar la tarde. A mi hija le

encantaba, siempre le habían llamado la atención los escaparates de la Gran Vía desde que era una mocosa, así que tuve que hacer de tripas corazón y dejarme llevar a rastras a esos templos del consumismo.

—Venga, mamá, ya verás cómo lo pasamos bien. Y después podemos cenar algo e ir al cine si te apetece. Fíjate, te dejo elegir película y todo —dijo mientras me guiñaba el ojo.

—Gracias, generosa. No sé qué haría yo sin ti en mis fines de semana de maruja recalcitrante.

—Anda, no te hagas la mártir, que estás estupenda. Por eso te voy a llevar de compras, tienes que renovar tu vestuario. Pareces una ursulina vistiendo, y tú estás todavía para lucir tipito.

—Sí, eso me dicen mis amigas también, os habéis puesto todas de acuerdo.

—Hombre, porque es verdad, no te creas que te vamos a regalar los oídos sin motivos. Seguro que si te arreglas un poco y nos vamos de marcha, más de uno te confundiría con mi hermana.

—Anda, exagerada, no hace falta que me hagas la pelota. Yo te quiero igual, hija, no engañes a esta pobre vieja.

—Sí, sí, vieja... Ya me gustaría a mí tener esas piernas, incluso ahora. Así que hay que enseñárselas al mundo, ¿no crees?

—No sé yo... —dijo sin mucha convicción—. Tú eres como mi amiga Sonsoles, que dice que los cuarenta son los nuevos treinta.

—¡Pues claro que sí! Ya verás qué modelazos nos vamos a comprar. ¡Qué tiemblen las dependientas!

En una cosa tenía razón Carol. Y es que en Madrid me había dado cuenta de que tenía piernas y más desde que me había divorciado. Me atrevía a ponerme pantalones pirata, faldas más cortas y vestidos más atrevidos. Incluso tenía unos shorts sin estrenar, y eso que todavía no había llegado el verano para lucir palmito de verdad.

Al final arrasamos en las tiendas y me dejé llevar por el entusiasmo de Carol. Ella hizo un buen acopio de prendas para la primavera, pero yo no me quedé atrás: vestidos, faldas, unas botas mosqueteras que me quedaban muy chulas, pantalones de varios estilos, camisetas, blusas y complementos. Por no hablar de un buen set de maquillaje y unos conjuntos de lencería con los que volví a sentirme sexy.

Ahora sólo quedaba el momento, una vez que se acabara el invierno, para estrenar todas esas prendas que había escogido con mi hija.

Capítulo 10

El abominable hombre del ático

Un sábado de finales de febrero decidí acompañar a Patri al mercadillo de Tetuán, una experiencia que al parecer no me podía perder por nada del mundo. Nuestro edificio contaba con seis plantas y nosotras vivíamos en el cuarto piso, por lo que normalmente subíamos y bajábamos en el ascensor, a no ser que se hubiera estropeado, algo harto frecuente, y nos tocara coger las escaleras.

Así que llamamos al ascensor en nuestro rellano y se paró a los pocos segundos, procedente de los pisos superiores. Patri accedió al mismo parloteando, como era su costumbre, y yo la acompañé sin haberme fijado antes de entrar en el habitáculo: allí se encontraba un hombre mal encarado y con unas pintas que hubieran escandalizado a mi ex suegra, por no hablar de que emanaba un olor no demasiado agradable.

—Hombre, David, ¡cuánto tiempo sin verte! ¿Ya has regresado de los Andes?

El individuo asintió y soltó un gruñido por respuesta, o eso me pareció en ese momento. El habitáculo era bastante estrecho de por sí, y tres personas más el bulto que llevaba nuestro acompañante ocupaban casi al completo el exiguo espacio. Así que yo no podía moverme demasiado y decidí permanecer con la vista mirando al suelo, sin abrir la boca, mientras esperaba a que el ascensor llegara a su destino.

Siendo sincera, si llego a haber visto a ese tipo dentro del ascensor yo sola, hubiera pasado de montar con él. Ya sé que los prejuicios nunca son buenos, pero las apariencias suelen ser importantes y su presencia no me había causado una grata impresión. Esa ropa vieja y desastrada, el pelo largo y enmarañado, y unas barbas que le llegaban casi hasta el pecho no eran la mejor carta de presentación posible. Por no hablar de su mirada hostil, que tal vez se debiera a mi actitud defensiva que no podía haberle pasado desapercibida, pero tampoco era para que me observara de ese modo.

—Oye, a ver si nos vemos otro día con calma y hablamos, seguro que tienes muchas cosas que contarme. ¿Vas al trastero? —le preguntó Patri

señalando la caja que portaba el hombre.

—Sí, tengo muchas cosas por medio, ya sabes.

—Me imagino, claro. Ah, perdona, no os he presentado. Ella es Lucía, mi nueva compañera de piso. Y él es David, nuestro vecino del ático.

Yo dije un inaudible “Encantada” y él soltó algo que tampoco se entendió demasiado, mientras el ascensor llegaba a la planta baja antes de continuar hacia el sótano del edificio, donde se encontraban los trasteros. En ese momento sí agradecí la estrechez del habitáculo y mi posición más alejada del tal David con Patricia en medio, por lo que me libré de saludarle con los habituales dos besos en las mejillas, y salí de allí en cuanto se paró el ascensor. Abrí la puerta visiblemente aliviada y ni siquiera esperé a Patri, que se despedía del vecino con la puerta abierta del ascensor.

—Ya nos veremos entonces, un placer tenerte de nuevo entre nosotros.

Salí del portal y esperé a Patricia en la calle, que llegó segundos después. Lo que no me esperaba era el rapapolvo que me iba a echar a continuación, aunque en el fondo mi amiga tuviera razón.

—¡Joder, tía, eres una borde!

—¿Yo? ¿Qué dices? Tampoco ha sido para tanto.

—Vale, lo que tú digas. No sé por qué has sido tan desagradable con el pobre David, que acaba de llegar de viaje y debe andar un poco desorientado todavía.

—Buff, lo siento, yo no suelo comportarme así —asumí mi error—. No sé, me he llevado una mala impresión del hombre y no he sabido reaccionar de otra manera. Tendré que pedirle disculpas y más si es un vecino al que me puedo volver a encontrar en el rellano.

—Tranquila, no hace falta. No creo ni que se haya dado cuenta, es un tipo bastante peculiar. Ha estado varios meses por el cono sur americano, quería encontrarse a sí mismo o algo así.

—Para no haberse dado cuenta me lanzaba unas miradas no demasiado amables, la verdad. No sé si se habrá encontrado a sí mismo, pero su hostilidad se podía percibir a un kilómetro.

—No sé muy bien lo que ha hecho, es muy reservado: creo que quería recorrerse Chile y Argentina, escalar los Andes e incluso llegar hasta la Patagonia. Es un tipo bohemio, que pinta en casa, da clases de meditación y cosas así. No paga hipoteca, tiene una pequeña renta de sus padres, ya fallecidos, y pasa de convencionalismos. Pero en el fondo es un tío majo.

—Si tú lo dices...

Me olvidé del dichoso vecino en cuanto nos sumergimos en el mercadillo y ya no volví a acordarme de él en todo el fin de semana. Patri y yo nos recorrimos todos los puestos callejeros y revolvimos en busca de una ganga como si no hubiera un mañana. Era un lugar curioso, una curiosa mezcla de razas y culturas bien avenidas, donde los vendedores ofrecían sus variadas mercancías mientras los compradores buscaban algún chollo.

Creo recordar que ese sábado no hicimos gran cosa porque por la tarde arreció el frío y la lluvia. Así que nos quedamos en casa, con la estufa y la mantita, mientras veíamos un maratón de series, desde *Stranger Things* a unas chicas que trabajaban en una revista de moda en Nueva York, sin olvidar a la archiconocida *Juego de tronos*, serie que al final había terminado por gustarme. Ni siquiera el pendón de Patri salió el sábado por la noche, dijo que estaba cansada de hacer siempre lo mismo. Y el domingo poco más o menos.

Y de nuevo llegó el lunes, uno de los días más horribles de la semana según mi humilde parecer. El fin de semana se pasa volando, aparecen de nuevo las rutinas del horario laboral, siempre pensando en que llegue de nuevo el viernes, y luego esas escasas horas se pasaban en un suspiro.

Por no hablar de que el día amaneció con chubascos y ya se sabía lo que ocurría en Madrid un lunes lluvioso de invierno: caos circulatorio, atascos generalizados, trenes y metros que no circulaban correctamente y todo el mundo cabreado desde por la mañana temprano. Bienvenidos a la civilización. Seguro que en la Patagonia se estaba mucho más tranquilo, donde iba a parar.

No recuerdo bien los motivos para hacer esa asociación de ideas en mi mente, igual por alguna valla publicitaria con la que me topé en mi camino a casa, o yo que sé. El caso es que entonces rememoré el surrealista encuentro con el vecino, uno más para añadir a mi cada vez más extensa lista de los últimos meses, y no pude por más que sonreír ante mi infantil respuesta. Le debía una disculpa al pobre hombre, aunque intuía que se trataba de una persona arisca y asocial que tampoco le daba demasiada importancia a esos detalles, por mucho que a mí sí me molestara el haberme comportado de esa manera con él.

Lo curioso del caso es que iba ensimismada en mis cosas cuando llegué a mi edificio ese lunes por la tarde. Afortunadamente había dejado de llover, aunque el cielo plomizo amenazaba con caerse sobre las cabezas de los transeúntes. Cerré el paraguas y me adentré en el portal, aliviada de haber

terminado una nueva jornada laboral. Me dirigí hacia el ascensor y me fijé en que un chico recogía su correo del buzón. Saludé por inercia con un escueto “Buenas tardes”, sin fijarme demasiado en él, y esperé a que se apagara la luz de ocupado del ascensor para poder llamarlo.

Tampoco es que conociera a todos los vecinos del inmueble, que tenía seis plantas más el bajo con cuatro pisos cada una, pero aquel hombre no me sonaba de nada. Vestía de manera informal, con unos pantalones vaqueros, una cazadora de cuero y zapatillas deportivas. Lo que me sorprendió de verdad fue que se diera la vuelta, me dedicara una espléndida sonrisa mientras revisaba su correo y me saludara a su vez en estos términos:

—Hola, Lucía, ¿cómo estás?

Me quedé un momento alucinada, por lo que ni me di cuenta de que el ascensor ya se había quedado libre. Intenté entonces recordar quién era ese tipo atractivo que me miraba con descaro y una ligera mueca de insolencia en su rostro mientras me llamaba por mi nombre, pero no conseguía localizarlo en mi mente. ¿Quién demonios era aquel chico de ojos almendrados y sonrisa de anuncio de dentífricos? Tenía que averiguarlo a la mayor brevedad, aunque lo mejor era hacerme la desentendida y subir a mi casa sin mirar atrás.

—Bien, gracias. Hasta luego —contesté sin darme la vuelta, mientras abría la puerta del ascensor.

—¿Qué tal así? ¿Te inspiro más confianza sin las greñas?

¿Qué había dicho aquel tipo? No, no podía ser cierto. Mi cerebro no quiso asimilar del todo la noticia, no antes de colapsar debido al bochorno que se cernía sobre el horizonte, dispuesto a sonrojarme de nuevo en presencia de un hombre, algo habitual en mí desde hacía ya demasiado tiempo.

—¿David? —pregunté con temor.

—El mismo, quién si no. ¿Te asusto menos con este *look*, recién afeitado y con el pelo corto?

¡Madre mía, qué vergüenza! Ni me había dado cuenta de que el chico era el mismo del que me había llevado tan mala impresión tan solo un par de días antes. Lo que hacen las apariencias, digan lo que digan, aunque la persona sea la misma. Me flagelé en mi interior por ser tan superficial y haber prejuzgado a David sólo por su aspecto, me lo tenía bien merecido. Y el muy cabrito parecía disfrutar con la situación.

—No, si, la verdad... Perdona, ese día me levanté con el pie izquierdo,

no me lo tengas en cuenta.

—Vale, no hay problema. ¿Te gusta la tarta de chocolate?

—¿Cómo dices? Sí, me gusta, pero no sé qué tiene que ver eso con...

—Nada, que como me debes una disculpa tienes que dejarte invitar a un café y a un trozo de tarta para merendar. En la pastelería de ahí enfrente la hacen de muerte, ¿te apuntas?

—Claro, ¿por qué no?

David me había desarmado con su naturalidad, como si no le diera importancia a mi falta de urbanidad, y encima se permitía el lujo de invitarme a tomar algo como quien no quiere la cosa. No supe reaccionar de otra manera y tuve que acompañarle a la cafetería sin darme tiempo siquiera a percatarme de lo sucedido.

La verdad es que el chico tenía razón y la tarta de chocolate era una auténtica delicia, un pecado venial que se podía cometer sin remordimientos de ningún tipo. Y encima disfruté de una estupenda conversación con un hombre muy agradable, que me había dado una lección por estúpida y maleducada.

Así acicalado calculé que tendría unos treinta o treinta y cinco años, como mucho. Desde luego se había quitado edad sin esos pelos andrajosos y la barba de varias semanas auestas. Tenía el pelo castaño, unos bonitos ojos color miel y unos hoyuelos muy curiosos en las mejillas que se le marcaban más al sonreír. No es que fuera un chico especialmente guapo, pero sí se le podía considerar atractivo. O “atractivo”, como decía Sonsoles en broma cuando nos cruzábamos con un muchacho apuesto.

David debía medir cerca de 1,80 metros y era delgado pero fibroso, con buena planta. Desde luego le sentaba mucho mejor la ropa de ese día que los andrajos con los que le conocí el sábado anterior.

—Me comentó Patricia que has estado viajando por América del Sur. ¿Qué tal la experiencia?

—Muy bien, la verdad. Ha sido alucinante, sobre todo conocer la Patagonia y el extremo más al sur del continente. Es algo mágico contemplar la belleza de un lugar tan inhóspito y asistir a un momento tan irrepetible como la caída del glaciar del Perito Moreno.

Yo había visto alguna imagen en el telediario, o quizás en Internet, no recordaba, pero sabía a lo que se refería mi vecino. Así que le dejé explayarse mientras dábamos buena cuenta de la deliciosa tarta de chocolate. A David le gustaba hablar, algo que no me hubiera imaginado al ver su actitud más bien

hosca durante nuestro primer encuentro en el ascensor, y yo era buena escuchando a los demás.

Había preferido preguntar yo primero para no tener que dar demasiadas explicaciones sobre mi vida. David me contó otras anécdotas de sus viajes, yo le pregunté por Buenos Aires y terminó haciendo una imitación perfecta del deje y acento argentino. ¡Parecía un porteño en toda regla!

—Bueno, ¿y qué me cuentas tú? No voy a hablar yo solo, ¿no te parece?

—Tampoco hay mucho que contar —mentí.

Al final no me libré y tuve también que contarle algo de mí, aunque no fui demasiado específica. Sí, me había divorciado y estaba rehaciendo mi vida, le confesé. Tenía un nuevo trabajo y vivía con Patricia de forma temporal, por lo menos hasta que encontrara un lugar decente donde asentarme. Y poco más, tampoco quise ahondar en mis problemas personales.

David me explicó algo parecido a lo que ya me había comentado Patricia por encima sobre la vida y milagros de nuestro misterioso vecino. Él pasaba muchos meses al año de viaje y después, cuando llegaba a Madrid, se dedicaba a tareas poco convencionales: pintura y exposiciones de arte, charlas de meditación y colaboraciones con ONG's y empresas de comercio justo. Un perfil muy alejado del ejecutivo estresado que trabaja en un gran rascacielos del Paseo de la Castellana.

Por un lado envidié su tipo de vida, la ausencia de los problemas típicos de cualquier español medio: la hipoteca, el trabajo, la familia y demás convencionalismos arraigados en nuestra sociedad. Una personalidad nada gregaria a la que no le importaba ser diferente a los demás. David era un verso libre y vivía al día, sin mayores preocupaciones. Pero sabía que yo jamás podría llevar mi existencia de esa manera.

—Me encanta viajar, pero creo que soy un poco más sibarita que tú. Eso de estar todo el día por ahí de mochilero, durmiendo en cualquier parte, no está hecho para mí.

—A todo se acostumbra uno, te lo aseguro. En mis viajes procuro ir a lo económico y gastar poco, pero tampoco me lo monto tan mal. En sitios como Tailandia y todo el sureste asiático, o en algunos países africanos, puedes comer y dormir en sitios chulísimos por unos pocos euros. Y si me hace falta algo, trabajo de lo que sea.

Me enseñó algunas fotografías de sus viajes que llevaba en el móvil y aluciné ante la belleza de los paisajes. Y era cierto: comprobé que las cabañas en plena selva también pueden tener comodidades occidentales y el entorno

era bastante más interesante que el asfalto de las grandes ciudades. Una vida sin lujos pero muy apasionante, alejada del aburrimiento y la cotidianidad de la clase media que nos habían vendido como si fuera el paraíso.

—¿Y no te sientes solo? —me atreví a preguntarle al saber que se tiraba meses de viaje por el mundo sin una compañía definida.

—No, siempre encuentro gente muy amable que me acoge, me ayuda o incluso me da trabajo cuando me hace falta el dinero. He hecho de todo en mis aventuras por el mundo: guía turístico, traductor, camarero, albañil y lo que haga falta en cada momento. Tengo amigos en los cinco continentes y tardaría una vida entera en poder visitarlos de nuevo a todos.

—Vaya, la verdad es que suena muy interesante. Cuando regresas a Madrid te debes de sentir un poco extraño, encerrado entre cuatro paredes.

—Pues sí, lo has clavado. Aquí no tengo excesivos problemas para subsistir, el piso es de mis padres y no tengo muchos gastos. Pero ya sabes, la vida en Madrid es mucho más cara que en una aldea perdida cerca del Machu Pichu o en un poblado de Filipinas. Y claro, las vistas no tienen nada que ver. Despertarte rodeado de una vegetación exuberante como la africana, contemplar los picos nevados de los Andes o escuchar la fauna autóctona antes de darte el primer baño en una isla perdida del Índico son mucho más relajantes que desvelarte con el ruido del tráfico de una ciudad como Madrid.

Los temas que trataba David me parecían muy interesantes y su conversación era muy amena. Sus ojos despedían chispas cuando narraba alguna de las hermosas experiencias que había vivido en sus viajes por el mundo, por lo que intuí que aquí se sentiría agobiado, atado a un estilo de vida que no cuadraba con él. Esa libertad de la que me hablaba no tenía nada que ver con lo que podría encontrarse en la gran ciudad, a la que tenía que regresar de vez en cuando para visitar parientes y amigos, aparte de para darse un baño de esa realidad de la que parecía querer escapar con cada poro de su piel.

Aquel ratito tan agradable se me hizo muy corto, y encima a David le llamaron por teléfono. Se disculpó por tener que marcharse antes de tiempo y ambos prometimos que ya sacaríamos un hueco para charlar en otro momento.

—Si te gustan las infusiones tengo un té de Sri Lanka que te va a encantar.

—De acuerdo, te tomo la palabra. Ya me invitarás a ese té especial. Y me tienes también que enseñar tus cuadros y seguir contando aventuras.

Nuestras vidas son muy aburridas comparadas con la tuya, compréndelo.

—Sí, pero todo tiene sus pros y sus contras. Bueno, lo dicho, ya nos veremos otro día. Y espero no volver a asustarte si nos cruzamos en el portal.

—Anda, no seas malo.

Nos despedimos a la salida de la cafetería. David se marchó a la cita que tenía pendiente y yo subí a casa con mi mente en plena ebullición. Me había encantado la charla con David y me había olvidado de mis propios problemas. El chico me había demostrado que los prejuicios nunca son buenos y además, me había dado toda una lección de vida.

Quizás el cuento que siempre nos han contado sobre la felicidad del ser humano no tenía nada que ver con la realidad. Hay muchas formas de ser feliz en la vida y David me lo había demostrado con creces. No había más que comprobar el brillo en sus ojos al enseñarme fotos o contarme anécdotas, por no hablar de la nostalgia con la que hablaba de lugares lejanos.

David era alguien transparente, un alma pura, un nómada atrapado en el cuerpo de alguien que no quería ser sedentario. Un hombre muy interesante que merecía la pena conocer, por lo menos para poder contrastar lo que nos estábamos perdiendo en nuestra aburrida vida, anclada a unos patrones de la sociedad que no tenían por qué ser los mejores para todo el mundo.

Un aliciente más para seguir viviendo en Tetuán, por lo menos de momento. Y es que hasta ese instante no fui consciente de que había vecinos tan especiales en el inmueble, personas que con sus simples palabras te hacían reflexionar sobre aspectos de tu vida en los que nunca habías caído.

Capítulo 11

El saludo al sol no es lo que parece

Los cambios de estación siempre me afectan al ánimo y ese comienzo de primavera no iba a ser una excepción. Y como mis amigas me habían visto un poco alicaída, pensaron que no había mejor terapia que liberar unas cuantas endorfinas. Y no, no estoy hablando de sexo, aunque con ese tema también me insistían para que me echara un follamigo o un rollete de una noche, lo que fuera para desentumecer mis músculos amatorios.

—Tengo unas invitaciones para entrar a mi gimnasio gratis e incluso participar en las clases colectivas, ¿os apuntáis?

Sonsoles lo soltó sin anestesia ni nada un día de mediados de marzo que estaba en casa merendando con nosotras. Patri me miró y yo no dije ni que sí ni que no, aunque tampoco es que me apeteciera demasiado. Mi compañera de piso decidió entonces contestar por las dos:

—No sé, quizás nos acercamos un día. Podría ser divertido, ¿no?

—Si tú lo dices...

Yo no quería ser la aguafiestas de turno, pero es que no me imaginaba, a mi edad, enfundándome en unas mallas cantosas, rodeada de cuerpos sudorosos de veinteañeros, mientras hacía el ridículo en una clase con treinta personas al son de una música machacona.

—Venga, chicas, lo pasaremos bien —aseguró Sonsoles.

—Es que ni siquiera tengo ropa adecuada, por no hablar de que...

—No te preocupes, Lucía, eso lo soluciono yo —me cortó la promotora de la idea—. Tengo mallas de sobra en casa, tienes para elegir. Con que te pongas una camiseta normalita y unas zapatillas de deporte, ya lo tienes apañado.

—Pues mira, soy alérgica al deporte, pero igual nos recreamos la vista con esos cuerpazos trabajados. Y ya sabéis que no le hago ascos a los musculitos, pero tampoco a esas niñas bien de carnes prietas y turgentes.

Patri soltó la parrafada con retintín, mientras me miraba divertida y me guiñaba el ojo para ver si yo entraba al trapo. Estaba visto que no iba a poder escaparme de nuevo de una situación que me superaba, por lo que al final di

mi brazo a torcer.

—Venga, vaaale, de acuerdo... Pero que conste en acta que yo paso de las pesas y lo de las clases de zumba tampoco lo veo, soy un pato mareado.

—No te preocupes, Lucía, hay muchas otras actividades dentro de mi gimnasio. Puedes subirte a la bici normal o a la de *spinning*, al step para levantar el culete o a la elíptica. Por no hablar de la piscina climatizada o el spa, con sus chorritos y su sauna para quemar grasas.

—Eso ya me va gustando más —confirmé.

—Anda, no me seas abuela —respondió Patri—. ¿No decías que el monitor de zumba estaba de toma pan y moja, Sonso? No me importaría asistir a sus clases.

—Tranquila, Lucía, tú puedes entrar a las clases de yoga o pilates, son mucho más tranquilas. Y dicen que son muy buenas para empezar a tonificar el cuerpo, corregir las malas posturas y aprender a relajarse. Vamos, lo ideal para no asustar a las principiantes.

—Bueno, ya veré lo que hago —le contesté entonces a Sonso, mientras Patri daba saltos de alegría ante la perspectiva de acudir las tres juntas al gimnasio, ese antro repleto de feromonas de ambos sexos que a mí no me apetecía pisar y que ella parecía ansiosa por conocer cuando tenía la bicicleta estática de adorno en casa—. De acuerdo, os acompañaré un día de estos y si me va bien, puede que más adelante me apunte de verdad.

—¡Así me gusta! —exclamaron a la vez mis dos amigas.

No me entusiasmaba la idea, vamos a ser sinceras, pero igual no me venía mal del todo. Nunca he sido muy flaca, tengo mis curvas, pero sabía que debía hacer algo de ejercicio para no tener una mala vejez. Ya sabéis el sino de las mujeres cuando llega la menopausia y demás: osteoporosis y otro montón de problemas, sin contar con los consabidos sofocos y otros síntomas que no me apetecía descubrir de momento.

Así que algo tendría que poner de mi parte. Ya no tenía veinte años y la gravedad hacía acto de presencia en los lugares más insospechados. Afortunadamente el pecho lo seguía teniendo firme, pero el culo lo tenía bastante flácido, las piernas regulín y los brazos había que tonificarlos un poco. Mi forma física era lamentable y me cansaba con subir un par de tramos de escalera, por lo que tendría que apechugar y echarle fuerza de voluntad al asunto.

Quedamos en acercarnos al gimnasio de Sonsoles el viernes de esa semana, a media tarde, cuando la afluencia de personas disminuyera un poco

en el gimnasio con respecto a los primeros días de la semana. Por lo visto nos harían un tour personalizado para conocer el local, sus instalaciones y las clases en las que podríamos participar como invitadas, por lo menos hasta que nos convencieran de apuntarnos en serio y pagar la matrícula con sus respectivas mensualidades.

A las cinco de la tarde del viernes ya teníamos a Sonso en casa con una mochila cargada. Ella venía vestida de punta en blanco, pero en su bolso llevaba su equipación deportiva para cambiarse en el gimnasio y algunas prendas que pensaba podría utilizar yo. Patricia no pudo contener su risa en cuanto nuestra amiga comenzó a sacar prendas fluorescentes del macuto, tal vez al imaginarme a mí con esas pintas.

—Mira que mallitas más monas, Lucía. ¡Se te va a ver a distancia!

—¡Ni de coña me pongo yo eso!

—Venga, no me seas agonías. Pruébate ésta de florecitas.

—Mira que sois pesadas. Hala, vamos a hacer un rato el ganso...

Nos estuvimos riendo un rato las tres, pero no claudiqué ante los consejos de las dos locas que me había agenciado como amigas. Deseché las mallas fosforitas que me probé en primera instancia y me decanté por unas más sobrias: negras, lisas, que llegaban hasta medio gemelo y no me quedaban demasiado mal, aunque las notaba un poco prietas en las caderas.

Sonso me prestó también una camiseta transpirable de color azul poco llamativa con la que podría estrenarme en las actividades deportivas, abandonadas desde mi ya lejana época escolar. Añadí algo de mi propiedad, unas viejas zapatillas Adidas que tenían ya sus años, y lo metí todo en una bolsa de viaje que tendría que servirme para la ocasión.

Patricia se puso también unas mallas ajustadas con una raya transparente en un lateral, muy sexy, y una camiseta de hombreras con un escotazo de muerte. No sabía si mi compañera de piso tenía mucha intención de ponerse en forma o sólo quería llamar la atención y ligar en el gimnasio, pero a fe que lo iba a conseguir.

—¡Guau! —exclamó Sonsoles al verla—. Estás que lo rompes, niña. Ni se te ocurra ponerte a mi lado, que me espantas a la clientela.

—Es cierto, Patri, estás cañón.

—Venga, vámonos ya, que se nos hace de noche.

Decidimos bajar las escaleras del edificio para ser consecuentes con el tema del ejercicio físico y nos olvidamos del ascensor. Y la casualidad quiso que nos cruzáramos en el portal con David, aunque no le hicimos demasiado

caso al ir hablando de nuestras cosas. Yo le saludé con un gesto y creo que también Patricia, pero juraría que Sonsoles ni le vio, porque me extrañaba que no le hubiera hecho un fichaje en toda regla antes de comentar la jugada. El inmueble no estaba precisamente lleno de hombres atractivos en edad de merecer y algún comentario hubiera caído.

No quise pensar entonces en el vecino, aunque hubiera pasado un rato agradable en su compañía mientras degustábamos la tarta de chocolate. Bastante tenía con preocuparme de lo que iba a suceder en los minutos siguientes, cuando de verdad llegáramos al gimnasio.

Mis amigas siguieron bromeando al salir a la calle y yo intenté animarme, pero no quería hacerme demasiadas ilusiones. Viendo lo que me había ocurrido durante los últimos meses podía esperarme cualquier cosa de mi primera experiencia en un gym. Y no quería pasar más vergüenza de la estrictamente necesaria, por lo que me pondría unos límites. Una sabe hasta dónde puede llegar y no pensaba dejarme influenciar por aquellas dos locas, por mucho que luego se metieran conmigo.

Hice como Sonsoles y me vestí de calle pero normal, ya me cambiaría en el vestuario con las prendas recién prestadas. Patricia no pensaba llevar ropa de calle como nosotras para cambiarse, así que se colocó una sudadera por encima y nos pusimos en marcha.

—No tenemos candados para las taquillas, Sonso —informó Patri de camino al gimnasio, que estaba situado en los alrededores de la estación de Chamartín, relativamente cerca de nuestra casa.

—Para hoy no hace falta, chicas, las taquillas son grandes y podéis dejar vuestras cosas en la mía. Pero si os apuntáis más adelante al gym, os recomiendo que os compréis un buen candado para salvaguardar vuestras pertenencias.

—¿En serio? —pregunté alucinada—. Creía que íbamos a un sitio de nivel en un barrio medio pijo, no imaginaba que la gente robara en esos sitios.

—Buff, te sorprendería, cariño. El otro día una chica dejó unas zapatillas fuera, al lado de su taquilla, y cuando regresó de la clase de *spinning* se las habían quitado. Y como el gimnasio no se hace responsable de las sustracciones, todo el mundo lleva su candado de casa.

—Mira que soy pardilla, yo lo hubiera dejado tal cual —afirmé.

—Por no hablar de los móviles, que son muy golosos —insinuó la benjamina del grupo—. Yo lo dejaré en casa por si las moscas, pero seguro

que la gente no se separa de sus *iPhones* ni para entrar en la sauna.

—Se supone que están prohibidos en la sala y demás, pero tienes razón —confirmó nuestra anfitriona de esa tarde—. Allí todo el mundo hace lo que le da la gana. Aunque por lo menos hay buen ambiente y no me he topado nunca con musculitos o niñas haciéndose selfies para colgarlos en Instagram.

—Mi móvil es un poco patata, ya lo conocéis. Así que por ese lado no creo que tenga problemas.

—De eso hablamos en otro momento, Lucía, que llevas un teléfono del Jurásico.

Mis amigas siguieron descojonándose de mí y yo no les hice ni caso, ya estaba acostumbrada a sus chascarrillos. Mi teléfono estaba ya un poco obsoleto, era cierto, pero tampoco necesitaba tener un aparato de mil euros para estar todo el día colgando tonterías en las redes sociales.

Los *smartphone* están muy bien para algunas cosas, pero son un poco esclavos. Y si lo pierdes o te lo roban, como les pasa a muchas personas, se puede convertir en una gran fuente de problemas porque hoy en día llevas casi todo ahí dentro, con accesos directos que ni nos molestamos en cubrir un poco: mail privado, redes sociales, cuenta del banco, etc. Y eso sí que podía convertirse en algo grave en manos de ciertos indeseables.

Por fin llegamos al gimnasio, que al parecer pertenecía a una cadena que tenía una docena de locales repartidos por todo el país. Sonsoles nos llevó a recepción, nos presentó a la chica de allí, una rubia jovencita que parecía muy simpática, y le dijo que quería utilizar sus invitaciones personales con nosotras para que accediéramos al recinto en su compañía.

—Muy bien, perfecto. Si os parece bien, llamo a uno de nuestros técnicos de sala para que os enseñe las instalaciones y así podéis elegir mejor en qué actividad queréis participar hoy.

—Pero, ¿no nos cambiamos primero? —pregunté algo ansiosa.

—No, tranquila. Primero hacéis el tour con Brian y luego ya os podéis cambiar con calma dependiendo de lo que queráis hacer. Igual os apetece pasar a la clase de zumba, hacer unos largos en la piscina climatizada o relajarnos en el spa, todo depende.

No llevábamos bikini ni bañador, por lo que no teníamos intención de probar las actividades acuáticas, por lo menos durante ese día. Así que asentimos sin añadir nada más, mientras la chica llamaba a alguien a través de un *walkie-talkie*. Unos segundos después apareció en recepción un chico

de unos 25 años, moreno y fibroso, con una sonrisa que desarmaba al más pintado. Patri me dio un codazo en el costado y yo tuve que disimular ante el regocijo de Sonsoles, que ya parecía conocer al monitor que nos habían asignado esa tarde.

—Señoritas, yo soy Brian, encantado de conocerlas. Si me acompañan...

La mirada de Patri lo decía todo: ella le hubiera acompañado al fin del mundo. Sonso nos hizo un gesto como indicando que ya nos contaría después alguna maldad del muchacho y las tres seguimos a aquel hermoso ejemplar de *homo sapiens*.

Por su nombre y su acento, aparte de por el saludable moreno que le acompañaba, intuí que nuestro guía era caribeño o de una zona cercana. Se notaba que el joven estaba en plena forma y Patri le miraba con ojitos golosos, pero yo preferí atender a sus explicaciones para no meter la pata después, antes que deleitarme con sus andares felinos y sus músculos marcados. Total, era muy joven para mí, apenas un crío, y nunca se me hubiera pasado por la cabeza acercarme a él en ese sentido.

—Como podréis comprobar, ésta es la sala principal del gimnasio. A ese lado tenemos la zona de cardio, con las bicicletas normales, las de *spinning*, las cintas de correr, elípticas, *step* y algún que otro aparato que ya iréis conociendo.

—Nos tendrás que enseñar cómo funcionan esas máquinas, Brian, andamos muy perdidas. Es nuestra primera vez, tú ya me entiendes.

La descarada de Patri se puso a flirtear sin reparos con el monitor, pero éste no pareció inmutarse. Sonrió educadamente y continuó con sus explicaciones mientras Sonso y yo le lanzamos una mirada asesina a nuestra amiga.

—A ese lado tenéis la zona de pesas y allí al fondo, dos de las salas que utilizamos para las actividades. En concreto, en la sala 1 se dan las clases de *spinning* y en la 2 las de ciclo y otras similares.

—Me parece que mis amigas no van a visitar esta zona demasiado, Brian —aseguró Sonso mientras intentaba reconducir la situación.

—Bueno, ya se verá. Por aquí veo mucha testosterona, quizás aprendamos algo de estos forzudos —dijo Patri.

Yo no sabía dónde meterme, la buena de Patri parecía que sólo había acudido al gimnasio por un motivo: echar un buen polvo. Y a fe que allí tenía dónde elegir, había chicos y chicas de muy buen ver.

La verdad es que me sorprendió para bien el ambiente del local, con un buen rollo contagioso que nunca hubiera imaginado. Sí, había algunos chicos hipermusculados y niñas estupendas que se paseaban por allí como si fueran modelos de *Victoria Secret*, pero en general había gente muy normal.

Desde universitarios hasta personas que se acercaban más a los setenta años que a los sesenta y, por supuesto, mucha gente de mi edad. Gordos, flacos, gente en buena forma e incluso lesionados que acudían a fortalecer algún músculo dañado. Una mezcla heterogénea que no me disgustó, por lo que intuí que tal vez pudiera pasarlo bien en aquel gimnasio y, de paso, ponerme en forma mientras me divertía con mis amigas.

—Aquí está la zona de máquinas y el espacio de allí enfrente lo utilizamos para estiramientos, abdominales y otro tipo de ejercicios en suelo con colchoneta, o con mancuernas y balones medicinales —nos señalaba el monitor mientras nos daba más detalles de cada cosa.

Nos acompañó hasta el final del inmenso local, donde estaban situadas las dos salas más grandes, que al parecer servían para albergar las clases más multitudinarias del gym, las más demandadas por los habituales del local. Una se utilizaba para zumba, *body combat*, y otras disciplinas, mientras en la otra se daban clases de yoga, pilates y *body balance*.

—A eso quizás me atreva yo algún día —dije a media voz pensando que no me había escuchado nadie.

—Seguro que sí, ya veréis cómo poco a poco os iréis poniendo en forma —soltó Brian mientras me miraba directamente con un gesto pícaro ensayado miles de veces. Tuve que apartar la mirada para no ruborizarme, ese chico era un auténtico demonio—. Si me acompañáis a la planta de abajo, os seguiré enseñando el local.

Bajamos por unas escaleras situadas al fondo, recorrimos un largo pasillo y llegamos a la zona de vestuarios unos segundos después.

—Entrad vosotras al vestuario femenino, que yo no puedo acceder, le echáis un vistazo si os apetece y os espero al otro lado. Tenéis que cruzar una puerta de color azul y así podremos acercarnos a la zona de las piscinas.

Le hicimos caso y nos adentramos en nuestro vestuario mientras Brian hacía lo propio traspasando el umbral del vestuario masculino. Sonsoles nos indicó dónde estaba la zona de taquillas, las duchas y baños, los espejos grandes que incluso contaban con secador de pelo para arreglarse y la famosa puerta por la que accederíamos a la otra zona.

Aluciné un poco con la cantidad de mujeres que había allí dentro, unas

recién llegadas antes de comenzar su actividad deportiva y otras que se marchaban ya a casa tras sus clases o sesiones de lo que fuera. Un maremágnum de mujeres semidesnudas, cambiándose o dirigiéndose a las duchas, que me bloqueó un instante al no estar acostumbrada a ese tipo de visión: chicas jóvenes, mujeres de mi edad e incluso alguna más mayor, en un ambiente cargado de calor y humedad.

Yo he sido siempre muy pudorosa y ése era uno de los motivos por lo que no me hacían gracia los gimnasios, pero debía cambiar mi actitud si no quería pasarlo mal. Allí todo el mundo iba a su aire y no se fijaba en los demás, por lo que debía dejar atrás esos pensamientos y no darle vueltas a todo en mi cabecita. Seguimos entonces a Sonsoles, atravesamos la puerta azul y continuamos nuestro periplo por la planta baja del gimnasio.

—En esta zona sólo se permite permanecer en bañador y chanclas; nosotros pasamos por aquí vestidos como algo excepcional, sólo para enseñaros el resto de instalaciones —nos informó Brian.

Nos cruzamos con algunos bañistas que regresaban de la piscina envueltos en sus toallas, con el pelo mojado y el gorrito obligatorio, horrible y nada favorecedor según mi parecer, ya quitado y en sus manos. Otros nos adelantaban, recién salidos del vestuario, camino de la piscina o el spa. Me fijé en que algunas chicas llevaban bikini pero la mayoría optaban por el bañador de una pieza. Y sobre todo, me di cuenta de que más de una fémina saludaba o sonreía a nuestro cicerone particular.

—Aquí tenéis la piscina climatizada, con una calle para baño libre, la zona de *aquagym* allí al fondo y el resto de calles utilizadas para las clases de natación.

Nos asomamos al recinto de la piscina, cargado de vapor de agua en condensación, mientras contemplábamos las evoluciones de algunos nadadores. Yo no era muy buena en el agua, aunque siempre he escuchado que es un deporte muy recomendable para la espalda, por lo que tal vez me lo planteara algún día. Pero sí ya me daba pereza ponerme en ropa deportiva, lo de desnudarme, ponerme el bañador y meterme en el agua fuera de la temporada veraniega, por muy calentito que estuviera el líquido elemento, no me apetecía demasiado.

—Ah, chicas, y en verano tenemos acceso gratuito a la piscina al aire libre del complejo con nuestra tarjeta de abonado —dijo entonces Sonsoles—. Para tomar el sol y lucir palmito, ya sabéis.

—Es cierto, pero creo que primero debéis llevar unos meses apuntadas,

no lo tengo muy claro. Preguntadle a Marisa en recepción.

Brian nos indicó entonces la última parte de nuestro recorrido, donde por razones obvias no podíamos acceder vestidas de calle: el spa.

—Podéis asomaros desde aquí, aunque no se ve demasiado bien. En la Web lo tenéis todo muy bien explicado, con buenas imágenes, por si queréis echarle un vistazo. Tenemos una pileta grande con diferentes chorros de agua, sauna finlandesa, baño turco y jacuzzi, por lo que se puede realizar un circuito bastante completo.

—Ya nos vendremos una noche, o un fin de semana al mediodía, que hay menos gente y se puede disfrutar mejor. Os aseguro que es muy relajante —soltó Sonsoles sin percatarse del gesto de Patricia.

—La verdad es que yo no lo he probado, pero eso me han dicho. Así que aprovechadlo si os apetece, chicas.

—Pues es una verdadera lástima, Brian —contestó Patri mirándole directamente a los ojos.

—Bueno, yo me tengo que marchar, que tengo clase en unos minutos. Os acompaño hasta el vestuario y ya allí decidís lo que queréis hacer. Y por supuesto, para cualquier duda, podéis preguntar a los monitores que hay repartidos por toda la sala polivalente. O asistir a alguna de las clases si os apetece.

—¿De qué impartes clases, Brian? —preguntó entonces Patri.

—A las 19.30 tengo una clase de zumba en el aula grande. Y creo que a las 20.00 hay una clase de yoga en el aula de al lado, por si os parece mejor comenzar por ahí.

—Buff, no me veo yo en tu clase, la verdad —afirmé sin dudar.

—Bueno, ahora lo decidiremos. Muchas gracias por todo, Brian, hasta ahora —se despidió Sonsoles.

—Un placer, chicas. Eso sí, no os olvidéis de calentar antes si pensáis acudir a alguna clase para no sufrir una lesión. Y para cualquier otra cosa, ya sabéis. ¡Hasta luego!

El vacilón de Brian nos guiñó un ojo y se metió de nuevo en el vestuario masculino para acceder a la otra zona del gimnasio. Nosotras nos quedamos como pánfilas en la puerta del nuestro, del lado todavía de la zona acuática, mientras esperábamos a que el monitor desapareciera para poder comentar la jugada y hacerle un traje, por supuestísimo.

—¡Madre mía! Yo quiero que el Brian éste me dé una clase particular, a ser posible —afirmó Patri entre risas.

—Ponte a la cola, bonita. El muchacho tiene un montón de mosconas revoloteando alrededor, en sus clases y fuera de ellas. Él sonrío, te vacila y flirtea, pero creo que pasa de esas cosas.

—Claro, Sonso, no querrá problemas en su curro —apunté entonces—. Anda, Patri, límpiame las babas que se te están cayendo.

Mi amiga me dio un golpe cariñoso antes de entrar en el vestuario. Allí nos cambiamos mientras discutíamos de nuestros siguientes pasos en aquel reino de las feromonas. Yo abogué por un poco de precalentamiento con algo de cardio, bicicleta o algo así, y algunos estiramientos o ejercicios sencillos. Y Sonsoles quería asistir a la clase de Brian, aunque le daba palo dejarnos solas en el gimnasio, perdidas como dos cachorrillos asustados.

—Pues te acompañamos, faltaría más —dijo la benjamina del grupo.

—Las clases de Brian son durillas, el tío es una máquina y acabas destrozada.

—Eso quisiera yo, acabar destrozada. El amigo Brian tiene una pinta de semental que tira para atrás.

—¡Pero Patri! —gritamos al unísono Sonso y yo mientras nos partíamos de la risa con las ocurrencias de nuestra amiga.

—¡Ni que fuera mentira! Vosotras pensáis lo mismo, otra cosa es que lo digáis en voz alta. Seguro que aguanta cuatro o cinco asaltos sin inmutarse.

—La verdad es que tienes razón. No me importaría poder agarrarme a ese culito prieto mientras el muchacho me da un poquito de medicina caribeña.

—¿Tú también, Sonso? —pregunté—. Joder, vaya dos salidas con las que me he juntado. Menuda tarde que me espera.

Al final decidimos calentar juntas en la zona de cardio: yo en una bicicleta normal, Sonsoles en la de *spinning* que ya había utilizado en alguna ocasión y Patri con una elíptica. Nos recomendaron un máximo de veinte minutos de ejercicio de ese estilo, pero yo no me creía capaz de aguantar esa minutada dando pedales a una máquina. Y menos con mi baja forma física.

—Bueno, chicas, ¿qué os ha parecido el gym hasta el momento? Y no me refiero a los maromos que lo habitan, que ya nos vamos conociendo.

—Me gusta, la verdad, pensé que me iba a encontrar más incómoda en un sitio de estas características. Aunque claro, todavía no he tocado ninguna máquina o acudido a alguna clase, entonces ya seré conocida en el vecindario porque liaré alguna, que me conozco. Y entonces la vergüenza se apoderará de mí y no volveré a pisar un lugar como éste en la vida.

Mis amigas se rieron ante mi alegato, pero no lo negaron, por lo que temí que pudiera verme involucrada en cualquier situación de esas vergonzosas que me perseguían en los últimos meses. Creía que ya había superado el cupo con creces, sobre todo con la pillada a mi ex marido o mis cuitas en las entrevistas de trabajo, pero no quería decirlo en voz muy alta por si me tenía que comer mis palabras ante algo que pudiera ocurrirme allí dentro.

Nos acercamos por la zona de las máquinas y la verdad es que los chicos fueron muy respetuosos, nada de zanganear a nuestro alrededor para explicarnos el funcionamiento de tal o cual aparato, detalle que no me disgustó. Hablamos con una monitora en prácticas que nos recomendó una tabla de ejercicios, aunque preferimos dejarlo para otro día, si es que llegábamos a apuntarnos al gimnasio definitivamente.

—Bueno, chicas, yo me voy a coger sitio a la clase de zumba, que luego se llena el aula y me quedo fuera —nos comunicó Sonsoles.

Decidimos acompañarla mientras esperaba turno para entrar al aula, allí parloteando como cotorras mientras le echábamos un vistazo al personal. Patricia y yo nos fijamos en una chica espectacular, vestida con unas mallas ultrafinas que no dejaban nada a la imaginación y un escueto top deportivo que le tapaba lo justo. Tenía un tipazo y era consciente de ello, por lo que se pavoneaba sin ningún rubor delante de todo el mundo.

—Esa chica es famosa en el gym, he oído algunas historias sobre ella, ya os contaré —confesó Sonsoles en voz baja cuando se alejó la susodicha.

—Y seguro que es todo verdad —dijo Patri—. A mí me daría igual lo que dijeran de mí, con ese culo para partir nueces yo no le iba a hacer mucho caso a las habladurías de la gente. ¡Está como un queso la tía!

—Pues ya sabéis, chicas, ¡ese es el objetivo! —dijo Sonso—. Con unos cuantos miles de sentadillas seguro que logramos tener ese trasero.

Nuestra amiga tenía toda la razón, para qué engañarnos. La joven en cuestión tenía cara de niña pero un cuerpo muy trabajado que llamaba poderosamente la atención. Y para ser sincera, a mí tampoco me hubiera importado tener ese culo, aunque imaginaba que la genética, la edad y las horas y horas de entrenamiento tendrían mucho que ver en esa ecuación perfecta del cuerpo femenino.

Al final dejamos a Sonsoles en su aula y nosotras dos nos dirigimos a la clase de yoga, que parecía más de nuestro nivel, más bien escaso para no andarnos con tonterías. Allí estábamos unas treinta personas, casi todas

mujeres a excepción de dos o tres hombres. También se veía alguna jovencita estilizada y en buena forma, pero la mayoría eran chicas de más de treinta años y varias mujeres mayores que yo, por lo que me sentí más cómoda que en el otro ambiente. Sólo esperaba que no fuera demasiado duro y pudiera pasar lo más desapercibida posible.

El monitor de la clase, que se llamaba Marcos, nos saludó uno a uno y nos indicó que nos descalzáramos y nos sentáramos en una colchoneta. Parecía un chico simpático y agradable, físicamente normal, y esperaba que me gustara aquella clase después de todas las cosas buenas que había escuchado sobre el yoga en los últimos tiempos: una disciplina, más que un deporte, en la que se trataba no sólo de cultivar el cuerpo, sino también la mente y el alma.

—Buenas tardes a todos. ¿Hay alguien nuevo en la clase? Si es así, decid vuestro nombre en voz alta, por favor, y comentáis también si tenéis alguna lesión.

Nosotras levantamos la mano y también una chica que estaba situada en las primeras filas. Ella habló primero, se presentó y dijo que tenía tendinitis en las rodillas; después se presentó Patri, que no tenía ninguna patología destacable y llegó entonces mi turno.

—¿Y cuál es tu nombre? —preguntó con amabilidad el monitor.

—Lucía, me llamo Lucía —balbuceé a duras penas por los nervios.

—¿Alguna lesión?

—Bueno, tengo escoliosis y suelo padecer contracturas en la espalda.

—Bien, de acuerdo, no os preocupéis. Intentad realizar los ejercicios que os voy a indicar y si no podéis, os ofreceré alguna otra posibilidad. Vamos a comenzar la clase. ¿La queréis fácil o difícil?

Evidentemente yo contesté en voz alta que la prefería fácil, aunque se escuchó de todo en el aula. Allí había gente con mucha experiencia en yoga y yo era una principiante que sólo aspiraba a no caerse ni montar demasiado el espectáculo. Haría los ejercicios que pudiera, sin forzar la máquina para no acabar con todo el cuerpo lleno de contracturas musculares y, por supuesto, sin poner en peligro mi integridad física.

Yo había visto en internet algunas poses inverosímiles de yoguis profesionales o famosos que lo practicaban desde hacía años y colgaban sus andanzas en las redes sociales, pero yo no tenía intención de acabar en urgencias. Antes de ir al gimnasio había hablado del tema con Sonsoles y me tranquilizó, asegurándome que se trataba de una clase de yoga para

principiantes, de bajo impacto, y las posiciones o *asanas* no resultaban demasiado complicadas. Al parecer ella había asistido a un par de clases, pero prefería otras actividades físicas.

—Muy bien, chicos, vamos a comenzar. Tumbaos en la colchoneta boca arriba, con los brazos a los lados y las piernas un poco abiertas. Cerrad los ojos y vamos a comenzar a relajarnos antes de la clase.

El monitor comenzó a hablar con un tono grave y monocorde mientras un sonido relajante invadía el ambiente. Era complicado ignorar la música atronadora y los gritos que se escuchaban en la clase de al lado, les hacía falta una mejor insonorización al separar ambas actividades, pero a los pocos segundos me olvidé de ello y comencé a respirar con más profundidad siguiendo las directrices de Marcos.

Unos minutos después, ya más relajada, comenzó la verdadera clase. Nos hizo quitarnos también los calcetines, ponernos en pie, y colocarnos fuera de la colchoneta para tener mejor agarre al hacer los ejercicios. El monitor estaba de frente a nosotros, con un enorme espejo a sus espaldas para que viéramos nuestras evoluciones, y yo tenía a Patricia a mi derecha, que me hizo un gesto burlón justo antes de comenzar los ejercicios.

—Comenzamos con la pose de la montaña. Pies juntos, brazos abiertos a los lados, con las palmas hacia arriba. Hombros hacia atrás, pecho fuera, cuerpo estirado y cabeza recta. Cerramos los ojos y comenzamos la respiración. Ya sabéis, siempre por la nariz: inspirad y espirad.

Tenía curiosidad por saber lo que iba a continuación. Podía haber buscado información en internet, seguro que habría miles de tutoriales en *Youtube* sobre las clases para principiantes en yoga, pero como tampoco sabía que acabaríamos allí no me había molestado. Si me gustaba la clase ya buscaría más cosas, igual era bueno para mí y me hacía una adicta al yoga. Aunque eso lo pensé antes de saber lo que realmente me esperaba.

—Buscamos el equilibrio y cuando lo tengamos, abrimos los ojos. Muy bien, así. Y ahora vamos a por el calentamiento, chicos: el saludo al sol.

Me sonaba de algo eso del “Saludo al sol”. Lo había leído en alguna parte e incluso me pareció recordar que salía también en un anuncio de televisión. No me preocupé porque entendí que era una especie de calentamiento previo antes de los ejercicios más difíciles de la clase, pero ahora sé que me equivocaba por completo. Mi cuerpo no estaba preparado para ello y a fe que me iba a percatar en los segundos siguientes.

—Elevamos los brazos hacia el cielo, eso es. Ahora vamos agachando el

cuerpo, muy despacio, poco a poco, e intentamos llegar a tocar el suelo con las palmas de las manos. Si no lo conseguimos nos abrazamos los tobillos o las piernas por detrás.

Evidentemente me iba fijando en los movimientos del monitor y en el resto de los participantes de la clase para ver cómo lo hacían y no meter demasiado la pata. Pero en cuanto agaché la cabeza ya sólo podía fiarme de mi oído. La flexibilidad nunca había sido uno de mis fuertes, ni siquiera en el colegio, por lo que flexioné mi cuerpo, bajé la cabeza y los brazos, y sólo conseguí alcanzar a tocar la parte inferior del gemelo, cerca ya de los talones.

—Con cada inspiración tomamos aire y mantenemos la posición. Y al exhalar vamos estirando siempre un poquito más, a ver hasta dónde llegamos. Muy bien, chicos así. Y ahora, colocamos las manos en el suelo y echamos la pierna derecha hacia atrás, todo lo que podamos.

Tuve que flexionar las rodillas para poder colocar las palmas de las manos en el suelo, pero no creí que importara demasiado. Yo sólo quería seguir haciendo el ejercicio, aunque fuera a mi aire, y no lo ejecutara de manera perfecta ni tuviera una gran plasticidad. Así que mantuve la pierna izquierda con la rodilla flexionada y estiré hacia atrás la pierna derecha, tal y como nos indicó el monitor. Estaba a punto de comenzar la función, pero yo todavía lo ignoraba, ya que hasta ahí todo había ido más o menos bien.

—Con las manos en el suelo, estirad entonces la pierna izquierda hacia atrás y vamos a la posición del perro. Aguantamos ahí unos segundos y seguimos entonces a plancha.

Yo no entendía nada, así que levanté la vista y al parecer no era la única que andaba perdida. Incluso Patricia me miró un momento como pidiendo explicaciones, cuando yo no tenía ni idea de seguir. Marcos se dio cuenta y paró un momento la clase para hacer él los movimientos antes de intentarlo los demás. Partimos entonces desde la posición anterior, con la pierna derecha estirada y efectuamos la serie completa que nos había señalado. O por lo menos lo intentamos, que no es poco.

Para mí la posición del perro era como la de comenzar a hacer flexiones, ejercicio que odiaba en el instituto, pero con el culo más levantado y los brazos muy estirados con la cabeza pegada al pecho. Entre los brazos y la espalda por un lado y el culo y las piernas por el otro, se formaba una especie de V invertida o triángulo. Las palmas de las manos y la planta de los pies debían permanecer completamente apoyadas en el suelo, pero a mí me costaba menos si levantaba un poco los talones.

—Aguantamos ahí, bien estirados. Y recordad: inspirad, expirad y bajamos a plancha. Aguantad ahí. Apretad el estómago, culo prieto y manos firmes. Muy bien, así.

La plancha era la flexión propiamente dicha. Pero claro, había que mantenerse ahí, con el cuerpo recto y los brazos firmes, sin bajar ni subir. Vamos, que empecé a sudar y a acordarme de toda la familia del monitor. Y eso que era sólo el calentamiento. Tengo brazos y muñecas delgados, por lo que me costaba aguantar en esa posición e incluso me hacía daño en las palmas de las manos.

—Venga, esto es más complicado, sobre todo para los nuevos, pero vamos a ello. Partimos de plancha, y vamos a cocodrilo. Mirad, así.

El monitor juntó los codos al pecho, con las manos por delante del torso pero no demasiado, y bajó todo el cuerpo en posición horizontal, mientras aguantaba a escasos centímetros del suelo pero sin tocarlo. Eso no podría hacerlo yo ni de coña, aunque afortunadamente existían otras alternativas.

—Para el que no llegue, podéis poner las rodillas en el suelo y aguantar pecho y brazos sin tocar abajo. Algo así.

Marcos nos indicó cómo podríamos continuar el ejercicio y preferí intentarlo de ese modo. Tampoco es que me saliera muy bien, pero bueno.

—Ahora apoyamos los empeines en el suelo y estiramos el pecho todo lo que podamos. Sólo nos apoyamos en empeines y manos, piernas y cuerpo tienen que permanecer en el aire. Recordad siempre la respiración, es la base del ejercicio. Venga, ahora toda la secuencia completa: perro, plancha, cocodrilo, serpiente y volvemos a perro.

—Me voy a cagar en el perro, en el puto cocodrilo y en todo el maldito zoológico —me pareció escuchar rezongar a Patricia a mi lado.

En otras circunstancias me hubiera reído ante la afirmación de mi amiga, pero bastante tenía con no caerme y estamparme contra el suelo. Desde luego Patricia llevaba toda la razón, aquello era un suplicio.

Intenté repetir la secuencia señalada, por supuesto con las rodillas en el suelo, pero no salí muy bien parada. Por no hablar de que era incapaz de poner los empeines en el suelo y hacer esa especie de cobra con el cuerpo en el aire, sin apoyarme con las rodillas, así que ni lo intenté. Mientras tanto me olvidaba completamente de la respiración, aunque el monitor siguiera recordándolo cada poco tiempo; bastante tenía con aguantar el equilibrio, hacer fuerza, seguir los ejercicios y no acabar de boca en el suelo con los dientes partidos.

—Desde perro regresamos hacia atrás y vamos realizando el ejercicio a la inversa, hasta el principio. Llevamos la pierna hacia delante, luego la otra, colocamos las palmas en el suelo o alrededor de las piernas. Vamos estirando poco a poco, levantando el torso y los brazos hacia el cielo y mantenemos ahí. Y ahora descansamos en la pose de la montaña.

La montaña, el perro, el cocodrilo y la madre que los parió a todos. ¡Aquello era mortal! Sudaba a mares, el corazón me bombeaba a toda velocidad y no me había percatado ni un solo segundo de la música machacona del aula adyacente ni de nada por el estilo. Bastante tenía con respirar y recuperar sensaciones después de la paliza a la que nos había sometido ese experimentado torturador. Me dolía todo, pero era cierto que los músculos habían respondido, se habían estirado y había llegado más abajo con las manos en el suelo al hacer el ejercicio a la inversa que en el primer movimiento realizado.

—Muy bien, chicos, pues ya hemos calentado. Ahora vamos a ir con unos ejercicios de equilibrio, a ver qué tal...

El resto de la clase se me pasó volando. Hicimos varias *asanas* o posturas clásicas del yoga o por lo menos lo intentamos. Creo recordar que una se llamaba el guerrero y de otras ni me quedé con los nombres, bastante tenía con aguantar el equilibrio y no caerme mientras intentaba llevarlas a cabo.

En el último ejercicio hice un estiramiento demasiado forzado y sentí un ruido extraño, similar a un desgarró. ¡No podía ser cierto! Las mallas se habían rajado por la parte de atrás, entre la pierna derecha y el glúteo del mismo lado, dejando al aire medio cachete ya que sólo llevaba un tanga debajo.

—¡La madre que me parió! —susurré en voz baja, pero audible para los que me rodeaban, entre ellos Patricia.

Mi amiga me miró un instante como pidiendo explicaciones, me giré un poco y ella me vio el destrozo en la malla. Se llevó las manos a la boca y pensé que iba a comenzar otra vez con sus carcajadas. Así que me olvidé de terminar el ejercicio y me eché al suelo para no llamar más la atención sobre mi persona. El pobre chico situado detrás de mí seguro que alucinó ante el espectáculo.

“¿Siempre me tienen que pasar a mí cosas raras?”, pensé entonces. Joder, me había gustado la clase de yoga y ahora me iba a llevar un mal recuerdo de ella. Aunque, por otro lado, casi nadie se había dado cuenta del

desaguisado y yo ya me encontraba sobre la colchoneta, a salvo de miradas indiscretas. Lo peor sería cuando tuviera que levantarme y abandonar el aula camino del vestuario.

Tuve suerte porque segundos después el monitor dio por terminada la parte de ejercicios y nos tumbamos de nuevo en la colchoneta para el ritual de finalización de la clase: de nuevo una música relajante y su voz cadenciosa, que te transportaba a otro nivel, mientras Marcos nos deleitaba con leyendas orientales en forma de parábolas que siempre guardaban una enseñanza.

Me quedé sentada en el suelo mientras el resto de participantes de la clase iban saliendo y Patricia llegó hasta mi lado:

—¿Se te han roto las mallas o me ha parecido a mí?

—No me lo recuerdes, por favor, y ayúdame. ¿No tenías por ahí tu sudadera?

—Ah, sí, perdona; la he dejado encima de aquel cajón de madera. Ahora te la traigo y así te tapas las vergüenzas, que no quiero verte ese culo tan blanco.

—Tranquila, este verano me pondré en pelotas en la playa para que se me tueste el panderero. ¡Serás idiota! Anda, date prisa, que ya ha salido todo el mundo.

Patricia se alejó riendo y a los pocos segundos me trajo su sudadera. Me la coloqué tapando el culo, con las mangas atadas en torno a mi cintura, y pude por fin levantarme y abandonar la sala.

Nos despedimos de nuestro monitor, cansadas pero satisfechas, mientras él nos iba saludando uno a uno tras abandonar el aula. Tanto Patricia como yo estábamos contentas con nuestro desempeño, no estaba mal para ser nuestra primera vez. Eso sí, las agujetas del día siguiente iban a ser épicas. Por no hablar del pequeño bochorno causado por la inesperada rotura de la prenda deportiva. Ya decía yo que me estaba demasiado justa.

Al salir de la clase ya nos estaba esperando Sonsoles, con el rostro todavía sofocado después de haber sudado la gota gorda con la sesión de Brian. Nos dirigimos juntas hacia el vestuario, ya estaba bien de ejercicio físico para ser la primera vez que acudíamos a un gimnasio.

—¿Qué tal, chicas? —preguntó Sonso—. ¿Os ha gustado la clase?

—Pues sí, tengo que reconocerlo —confesé—. Y ahora me siento mejor, cansada pero como más ligera y flexible. La sesión ha sido más dura de lo que pensaba, no te lo voy a negar, pero creo que podría llegar a gustarme esto del yoga. Aunque el final de la clase no me va a traer buenos recuerdos, la

verdad.

Le conté a Sonsoles lo que me había sucedido, pidiéndole disculpas por rajar la prenda que me había prestado. Ella no se preocupó por esa nimiedad, pero sí sonrió ante la situación provocada. Y eso que no lo había llevado ni tan mal después de todo, sería que me estaba acostumbrando a esas pequeñas putadas que te alegraban el día.

—Contigo no hay aburrimiento posible, Lucía, eres la leche. ¿Y tú, Patri, te animas a venir otro día?

—Creo que yo paso, esto no es lo mío —dijo entonces Patri—. Me estoy todavía acordando de la madre del cocodrilo, el puñetero perro y toda el arca de Noé. ¡Qué suplicio, por Dios!

—Sí, desde luego ya no se me va a olvidar el dichoso saludo al sol—apuntillé—. Me duele todo y mañana será mucho peor.

—Es cierto, el famoso saludo al sol no es tan simple como parece. Y menos sin estar en forma, a mí tampoco me convencía. Entonces, ¿no os vais a apuntar conmigo al gimnasio? De ese modo podríamos venir alguna tarde o una mañana de sábado si os apetece, y hacer algo diferente las tres juntas.

Sonsoles nos miró con carita de cordero degollado, pero nosotras no quisimos darle una respuesta definitiva en ese momento mientras nos encaminábamos al metro para regresar a casa.

—Aparte de sufrir se puede una regalar la vista. El cabrón de Brian nos ha metido caña con la clase de zumba, no veáis cómo se mueve el muchachito. Pero lo mejor ha sido cuando ha acabado la clase.

—¿Y eso? —preguntó curiosa Patricia.

—Pues no va el tío todo sudoroso y se quita la camiseta sin cortarse un pelo... Claro, un murmullo ha recorrido entonces el aula al ver esos pectorales marcados y esa tableta para cortar queso. Y luego coge la camiseta y la escurre como si nada. ¡No veas cómo soltaba agua! Nos hemos quedado alucinadas.

—Eso habrá que verlo algún día, el chico promete.

—Por eso decía, tontas. Entonces, ¿os apuntáis al gimnasio conmigo?

—Buff, no sé. Habrá que pensarlo —contesté no muy convencida.

—Anda, no me seáis gallinas. Ahora un buen baño caliente, una cena en condiciones y un poco de agua con azúcar para las agujetas. Y si mañana os duele todo, el paracetamol hace milagros en estos casos.

Capítulo 12

La noche más oscura

La primavera se encontraba en todo su esplendor y ya no podía retrasarlo más, o eso me decían mis amigas. Había llegado el momento de olvidarme del todo de Andrés y mirar hacia delante. El tema profesional lo tenía más o menos encarrilado y seguía trabajando en el asunto de los pisos, por lo que sólo me quedaba afrontar otro tema muy espinoso: el sentimental.

—Venga, Lucía, si es que te quejas de vicio —me decía una noche Patricia mientras cenábamos en casa—. De por sí ya estabas estupenda para tu edad pero encima...

—¿Para mi edad?

—Bueno, tú ya me entiendes, no me hagas hablar. Joder, no vamos a andarnos ahora con tonterías; ya tienes casi cuarenta años, aunque no los aparentes.

—Más quisieran algunas —dije para picarla.

—A eso iba. La naturaleza y la genética han sido muy generosas contigo, así que no te quejes. Y encima desde que vas al gimnasio te estás poniendo buenorra. Vamos, una MILF en potencia que va arrasando entre los yogurines en cuanto se lo proponga.

—No sé si quiero saber lo que es una MILF, pero me lo imagino. Y no, guapa, paso de pipiolos a los que tenga que destetar. En estos momentos no pienso demasiado en los hombres, la verdad, pero llegado el caso no voy a convertirme en una asaltacunas.

Al final nos apuntamos al gimnasio con Sonsoles aprovechando una oferta que le hacían a ella por atraer a nuevos suscriptores. Patricia no acudía mucho por allí, siempre tenía cosas mejores que hacer, y cuando iba tampoco se lo tomaba muy en serio: un poco de cardio, tontear con monitores u otros especímenes, algún baño en el jacuzzi y poco más.

Pero yo intenté seguir una disciplina, por lo menos al principio. Procuré cumplir con las tablas de ejercicios que me preparaban los monitores, que siempre tenían un poco de todo: veinte minutos de cardio, máquinas para tonificar pero sin forzar demasiado los músculos para evitar contracturas,

mancuernas y ejercicios con pelota. Y por supuesto las temidas abdominales, que odiaba a muerte.

Probé con algunas clases, pero no me convencían casi ninguna o eran demasiado duras para mí. Yo no estaba hecha para sudar la gota gorda con el *body pump* o el *gap*, bailar durante cincuenta minutos sin parar con la zumba o el *sh'bam*, sufrir en las clases de ciclo o salir a correr. Así que me quedé con mis tablas, mis sesiones de yoga y pilates, y por supuesto, algún que otro circuito relajante en el SPA. De paso, los días que no acudía al gimnasio, le daba un buen uso a la bicicleta estática que seguía de adorno en casa de Patricia.

Y claro, los resultados no tardaron en llegar. Mejoré en forma física, adquirí mayor resistencia, tonifiqué y aumenté volumen de algunos músculos, y gané flexibilidad y bienestar. Un hábitat que jamás hubiera pensado que me gustara tanto y en el que pudiera llegar a sentirme cómoda se había convertido en algo habitual para mí. Vivir para ver. Y eso que la pereza se apoderaba de mi cuerpo y siempre buscaba excusas para no ir: cansancio, mal tiempo, dolores menstruales o cualquier otra cosa. Pero Sonsoles tiró de mí en esa primer época y al final terminé por cogerle el tranquillo.

—Anda, no te hagas la estrecha, que a nadie le amarga un dulce. Desde que te divorciaste creo que no has catado varón, ¿me equivoco? —siguió Patri con la matraca.

—Pues no, pero tampoco es tan importante. ¡Y no me seas pelma!

—¡¿Qué no es tan importante?! Vamos a ver, Lucía... Creo que ya llevamos seis meses viviendo juntas y estuviste antes con el tema del divorcio y demás. Total, seguro que no mojas desde hace nueve meses por lo menos. ¡Se te va a olvidar cómo se hace!

—Eso no se olvida, es como montar en bicicleta —dije medio en broma—. Y en realidad ha pasado más tiempo, creo que la última vez con Andrés fue hace un año por lo menos.

—¡¿Un año sin sexo? ¡Tú estás mal de la cabeza! Tienes que salir por ahí a follar un poco, que te van a salir telarañas donde tú sabes.

—¡Mira que eres burra! Y cansina, siempre con el monotema. Venga, vale, para que me dejes de dar la barrila saldremos este fin de semana por ahí.

—¡Por fin! De acuerdo, nena, tú lo has querido. ¡Vamos a quemar Madrid!

Por supuesto convencimos a Sonsoles para que nos acompañara y elegimos la noche del viernes para salir de juerga al intuir que habría menos

aglomeraciones que el sábado en los garitos nocturnos.

—¿Nos vamos a Malasaña? —preguntó Patri esa misma tarde.

—No, mejor otra zona, que por ahí habrá demasiada juventud y no pegamos demasiado con su ambiente. Seguro que Sonsoles está de acuerdo conmigo.

—¿Y por la zona de la Latina?

—Sí, me parece mejor. Podemos tomar unas raciones en algún sitio chulo y luego unos vinos para ponernos a tono.

—¿Y los gintonics para cuándo?

—No soy mucho de gintonics, ya lo sabes. Como mucho un cóctel o un cubata de ron, aunque los mojitos que nos tomamos el día de la famosa “pinza” tampoco me sentaron demasiado bien. Mi bendita úlcera aparece cuando menos te lo esperas, es una lástima. Pero bueno, no adelantemos acontecimientos.

—¡Mira que eres plasta, Lucía! Tranquila, hay un par de sitios por la zona donde sirven unos cócteles muy buenos. Y luego podríamos ir a bailar a una discoteca donde conozco al de la puerta, seguro que nos cuela. Si no se nos ha dado bien la noche, seguro que allí podremos rematar la faena. Y nada de excusas, que te conozco.

—Bueno, ya veremos.

Bajamos en metro hasta la Puerta del Sol y nos dirigimos dando un paseo hasta el teatro de La Latina, donde habíamos quedado con Sonsoles. Dimos una vuelta por la zona, ya muy animada, y nos decantamos por una tasca típica para cenar unas raciones acompañadas de unas cervezas mientras nos reíamos y disfrutábamos de la velada.

—Esos dos maromos no nos quitan ojo, Lucía —aseguró Sonsoles mientras yo me pegaba con los calamares a la romana.

—Anda, no digas tonterías. Y vamos a comer tranquilas, no me estreséis nada más salir —dije para librarme como pude. Mis amigas eran muy capaces de levantarse de la mesa y acercarse a hablar con aquellos chicos, aunque a mí no me pareciera muy normal ligar mientras se comía a dos carrillos.

—Ni se os ocurra atacar sin mí —soltó entonces Patri—. Esperadme, voy un momento al servicio.

Continué conversando con Sonsoles, que me habló de sus últimas conquistas. Sin la presencia de Patricia, que siempre andaba metiéndose conmigo, mi vieja amiga me habló de un plan alternativo para buscar novio.

—A mí me da mucha pereza buscar pareja por Internet, Sonso. Eso del Tinder no es lo mío, la verdad.

—Ni lo mío tampoco, pero hay otras *apps* para ligar y Webs mucho más profesionales para la búsqueda de pareja. El Tinder y otras aplicaciones parecidas que han surgido como setas sirven para echar un polvo y poco más. El típico “Aquí te pillo, aquí te mato”.

—Sí, eso me ha comentado Patri. Se lo instaló un día en el móvil por probar y, aunque no le hace mucho caso y prefiere el modo tradicional de conocer gente, creo que lo ha utilizado en más de una ocasión. Y a una chica de mi trabajo, al parecer, le sirvió para conocer a su pareja actual.

—Sí, claro, hay de todo en la viña del Señor. Pero yo te quería hablar de otra cosa. ¿Conoces el *Speed Dating*?

—No sé, me quiere sonar de algo, pero no termino de caer...

Sonsoles comenzó a comentarme por encima a qué se refería con esa denominación de “Citas rápidas”. Al parecer le había llegado una invitación a través de un amigo y no tenía mala pinta del todo.

—Ah, ya caigo. Pero pensé que eso se estilaba hace unos años, no ahora.

—No te creas, se ha vuelto a poner de moda. Y ahora está mucho más organizado y es más divertido. Podíamos acercarnos la semana que viene: creo que hay un evento en un garito de Príncipe de Vergara, exclusivamente para gente de 35 a 45 años. Nos tomamos algo, charlamos con unos cuantos hombres más o menos interesantes y a lo mejor conocemos a nuestro príncipe azul.

—No sé, Sonso, lo hablamos estos días. Mejor cambiemos de tema ahora, que vuelve Patri y no quiero que se burle más de mí.

Nuestra amiga regresó del baño con peor cara de la que tenía al marcharse. La verdad es que no me había fijado en que Patri llevaba diez minutos ausente mientras yo charlaba con Sonsoles, y la palidez de su rostro no auguraba nada bueno.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté nada más sentarse de nuevo a nuestro lado—. No tienes buena cara, chiquilla.

—Pues no mucho, para que mentiros. Me ha debido sentar mal algo mal, tengo el estómago revuelto y muchos gases. Hasta me han venido ganas de vomitar en el baño, por un momento he pensado que echaba la papilla allí mismo.

—¿No estarás...?

Sonsoles no pudo ni terminar la frase y menos al ver la mirada furibunda

que le lanzó Patricia. Así que se guardó sus insinuaciones, aunque viendo la promiscuidad de mi compañera de piso nadie podría extrañarse de algo así. De todos modos yo cambié de tema e intenté tranquilizarla.

—Venga, no pasa nada. Nos vamos a casa y ya saldremos otro día que te encuentres mejor.

—De eso nada, esto se me pasa en un rato. Anda, vamos a la calle que nos dé un poco el aire, aquí está muy cargado el ambiente.

Nos fuimos de la tasca tras pagar la cuenta y paseamos por los alrededores. Atravesamos entonces la concurrida Plaza de los Carros, bordeamos la iglesia de San Andrés y nos adentramos en una Plaza de la Paja muy animada. Después giramos a la izquierda entre calles empedradas y llegamos hasta una plazoleta semiescondida que tenía unas vistas privilegiadas. Nos sentamos allí, en la terraza de un local con pinta de posmoderno que tenía el viaducto iluminado como fondo de escenario, y decidimos tomarnos algo al fresco mientras comprobábamos si Patri se recuperaba un poco.

—Tranquilas, ya estoy mejor —aseguró la más joven del grupo—. No te pienses que nos vamos a ir tan pronto a casa, Lucía. Y menos sin que te busquemos un chulazo.

—¡Y dale con el temita! Mira que te pones pesada cuando quieres. Anda, pídete una manzanilla o por lo menos un Aquarius para que se te asiente el estómago.

—¡Sí hombre! Os traigo a un sitio chic y me voy a pedir algo de abuelas. Aquí hacen unos daiquiris buenísimos, tenéis que probarlos.

Al final nos dejamos convencer y pedimos unos cócteles para las tres. Estuvimos charlando un rato, compartiendo confidencias y echándonos unas risas sin importarnos que los clientes sentados en las mesas aledañas nos miraran de malos modos. Tuvimos que calmar a Patricia para que no se encarara con una pareja mayor que nos chistó en más de una ocasión, como si aquello fuera el cine y tuviéramos que permanecer calladas.

—Habría que buscar algo más de diversión, esto es un muermo —dijo Patri de pasada—. Voy al baño a retocarme un poco, podéis ir pidiendo la cuenta.

—Pero, ¿estás bien? —pregunté al ver sus ojos brillantes—. No hace falta que te hagas la fuerte, nos vamos a casa y ya está.

—Seguro que lo hace para escaquearse de pagar —aseguró Sonsoles mientras Patricia nos sacaba el dedo medio y nos dedicaba una peineta

mientras se dirigía al interior del local.

Yo no lo tenía tan claro y me preocupaba por ella, igual que llevaba haciéndolo casi dos décadas por mi hija. Total, si lo miraba en perspectiva, tampoco Patricia le sacaba tantos años a Carol. Y claro, a una le sale la vena de madre y se fija en esas cosas.

Sonsoles recuperó entonces la conversación que habíamos dejado a medias en la tasca e incluso me enseñó en el móvil la página Web de la empresa que organizaba esos encuentros para formar parejas. Estuvimos recorriendo los menús interactivos y leyendo testimonios de algunos participantes, aunque imaginé que era puro marketing para atraer a incautas como yo.

Cuando el minuterero siguió corriendo y comprobamos que Patricia no había regresado comencé a preocuparme. Se lo dije a Sonsoles pero ella le quitó hierro al asunto, no hacía falta que agobiáramos más a la diseñadora web.

—¿Y si le ha pasado algo? —inquirí sin tenerlo muy claro—. Igual le ha dado una bajada de tensión o un desmayo, y nosotras aquí sin enterarnos.

—No creo, pero bueno. Si te quedas más tranquila acércate a ver si necesita cualquier cosa.

Asentí y me levanté enseguida de la silla. Llevé el bolso por si Patricia necesitaba pañuelos de papel —siempre guardo un paquete de clínex en el bolso por si acaso— u otra cosa sin saber lo que podría encontrarme; tal vez se hubiera desmayado allí dentro y nosotras in albis.

Entré en el pub y primero tuve que acostumbrar la vista al encontrarse el local casi sin luz, mucho más oscuro de lo que me hubiera imaginado, antes de dirigirme hacia la zona de los baños. En el de mujeres sólo había un único servicio con puerta y fuera, un lavabo con su correspondiente espejo. Intuí que Patricia estaba en el interior del baño, que permanecía con la puerta cerrada, pero tenía que asegurarme de que se encontrara bien.

—¿Patricia? —pregunté mientras llamaba con los nudillos a la puerta—. ¿Estás bien?

Escuché sonidos extraños a través de la puerta, pero no contestó nadie. Me empecé a preocupar por mi amiga, así que insistí con más empeño. Afortunadamente no había nadie más por allí y el pub se encontraba semivacío, por lo que nadie se dio cuenta; casi todo el mundo se encontraba en la calle, disfrutando de la terraza del local.

—¿Necesitas algo? Me estoy empezando a preocupar.

—No, tranquila, estoy bien —dijo una voz cavernosa que me costó ubicar—. Tengo pinchazos en la tripa y unos retortijones horribles. Déjame un rato a solas a ver si se me pasa.

—De acuerdo, no te preocupes. Estaré aquí fuera por si necesitas algo.

Deje a Patricia con su tripa revuelta, seguro que le había sentado algo mal. O la ensaladilla rusa, o la salsa de roquefort del solomillo, o cualquier otra cosa. Pensé entonces en que también podía haberme afectado a mí, que ya de por sí soy delicada de estómago, pero no habíamos comido las mismas tostas y yo parecía encontrarme bien en esos momentos.

Me quedé unos minutos en la barra, mientras esperaba a ver si salía la enfermita. Mientras tanto pedí la cuenta de las consumiciones y le envié un mensaje a Sonsoles para que supiera lo que sucedía. Poco después mi otra amiga apareció a mi lado y nos quedamos allí charlando las dos. Cuando miré el reloj de nuevo me di cuenta de que Patricia llevaba casi media hora en el servicio entre pitos y flautas. Y todo esto sin que al parecer nadie se hubiera percatado de ello, ni ninguna otra clienta se hubiera asomado por allí para utilizar el aseo.

Estaba a punto de volver al baño cuando asomó Patricia con una cara macilenta que no podía engañar a nadie y unas pintas que denotaban el mal rato que había pasado ahí dentro. Nos imaginamos enseguida lo que había sido, aunque nadie quiso mencionarlo en ese momento. Nuestra amiga había perdido casi completamente el color de su rostro, tenía los ojos hundidos, el pelo sudoroso y la mandíbula desencajada.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó entonces Sonsoles.

—He estado mejor, os lo aseguro. Vámonos de aquí, por favor.

—Sí, claro, ahora mismo nos vamos para casa. ¿Quieres que primero te pida una manzanilla u otra cosa?

—No, de verdad. Si habéis pagado ya quiero marcharme ahora mismo.

El tono imperioso de Patricia nos sorprendió a ambas, pero no quisimos insistir. Parecía implorarme con su mirada de perro apaleado, así que salimos de allí tranquilamente sin saber bien lo que ocurría. Nada más pisar de nuevo la calle le volvimos a preguntar y ella insistió, casi cabreada, para que nos alejáramos de allí a toda velocidad.

—¿Qué mosca te ha picado si puede saberse? —pregunté.

Patricia tiró de mí, parecía haber recuperado parte del color de su rostro. Subimos la cuesta por la que habíamos bajado anteriormente y llegamos de nuevo a la plaza de la Paja. Una vez allí, a suficiente distancia del garito en el

que habíamos estado, Patricia se paró un momento para coger resuello. La acompañé entonces hasta un banco de piedra que se encontraba en las inmediaciones, la obligué a sentarse y me dirigí a ella con un asomo de cabreo en mi voz.

—¿Nos vas a contar qué demonios te ha pasado?

—Joder, ya os lo podéis imaginar, tampoco hace falta que lo cuente con pelos y señales. Me ha dado un apretón y luego ya no podía parar: pinchazos, retortijones y una diarrea de caballo que no se la deseo ni a mi peor enemigo.

—Hombre, ya nos hacíamos una idea después de pasar media hora ahí sentada —intervino Sonsoles—. Pero, ¿por qué hemos salido por piernas?

—Por nada, no quería estar más tiempo allí, me estaba agobiando.

—¿Seguro? No me lo creo.

—Vale, tenéis razón. Sin ser demasiado escatológica os diré que mis intestinos se han vaciado del todo, durante muchos minutos, de un modo que no os podéis ni imaginar. Una cagalera de campeonato, para entendernos. Y la puñetera cisterna no funcionaba bien, os podéis hacer una idea.

—Pero entonces...

—Pues eso, leches, que he dejado la taza hecha un cristo. ¿Me he explicado con claridad u os hago un mapa?

Sonsoles y yo nos miramos un instante y comenzamos a descojonarnos de Patricia, que nos miraba con cara de mala leche. Sentaba bien reírse de otro y que la mofa no se debiera a alguna situación de las mías.

—Pobrecita, que mal lo has tenido que pasar —terció Sonsoles mientras Patri asentía y suavizaba su gesto de cabreo. Pero lo torció de nuevo al escuchar la siguiente frase—. Vamos, que lo has llenado todo de mierda, ¿no?

—¿Por qué no os vais las dos un poquito a tomar por culo? Ya me las pagaréis...

—¿Habrán llamado al servicio de limpieza del ayuntamiento? Mira que si tiran de la cadena igual se inunda el local con ya sabes qué.

—Joder, ya os vale, sois lo peor. Yo sólo quería largarme de allí por si alguna otra chica intentaba entrar en el baño mientras tanto, me daba mucha vergüenza. Por eso os he insistido para que nos marcháramos a todo correr.

Sonsoles y yo cruzamos nuestras miradas un momento y empezamos a partirnos de risa de nuevo. Patricia seguía cabreada pero enseguida se le pasó y nos acompañó en nuestras carcajadas.

—¡Parad, por favor! —exclamó mientras se sujetaba el estómago—. Me

duele la tripa y con las risas es mucho peor.

—Hombre, Patri, es que es para troncharse. ¡Anda si llega a asomarse alguien mientras estábamos allí las tres paradas!

Sonsoles lo dijo con una sonrisa en la boca pero tenía toda la razón. Si llega a entrar alguien justo nada más salir Patri no sé qué hubiera podido suceder.

—Joder, no me lo recuerdes, que me muero de vergüenza. Pero sí, menudo cuadro de Picasso que he dejado allí plantado. Se va a acordar de toda mi familia el pobre que tenga que limpiarlo.

Patricia lo dijo toda seria, pero yo no pude aguantarme y comencé de nuevo a desternillarme en su cara. Mi amiga me dio un golpe en el hombro, pero yo no podía parar de reír y Sonsoles, tres cuartos de lo mismo. Al final nos dejó por imposibles, hasta que conseguimos calmarnos un poco y pudimos secarnos las lágrimas surgidas tras el ataque espontáneo de risa.

—¡Sois unas auténticas cabronas! Ya me vengaré, os lo aseguro.

—Venga, Patri, no te cabrees —le solté más calmada—. Yo siempre tengo que aguantar tus pullas y bromitas y no digo nada. Déjame que me tome la revancha, aunque sea una sola noche. Y ahora, ¿quién es más plasta aquí?

Mi compañera de piso me miró con odio mientras Sonsoles volvía a morirse de risa. Desde luego era una situación cómica, aunque recordando lo mal que yo lo paso cuando tengo alguna gastroenteritis, sabía que Patricia no había tenido su mejor noche. Y claro, no es lo mismo enfrentarte a la taza del váter en la soledad y tranquilidad de tu casa que hacerlo en un sitio público, con la consiguiente vergüenza.

—Venga, vamos a dejar el asunto, que somos de lo que no hay —terció entonces Sonsoles—. Aunque una cosa más, Patri, ¿Tendrán seguro a todo riesgo en ese garito?

—No sé a qué te refieres...

—Ya sabes, por si tienen que cambiar el baño completo porque es imposible borrar tu insigne recuerdo.

Tuve que reírme de nuevo, mientras nos levantamos del banco y nos marchábamos de allí a buen paso, camino de la parada de taxis más cercana. Por supuesto, continuamos lanzando nuestros dardos envenenados contra Patri y haciéndole bromas sobre su escabroso suceso, aunque enseguida nos cansamos.

Sonsoles se marchó sola en su taxi, prometiendo que me llamaría en

unos días para hablar del evento, y Patri ni siquiera se inmutó al escucharlo. Todavía no se había recuperado del todo e intuí que lo único que quería era llegar a casa, descansar y olvidarse de lo sucedido. Aunque tendría que asumir que sería algo para recordarle durante mucho tiempo siempre que quisiéramos echarnos unas risas a su costa.

Nosotras nos montamos en otro taxi, con un conductor que parecía tener ganas de cháchara. Le corté rápidamente al afirmar que mi amiga no se encontraba bien y sólo queríamos ir a casa.

Por fin llegamos a nuestro domicilio en una nohecita que todas recordaríamos, aunque no por los mismos motivos. Obligué a Patricia a desvestirse y meterse en la cama, mientras yo le preparaba una manzanilla.

—Anda, relájate y descansa, a ver si puedes dormir un poco aunque te duela la tripa. Y mañana será otro día, ya lo verás.

—Eso espero, Lucía, qué mal que lo he pasado. A ver si paran de una vez estos pinchazos y no me paso también la noche amorrada al señor Roca. Me veo durmiendo en el baño como me dé otro apretón de esos tan horribles.

—Venga, no lo pienses más. Duérmete y mañana te encontrarás mejor, palabrita del niño Jesús. Y si necesitas algo, ya sabes.

—Gracias, Lucía. Aunque eres una cabrona y ésta te la guardo...

Capítulo 13

Siete minutos dan para mucho

No quise mentirle a Patricia y al final le conté el plan del que me había hablado Sonsoles la última noche que salimos todas juntas. A mi compañera de piso no le interesaba ese tipo de eventos y menos si había que pagar, así que pasó del asunto y no se metió demasiado conmigo. Sabía que yo tenía munición guardada si ella osaba soltarme alguna de sus pullitas, así que se portó más o menos bien.

—Buah, eso estará lleno de *frikies*, Lucía. Además, es para carrozas según me has dicho, así que yo no pinto nada allí.

—Hombre, espero que no haya mucho “bicho raro”, aunque todo puede pasar. Y no te escaquees, que si quieres apuntarte hay otra velada el mes que viene para gente de 25 a 35 años. ¡Y nosotras no somos tan carrozas!

—¡Ni de coña! Y menos para ir sola. Por lo menos vosotras vais las dos juntitas y así os echáis unas risas. Me gustaría veros por un agujerito, seguro que es la monda. Y conociéndote, a saber qué tipo de espécimen te encuentras por allí.

—Venga, va, encima mete más presión. Cuando no pienso en mis historias siempre estás tú ahí para recordármelas. Igual voy a tener que contar en público tus andanzas por la Latina para que sepas lo que vale un peine, guapita de cara.

—¡Ni se te ocurra! Vale, ya no me meto más contigo. Aunque a mí lo del *Speed Dating* me recuerda al programa ése de citas que echan por la noche en la tele.

—Yo no veo mucha televisión, así que ni idea. Si termino por decidirme me lanzaré a tumba abierta. Ya conoces el dicho: la aventura es la aventura.

—Pues no sabes lo que te pierdes, tiene unos momentazos televisivos que no desmerecen mucho de algunas historias de las tuyas. A veces aparecen unos *frikies* de campeonato, era sólo por avisarte.

—No insistas más, pesada. Ya veré lo que hago.

Al final me dejé convencer por Sonsoles y nos apuntamos para asistir el viernes siguiente al evento de las citas rápidas, sería ya mediados de mayo.

La inscripción para participar costaba veinte euros y te daban una consumición, pero al parecer mi amiga tenía un bono de dos por uno si iba con una amiga, por lo que me invitó y tuve que acudir con ella a algo que de primeras no me habría llamado nunca la atención.

—Tranquila, no te agobies antes de tiempo —intentó calmarme Sonsoles—. Sólo vamos a pasarlo bien, no te preocupes. Además, los chicos no te van a decir nada fuera de los siete minutos programados, no tienes por qué confraternizar con nadie si no lo deseas. Aunque por lo visto mucha gente se queda después tomando algo o incluso salen a cenar en grupo.

—Ya, pero se supone que sólo te pasan los datos de contacto del chico o chicos que te han gustado si hay coincidencia entre ambos, ¿no?

—Sí, eso es. Tendremos entre ocho y diez encuentros o citas rápidas con los chicos que haya por allí, de siete minutos cada una. Y después debemos valorar esas citas y puntuar sólo a los que nos hayan gustado, sea para conocerles mejor, amistad o lo que surja. Y sólo si ellos nos han elegido también a nosotras, entonces la organización nos envía por mail los datos del elegido o elegidos, dependiendo de lo que hayamos puntuado.

—Sí, eso me había parecido entender. Y creo que sólo te dan el correo electrónico para que te pongas en contacto con esa otra persona si así lo deseas, nada de teléfonos. Aunque me parece una chorrada que lo hagan de ese modo, no pueden controlarlo todo.

—¿A qué te refieres?

—A que sí tú quedas después con el chico que te ha gustado, a la salida del local, nadie se va a enterar. O si en la charla de siete minutos cualquier pareja se da los teléfonos o mails para charlar más adelante, sea porque los dos han visto la compatibilidad clara desde el principio o por cualquier otra cosa, aunque después salgan cada uno por su lado, nadie de la organización podría impedirlo.

—Hombre, visto así tienes razón. Imagino que prohibirán los móviles durante el evento, pero como dices hay maneras de sortear sus reglas. Aunque creo que será más divertido que todos cumplamos los requisitos y nos dejemos llevar, ¿no crees?

—Sí, puede que tengas razón. Era sólo una idea que me había venido a la mente, ya sabes que no dejo de pensar en las cosas. ¿Y qué tipo de gente va a estos sitios?

—No le des tantas vueltas a la cabeza, que es malo para la salud. Pues gente normal, de entre 35 y 45 años según el rango de edad que hemos

elegido nosotras. Al parecer van más españoles que extranjeros, según la Web de la empresa, y acuden chicos de todo tipo: empresarios, profesionales liberales, autónomos, artistas, funcionarios, etc.

Me tocaba decidir la ropa que iba a ponerme para la gran ocasión, iba a ser una decisión complicada. Me acordé entonces de que a mi hija Carol le encantaban los pantalones con agujeros en las rodillas, moda que yo odiaba con todas mis fuerzas, al igual que esos pantalones para pescar cangrejos que llevaban tanto chicos como chicas. Y claro, yo me negué en redondo a comprarme ninguna de esas prendas cuando estuvimos las dos de rebajas.

Sería lo último, lo más chic, pero eso de llevar las canillas al aire en pleno invierno no lo terminaba de ver. O lo de las zapatillas de deporte con calcetines tobilleros, que me parecía muy bien para el verano, pero es que ahora lo llevaban en cualquier época del año y con cualquier *outfit*, como decían las *influencers*. No, tendría que elegir otro tipo de conjunto.

Quise ser algo atrevida, por lo menos para cambiar un poco mi estilo, y me puse unos vaqueros muy ajustados con las mosqueteras negras por encima. Para la parte de arriba elegí una blusa blanca y una americana de entretiempo que me sentaba muy bien. Unos pendientes grandes para ir a la moda y un bolso de noche, aparte de un ligero toque de maquillaje, fueron también mis acompañantes para el evento.

Al llegar a la sala, una coctelería muy chula decorada con motivos hindúes, nos recibió una chica mona que nos explicó lo mismo que ya habíamos leído en la Web de la empresa. Eché entonces un vistazo a los que nos encontrábamos allí reunidos, en torno a una barra de bar, mientras nos pedíamos la consumición incluida con la entrada y escuchábamos las indicaciones de la anfitriona.

—Escribid vuestro nick o apodo en estas pegatinas, y os las ponéis bien visibles para que todos tengáis luego esa referencia a la hora de votar. Y recordad: nada de nombres reales, teléfonos o datos personales durante las citas.

Me temblaban un poco las piernas y no me sentía cómoda al recibir de los demás las mismas miradas que yo lanzaba para evaluar a los posibles candidatos. Sonsoles parecía mucho más tranquila, yo diría incluso que se encontraba en su salsa, pero a mí los nervios se me empezaron a agarrar al estómago. Y más cuando me fijé en un tipo relamido que no me quitaba ojo mientras parecía hacerme muecas.

¿Ya estábamos con tipos extraños, antes incluso de comenzar? No quise

darle más vueltas para no agobiarme, porque si lo pensaba detenidamente era capaz de salir de allí por piernas y dejar a Sonsoles y el resto de asistentes con un palmo de narices. Sólo deseaba que la velada transcurriera de un modo normal, sin sobresaltos de ningún tipo. Si conocía a alguien interesante mucho mejor, pero lo único que quería era no llamar demasiado la atención y salir de allí con la dignidad intacta.

Así que pasé del tipo ése que me hacía guiños y gestos extraños con la cara e intenté relajarme para afrontar mejor la noche. Había ido a divertirme un rato y nada ni nadie me lo iba a impedir. Desistí entonces de mirar a nadie con demasiada insistencia, luego tendría siete minutos completitos para deleitarme con todos aquellos hombres sentados frente a mí diciéndome tonterías. “¿Qué demonios hacía yo allí?”, pensé al instante siguiente en un sube y baja continuo de sensaciones.

Y claro, mi mente comenzó a desvariar. No quería prejuzgar a nadie por las apariencias, pero mi abuela decía que lo que no entraba por el ojo... Allí había de todo: un *yuppie* repeinado que venía con un traje de raya diplomática; un tipo con pinta de viejo rockero venido a menos; un moderno con tirantes, tupé de vanguardia y pantalones pesqueros y otros hombres que parecían más o menos normales. Me quedaba charlar con ellos y conocerlos un poco más, si es que en siete minutos daba tiempo a eso y yo no salía huyendo por cualquier otra circunstancia.

—Vamos a empezar, todos a sus puestos. Y ya sabéis, cuando toque el gong los chicos se cambiarán a la siguiente silla para tener una cita con una nueva candidata. Después apuntáis los nicks que más os hayan impactado en vuestra tablilla, recogemos los datos de todos y mañana os enviaremos un mail a vuestra cuenta con los resultados y las coincidencias que surjan aquí esta noche.

Me senté en el sitio asignado y esperé a mi primer pretendiente, mientras buscaba la mirada cómplice de Sonsoles con la que pretendía insuflarme ánimos. Me hizo un gesto que entendí como que me mantuviera tranquila y disfrutara, y yo asentí. De hecho era lo que pretendía, pero no todo dependía de mí.

Ella había optado por el nick *Queen*, porque quería ser la reina de la noche. Y yo elegí el de *Atenea* porque me sonaba bien, a diosa guerrera.

No tuve demasiada suerte para empezar, ya que me llegó de primeras el modernillo, que si tenía los 35 años cumplidos era por los pelos. O a mí me pareció demasiado joven de buenas a primeras. Quizás el chico había

mentido porque le iban las maduritas, pensé entonces con algo de malicia, ya que parecía que ni siquiera tuviera que afeitarse más allá de una simple pelusilla en la cara y un fino bigote nada favorecedor.

—Hola, ¿qué tal? Me llamo Johnny, aunque sea sólo por esta noche.

—Encantada, yo soy Atenea. ¿Es la primera vez que vienes a este sitio?

—La verdad es que sí, aunque tengo varios amigos que ya han venido y les ha ido muy bien. No sé, todo es probar, ¿no?

—A mí me ha traído una amiga, y yo no estaba muy convencida de acudir, no te voy a engañar. Entre que estoy algo nerviosa y que no sé muy bien qué decir, ya veremos cómo transcurren los dichosos siete minutos.

—Tranquila, yo hablo por los codos. Así que si te parece bien te contaré algunas cosillas de mí y te iré preguntando.

—Por mí bien, me parece perfecto —contesté mientras le daba un trago a mi cerveza.

Mi acompañante había pedido un cóctel de color indefinido entre el rojo y el violeta, pero yo solo me fijaba en ese bigotillo ridículo que le asomaba encima del labio superior. La verdad es que parecía un chico agradable y educado, que hablaba bien, pero no me iba para nada su rollo. Ni físicamente ni después, cuando me contó algo de sí mismo.

—Vivo en un loft en Malasaña junto a dos amigos, un sitio muy *cool*. Allí tenemos también nuestro *Workspace, you know*. Estamos montando una *startup* y los comienzos son difíciles, pero creo que saldremos adelante.

Lo siento, no puedo con esas cosas. Sería muy moderno meter esos “palabros” anglosajones en cada frase, pero yo prefería nuestra lengua, que para eso es bien rica y la hablan más de quinientos millones de personas en el mundo. No quería ser descortés, así que conté lo mínimo de mí, le pregunté dos chorradas más y enseguida sonó el gong salvador que me libraba de esa primera cita. Resultado del primer partido: Johnny no se llevaría un “match” por mi parte.

Mientras se levantaban los chicos de las mesas intenté averiguar algo a través del lenguaje corporal de Sonsoles mientras se despedía de su primer pretendiente. Su chico parecía un tipo normal, aunque yo no hubiera acudido a la velada con esos pantalones de pana y ese jersey pasado de moda. Mi amiga permaneció impertérrita, así que no pude adivinar su estado de ánimo. Aunque me dio en la nariz que tampoco le había hecho mucho tilín.

Sin pecar de vanidosa, creo que el nivel de esa noche era mayor en el equipo femenino que en su homólogo masculino. O por lo menos nosotras

acudimos más arregladas, maquilladas o preparadas para la ocasión. No como algunos de ellos, que parecía iban a comprar al supermercado en vez de a conocer a la mujer de su vida. Es famoso el dicho de que una mujer, aunque no sea demasiado atractiva, siempre sabe sacarse partido. Y ellos, por el contrario, pasaban más de esas cosas.

Y vale, también he escuchado siempre que los hombres son más superficiales y se fijan más en el físico de su posible pareja. Pero que, por el contrario, nosotras no somos así y nos quedamos con otras cosas: su inteligencia, simpatía, si es buena persona, detallista y todas esas pamplinas. Pero a nadie le amarga un dulce, no seamos hipócritas. Si el envoltorio es potable también tenemos ojos en la cara, todos somos humanos. Y si el agraciado no es Brad Pitt pero tiene otras cosas, pues habrá que descubrirlas poco a poco.

El siguiente en sentarse a mi lado fue un hombre que debió ser guapo en su juventud, aunque el tiempo parecía haberle castigado demasiado, o eso me pareció en su momento. Tal vez hubiera sobrepasado también los 45 años pero se apuntó a la gala porque quería conocer a una chica más joven, no podía saberlo. De facciones agradables, mirada cálida y profunda de ojos oscuros y una voz grave que llamaba la atención.

Vestía unos vaqueros modernos, pero sin agujeros en las rodillas afortunadamente, y una camisa quizás un poco llamativa para su estilo; de hecho, me pareció que no se encontraba demasiado cómodo con su atuendo. No estaba mal en conjunto, pero tampoco era el hombre de mis sueños, por lo menos físicamente.

Creo recordar que era comercial en una multinacional o algo así, y su nick era Atticus Finch. Sólo por eso ya había ganado puntos, al pensar que su mote hacía referencia al personaje de “Matar a un ruiseñor”. Yo no había leído el libro de Harper Lee, la verdad, y tampoco la continuación que se había publicado hacía poco tiempo, pero la película protagonizada magistralmente por Gregory Peck era una de mis preferidas.

Le conté que yo trabajaba en marketing, que estaba recién divorciada y que no sabía muy bien lo que buscaba en un lugar como ése. La conversación fluyó y me pareció un tío majo, pero todavía no sabía si le escogería entre los agraciados de esa noche. Dependería mucho del resto de candidatos, ya que alguno tendría que elegir para no dar por perdida la velada.

¿Y si no me gustaba nadie en toda la noche? O peor aún, ¿y si yo elegía a dos o tres candidatos y ninguno de ellos se decidía por mí? Sería un golpe

muy duro para mi autoestima y más al fijarme en el resto de chicas. Sí, había un par de ellas con unos tipazos, como Sonsoles, pero yo era más guapa desde un punto de vista totalmente objetivo. También había otras chicas muy exuberantes y sabía que eso llamaba la atención de los hombres, que a veces ni miraban a los ojos dependiendo del tipo de curvas con el que se encontraran en una mujer.

Al final se me pasó la noche en un suspiro. Y eso que algunas de las citas se me hicieron muy largas, como la del relamido que ya os había comentado al principio. No sabía si optar por ignorarle durante siete minutos que podrían hacerse eternos o contarle una trola para que perdiera el interés en mí. Y es que el tipo continuaba con sus muecas, que ya no sabía si eran gestos lascivos, un tic nervioso o que el pobre hombre tenía alguna patología todavía por diagnosticar. Preferí no averiguarlo y opté por mirarle lo menos posible a la cara.

—¿Es tu primera vez? —me soltó a bocajarro—. Yo vengo mucho por aquí, es muy divertido. He conocido gente interesante, no te vayas a creer, pero todavía no he encontrado a mi media naranja.

—Ya, claro, te entiendo. No, en mi caso es mi primera vez y no sé muy bien si decirte la verdad sobre lo que quiero.

—Sí, claro, adelante —contestó él entusiasmado.

Puse cara de mosquita muerta y mi partenaire se animó. Quizás creyera que buscaba una noche loca o un maromo que me hiciera temblar de la cabeza a los pies con sus artes amorias. El chasco se lo pegué segundos después:

—Yo lo que busco es alguien con un buen trabajo y un sueldo en condiciones para que me mantenga a mí y a mis cuatro hijos. Soy viuda, ¿sabes? y ahora mismo estoy en el paro. Voy de prestado, toda la ropa que llevo me la ha dejado una amiga, te puedes hacer una idea. Y es que yo necesito un hombre a mi lado, no sé hacer nada sola. Mi marido, que en paz descansa, me dejó en la ruina y no sé cómo salir adelante.

Se le borró la sonrisa de la cara en ese mismo instante. Los siguientes minutos los utilizamos para hablar de tonterías y lugares comunes, con varios tramos de silencio absoluto por parte de los dos. Al principio me pareció algo incómodo, pero preferí eso a seguir hablando con un tipo que no sabía si era un psicópata o un tipo sin muchas luces.

No sabía por qué había reaccionado así, pero ya no había vuelta atrás. La estratagema surtió efecto y pude librarme de ese hombre sin mayores

problemas. No creía que me eligiera esa noche después de lo escuchado pero me daba igual porque yo no pensaba votarle a él tampoco.

Después me eché unas risas con el rockero, que era muy simpático pero tampoco lo veía yo como pareja, ni siquiera para una noche. Tal vez para irte de cañas y divertirse un rato, era muy salado. Pero lo taché también de la lista. Y por supuesto al *yuppie*, un supuesto ejecutivo agresivo de una multinacional americana que estaba encantado de conocerse. Era mono, no vamos a negarlo, pero también un tipo insoportable.

Recuerdo también a un aprendiz de Coelho que soltaba frases grandilocuentes para intentar seducirme. A un funcionario de la Seguridad Social amargado con su trabajo y con su reciente divorcio, —ahí tuvimos un tema de conversación que ambos conocíamos—, pero tampoco me veía yo quedando con él fuera de allí. Y a un locutor de radio que tenía una voz preciosa pero, como diría mi amiga Patri, era un poco incómodo de ver.

Desde luego con esas ínfulas no iba a conocer a nadie, me dije en ese momento al ver el cariz que estaba tomando la velada. Así que abrí la mente y me dispuse a no ser tan sarcástica en mi interior, que no hacía más que sacarle pegas a todos. A saber lo que opinaban ellos de mí, reflexioné entonces: una cuarentona que se pensaba que ese encontraba todavía en la flor de la vida, recién divorciada y que no tenía dónde caerse muerta. Alguien que comenzaba ahora de meritoria en una empresa como si fuera la becaria más vieja del mundo y con aires de marquesa cuando era una pobre a la que no hacían más que ocurrirle desgracias, por no hablar de su predisposición natural a incurrir en las situaciones más humillantes y vergonzosas del mundo.

Vestí mi rostro con la mejor sonrisa y recibí a mi penúltimo pretendiente con el ánimo recobrado. Era un hombre alto, agradable de ver, de espaldas anchas y sonrisa generosa. Debía sufrir alopecia y había optado por raparse la cabeza totalmente, pero no le quedaba nada mal. Le daba un aire muy atractivo, a lo Yul Brynner.

No sé por qué me vino entonces ese nombre a la cabeza, seguramente al recordar las viejas películas que veía los fines de semana en casa de mi abuela cuando era una mocosa, allá en Pamplona. Y entonces tuve que sonreír para mis adentros, porque imaginaba que Patricia, entre otros muchos jóvenes, no tendrían ni idea de quién era aquel actor que le gustaba tanto a mi padre, intérprete de inolvidables personajes en filmes clásicos como *Los diez mandamientos* o *Los siete magníficos*.

El mote de mi nueva cita era *Michelangelo*, y eso también me ganó. La época del Renacimiento es una de mis preferidas y me encanta el arte surgido de ella. Y, aunque había estado un par de veces en Italia con Andrés, no me importaría repetir una visita en buena compañía a algunas de esas preciosas ciudades tan conocidas en todo el mundo: Roma, Florencia, Venecia, Milán, Verona, Pisa... Pero de momento tendría que conformarme con imaginármelo, mi situación actual no estaba para hacer turismo y menos fuera de España.

—Hola, ¿cómo estás? Imagino que cansada después de aguantar la chapa de todos nosotros, menos mal que esto ya se acaba.

—Bien, ¿y tú? No, la verdad es que se me ha pasado volando la noche. Era mi primera vez aquí y no ha estado mal del todo.

—Pero...

—Pues eso, ya sabes. Que tampoco sé si esto es lo más apropiado para mí, ni si alguien me elegirá después de charlar los siete minutos de rigor conmigo.

—Todavía te queda acabar esta cita y creo que una más. Pero te entiendo, no creas... Yo es la segunda vez que vengo y sigo sin pillarle el punto. Me da mucha pereza eso de venderme como un producto, no es lo mío. Se supone que tengo que decir cosas buenas de mí para que queráis conocerme con más tranquilidad, pero tampoco me sale lo de mentir a la cara.

—¿Es que no tienes cosas buenas? Seguro que sí, hombre, tampoco hay que ser tan negativo. Y te lo dice una persona que también tiene sus historias, no te vayas a pensar. Pero aquí estamos para divertirnos, ¿no? Mejor dejar atrás las miserias.

—Ya será menos, no creo que tú tengas muchas cosas malas. Y sí, tampoco es plan de agobiar a nadie con mis penurias, pero no podemos creernos que esto es Hollywood y todos nos convertiremos en los protagonistas de su última superproducción: el príncipe azul montado en su caballo blanco y la hermosa princesa que le está esperando en su castillo. Esto es la realidad, para bien y para mal, y al salir de aquí nos toparemos con ella de bruces.

—Claro, pero un pequeño oasis de siete minutos no le hace daño a nadie. Yo no gano nada contándote que me divorcié porque pillé a mi marido con otra persona en la cama, o que he tenido que reinventarme a mi edad para poder encontrar un trabajo decente.

¿Por qué había dicho eso? No lo sabía, pero tampoco me importaba. El

tal *Michelangelo* pareció abrirme su corazón, o por lo menos ser más sincero que el resto, y mi subconsciente le premió con una pequeña confesión sobre mi vida. El hombre tenía razón, no era oro todo lo que relucía y, por muchos oropeles con los que nos vistiéramos, todos teníamos miserias que ocultar, esperándonos en la soledad de nuestras tristes vidas.

—Vaya, lo siento. Aunque la verdad es que no se te nota nada y lo llevas muy bien, nadie lo diría. Si me permites la confianza, tu marido fue un idiota por irse con otra, y tú no tienes la culpa de nada. Y reinventarnos lo hacemos todos. Yo he sido profesor de historia en institutos durante muchos años, pero ya no me llena y no sé qué hacer con mi vida.

Obvié el comentario galante, aunque no me disgustó para nada y preferí quedarme con la otra parte de su intervención. Y por supuesto, no quise corregirle en cuanto a la verdadera identidad del amante de mi ex marido. ¿Había dicho profesor de historia? No me parecía mal, aunque por su comentario creía que ya estaba un poco cansado de su profesión.

Fue la mejor cita de la noche, la que se me hizo más corta y, por supuesto, la que recuerdo con mayor nitidez. De hecho, del hombre que vino después me he olvidado completamente; creo que era el tipo del pantalón de pana que había visto al principio con Sonsoles, alguien totalmente prescindible.

Por fin había encontrado a alguien interesante con el que conversar, bastante majo también en cuanto al físico, de una edad parecida a la mía y con gustos, por lo poco que pude averiguar, también similares a los míos. Le gustaba el cine, leer, viajar en buena compañía cuando se lo podía permitir, una grata conversación y otros detallitos que me llamaron la atención.

—Buf, y soy un desastre para las nuevas tecnologías, no me lo tengas en cuenta. Esperaré a tener un PC delante para abrir el mail de la organización, que no me aclaro con este móvil nuevo que me he comprado.

—Ya somos dos, qué gracia. Y eso que intento ponerme las pilas últimamente porque se supone que trabajo en marketing. Nos hallamos en la época de las redes sociales y hasta hace unos meses me sonaba el Facebook y poco más. Por no hablar de mi teléfono-patata, como dicen mis amigas. Tengo que agenciarme un *smartphone* en cuanto pueda.

Michelangelo sonrió ante mi ocurrencia y yo percibí como relajaba el gesto ante el devenir de la conversación. Ambos nos encontrábamos a gusto en compañía del otro, y ya fuera por estratagema o porque había salido así, nos abrimos bastante el uno al otro. Y eso me gustó, el poder ver la

vulnerabilidad de un hombre a la hora de tratar a una mujer, no hacerse el machote para quedar bien. Se notaba que era un chico atento, amable y sensible con el que podría congeniar muy bien. ¿Y si fuera él el elegido?

No quería llevarme un palo, así que preferí no hacerme muchas esperanzas al respecto. Desde luego tenía claro que le votaría, pero eso no significaba nada. Creí que yo también le había caído bien, pero a veces las apariencias engañan y tal vez yo no era lo que él andaba buscando. De todos modos quise tantearle al despedirnos.

—Pues nada, *Michelangelo*, ha sido un placer. Se me ha hecho cortísimo este rato, gracias por ser tan sincero.

—No, gracias a ti. Y por supuesto, el placer ha sido mío. Espero que volvamos a vernos, Atenea.

—Eso no depende de mí, ya sabes cómo funciona esto. Tendrás que votarme y esperar el resultado.

—Eso es, mañana conoceremos los resultados. ¿Seré uno de tus elegidos? —me preguntó entonces con aparente indiferencia.

—Tal vez, puede ser... —contesté con coquetería mientras me apartaba un mechón de pelo por encima de la oreja—. Mañana saldremos de dudas.

—Hasta pronto entonces —se despidió con una enorme sonrisa.

Al terminar la velada me quedé un rato con Sonsoles en la barra, mientras nos tomábamos otra cerveza y les hacíamos un traje a los asistentes. Nos reímos compartiendo anécdotas y valorando a nuestros pretendientes en tono jocoso.

—¡Madre mía, Lucía! Menudos elementos había hoy por aquí. ¿Qué me dices del Coelho? ¿Y del pijo que se creía el rey del mambo?

—¡Ya te digo! Había cada uno... —no quise personalizar en ninguno, preferí guardarme mis pensamientos hasta que pasara el momento de recibir el email de la empresa organizadora—. De todas maneras yo me lo he pasado muy bien, ha sido divertido.

—Me alegra saberlo, amiga. Y quizás salga algo bueno de todo esto. Si no una relación estable, tal vez un buen revolcón para alegrar el cuerpo, ¿no?

—Quizás, habrá que ver. Primero consultaré con la almohada esta noche para ver a quién le doy mi voto, después enviaré mi respuesta y esperaré el resultado.

—Pero entonces, ¿ya tienes algún candidato al que votar? Venga, pillina, díselo a tu amiga Sonsoles.

—No lo tengo claro todavía —mentí entonces para echar balones fuera

—. Tengo que darle una vuelta, lo que sí tengo claro es a quién no voy a votar: ¡al de los tirantes!

—¡Madre mía, qué cuadro de niñato! Casi se muero cuando se ha sentado enfrente de mí con esas pintas. Le he vacilado un rato y ha salido escaldado, ja, ja.

Nos reímos las dos del malasañero mientras yo le contaba también cómo había espantado al relamido. Ya sabéis, con mi pequeña invención sobre los cuatro churumbeles y el hombre con pasta que necesitaba para mantenernos a todos. Ella me contó entonces su buen rollo con el rockero, candidato al que al parecer igual le daba una segunda oportunidad.

Ya en casa le di un par de vueltas al asunto y voté sólo a dos chicos: a *Michelangelo*, mi candidato preferido entre todos, y a Atticus Finch, al que también quería dar una segunda oportunidad. Otra cosa era que ellos me votaran a mí y la organización me pasara sus correos electrónicos. No quería hacerme ilusiones, pero creí que ambos se habían sentido cómodos en mi presencia, otra cosa diferente es que yo cumpliera los requisitos que ellos buscaban en una mujer.

Esa noche no descansé muy allá, dándole vueltas al asunto. Nunca he dormido muy bien y ésa no iba a ser la excepción que confirmara la regla. Siempre me ha costado conciliar el sueño, quizás por mi culpa al ponerme a pensar cuando estoy tumbada en la cama, a solas con la oscuridad. Y claro, a mi edad ya era difícil cambiar. Herencia de mi madre, para bien o para mal, aunque de momento prefería no tomarme pastillas para dormir.

Al día siguiente no tenía que madrugar, era sábado, pero harta de dar vueltas en la cama me levanté sobre las nueve de la mañana. Evidentemente me conecté al correo para ver si había recibido el mail de los organizadores del evento, pero enseguida comprobé que no tenía ningún mensaje nuevo.

Así que me pegué una ducha larga y relajante, desayuné unas ricas tostadas y estuve moneando un rato sin saber qué hacer. Patricia no se había levantado todavía, debió acostarse tarde trabajando en sus proyectos. Así que tocaba esperar si quería contarle mis andanzas.

Por fin, sobre las once de la mañana, llegó el ansiado email. Es una tontería, ya lo sé, pero me hizo ilusión conocer el resultado: Atticus y *Michelangelo* también me habían elegido a mí. Allí tenía sus mails personales, ahora quedaba dar el siguiente paso.

Y eso era lo que más miedo me daba.

Capítulo 14

Mi reino por un Lexatin

Ahí estaba yo al día siguiente, mirando el monitor de mi ordenador como una pánfila, sin poder reaccionar. Ya tenía lo que buscaba, los correos electrónicos de los dos hombres con los que había coincidido en gustos durante la velada de la noche anterior, pero el pánico atenazó mis músculos. ¿Qué debía hacer entonces?

Lo más normal era que les escribiera, aunque fuera sólo por saludarles y que ellos tuvieran también constancia de que habíamos pasado a otro nivel: fuera de los convencionalismos del *Speed Dating* ya podíamos intercambiar mails, darnos los teléfonos, llamarnos, *guasapearnos*, quedar directamente para tomar café o cualquier otra cosa que se nos ocurriera. Incluidas, por supuesto, las catalogadas con dos rombos si es que ambos estábamos de acuerdo.

Y entonces, ¿por qué no me decidía a dar el primer paso? Quizás mi educación más clásica y el entorno en el que me había criado no ayudaban precisamente en esa ecuación. Pero, si de verdad quería ser una mujer nueva, moderna y decidida, no podía andarme con esas tonterías. Desde luego Patricia se hubiera reído en mi cara si hubiera llegado a contarle lo que de verdad pasaba por mi cabeza en esos momentos, mas afortunadamente seguía durmiendo y de eso me libraba. No me apetecían monsergas de una chica que casi podía ser mi hija desde por la mañana temprano.

Me quedaba otra opción: hablar primero con Sonsoles. Ella era más mayor que yo, estaba habituada a ambientes similares a los que yo me había movido en los últimos años y, por mucho que ahora se hubiera convertido en una devora hombres, podría comprenderme mucho mejor que Patricia. Así que decidí hablar con mi otra amiga. Pero como a mí no me gusta molestar, preferí enviarle primero un mensaje antes de llamarla.

—*Hola, guapa, ¿estás despierta? ¡Ya he recibido el mail de la organización!*

Sonso se había conectado unos minutos antes, por lo que entendí que estaba despierta y en danza como yo. Esperé unos minutos, mordiéndome las

ñas, para ver si mi amiga me contestaba y podía charlar un rato con ella.

Al rato, muerta de la impaciencia al no recibir respuesta, volví a insistir:

—*¿Qué tal tú? Yo he coincidido con los dos chicos que elegí, ¡ya tengo sus correos!*

Por fin comprobé que el estado de Sonsoles cambiaba de “Última vez hoy a las 10.45” a “En línea”. Y segundos después a “Escribiendo...”

—*¡Me alegro, guapi! Yo también he recibido el mail y he coincidido con el rockero!! Ahora viene lo mejor ;-)*

Decidí preguntarle directamente por si podía hablar con ella. A mí los mensajitos me ponían muy nerviosa, y nunca entenderé a la gente que se pasa horas chateando por el Whatsapp en vez de hablar directamente por teléfono.

—*¡Qué bien! Oye, ¿estás muy liada ahora? Me gustaría comentarte algo por teléfono si tienes un momento.*

—*Claro, no te preocupes. Acabo una cosa y te llamo ahora. Ciao!*

Mientras esperaba a que me llamara Sonsoles no pude aguantarme y me volví a conectar a mi correo personal. ¡Tenía un nuevo mail! ¿Sería uno de mis pretendientes?

El destinatario era un tal Carlos Serrano y el “Asunto” del correo electrónico no dejaba lugar a la duda: “Siete minutos”. Así que entré sin más dilación en el cuerpo del mensaje para ver lo que me habían escrito.

“Hola, ¿cómo estás?”

No sé muy bien cómo comenzar esta conversación, es mi primera vez en algo así y estoy un poco nervioso.

Lo primero es presentarme, claro. Me llamo Carlos Serrano y anoche me conociste como Atticus Finch. Me caíste muy bien, Atenea, y me lo pasé genial charlando contigo. Veo que tú también me has elegido a mí, así que yo encantado.

Éste es mi correo personal y mi teléfono privado es el 615xxxxxx. Si te apetece puedes llamarme o mandarme un mensaje cuando quieras. O si lo prefieres me das tu número, no hay problema, y te llamo yo cuando te venga bien.

Perdona, no era mi intención agobiarte ni nada por el estilo, también podemos charlar primero por aquí. Sólo quería decirte que me encantaría poder quedar un día contigo para tomar un café o lo que quieras, y así poder charlar tranquilamente sin el rollo ése de los siete minutos.

Espero entonces tu respuesta, un placer seguir en contacto contigo.

Un saludo y hasta pronto.

Carlos.”

Sonreí al leer el mensaje de Carlos, era muy considerado por su parte. Parecía un buen chico, tímido y también nervioso, como yo, al verse en esa tesitura. Lo hablaría primero con Sonsoles pero desde luego no me importaría quedar de nuevo con él para tomar algo y disfrutar de un rato menos agobiante que los dichosos siete minutos de rigor.

De todas maneras, los nervios que seguían alojados en la boca de mi estómago no eran demasiado normales. ¿Qué me ocurría? No pensaba que fuera por la posibilidad de quedar con un hombre atractivo y soltero con el que poder tener una cita como Dios manda. O tal vez sí, y era el miedo ante lo desconocido —no había salido con ningún otro hombre que no fuera Andrés desde tiempos inmemoriales— lo que me atenazaba sin piedad.

Sin embargo no estaba contenta del todo. Sí, Atticus, o más bien Carlos, me había escrito nada más recibir el correo de la organización. ¿Debía pensar entonces que era un loco o un desesperado por escribirme enseguida? No creía eso, el chico parecía alguien muy normal y corriente. Un hombre interesante, atractivo aunque algo mayor para mí por lo que pude colegir en nuestra primera cita, agradable y con buena conversación. Dada mi proverbial suerte luego podría suceder cualquier cosa, pero de buenas a primeras no me parecía un mal candidato para empezar a salir un poco y rehacer mi vida.

Tampoco es que me fuera a casar con él, sólo íbamos a conocernos y después ya se vería. Quizás tendría que hacer como decían mis amigas y dejarme llevar. Si aquello no funcionaba como una relación al uso siempre podía darle un alegrón al cuerpo. Aunque nunca lo había hecho, y eso de acostarme con un hombre una noche y no volver a saber de él tampoco iba demasiado con mi forma de ser.

Tal vez era simple decepción lo que me tenía un poco revuelta esa mañana de sábado. Sí, no podía negarlo. Me había ilusionado mucho al leer el mail de Atticus, pero también esperaba un correo de *Michelangelo*. Fue mi primera elección y él también se había decidido por mí, por lo que entendí que era él quién debía dar el primer paso para contactar conmigo. Vale, quizás era una actitud machista o retrógrada, pero tampoco podía cambiar de la noche a la mañana.

De todas maneras lo hablaría con Sonsoles, ella estaba más acostumbrada a esas cosas. Aunque miedo me daba, mi amiga se había vuelto demasiado liberal para mi gusto y yo estaba muy chapada a la antigua todavía. Tiempo al tiempo: primero un pie y después el otro, no podía correr

cuando ni siquiera había comenzado a andar.

Decidí esperar un poco para contestar a Carlos, tampoco era plan de que viera que yo también estaba ansiosa por conocer el resultado de las votaciones entre los participantes del *Speed Dating*. Por fin, unos minutos después, me sonó el teléfono. Hablaría entonces con Sonsoles y decidiría qué hacer a continuación.

—Buenos días, pendón. Veo que te has levantado contenta por la mañana. ¿Quiénes son los afortunados?

—Hola, Sonso. Sí, perdona, esto es nuevo para mí. He coincidido con los dos chicos que yo elegí y ya tengo sus datos.

—¿Y quiénes son? Yo sólo escogí al rockero y él también me ha elegido a mí, así que habrá ¡maaambooo!

Ignoré su último comentario, ya sabía yo que mi amiga se correría una buena juerga con el rockero. Y después, si se terciaba, no tendría problema alguno en llevárselo a la cama. Me daba un poco de envidia en ese sentido, ella no le encontraba peros a ese tipo de relaciones sin compromiso. Pero yo no lo veía tan claro, por mucho que mis amigas creyeran que me iba a ajar o algo parecido si no me enrollaba con algún tío.

—Los míos se llamaban Atticus Finch y *Michelangelo*, no sé si sabes quiénes son.

—Pues ahora no recuerdo, la verdad. ¿Cómo eran?

Le describí un poco a mis dos pretendientes y ella cayó enseguida en la cuenta. Le parecían majos para mí pero no eran su tipo, según me comentó, y por eso no los había elegido. No quise preguntar a qué se refería con eso de “majos para mí”, así que pasé a contarle lo que me sucedía. Le leí el mensaje de Carlos y le conté también la falta de comunicación por parte de mi otro pretendiente.

—¡Qué formalito el tal Carlos! Aunque fíate tú de esos, luego son los peores. Y del otro no te preocupes, igual está trabajando u ocupado con cualquier cosa. No ha tenido por qué leer todavía el mail de la organización, no te agobies.

—Pero entonces... ¿qué hago? ¿Le escribo yo primero o me espero a qué me diga él algo antes de actuar?

—Hija, no le des tantas vueltas. Si te apetece pues le escribes algo parecido a lo del otro tipo, tampoco es que le vayas a declarar tu amor eterno a primera vista. ¿Prefieres a *Michelangelo* antes que al otro tío que ya te ha escrito?

—No sé, no es eso... Bueno, ya veré lo que hago. Y claro, tendré que contestarle a Carlos también. Si es que soy un desastre, no estoy acostumbrada a estas cosas.

—De verdad, te ahogas en un vaso de agua. Tampoco es para tanto, Lucía, ni que fuera esto una reunión de embajadores durante la guerra fría. Mira, por ejemplo, yo le he escrito primero al rockero y ya me ha contestado.

—¿En serio?

—Claro, y no me he vuelto loca. Mira, le he puesto esto en el mail:

“Hola, guapo. Soy Sonso, alias Queen, nos conocimos anoche en el Speed Dating.

Me encantaría que me llevaras a esos garitos ochenteros que dices conocer, para recordar viejos tiempos, ya sabes. ¿Cuándo nos vemos? Mi número es el 645... Lláname pronto y quedamos antes de que llene mi agenda.

Un beso.”

¡Guau! Yo nunca hubiera sido tan directa, lo reconozco, pero Sonsoles era alguien especial. Tampoco decía nada fuera de lo corriente, no quería pensar mal de mi amiga, pero yo no tenía su arrojo. Ella se tomaba las cosas de otra manera y a mí me quedaba mucho que aprender todavía.

—Vaya, sí has sido directa, es cierto. ¿Y te ha contestado?

—Hombre, claro. Sabe que si no lo hacía pronto podía perder su oportunidad. Hemos quedado esta misma noche, le voy a dejar seco.

—¡Pero Sonso! —exclamé escandalizada.

—Ni Sonso ni leches. La vida es muy corta para andarse con remilgos. Y tú deberías hacer lo mismo, ya te lo hemos dicho muchas veces. Escribe a tu hombretón despistado y contesta también al otro. Mejor tener dos balas en la recámara, por si acaso.

—Buff, no sé... Si me estreso con uno, imagínate hablar o quedar con dos hombres a la vez.

—¿Quién ha dicho nada de hablar? Queda con uno, con el otro o con los dos. Y si puedes, te los llevas a la cama y los pruebas. Después ya elegirás si te quedas sólo con uno o sigues tonteando con los dos. Nunca se sabe, amiga, es mejor tener un plan alternativo.

No quise ni pararme a pensar en lo que me había dicho Sonsoles, aquello era superior a mí. ¿Salir con dos hombres a la vez? La verdad es que nadie tenía por qué enterarse, Madrid era una ciudad muy grande, pero ni se me pasaba por la cabeza. De ahí tal vez mi angustia, al haber recibido

mensaje del que sí podría llegar a convertirse en mi plan B, pero ningún correo de *Michelangelo*, el hombre que realmente más me había gustado durante la velada.

Me despedí de Sonso y contesté a Carlos en tono neutro. Me presenté también, le di mi número de teléfono para no ser descortés y le dije que le escribiría pronto para quedar a tomar un café y charlar un rato.

Él me contestó enseguida y quedamos así. Tal vez tiraba balones fuera, o ganaba tiempo para contactar antes con *Michelangelo*. Pero mi naturaleza había hablado, y no podía ir contra mis instintos más primitivos. Esperaría un poco más, a ver si mi primera elección daba señales de vida, y si no, pues quedaría con Carlos.

Le conté un rato después mis dudas a Patricia, que ya se había levantado y andaba como un zombi por la casa. Me dijo lo mismo que Sonsoles, que no fuera idiota y aprovechara la ocasión. No le pareció que traicionara a ninguno de los dos chicos por quedar antes con el otro o charlar con él en su ausencia. Total, no los conocía de nada ni nada les debía.

—Chica, no te andes con tantas tonterías. Dale un toque al que te gusta a ver si dice algo, no hay que esperar a que el hombre dé el primer paso. Mira que eres antigua, Lucía.

—No es eso, pero no quiero parecer una desesperada.

—Ya tenéis una edad para andaros con tonterías. Le escribes tú y punto, igual él ni siquiera ha visto todavía el correo. No pasa nada por adelantarse, no va a pensar nada raro de ti. Joder, los dos estabais en un sitio de citas, ya sabéis a qué ateneros.

—Puede que tengas razón, soy un poco indecisa para estas cosas. Vosotras lo veis todo muy fácil y os envidio en ese sentido, pero yo no soy así.

—Venga, no es tan grave. No te van a quemar en la plaza del pueblo por tomar las riendas y decirle algo a un hombre. Y si no, queda con el otro. Tampoco pasa nada.

—Tenéis razón, si es que soy idiota.

De todos modos preferí aguantar todavía unas horas. A media tarde del sábado le escribí entonces a *Michelangelo*. Un mail de lo más impersonal que pude, con los datos justos y sin parecer desesperada. O eso creí entonces.

Mi proverbial suerte acudió puntual a su cita y, por supuesto, no recibí respuesta alguna durante todo el sábado. Ni tampoco el domingo ni el lunes. Así que me cabreeé con *Michelangelo*, menudo estúpido. ¿Para qué me había

elegido entonces en sus votaciones? No sólo no me escribía él primero, es que ni siquiera se dignaba a contestarme al correo que yo le había enviado.

Afronté la semana laboral lo mejor que pude, tras el desencanto con el pretendiente elegido, y los días lluviosos que trastornaban el funcionamiento normal de la ciudad en una primavera pasada por agua. El tiempo no ayudó a que mejorara mi ánimo, por lo que el viernes, al salir el sol y llegar el fin de semana, decidí coger el toro por los cuernos.

—Sigo sin saber nada de *Michelangelo* y el pobre Carlos debe de estar esperando a que le diga algo. ¿Me lanzo?

—Claro, boba —me dijo Patri mientras comíamos en la cocina. Yo ya había terminado mi jornada laboral y ella seguía en casa, cada vez más ocupada con sus trabajos *freelance*.

Yo prefería ir a la oficina, salir a comer por ahí, alternar con diferente gente y llegar a casa a media tarde con tiempo para hacer otras cosas entre semana si me apetecía: ir al gimnasio, al cine, de compras o simplemente tumbarme en el sofá a ver la tele. Mi compi se pasaba el día en pijama, sin salir de casa y conectada al ordenador. Había semanas completas que casi no pisaba la calle o veía a alguien diferente de mí; como mucho hablaba con Sonsoles si nuestra amiga nos visitaba algún día. No quería decirle nada a Patri, pero incluso salía menos durante los fines de semana, que antes eran sagrados para ella.

—Tienes razón, qué narices. Voy a quedar con Carlos, a ver si tiene un hueco hoy o mañana.

—¡Así me gusta, Lucía! Y dale alegría a tu cuerpo, Macarena...

—Y tú, ¿no tienes planes para este finde?

—Buff, no sé. Tengo que entregar un proyecto la semana que viene y voy muy retrasada. Y tampoco tengo nada interesante en perspectiva. Igual le doy otra oportunidad al Tinder, por lo menos por echarme unas risas con algún maromo. O maroma, según me dé el aire.

—Oye, si te apetece hacemos algo juntas. Ya quedaré con Carlos en otro momento, será por días libres.

—¡Ni se te ocurra! Sal y diviértete de una vez. Y enséñale a ese Carlos lo que vale un peine.

Hice caso a mi compañera de piso, pero me apunté mentalmente el hablar con ella sobre su actitud de las últimas semanas. Parecía más apática que de costumbre, no era la misma Patri de siempre, pero yo no quería preocuparme todavía. Tal vez tuviera algún problema y no quisiera

contármelo, tendría que averiguarlo por mi cuenta.

Decidí aparcar entonces esa conversación, por lo menos hasta haber hablado con Carlos. Si el idiota de *Michelangelo* no quería contestarme él se lo perdía, no iba a preocuparme más por alguien así. Cogí entonces el móvil y me dispuse a escribirle un mensaje al único pretendiente que quedaba en liza de la escasa terna del *Speed Dating*.

—*Hola, ¿qué tal? Soy Lucía, de las citas de 7 minutos. ¿Qué tal tienes este fin de semana de ocupado? Si te apetece podemos quedar a tomar algo.*

Le di a la tecla de enviar, con los nervios a flor de piel. Carlos no estaba en línea y llevaba horas sin conectarse al Whatsapp, por lo que casi se me cae el móvil de las manos cuando el aparato empezó a sonar a los pocos segundos. ¡Me estaba llamando!

¡Qué velocidad de respuesta! No sabía si eso era bueno o malo, pero pronto lo iba a averiguar. Realmente no estaba preparada para contestar de viva voz, pero ya no había vuelta atrás. Debía coger la llamada antes de que se cortara.

—¿Sí? —pregunté con un hilo de voz, sabiendo por el display que el número que me llamaba pertenecía a Carlos Serrano.

—¿Lucía? ¿Eres tú? Soy Carlos.

—Hola, Carlos, ¿qué tal?

—Bien, muy bien. Y ahora mucho mejor al tener noticias tuyas, me alegra que me hayas escrito.

Sonaba diferente la voz de Carlos por teléfono, incluso más grave y sexy que en directo. Las mariposas empezaron entonces a revolotear en mi estómago, como si fuera una quinceañera en su baile de instituto.

—Vaya, me alegra saberlo. Espero no haber interrumpido nada importante.

—No, tranquila. De hecho se presentaba un fin de semana muy aburrido, pero ahora quizás cambie la cosa. ¿Te apetece que nos veamos mañana?

—Sí, claro, por mi perfecto. ¿Tienes ya algo en mente? No sé si para comer, tomar un café u otro plan.

—Si no te parece mal me gustaría invitarte a cenar a un restaurante que conozco por el centro. ¿Quieres que te recoja en algún lado?

—No te preocupes, podemos quedar en el centro si te parece. Yo no tardo nada en metro para llegar allí.

—Muy bien, podemos quedar sobre las nueve de la noche si te viene bien. En la boca de metro de Antón Martín, salida calle del León.

—De acuerdo, allí nos vemos entonces. Hasta mañana, Carlos — contesté por inercia, sin ser muy consciente de lo que había sucedido.

—Hasta mañana, Lucía. Estoy deseando volver a verte.

Como comprenderéis me puse un poco nerviosa ante la perspectiva de una verdadera cita con alguien del género masculino. Ya no era una jovencita, Carlos era un hombre hecho y derecho y yo, aparte de con Andrés, mi ex marido, no había tenido trato con nadie más en los últimos veinte años. Iba a tener que espabilar o andaría muy perdida durante toda la noche. Me estaba entrando el pánico sólo de pensarlo.

Y claro, Patricia debió fijarse en mi cara de susto, porque enseguida se acercó a mí en cuanto vio que colgaba el teléfono. Yo todavía permanecía en un estado cercano al shock, imaginaba que más pálida que de costumbre, cuando escuché la voz de mi compañera y amiga desde un lugar que me parecía muy lejano.

—¿Te ocurre algo, Lucía? Parece que hayas visto a un fantasma —dijo Patri mientras yo comenzaba a reaccionar a los estímulos.

—Buff, no sé, igual me he precipitado. Carlos quiere invitarme mañana a cenar —reliqué algo más recuperada.

—Muy bien, eso es lo que tienes que hacer. Y después unas copichuelas, unos bailes verticales, si te apetece, y si no, pasáis directamente a los horizontales, je, je.

—No me metas más presión, por favor. No sé ni siquiera lo que voy a ponerme, como para pensar en bailes de ningún tipo. ¡Maldita sea! Me estoy agobiando, no tenía que haberle dicho que sí. Pero es que con esa voz tan sexy no hay quién se resista...

—¡No me seas idiota! ¿No te compraste unos conjuntitos muy monos cuando estuviste de rebajas con Carol? Creo que algunos están en tu armario, muertos de risa, y con la etiqueta de la tienda todavía sin quitar.

—Sí, es cierto —confirmé algo azorada—. Por lo menos tengo un par de vestidos y una falda sin estrenar y mañana podría ser un buen momento para ponerme un conjunto nuevo. Aunque no sé yo, Patri, soy lo peor. Con los nervios que tengo ya instalados en el estómago, me va a costar decidirme hasta en eso, en qué ropa ponerme. Y del resto mejor no hablamos.

—No te preocupes, eso tiene fácil solución; yo te ayudo, ya me conozco tu estilo y sé lo que te sienta bien. Pero habrá que darte un toque moderno. Te enseñaré también unos truquitos de maquillaje, ya lo verás.

—Me estoy estresando sólo de pensarlo, Patri. Tampoco quiero ponerme

como si fuera a ir de boda.

—No, pero sí guapa y rompedora. Que sepa ese hombretón lo que vales, se le va a caer la baba en cuanto te vea aparecer. Tú eres muy resultona, si te sacaras más partido tendrías que quitarte a los moscones de encima a manotazos.

—¡Ya será menos! Y tampoco me hace falta, la verdad. Sabes que no me gusta llamar demasiado la atención, luego lo paso fatal. No te tengo que recordar mis aventuras cuando sí he conseguido que se fijen en mí.

—Anda, olvídate de tonterías. Un día es un día, déjame a mí. Creo que tu hija también te ayudó a escoger prendas de lencería. Y hay que ir igual de guapa por dentro que por fuera. No querrás que Carlitos te vea luego con unas braguitas de abuela o el sujetador de estar por casa si llegáis a rematar la faena.

Creo que me puse más colorada que un tomate, pero tuve que disimular a la carrera y contestar como si no pasara nada.

—No sé si hacerte caso, yo no soy una Mata-Hari. Miedo me das...

—Nada, ya verás cómo no es para tanto. Un conjuntito mono, tampoco hace falta ponerse corsé, ligeros y medias de fantasía. O sí, depende de tus gustos.

—No, con un conjunto normalito de ropa interior, un vestido, bolso y tacones me doy por satisfecha. Y que sea lo que Dios quiera.

—¡Eso es! Ya verás como todo sale bien. Tú déjate llevar, bebe un poco de vino para desinhibirte pero sin pasarte de la raya. Y cuidado con las copas de después, no mezcles demasiado.

—Tienes razón, las últimas veces que hemos salido no nos ha sentado nada bien el alcohol, ¿recuerdas? No sé si sería el garrafón que te dan en los garitos u otra cosa, pero tendré que andarme con cuidado.

Esto se lo dije mientras le guiñaba el ojo a mi amiga, queriendo recordarle en tono de broma su problemilla intestinal en aquella terraza situada junto al viaducto. Yo también quise quitarle hierro al asunto, aunque la procesión iba por dentro.

Patricia ignoró mi comentario y siguió con su retahíla para infundirme valor. Desde luego era una amiga de verdad y yo le agradecía que me animara bajo unas circunstancias que a otro podían parecerle normales, pero que en mi caso se salían de lo común. Y es que la perspectiva de salir sola con un hombre me daba auténtico pavor en esos momentos: ésa era la cruda realidad y no había por qué enmascararla.

—Pues sí, tú permanece atenta, pero lo más importante de todo: compórtate de un modo natural, sé tú misma y nada más. Eres un bellezón, aparte de una mujer brillante, inteligente y simpática; seguro que le encandilas enseguida.

—Gracias por la confianza, pero me parece a mí que me sobrevaloras — contesté mientras el rubor se adueñaba otra vez de mis mejillas.

Patricia tenía preparado su discurso y le daba igual lo que yo le dijera. Se lo agradecía, claro está, pero en el fondo yo no me veía de ese modo.

—La confianza es la base de todo, Lucía. Ese tipo no te puede ver con miedo, eso es primordial; un poco nerviosilla sí, es natural, pero debes aparentar seguridad en ti misma. Eres una mujer adulta que quiere rehacer su vida y va a salir una noche con un hombre. Nada más y nada menos. Por cierto, ¿dónde te va a llevar a cenar?

—No le he preguntado, la verdad. En ese momento no he caído en mi maravilloso estómago y su úlcera tocapelotas. Hemos quedado muy cerca de Lavapiés y por allí hay mucho restaurante étnico. Espero que no me lleve a un hindú o a un mexicano, podría ser muy malo para mi salud.

—Bueno, da igual, tampoco es plan de que le afees la elección del sitio en vuestra primera cita. Llegado el caso te pides algo que no tenga salsas extrañas ni nada picante, picoteas un poco si lo ves chungo y a otra cosa. No vayas a comer cualquier plato que te siente mal por no hacerle el feo, que ya nos conocemos, y acabemos en urgencias.

—Joder, todo son problemas, vaya cuadro. Me tomaré el protector de estómago, por si acaso, aunque igual primero me tengo que enchufar un lexatin para los nervios.

—Nada de lexatin, que eso interactúa muy mal con el alcohol. Te lo digo por experiencia —me dijo en confianza.

—Bueno, ya veré. Y después, en el restaurante, intentaré pedirme algo suave de comer. Tampoco quiero que Carlos me tache de tiquismiquis nada más conocerme.

—Claro, por lo menos tiene que echarte un par de polvos antes de que le asustes del todo, ¿verdad?

—¡Mira que eres burra!

—Anda, boba, sí seguro que luego me lo agradeces.

De ese fin de semana me iba a acordar, para bien o para mal. Tenía que ser un punto de inflexión en mi nueva vida, y para eso tenía que cambiar de actitud y actuar de otra manera, con una mentalidad más abierta y optimista.

Capítulo 15

La hora de la verdad

El viernes dio paso al sábado mucho antes de lo que me imaginaba. Es curioso lo relativo que nos parece el tiempo en según qué circunstancias: lo larga que se hace la semana laboral, deseando que llegue el viernes, y lo rápido que se suele pasar el fin de semana de descanso antes de retomar las rutinas del fastidioso lunes por la mañana.

En mi caso aquel fin de semana se estaba pasando rápido por otros motivos. Me parecía que acababa de hablar con Carlos por teléfono la tarde anterior cuando ya se me había echado el tiempo encima y yo seguía como un flan. Eran las seis de la tarde del sábado e iba siendo hora de comenzar a arreglarme para salir, si no quería llegar tarde y comenzar de mala manera mi nueva faceta de chica con plan.

Al final hice caso a Patricia en algunas cosas, pero en otras no me dejé convencer y me salí con la mía. Tras una reconfortante ducha —que tuve que alargar para ver si el agua caliente conseguía atemperar los nervios y deshacer los nudos recién surgidos en la musculatura de la espalda, a modo de cariñoso saludo en forma de micro contracturas— fue el momento de dirigirme al armario.

Elegí un coqueto conjunto de lencería de Hunkemuller, de sujetador y braguitas con algo de encaje, no demasiado sofisticado pero sí muy sexy, en color berenjena. Después estuve probándome varios vestidos, entre ellos los que me compré con Carol y algún otro estilismo que ya tenía de antes.

—Ese no me termina de convencer, Lucía —me dijo Patricia al verme con una especie de pichi con cuello bebé que Carol me obligó a comprarme en un centro comercial. A mí tampoco me había convencido al principio, cuando lo vi en el escaparate de la tienda, pero al final lo compré y me lo había puesto alguna que otra vez para ir a la oficina. Por lo menos no era de los conjuntos que todavía estaban sin estrenar en mi armario—. Yo elegiría algo más atrevido, que Carlos sepa quién es la que manda, tú ya me entiendes.

Saqué un par más de vestidos del armario, pero antes quise probar otras

combinaciones: Pantalón vaquero pitillo con botas por encima y blusa escotada: descartado. Vestido camisero con botas mosqueteras por encima de la rodilla: descartado también. Pantalón ceñido con pata de gallo y camisa bordada: tampoco me convencía.

Ambas coincidimos en los dos últimos vestidos elegidos: uno de Desigual, en tonos verdes y azules, pero bastante discreto para lo que podían llegar a ser las prendas de esa firma, con un escote atrayente. Y otro de color gris acero, en un solo tono todo el vestido, muy ajustado y que marcaba mis curvas mucho más de lo que hubiera pretendido. Sencillo y discreto, pero atrevido a la vez por lo que sugería.

—¡Guau! Ése te sienta como un guante, Lucía. ¿Desde cuando tienes tú ese culazo? Joder, al final voy a ser yo la que te va a tirar los trastos.

Patricia llevaba razón en ese sentido. El vestido se me pegaba al cuerpo como una segunda piel, pero era muy agradable de llevar. Gracias al sujetador elegido y al tejido del vestido, la zona del pecho no se me marcaba de forma muy escandalosa, pero sí estilizaba la figura de todo el cuerpo y marcaba más la cadera y el culo.

—Deja de decir tonterías, anda —contesté mientras me seguía mirando en el espejo de cuerpo entero—. ¿Seguro que me queda bien?

—Fuera de coña, te queda genial. Hala, ahora a por los zapatos. Y el maquillaje, claro, eso es muy importante; déjame a mí, vas a flipar.

Preferí llevar unos zapatos cómodos, con un poco de tacón pero sin exagerar, y dejé las botas de todo tipo para mejor ocasión. En cuanto al maquillaje, sabía que Patricia se había vuelto toda una experta en el tema con los vídeos que veía en Youtube sobre cosméticos y perfumería. Pero no pensaba ser su conejillo de Indias.

—Venga, no me seas rancia. Con un ahumado en los ojos y un labial mate que te voy a prestar le vas a dejar embelesado.

—Quizás lo del ahumado para los ojos pueda pasar si es muy suave. Pero no sé yo si me atreveré con esos pintalabios modernos que lleváis las chicas de hoy en día.

A las ocho de la tarde, después de casi dos horas de ensayo, prueba y error frente al espejo, dimos por finalizada la sesión. Ambas quedamos satisfechas con el resultado; sólo quedaba el bolso y el abrigo, que aunque estábamos en mayo podía refrescar bastante por la noche. Me decidí por una cazadora de cuero cortita, a la moda, y un bolso no demasiado aparatoso. Estaba dispuesta para salir a comerme el mundo, aunque en ese momento

eran más bien los nervios los que me estaban devorando a mí las entrañas.

Me tomé el protector de estómago, por si las moscas, y guardé también una barra de labios y un paquete de pañuelos de papel en el bolso, aparte de mi cartera con la documentación y el dinero. Había llegado la hora de salir, todavía tenía que llegar al metro y bajar al centro en la dichosa línea 1 del suburbano, la más antigua de la red.

—No es por nada, chatina, pero estás espectacular. Para que luego digas de la *frikie* de Patri, creo que hemos hecho un gran trabajo.

—Sí, es cierto, muchas gracias. Y perdona de nuevo por ser tan pesada, sin ti no sé si me hubiera atrevido a dar este paso. Deséame suerte, anda, que ahora me tengo que ir yo solita y eso va a ser lo peor.

—Esto está chupado, ya lo verás. Sigue mis consejos y después, si lo crees conveniente, suéltate el pelo y déjate llevar. Un día es un día y estamos en este mundo para divertirnos, no para sufrir. *Capisci?*

—A sus órdenes, mi sargento. No me esperes levantada —quise bromear al despedirme. Aunque las palabras casi no salen de mi boca, con la garganta más seca de lo que hubiera imaginado.

—Eso espero, que llegues mañana por la mañana. O no, te puedes traer aquí al maromo a media noche y rematar la faena, *mi amol*.

—¡Ni loca! Bueno, no quiero pensar en eso. Primero a cenar y a charlar con un hombre interesante y después ya se verá.

—Yo soy más del “Lo hacemos y ya vemos”, una frase genial de una película que me encanta. Pero monina, ¿no se te olvida nada?

—Creo que no —dije asustada, mientras abría el bolso para comprobarlo todo de nuevo—. ¿A qué te refieres?

Patricia me dejó con la palabra en la boca, se dirigió a su habitación y regresó con algo en la mano que me ofreció con gesto pícaro.

—Lleva condones, por si acaso. No vaya a ser que el tal Carlitos esté menos acostumbrado que tú a follar y os toque ir a una farmacia en plena noche, con todo el calentón, con lo que jode eso y corta todo el rollo.

—Mira, paso de escucharte más —le dije mientras guardaba los preservativos en mi bolso, muerta de vergüenza—. Me voy, que no llego.

Me fui dando un paseo hasta Bravo Murillo y me adentré en la estación de metro de Tetuán. Tuve suerte para ser sábado por la tarde, donde la frecuencia de los trenes es menor, ya que enseguida pude montarme en el metro. Faltaban todavía veinte minutos para las nueve de la noche y ya estaba llegando a mi destino, por lo que preferí bajarme en la estación de Sol e ir

dando una vuelta hasta la esquina de Atocha con la calle del León.

El centro de Madrid estaba lleno, como es habitual en todas las épocas del año, repleto de turistas y vecinos de la ciudad que quedaban allí con amigos y familiares. Decidí subir por Carretas y pararme en algunos escaparates mientras hacía tiempo. Giré entonces a la izquierda y me dirigí hacia la conocida plaza de Santa Ana, antes de atravesar las callejuelas aledañas en dirección hacia la estación de metro de Antón Martín, en plena calle Atocha.

Llegué al lugar de la cita sobre las nueve menos cinco y me llevé una sorpresa al encontrar ya allí a Carlos esperándome. Me había ido mentalizando durante todo el camino pero los nervios no se habían disipado del todo. Lo sé, puede parecer una tontería, pero el nudo que tenía en el estómago me impedía disfrutar de mi primera cita con un chico en muchísimos años. Respiré un par de veces de forma profunda por la nariz, como nos enseñaban en yoga, alejé los malos espíritus y me dirigí hacia mi pareja de esa noche con una sonrisa en la boca.

—¡Hola, Lucía! —exclamó Carlos nada más llegar a su lado y plantarme dos sonoros besos en las mejillas—. Si me permites decírtelo, estás increíble.

Carlos me miraba embelesado, con una sonrisa boba en su rostro que no parecía querer ocultar. Yo me azoré un segundo pero me recompuse enseguida. Al final Patricia tenía razón y mi *look* había causado sensación en la parte contraria.

Él también se había vestido para la ocasión de un modo informal, pero no exento de elegancia: zapatos que parecían italianos, unos pantalones chinos bien planchados, una camisa estilosa y una chupa de cuero modernilla. Me gustó más su apariencia de esa noche que la del día del *Speed Dating*, la verdad es que también había acertado con su elección.

Se había cortado el pelo, o peinado de otra manera, no supe discernirlo entonces. Pero le hacía más interesante, con esas canas que no había querido disimular y que a mí no me disgustaban. Eso sí, se había afeitado con pulcritud y pude notar, al darle los besos, el aroma de su *aftershave* y el olor afrutado de una colonia cara.

—¡Muchas gracias, Carlos! Tú también estás estupendo. ¿Dónde me vas a llevar a cenar? —pregunté enseguida para cambiar el tema de conversación.

—A un restaurante venezolano que está muy cerca de aquí. Me han hablado muy bien de él y está super recomendado en Tripadvisor, donde se

ha situado entre los mejores locales de Madrid. Y con unos precios muy asequibles, espero que nos guste.

—Seguro que sí —dije más tranquila. No conocía la cocina venezolana, pero intuí que no tenía por qué sentarme mal al estómago—. ¿Vamos ya para el restaurante?

—Como prefieras, tengo mesa reservada para las 21:30. Podemos tomarnos algo si te apetece en otro lado antes de cenar. O allí mismo, al parecer tienen zona de bar antes de entrar a los salones. Y me han comentado que, si nos apetece después de la cena y nos animamos, sirven unos cócteles espectaculares.

—Me da igual, como tú veas. Quizás sea mejor acercarnos ya al restaurante; imagino que estará lleno si tiene tan buena fama y así podemos tomarnos algo mientras esperamos a que nos den mesa.

—Me parece perfecto, Lucía.

Mi cita de esa noche llevaba razón y llegamos enseguida al local en cuestión, situado a dos minutos escasos de la parada de metro de Antón Martín. No llamaba excesivamente la atención desde fuera, donde tenían colocadas un par de mesas con taburetes altos a modo de mini terraza o lugar donde los clientes pudieran seguir tomando sus consumiciones mientras fumaban. Un lugar situado estratégicamente, no en una calle que tuviera mucho ajetreo, pero muy cerca de todo el meollo del centro de Madrid.

El restaurante era pequeño, o eso quise entrever nada más entrar, pero muy coqueto. Decorado con exquisito gusto, me causó una buena sensación nada más entrar. Carlos habló con uno de los encargados, un chico moreno muy agradable, y le comentó que teníamos mesa reservada pero que preferíamos quedarnos primero en la barra para tomar algo mientras nos preparaban la mesa.

No nos había dado tiempo a conversar mucho desde la parada del metro hasta el local, dada la cercanía, por lo que proseguimos nuestra charla sentados en unos taburetes mientras tomábamos algo en la barra. Carlos se pidió una cerveza y yo un vino blanco, prefería no añadir más gases a mi tripa antes de cenar.

Hablamos de trivialidades durante unos minutos y enseguida se acercó el mismo chico de antes para decirnos que podíamos pasar a cenar cuando quisiéramos. Carlos me miró como pidiendo permiso y yo asentí levemente. Nos levantamos y acompañamos al encargado hacia el interior del local. Dejamos a un lado un pequeño saloncito, ocupado ya por algunos

comensales, y nos dirigimos al piso de abajo, donde se encontraba el salón más grande del restaurante.

Esa parte se hallaba situada en una especie de cueva excavada, al uso de asadores y otros locales típicos del centro de Madrid. Pero el color de las paredes, la iluminación y el entorno lo hacían totalmente diferente, muy acogedor. Las mesas y sillas eran sencillas, nada del otro mundo, pero ese detalle también me gustó. Un sitio muy agradable al que tuve que darle mi aprobación, por lo menos hasta que llegara la comida.

Nos dejamos aconsejar por uno de los camareros que acudió a atendernos, ya que ninguno de los dos habíamos probado nunca la comida venezolana. Nos pedimos una degustación de arepas y una ración de croquetas mixtas para compartir y después unos segundos: yo elegí un risotto de setas, —el arroz solía sentarme bien—, y Carlos un salmón marinado con verduras. Nos trajeron también agua mineral y una botella de vino, por lo que la cena ya estaba lista.

La comida resultó exquisita y ambos disfrutamos de las delicias venezolanas mientras tomábamos vino y charlábamos de nuestras cosas. Nada demasiado personal, pero la conversación transcurría en un tono distendido mientras los dos nos íbamos sintiendo cada vez más a gusto. O esa fue mi impresión, quizás el alcohol ayudara también y yo ni siquiera me había dado cuenta.

—¿Qué tal la comida? No conocía este sitio, pero la verdad es que me está gustando bastante. Tendré que volver para seguir probando más cosas de la carta.

—Muy bien, está todo muy rico —contesté con sinceridad. Y encima no me estaba sentando mal la comida, que ya era un logro por mi parte, por lo menos de momento. Tal vez me había relajado y no pensaba en mi estómago, algo de agradecer si quería tener una velada tranquila y sin sobresaltos. Aunque no podía lanzar las campanas al vuelo ya que siempre he sido de efectos retardados para la digestión de los alimentos—. Creo que has acertado plenamente con la elección.

—Vaya, gracias, me alegra saberlo. Es un sitio pequeño, pero me gusta el ambiente. Y el personal es muy amable y atiende bien, con eso ya han ganado puntos para mí.

Carlos me comentó con más calma a qué se dedicaba. Se recorría toda la Comunidad de Madrid, ya que trabajaba como comercial de una empresa de telefonía, e incluso viajaba de vez en cuando por otras provincias cercanas.

Le gustaba conducir y tratar con sus clientes, aunque pasaba muchas horas al volante y lejos de casa, con unos beneficios que luego no se correspondían con todas las horas que le dedicaba.

—No me voy a quejar, pero podría estar mejor. A mi edad, más cerca ya de los cincuenta que de los cuarenta, es casi un milagro haber encontrado un buen trabajo después de una temporada nefasta para todo el mundo.

—Que me vas a contar a mí. Yo también me quedé sin trabajo, por no hablar de otras desgracias ocurridas casi a la vez, y me he tenido que reciclar. Ya ves, asistí a un curso de marketing online en el INEM donde yo parecía la madre del resto de alumnos, y al final he conseguido trabajo relacionado con el sector en una empresa bastante buena. Soy asistente en el departamento, poco más que una becaria, pero tampoco me voy a quejar viendo el panorama en el que está inmerso el mercado laboral.

Intercambiamos algunas anécdotas de nuestra búsqueda de empleo, y nos tuvimos que reír aunque la situación no fuera divertida cuando te encuentras ante la tesitura de buscar trabajo para poder seguir viviendo. Y eso que no le conté todas mis andanzas en las entrevistas, obvié las más humillantes y surrealistas, pero aún y así nos echamos unas risas compartiendo confidencias.

—Igual cuando esté más achispada te cuento mi entrevista con un perro —le dije en tono de broma.

—¿Con un perro? —preguntó curioso—. No es que quiera que te achispes, o sí, pero eso del perro me lo tienes que contar. No me puedes dejar así...

—Luego, luego, de verdad —asentí—. ¿Quieres postre?

—Sí, podíamos pedir algo para compartir, si te parece bien.

Me parecía perfecto, la velada transcurría muy bien y los nervios casi se habían evaporado. Nos trajeron una exquisita tarta de mango por la que nos peleamos en plan broma por acabar con las últimas migas.

Ambos nos encontrábamos muy a gusto allí y el local no parecía haberse llenado del todo. Sin miedo a que viniera otro turno o tuviéramos que marcharnos a la carrera tras cenar, decidimos alargar la sobremesa mientras decidíamos qué tomar después. Y es que los cócteles de la carta tenían muy buena pinta, Carlos no se había equivocado.

Mi acompañante se pidió un margarita y yo un daikiri de fresa que estaba delicioso. La botella de vino había caído también y el calor que subía hasta mis mejillas me alertó de que yo ya había alcanzado el puntillo. Hasta

ahí no me importaba llegar, pero debía andarme con cuidado. En esa situación se me soltaba la lengua e incluso me volvía más divertida y alocada, algo que quizás me sirviera para vencer el miedo y disfrutar más de la noche.

Carlos me recordó que era divorciado, aunque sin hijos. La bruja de su ex mujer, según sus propias palabras, se las había agenciado para dejarle casi en la ruina. Y eso que en su caso no hubo cuernos, ni nada parecido, o eso pensaba él. Ella le pidió el divorcio por diferencias irreconciliables, aparte de que ya no estaba enamorada de él y prefería rehacer su vida antes de ser demasiado mayor.

—Ya ves, menuda situación. Y encima tengo que seguir pagando la hipoteca de nuestra casa, donde ella continúa viviendo, aparte de la pensión, porque mi ex no trabaja ni tiene intención de hacerlo. Si es que soy idiota, no sé para qué firmé ese acuerdo de separación.

Me sentí mal por Carlos, ya que yo también cobraba una buena pensión más la indemnización pactada con los Abengoa por silenciar el escándalo. No eran comparables las dos situaciones, pero entendía que él lo hubiera pasado mal para salir adelante si no contaba con un buen sueldo o un colchón económico en el que apoyarse.

—Por eso hago más horas que un reloj, e intento mejorar las comisiones recibidas, pero es muy complicado —dijo en tono agrio—. Perdona por desahogarme, soy un maleducado. Con la velada tan agradable que estábamos teniendo y voy yo a estropearlo hablando de mis penas.

—No te preocupes, a todos nos suceden este tipo de cosas; no eres el primero ni el último que se tiene que reinventar y rehacer su vida. Yo tampoco me imaginaba en esta situación, con mi hija ya en la universidad y a punto de cumplir los cuarenta, pero de todo se sale en la vida. De aquí en adelante sólo queda mejorar, tenemos que ser optimistas.

No sabía por qué le había confesado mi edad real, aunque tampoco me importaba. Ya sabía yo que él no cumplía los requisitos de aquella noche en el *Speed Dating*, donde supuestamente todos los participantes nos hallábamos entre los 35 y los 45 años de edad, pero no me importaba en absoluto. Sí, Carlos me sacaba casi diez años, pero en ese momento tampoco me preocupó demasiado.

—Es cierto, que tienes una hija ya mayor. Nadie lo diría, ni por supuesto la edad que dices que tienes, no lo aparentas ni de lejos. Yo a tu lado soy un viejo, y encima no me cuido nada por la falta de tiempo.

—Bueno, yo...

—Si es que estás estupenda, para que vamos a negarlo. Ya me gustaste nada más verte la noche de los siete minutos, pero hoy me has dejado sin palabras. No quisiera repetirme demasiado, pero ese vestido te sienta como un guante. Estás espectacular y creo que no soy el único hombre de la sala que lo piensa. No entiendo cómo el idiota de tu marido te dejó escapar, la verdad.

El rubor subió de nuevo a mis mejillas mientras veía el brillo en los ojos de Carlos. Parecía haber perdido parte de su timidez e incluso se atrevió a posar su mano sobre la mía mientras nos mirábamos. Su contacto me pareció cálido y no me aparté, aunque no sabía si estaba preparada para pasar al siguiente nivel todavía.

—Bueno, lo de Andrés fue un poco diferente. En mi caso sí hubo cuernos, por supuesto por su parte, pero algo diferente de lo habitual. Y encima le pillé con su amante en mi propia cama, eso fue el detonante para nuestra ruptura.

—¡Valiente cabrón! Lo que yo decía, menudo idiota por liarse con cualquier pelandusca teniéndote a ti en casa.

—No fue exactamente así, Carlos... Me da un poco de vergüenza contártelo, fue un shock para mí y no me gusta recordarlo.

—Claro, lo entiendo, no te preocupes. No tienes por qué contármelo si no quieres, pero que no te dé vergüenza ninguna, hay confianza. Aparte de que ahora me has dejado intrigado, no lo voy a negar.

—De acuerdo, allá voy.

No quería rememorar el momento, ni sabía por qué se lo estaba contando a Carlos. Al final el divorcio con Andrés no había sido tan traumático, aunque sí lo fue la situación que lo desencadenó todo. Pensé entonces que hasta ese momento sólo se lo había explicado a mujeres —doña Mercedes, Patricia, Carol y Sonsoles—, y estuve a punto de rajarme. Pero de perdidos al río, me dije. Total, yo no había hecho nada malo y me encontraba cómoda en presencia de Carlos. Podía ser una buena terapia soltarlo todo de una vez.

Cuando terminé mi explicación Carlos me miró muy serio sin decir nada. Se rascó la barbilla en un gesto reflexivo mientras no apartaba sus ojos de mí. Al final sonrió un poco y me dijo:

—¿Me estás vacilando, verdad?

—No, te lo juro. Ojalá no hubiera visto nunca aquella escena.

—Joder, perdón... Quería decir, ¡qué fuerte! ¿Va en serio?

—Totalmente en serio. Me quedé en shock, te puedes imaginar.

La sonrisa de Carlos comenzó a expandirse y de pronto comenzó a reírse a carcajadas. Al principio le miré extrañada y no supe reaccionar. Pero al final me relajé y le acompañé en su risa, descojonándonos a la vez de una situación tan surrealista con la que no podíamos parar de reír mientras el resto de comensales nos miraban con gesto hosco.

—Perdona, Lucía, no era mi intención. ¡Si hasta se me han saltado las lágrimas de la risa! Menudo papelón...

—Ya te digo. Anda, dejemos el tema, por favor.

—Claro, no te preocupes. Oye, ¿nos vamos de aquí?

Pedimos la cuenta y Carlos la abonó en metálico sin inmutarse. No fue demasiado cara, aunque me sentí un poco culpable al ver que la pagaba él después de contarme su situación económica. Así que decidí que la próxima ronda la pagaba yo.

—Podíamos buscar algún sitio tranquilo para tomar algo y seguir charlando, si te parece bien. Venga, te invito a una copa.

—Claro, yo encantado. Subamos por la calle Huertas, seguro que encontramos algún lugar decente para seguir disfrutando de la noche.

Continuamos bromeando como dos adolescentes calle arriba, mientras decidíamos dónde entrar a continuación. Al final escogimos un local situado en un esquinazo, al parecer recién inaugurado, donde tocaban jazz en una atmósfera cálida que nos cautivó nada más llegar.

Nos sentamos en un cómodo sofá y pedimos unas copas justo cuando un cuarteto comenzaba a tocar música en directo. El pub era amplio y tranquilo, y al acomodarnos en una esquina alejada del improvisado escenario, pudimos seguir conversando sin alzar demasiado la voz. Aunque en el fondo no me disgustaba cuando Carlos se acercaba a mí y me susurraba al oído para que le escuchara mejor. Su cercanía me puso la piel de gallina y una agradable sensación me recorrió entonces la espina dorsal.

Entre risas y confidencias, con una música de fondo que propiciaba el acercamiento, acabamos sentados uno al lado del otro en el mismo sofá. Cuando me quise dar cuenta, noté que las pupilas de Carlos se agrandaban y brillaban de una manera especial. ¿Estaba preparada para el siguiente paso? Tampoco podía levantarme y huir ante el panorama que se avecinaba; no era una chiquilla para asustarme tan pronto, pero mis piernas temblaban sin que yo pudiera impedirlo.

Le miré de frente y me perdí en sus ojos. Me gustó su mirada cálida,

penetrante, y pestañeé con coquetería esperando el momento. Carlos se dio por aludido en cuanto mi mirada pasó de sus ojos a su boca, e instantes después noté como sus labios se posaban en los míos.

Al principio fue un beso suave, casi casto, y he de decir que me supo a gloria. Ambos nos animamos y la fogosidad se adueñó de la situación, besándonos con mayor pasión. La postura en el sofá no era la más propicia, pero nos apañamos para acomodarnos y Carlos me estrechó entre sus brazos.

La excitación se adueñó de mí ante algo tan maravilloso y natural como un beso. Él parecía no querer pasar a mayores, por lo menos de momento, y me acariciaba la espalda por encima del vestido. Continuó explorando mi boca y dándome pequeños mordiscos en los labios que me pusieron a mil. Aunque entonces empezó a hacer una cosa extraña con la lengua, una especie de molinete acelerado, que no terminó de convencerme. Pero bueno, había tiempo para mejorarlo, se trataba sólo de nuestro primer beso.

Tampoco era plan de montar un espectáculo en público, pero yo quería más, mucho más. No me da vergüenza admitirlo: se había despertado la fiera oculta en mis entrañas. Y creí entender que él era de la misma opinión al instante siguiente, cuando me miró directamente a los ojos, me cogió de la mano y me soltó:

—¿Te apetece venir a mi casa?

Ni me lo pensé, eso es rigurosamente cierto. Asentí con la cabeza y acompañé a Carlos hasta la salida. Me dijo que no vivía demasiado lejos, pero prefería que nos acercáramos en taxi antes que ir andando hasta su casa. Estuve de acuerdo, ya que una caminata al relente de la noche podía apaciguar nuestros ánimos, y yo no quería dudar de la decisión que ya había tomado en mi cabeza. Sí, quería acostarme con Carlos y no quería darle más vueltas. Se acabó la mojigatería y el preocuparse por el qué dirán.

Bajamos la calle Huertas y Carlos paró un taxi en la esquina con el Paseo del Prado. No tardamos demasiado, ya que su casa se encontraba en la calle Cáceres, cerca ya de Santa María de la Cabeza. En el taxi nos mirábamos como dos chiquillos, sin soltarnos la mano; de todos modos nos cortó un poco la presencia del conductor y no quisimos seguir dando rienda suelta a nuestra pasión recién descubierta. Así que ambos respiramos aliviados en cuanto pudimos bajarnos del coche.

Me estrechó entre sus brazos y me besó de nuevo con pasión, justo antes de entrar al portal. Se trataba de un edificio antiguo, pero bien restaurado, de los que tienen portero físico durante el día. Subimos en el ascensor y pude ver

el rubor en mis mejillas al contemplarme en el espejo del habitáculo. Afortunadamente el viaje duró muy poco y no tuve tiempo de arrepentirme antes de que Carlos me acompañara hasta su puerta, que abrió a una velocidad increíble según mi parecer.

Atravesamos un pequeño pasillo sin soltarnos, mis labios y mi lengua atrapados en una boca ávida que me transportó a lugares largamente olvidados. Dejamos atrás lo que me pareció que era el salón, algo anticuado según quise entrever en tinieblas, y me llevó directamente a su habitación.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté algo alterada al escuchar un ruido proveniente de la cocina.

—Nada, tranquila, será el gato —contestó sin inmutarse.

No le di mayor importancia y acompañé a Carlos hasta su habitación. Encendió una pequeña lamparita en la mesilla y ambos nos echamos sobre la cama, todavía vestidos. Y digo todavía porque él tardó escasos segundos en quedarse en paños menores, mientras me ayudaba a quitarme el vestido.

Cuando me quedé en ropa interior distinguí un brillo diferente en sus ojos. Había pasión, lujuria, deleite y algo más: se había quedado realmente alucinado al contemplarme con mi conjuntito de Hunkemuller. Carol tenía muy buen gusto y mis curvas lucían de maravilla con el sujetador de encaje y las braguitas a juego, por lo que lancé una sonrisa triunfal al descubrir el efecto causado en mi acompañante.

Mi visión periférica quiso mandarme señales, pero yo estaba muy ocupada con otros asuntos. En el fragor de la batalla creí distinguir unas estanterías repletas de libros y trofeos, y algunos pósters antiguos colgados de las paredes. La colcha sobre la que nos habíamos tumbado tampoco parecía muy moderna, por no hablar del armario y la alfombra a juego. ¡Céntrate, Lucía!, me dije a mí misma ante la mirada lobuna de Carlos.

Me olvidé de tonterías, dispuesta a disfrutar de un poco de sexo. No quería plantearme ni por un momento que aquello estaba mal: acostarme con un hombre recién conocido, en mi primera cita, y por supuesto, fuera del matrimonio. Algo que mi familia católica, allá en Navarra, no hubiera aprobado de ninguna manera aunque ya tuviera casi cuarenta añazos. Por no hablar de doña Mercedes, aquella bruja que tuve como suegra durante dos largas décadas.

Tuve que apartar esos pensamientos de mi cabeza para no perder la libido, mientras Carlos se pegaba con los corchetes que cerraban mi sujetador por la espalda. Sonreí y le ayudé mientras me desnudaba con una naturalidad

que me sorprendió a mí misma. El alcohol funciona muy bien para perder las inhibiciones, y yo pensaba aprovecharlo.

Carlos me tumbó sobre la cama y se echó encima de mí. Él llevaba todavía el bóxer puesto, y yo las braguitas que empezaban a humedecerse a gran velocidad. Noté su erección al frotarse contra mí mientras me besaba el cuello, los pechos y subía de nuevo a la boca. Mi pareja estaba desatada y yo no iba a ser menos. Me olvidé de prejuicios y me dispuse a disfrutar de algo que el ser humano lleva haciendo desde el principio de los tiempos.

Cuando me quise dar cuenta Carlos se había quitado la ropa interior y cogió del cajón de su mesilla de noche un preservativo. Se puso de lado, quizás cohibido ante su desnudez, y se lo colocó ante una erección que no tuve tiempo de contemplar en todo su esplendor. Me pareció que no estaba muy dotado, pero en esos momentos me daba igual.

Me quitó las bragas en un santiamén y se tumbó de nuevo sobre mí. Fue cuidadoso al entrar en mi interior, con algo de miedo al principio, pero enseguida encontró su camino. Yo solté un pequeño gritito al notarle dentro, una sensación largamente olvidada pero muy placentera. Carlos comenzó entonces a moverse a más velocidad mientras farfullaba entre dientes, y noté que mi excitación también aumentaba.

Pero el disfrute no duró demasiado. Carlos bombeó con todas sus fuerzas, con el rostro cada vez más sudoroso, y en menos de medio minuto soltó un gruñido y se desplomó sobre mí. Me quedé un poco estupefacta ante la situación, aplastada además por su peso. ¿Qué había sucedido?

Segundos después Carlos salió de mi interior, se metió entre las sábanas y se puso de costado dándome la espalda. ¡No se atrevería!, pensé en ese momento totalmente alucinada. Pues sí, se había atrevido: mi príncipe azul se convirtió en rana y se durmió en mi propia jeta casi al instante.

Mi cabeza carburaba a toda velocidad, mientras mi excitación se reducía en la misma proporción. No me había dado tiempo material de llegar al orgasmo, algo que también era poco habitual durante mis esporádicos encuentros con Andrés cuando estábamos casados, pero eso no fue lo peor. Su reacción posterior me había desarmado por completo. Y más al escuchar instantes después unos sonoros ronquidos que no dejaban lugar a la duda.

Tampoco pretendía haber conocido a un atleta del fornicio que me tuviera toda la noche dale que te pego, pero aquello se pasaba de castaño oscuro. Y eso que mi experiencia sexual se limitaba a un marido que había resultado gay, por lo que esperaba que cualquiera pudiera superarle en ese

sentido. Pero mis expectativas no se vieron correspondidas en esa noche que ya no recordaría con tanto cariño. Y eso que aún me quedaba alguna que otra sorpresa por descubrir.

Vale, lo admito, mis orgasmos habían sido bastante escasos a lo largo de dos décadas de matrimonio. Para mí no eran tan importantes, —recordad mi educación cristiana a la antigua usanza y el tipo de familias con las que había convivido casi toda mi existencia—, aunque Patricia y Sonsoles me habían abierto un mundo de posibilidades cuando hablaban sin tapujos del sexo en mi presencia.

Yo me avergonzaba al principio, y los colores se me subían al rostro a la menor oportunidad, y más cuando mis amigas contaban sus andanzas y me preguntaban por las mías. Me obligaron a ver alguna película porno y me pasaron unas novelas eróticas donde los protagonistas vivían situaciones poco convencionales. Y claro, ese lavado de cerebro me hizo plantearme una verdad incontestable: mi vida sexual, hasta ese mismo instante, había sido una mierda.

Al sentir que Carlos había eyaculado en menos de un minuto fui capaz incluso de apiadarme de él. Tal vez llevara tanto tiempo como yo sin mojar, así que no tenía por qué ser un eyaculador precoz. Sus ganas de mí, y el poderoso influjo de mis curvas, pensé como una idiota, habían hecho que terminara más rápido de lo habitual. Y sólo estaba descansando, enseguida se repondría y me atacaría para un segundo round que se presumía mucho más largo y apasionado.

Pero no, yo era una pánfila y la sesión amatoria ya había terminado. El tipo no había dicho ni mu y se había quedado frito sin inmutarse. Ya me imaginaba a Patri soltándome la charla en cuanto se lo contara:

—¿Y ha pasado de ti sin más? Vale que él ya haya terminado, pero no te puede dejar a medias. Tiene dedos, lengua y otras cosas para satisfacerte si su pajarito ya no le responde como es debido.

No quise hacerme mala sangre, pero desde luego no era el mejor prólogo para una relación placentera en el terreno sexual. Y eso que mi listón no estaba muy alto, que seguro que mis amigas le hubieran echado de la cama a patadas.

Me quedé unos minutos tumbada, en silencio, rumiando el fracaso de lo que acababa de suceder. Seguía escuchando ruidos en la lejanía y sólo esperaba no cruzarme con el gato cuando me fuera. Porque ya lo había decidido: me largaría de allí enseguida y me despediría a la francesa, viendo

el caballeroso comportamiento de mi *partenaire*. Sin darme cuenta eran cerca de las tres de la madrugada, por esa noche había tenido bastante.

¿Qué había hecho? No es que mi honra hubiera sido mancillada ni nada por el estilo, ya no era una chica virgen sin experiencia en la vida. Carlos había resultado un egoísta y seguro que incluso pensaba que yo había disfrutado en la cama con él. Leer el *Cosmopolitan* y otras revistas de mujeres no me ayudaban precisamente a formarme una buena opinión de mi acompañante en esos precisos momentos.

Pero lo mejor de la noche estaba todavía por llegar. Harta de darle vueltas a la cabeza, tumbada encima de esa horrenda colcha, decidí marcharme. Pasaría primero por el baño — antes de entrar en la habitación me había fijado que se encontraba en ese mismo pasillo, un poco más allá— para hacer pis, lavarme un poco y adecentarme antes de vestirme. Me levanté sigilosa de la cama, aunque creo que ni una bomba hubiera despertado a semejante cenutrio, y salí al pasillo, desnuda como mi madre me trajo al mundo.

Encendí la luz del pasillo al salir, no quería romperme la crisma en una casa tan poco acogedora, y me dirigí al baño. Seguía escuchando unos ruidos extraños, pero no quise pensar más en el dichoso gato. Sólo quería terminar cuanto antes, largarme a mi casa y meterme en la cama para no salir hasta el día del juicio final.

Fui a encender la luz del baño y abrir la puerta, pero alguien se me adelantó. En ese preciso momento solté un grito que tuvo que escucharse en toda la escalera ante el susto que me llevé:

—¡Argggghh! —grité al encontrarme con esa aparición—. Pero, ¿qué demonios...?

—Ay, hija, perdona... —dijo una señora mayor con la que tendría pesadillas durante el resto de mi vida—. No quería molestaros, ya me entiendes, pero soy una pobre vieja y necesito ir al baño por las noches. ¿Me harías el favor de acompañarme hasta mi habitación? O mejor, avisa a Carlos y...

Salí de allí a la carrera dejándola con la palabra en la boca, sin apenas reparar en que la anciana me había visto en toda mi espléndida desnudez y yo ni siquiera había hecho amago de taparme con las manos. Total, me daba igual. Y más después de haberme topado con aquel espectro que me atormentaría para siempre. Una anciana semidesnuda, creo que vestida con un camisón transparente, que me hablaba con su boca desdentada y una

sonrisa de otro mundo. Por no hablar de los horrendos rulos que llevaba en la cabeza, detalle que me retrotrajo a otras épocas de mi vida.

Entré de nuevo en la habitación atropelladamente y me vestí a toda prisa. La señora seguía desvariando mientras refunfuñaba desde el pasillo, pero yo la ignoré. Sólo quería olvidarme de esa pesadilla y largarme cuanto antes a mi casa.

Noté entonces que Carlos se daba la vuelta en la cama hasta quedar boca arriba, abría los ojos y me miraba somnoliento sin comprender bien lo que ocurría.

—¿Ya te marchas? —me preguntó con voz pastosa—. No hace falta que te vayas, te puedes quedar a pasar la noche aquí conmigo.

—No, gracias; ni loca me quedó yo aquí. Ah, por cierto, imagino que es tu madre la que pega voces desde el pasillo.

Carlos no pareció sorprenderse demasiado con lo que le dije, algo que terminó por descolocarme del todo. Me parecía estupendo que viviera con su anciana madre, ya fuera porque él había vuelto a su hogar materno para cuidarla o por su maltrecha situación económica, pero debería haberme avisado. Menudo susto me llevé, y eso que yo pensaba que sólo podría cruzarme con un gato aunque en realidad me había encontrado con algo muy diferente.

Me pareció escuchar a Carlos llamándome también desde la habitación cuando yo enfilaba la salida, pero yo me largué sin más. Cerré la puerta exterior de un portazo y bajé desbocada las escaleras hasta el portal, sin molestarme en llamar al ascensor. Llegué al exterior y me acerqué hasta el paseo principal, justo cuando pasaba un taxi al que pude parar.

Me derrumbé en el asiento del vehículo público, le di al conductor mi dirección y pude por fin calmarme un poco. Tendría que analizar con calma lo que había sucedido en ese piso de la calle Cáceres, pero no creía que apareciera por allí nunca más. Con lo bien que había comenzado la velada...

Minutos después llegaba a Tetuán, cuyas calles solitarias a esas horas de la madrugada me recibieron en silencio. Cuando por fin pude meterme en mi cama, mi cabeza seguía dando vueltas, fruto del alcohol ingerido y las contradictorias emociones vividas durante la noche. Me costó conciliar el sueño, pero por fin me quedé dormida esperando que al despertar todo resultara ser un mal sueño.

Capítulo 16

La tecnología tiene sus peros

De poco me sirvió dormir hasta tarde y levantarme casi al mediodía, la pesadilla instalada en mi mente había sido real y no una invención de mi subconsciente. Enseguida recordé lo sucedido con todo detalle, como si fuera una recreación de alta definición que no podía alejar de mi cabeza. Y, por supuesto, ni la falta de sueño ni la resaca instalada en mi cuerpo conseguirían hacerme olvidar mi maravilloso regreso al mundo de las citas.

No quería enfrentarme a Patricia todavía, ni aguantar sus bromas y chascarrillos cuando le contara lo sucedido. Tampoco podía inventarme una velada magnífica, —aunque hasta que me llevaron a la cueva de los horrores no había ido tan mal—, ni hacerme la interesante. La cara de mustia y el cabreo que llevaba encima hablarían más por mí que mis propias palabras, por lo que supe que no tendría escapatoria llegado el momento.

Así que preferí seguir rezongando en la cama en esa mañana soleada. La potencia de la luz que se colaba a través de las rendijas de la persiana me hizo daño en los ojos; no estaba acostumbrada a trasnochar tanto y menos con alcohol, baile y sexo de por medio, una combinación que ya había desterrado de mi agenda particular de los fines de semana. De hecho, casi desde mis tiempos universitarios. Y ya había llovido desde entonces.

¿De verdad había sido tan malo? En mi fuero interno no podía criminalizar a Carlos por lo sucedido, todo había sido un cúmulo de despropósitos y casualidades. Ambos nos pusimos cariñosos, llegamos a su piso y el chico se olvidó de comentarme un pequeño detalle. Quizás esperaba rematar la faena y que yo no me enterara esa noche, tiempo tendría de contarme la verdad si nuestra relación llegaba a cuajar.

Pero no, no podía escudarme en una excusa tan peregrina. De hecho, recordé entonces, me mintió a la cara cuando tuvo la oportunidad de contármelo. Yo había escuchado un ruido que provenía de la cocina y él me aseguró que el causante fue el gato. Seguro que no tenía ni gato, pero Carlitos no quiso desaprovechar la oportunidad de echarme un polvo.

Ésa era otra, el horrendo episodio sexual. Las parejas tardan a veces en

acoplarse porque primero tienen que conocer sus cuerpos, sus gustos, sus ritmos y muchas cosas más. La primera vez que un hombre y una mujer se acuestan juntos, aunque ambos tengan experiencia en el tema, no tiene por qué ser satisfactoria. Y a las pruebas me remito, el episodio había sido un completo desastre.

¿Quería yo a alguien así en mi vida? Me vino entonces a la memoria la imagen de la anciana, una pobre mujer que no tenía la culpa de nada y a la que yo había catalogado casi como la madrastra de Blancanieves. Y no, no podía ser tan injusta con ella; la señora vivía allí y yo fui la intrusa que interrumpió sus quehaceres en el baño. Menos mal que no me la encontré sentada en la taza del váter, con las bragas por los tobillos y la dentadura postiza encima del lavabo. Una visión inenarrable de la que me libré por pocos segundos.

Mi mente seguía carburando, aunque a menor velocidad debido a la resaca y a la falta de cafeína; necesitaba un expreso para comenzar el día con algo de energía extra en el cuerpo. Tal vez, en mi fuero interno, pensara que el suceso no había sido tan malo y que Carlos se merecía otra oportunidad. Claro que sí, me dije entonces, en el fondo era un buen chico y me había tratado genial. Hasta el momento en que entramos en su casa. Y entonces se me llevaban los demonios al recordarlo y apartaba esos pensamientos de mi cabeza.

Su comportamiento en la cama había sido tremendamente egoísta, y el bochorno que me hizo pasar al toparme de bruces con su madre cuando iba al baño, encima con mis vergüenzas al aire, no le otorgaban muchos puntos en mi anotación particular. Parecía más sorprendido de mi actitud al encontrarme con la anciana que preocupado por lo que había sucedido, como si aquella situación fuera lo más normal del mundo.

En esos momentos ignoraba si mi pareja casual de la noche anterior se había disculpado más tarde. Podía haberme mandado un *whatsapp* o dejado un mensaje en el contestador, y yo no podía saberlo entonces ya que tenía el móvil apagado. La verdad era que ni siquiera me apetecía saberlo y no iba a averiguarlo de momento.

De acuerdo, mi situación no era la ideal, pero no podía rebajarme más. No tenía mucho dónde elegir, eso era cierto, aunque jamás vendería mi alma al diablo por alguien que se había comportado de esa manera. Mejor sola que mal acompañada, reza el dicho, y que razón tiene en más de una ocasión.

Un rato después me fui a la ducha para despejarme un poco, mientras

oía a Patricia rezongar en su habitación. Recordé que tenía que entregar alguno de sus encargos, por lo que intuí que ya andaba sentada delante de su ordenador. Últimamente trabajaba demasiado, o por lo menos con unos horarios algo diferentes a los biorritmos normales de la gente. Tan pronto se quedaba currando hasta la madrugada, como otro día se levantaba muy temprano y se ponía a despotricar delante de su monitor de última generación desde primera hora.

Mi compañera de piso parecía estar muy enfrascada en su trabajo, ni se dio cuenta de que yo trasteaba por la casa desde hacía un rato hasta que me oyó ponerme un café en la cocina. Segundos después dejó lo que estuviera haciendo y se acercó hasta mí, con los ojos cansados por las horas muertas pasadas delante de una pantalla, pero con una sonrisilla irónica que se le borró nada más verme allí plantada, desayunando con un gesto no demasiado alegre.

—Buenos días, bella durmiente. Menudo careto llevamos, y eso que ya te has duchado por lo que parece. ¿Mucha juerga anoche?

—Bueno, lo justito. Cena, unas copas y poco más. Ya estoy mayor para estos trotes, menuda resaca llevo encima. ¿Tienes algún analgésico por ahí?

Desvié la atención como pude, sin que Patricia pareciera caer en la cuenta de que yo no solía tomar ese tipo de medicinas, si no era estrictamente necesario, ya que me solían hacer daño al estómago. No sé si mi estratagema había dado resultado, porque mi amiga soslayó mi petición y volvió a atacar.

—Sí, creo que tenemos por ahí algún paracetamol. Pero no te escaquees, monina, y cuéntame con pelos y señales lo de anoche.

—Si no hay nada que contar, te lo juro.

Intenté esquivar el interrogatorio de Patri, pero me fue imposible escapar. Sólo me permitió una pequeña tregua hasta que terminé de tomarme el café, pero enseguida me hizo acompañarla al sofá del salón. Quería detalles y yo no sabía qué decirle.

—Venga, no te hagas la diva conmigo, que hay confianza. ¿Te desfloró por fin el muchacho? Lo digo porque después de tanto tiempo eres casi virgen de nuevo.

—Anda, deja de decir chorradas. Mira que eres pesada, Patri, ya te lo contaré más tarde. Estoy todavía recién levantada y las neuronas no me responden.

—Menos excusas, no cuela. Suelta de una vez por esa boquita.

No me quedó más remedio que claudicar. Comencé contándole la

sorpresa de Carlos al verme aparecer de esa guisa, el restaurante al que me llevó y la excelente cena de la que disfrutamos mientras charlábamos de nuestras cosas.

—Bueno, no empieza mal la cosa. Aunque por tu actitud me da en la nariz que no terminó bien la noche. ¿No me digas que el tipo se hizo el estrecho?

—Ya llegaremos, tranquila. El caso es que me lo pasé bien, charlamos y nos reímos mientras nos tomábamos la botella de vino y unos cócteles que nos animaron bastante.

—Habrá que visitar ese sitio alguna vez si dices que está tan bien.

Sería ella la que apareciera por ese local si le apetecía ir algún día, porque lo que es por mi parte no tenía intención alguna. Y no por la falta de calidad de sus platos o la profesionalidad de sus trabajadores, eso estaba claro. Pero siempre asociaría ese restaurante venezolano a lo sucedido más tarde y eso sería una losa demasiado grande para olvidarme de ello.

Le conté nuestro posterior acercamiento tras romper el hielo de toda primera cita y como nos dirigimos al garito aquél donde tocaban jazz. La noche se acercaba a su punto culminante y Patricia me miraba con expectación.

—¿Y qué pasó entonces? —me preguntó curiosa.

—Carlos me invitó a su casa y yo acepté sin pensármelo un segundo. Tal vez debería haberme parado un momento a reflexionar, nunca imaginé que...

—¡Joder, Lucía, me tienes en ascuas! ¿Tan mal os fue?

—Peor que eso. Me volvió a suceder, parece que este tipo de situaciones me persiguen y yo no puedo hacer nada para remediarlo.

—No pudo ser tan horrible, ¿verdad? Venga, termina la historia. Aunque conociendo tus antecedentes, me puedo esperar cualquier cosa.

—Te aseguro que no lo adivinarías ni en un millón de años.

Patricia me miraba de lado, con una media sonrisa en el rostro. Yo sabía que lo hacía sin mala intención, pero yo no me sentía cómoda relatándole mis penurias. Y menos si nos metíamos en terrenos escabrosos, por mucha confianza que tuviera con ella después de varios meses de convivencia.

Me cogió la mano para insuflarme ánimos y movió la cabeza en un gesto con el que quería indicar que no pasaba nada, que continuara con mi historia. Yo no había hecho nada malo ni tenía nada que ocultar, pero no quería que se riera de mí. Bastante vergüenza había pasado yo ya, y recordararlo allí con

ella, a escasas horas de haberlo sufrido en vivo y en directo, no me pareció la mejor forma de comenzar el día.

—Tranquila, de verdad, no te agobies. Si quieres soltarlo y quedarte a gusto, aquí estoy para apoyarte en lo que necesites. Y si prefieres callarte de momento, respetaré tu decisión. Pero creo que no hay que guardarse las cosas —aseguró mi amiga.

Patri me guiñó un ojo y me animó a continuar, por mucho que sus palabras dijeran lo contrario. Yo no tenía demasiado que perder, así que me olvidé de mis inseguridades y tiré por la calle del medio. Además, tampoco había demasiado que explicar, por lo que intenté no irme por las ramas.

Le conté por encima el escarceo sexual, sin entrar en muchos detalles, y ella se indignó como yo había supuesto:

—¡Será capullo el tío! ¿Y paso de ti después de terminar con lo suyo? Podía haberte hecho un trabajito para aliviarte un poco, en el sexo hay dos personas que quieren disfrutar.

—Sí, lo mismo pensé yo al recordar vuestras enseñanzas. La verdad es que eso no es lo que más me cabreó de su comportamiento, pero tampoco ayudó a que no le catalogara como un capullo. Y eso que, durante toda la velada, me había parecido todo un caballero.

—No entiendo... ¿Hubo segundo asalto o no?

—No como yo hubiera querido. Carlos se quedó dormido allí mismo, no veas los ronquidos que soltaba el amigo.

—¡No me lo puedo creer!

Mi amiga entendió que yo quisiera marcharme de allí después de lo sucedido, pero no se esperaba el último acto de la función. Le conté el extraño encuentro que tuve en el pasillo y la consiguiente reacción de todos los protagonistas de la trama.

—¿Estás de coña? Chica, lo que no te pase a ti...

A mi amiga se le escapaba la sonrisilla y yo no pude echárselo en cara. Al final terminé por hacer el payaso, exagerando lo ocurrido mientras le daba detalles de la mujer con la que me topé sin querer. Creí que era mejor esa actitud, banalizarlo para no echarme la culpa de todo y poder salir casi indemne de la situación.

—Vamos, que por poco te la encuentras en la ducha en plan Psicosis.

—No me lo recuerdes, por fa...

Terminamos riéndonos a carcajadas y diciendo tonterías a cuál más estrambótica. Me hizo bien soltar lastre y desdramatizar lo sucedido, aunque

jamás podría olvidarme de una velada que se quedaría para siempre en el Top 3 de las situaciones surrealistas que nunca querría volver a vivir.

—Tendrías que escribir un libro con las cosas que te pasan, como dijo Sonso una vez. ¡Es alucinante lo tuyo! Si no te conociera lo suficiente pensaría que te lo has inventado todo.

—Ojalá, pero te aseguro que yo estaba allí. Y en todas las demás situaciones también, yo no lo voy buscando adrede. Si lo contara en un libro no me creería nadie.

—Lo siento, amiga, pero eres un poco *loser*.

—Sí, lo tenía asumido. Pero bueno, da igual. Paso de hombres, no necesito a ningún maromo para ser feliz y vivir la vida como yo quiera.

—En eso te doy la razón, tú vales mucho. Pero no te des por vencida, hay muchos peces en el mar.

—¡Buff! Quitaa, quita, ya he tenido bastante por una temporada. Y cambiando de tema, ¿tú sigues en barbecho? Mira que me extraña conociendo tus habilidades, ahora la mojigata pareces tú.

—Más quisieras, guapita de cara. Igual te enseño luego el Tinder, para que nos echemos unas risas. Y si veo algo potable puede que me anime a quedar con alguien y fundirle los plomos. Tengo mucha energía acumulada.

—Ya me parecía extraño tu enclaustramiento antinatural, que ésa no es mi Patri.

—Sí, bueno, ya veremos. Pero antes de nada, habrá que comprobar si el impresentable ése te ha dejado algún mensaje o algo, ¿no?

—¿Ahora? No me apetece nada, la verdad.

Mi amiga insistió y terminé por rendirme. Encendí el móvil, tal vez esperando varias llamadas perdidas y multitud de mensajes, escritos o de voz, en los que Carlos se disculpaba por su comportamiento de la noche anterior. Idiota de mí, eso no iba a suceder, por lo menos de momento.

—¿En serio? —preguntó Patricia cuando le aseguré que no tenía nada en el móvil. El muy idiota seguro que seguía durmiendo, en su estado de Whatsapp afirmaba que no se conectaba desde la noche anterior. Me llevé una pequeña desilusión, una más, como si en el fondo creyera que todavía se podía arreglar aquello. Y si él había sido patético, yo no le andaba a la zaga con ese tipo de pensamientos—. Ese tío es idiota, te lo digo yo.

—No, es más simple que todo eso. No cree que haya hecho nada malo, y la rara soy yo por marcharme así de su casa. Seguro que luego me llama tan normal, pero lo lleva claro conmigo.

—¡Así se habla!

Entonces mi móvil sonó y pensé que era algún mensaje perdido que había tardado en entrar tras encender el teléfono. Pura ilusión de nuevo, una más; todavía había una parte de mí que esperaba la disculpa de Carlos, tal vez para perdonarle si me convencía con sus razones. Pero no, se trataba de un aviso de entrada de un correo electrónico.

—¿Te manda un mail para disculparse? —inquirió mi compañera de piso cuando se lo conté—. Ese tipo es un psicópata, pasa de él.

—Calla, que no es él. ¡No me lo puedo creer! —exclamé al ver el remitente del correo electrónico.

La organización del *Speed Dating* se disculpaba por haberme enviado mal la dirección electrónica de uno de los participantes que yo había elegido, mi añorado *Michelangelo*. Se habían equivocado en una letra al darme su email y por eso yo no había podido contactar con él.

—Mira, no hay mal que por bien no venga. Un clavo saca a otro clavo, ya sabes. Y a ti ese hombre te gustaba mucho.

—Sí, pero ya es tarde. Me llevé una desilusión al no recibir su respuesta, aunque ahora tiene una explicación. ¿A él le dieron también mal mi dirección? Lo digo porque tampoco recibí nada suyo, muy interesado no estaría en mí.

—Anda, no seas malpensada, le ha podido pasar cualquier cosa. ¿Miraste la carpeta de spam? Igual se coló allí su mensaje. Y si no, le puedes escribir tú, tampoco pierdes nada.

—Pues ahora que lo dices no sé si entré al spam, pero entiende que hoy no estoy demasiado animada después de lo de anoche. ¡Maldita sea, aquí está!

Mientras hablaba con Patri había seguido manipulando mi móvil y al entrar en la carpeta de correo basura lo encontré. Me remonté a unos días atrás y allí estaba: un mensaje de *Michelangelo*, enviado el fin de semana anterior.

“Buenos días, Atenea.

Soy Martín, más conocido por Michelangelo en los bajos fondos del Speed Dating madrileño. ;-). Acabo de comprobar que tú también me has elegido entre tus candidatos, así que aquí estoy para dar señales de vida.

Lo pasé muy bien la otra noche y me encantaría poder quedar contigo otro día para conocernos con más calma, si a ti te parece bien. Lo único es que en estos momentos tengo una situación familiar complicada, y voy a

estar una temporada fuera de Madrid.

Te dejo de todos modos mi teléfono, por si quieres hablar o guasapear en algún momento.

Espero tener noticias tuyas muy pronto.

Un beso.

Martín G.”

—¡La madre que me parió! —exclamé en voz alta.

Yo había puesto verde a *Michelangelo* por no contestarme ni querer saber nada de mí tras mi escrito y resulta que el pobre había intentado contactar conmigo desde el primer momento. Entre el error de la organización al pasarme sus datos y mi ofuscación al no mirar la carpeta de spam, todo se había torcido de mala manera. Y lo peor es que por otro cúmulo de desgracias subsanables no había podido hablar con él y eso me llevó a quedar con Carlos días después. Lo dicho, Murphy era mi santo de cabecera.

—¿Qué ocurre? —preguntó entonces Patricia al verme tan alterada.

—Nada, hija, que al final tienes razón. Soy una *loser* de primera categoría.

Mi amiga puso un gesto extraño, pero yo se lo expliqué enseguida. Al final, después de todo, la mañana tal vez se arreglara un poco. Aunque con mi suerte habitual, si me decidía a contactar con Martín, seguramente ya no estaría en la ciudad.

—Venga, no seas aguafiestas —dijo mi compañera de piso al contarle mis dudas—. ¡Llámale ahora mismo!

—No creo que sea el momento, y menos si tiene problemas familiares en los que no me quiero inmiscuir. Ni siquiera tiene mis datos; debería escribirle primero, ya sea por mail o por *whatsapp*, antes de invadir su intimidad con una llamada intempestiva de un número desconocido.

—Joder, pues sí que te andas tú con miramientos para esas cosas.

—Ya lo sé, en el fondo soy una antigua. Sólo me comporto o intento comportarme con los demás como me gustaría que me trataran a mí.

—Yo pasaba de esas cosas y le llamaba directamente. ¿Qué puedes perder?

—Ya, los *millenials* tenéis menos prejuicios para esas cosas. Pero yo no soy así, no lo puedo evitar.

—No te agobies, tampoco te va a poner la cruz por molestarle. Si no te puede coger en estos momentos te colgará o dejará que salte el contestador. Y

entonces puedes dejarle un mensaje de voz, o escribirle si quieres.

—Quita, quita, ni de coña le dejo un mensaje grabado. Me estreso al hablar con esos cacharros.

—Luego dicen de mi generación, pero la vuestra tiene telita.

—No te lo discuto...

Al final le escribí un mail a su correo, explicándole lo que había sucedido y el cúmulo de malentendidos por el que no habíamos contactado en toda la semana. Le dije mi nombre y le di también mi número de teléfono, por si acaso, y le aseguré que hablaríamos cuando estuviera más tranquilo.

—Anda, grábate su número en el móvil, por si te llama él en otro momento. Que eres capaz de colgarle o bloquearle si no conoces su número, como haces siempre con los pesados de los teleoperadores de las compañías telefónicas.

—¡Es que son muy plastas! —salté toda ofendida. Tampoco era normal que te llamaran quince veces al día para venderte no se qué servicio o darte la murga con chorradas. Pero mi amiga tenía razón, así que agregué el contacto de Martín G. a mi agenda del móvil.

Patricia quería salir a comer a la calle para que nos diera un poco el sol, pero yo preferí quedarme en casa. Al final la convencí y nos preparamos algo rápido: una ensalada y unas pechugas de pollo para no pasarme demasiado con la dieta después de la contundente cena de la noche anterior.

Nos quedamos charlando después de terminar la comida, saboreando un café recién hecho en la máquina Nexpresso que Patricia cuidaba como oro en paño. Yo también me había acostumbrado a tomar un *cappuccino* de vez en cuando, aunque el café no estaba muy recomendado para mi úlcera.

Me levanté para ir al baño a lavarme los dientes, que luego me daba pereza y se me olvidaba. Tenía la boca llena de dentífrico y dejé correr el agua del grifo en el lavabo mientras terminaba de cepillarme, por lo que no me enteré de nada. Por lo visto Patricia llevaba un rato llamándome pero hasta que no se presentó a mi lado, gritando como una loca con mi móvil en su mano, no me di por aludida.

—¿Estás sorda? ¡Te está sonando el móvil!

Miré un momento la pantalla y me sobresalté al ver el nombre de Martín en el display. ¡Me estaba llamando y yo con estos pelos! Escupí en el lavabo, me aclaré como pude la boca y le arrebaté el teléfono a mi amiga antes de que se cortara la llamada.

—¿Sí...? —pregunté con la voz agitada.

—¿Lucía, eres tú? Hola, soy Martín.

—Disculpa, no te escucho bien, creo que hay poca cobertura. Voy a moverme un poco, espera un segundo.

Le hice un gesto a Patricia para que me dejara hablar a solas, pero ella no se separaba de mí. Así que terminé por marcharme a mi habitación y le cerré la puerta en las narices. Necesitaba soledad y tranquilidad para hablar con Martín, y no tener ningún satélite orbitando a mi alrededor mientras me hacía gestos que no conseguía descifrar.

Oí refunfuñar a mi amiga cuando la dejé fuera de mi cuarto, aunque sabía que más tarde le contaría qué tal me había ido en la conversación. Debía centrarme: lo primero era respirar profundamente, calmarme un poco y comenzar una conversación que, horas antes, nunca pensé que fuera a tener ese día.

Me recosté en mi cama, todavía deshecha tras levantarme tarde, y acomodé como pude las almohadas para buscar la mejor posición. El segundo transcurría a toda velocidad y yo no había vuelto a decir nada, por lo que intervine de nuevo antes de que mi interlocutor cortara la llamada.

—¿Hola? —solté a media voz—. ¿Me escuchas mejor ahora?

—Sí, Lucía, mucho mejor. ¿Qué tal? Me he llevado una gran alegría al saber de ti.

—Yo también, la verdad. No me esperaba para nada hablar contigo hoy. El destino es a veces muy curioso.

—Y que lo digas...

Me había sonado a música celestial al escuchar en sus labios mi propio nombre. Comencé entonces a explicarle atropelladamente lo que había ocurrido, aunque ya se lo había adelantado por escrito.

—Tranquila, no te preocupes. No ha sido culpa de nadie, mejor lo olvidamos. Lo importante es que, al final, hemos podido contactar. Y por supuesto, estoy encantado de que quieras seguir conociéndome.

—Claro, yo también. Lo pasé muy bien el otro día. Aunque no sé si te has tenido que marchar al final de Madrid, creo que tenías un problema familiar.

—Sí, tengo que marcharme en breve, pero ya te lo contaré con más calma cuando nos veamos. Si te apetece quedar conmigo, claro.

—Sí, bien, por mí perfecto. ¿Te apetece quedar mañana para tomar el vermut? —quise adelantarme yo. Tal vez me precipitaba, pero quedar al mediodía no nos comprometía a nada—. Si no te viene mal, claro.

—Por mí estupendo, me parece muy bien. ¿Algún lugar en particular?

—No tenía nada en mente, decidimos sobre la marcha si te parece bien.
¿Quedamos al lado del Oso y el Madroño?

—Ok, allí estaré. Sobre la 1 del mediodía podría estar bien y ya vemos dónde vamos a tomar algo.

—De acuerdo, quedamos así. Y si nos surge algo nos avisamos por teléfono.

—No te preocupes, no creo que me surja nada. Hasta mañana, Lucía.

—Hasta mañana, Martín.

He de reconocer que colgué el teléfono contenta, casi ni me acordaba ya de la velada del día anterior. Aunque Patricia me recordó que todavía quedaba Sonsoles por enterarse de mi agitada noche. Sabía que la benjamina del grupo quería hacer un poquito más de sangre mientras le relataba mis aventuras nocturnas a mi otra amiga, pero en ese momento ni me importaba.

—Estás hecha una rompecorazones, Lucía. ¡Dos citas en el mismo fin de semana!

—Espero que termine un poco mejor que la otra —dije sin querer entusiasmarme.

Capítulo 17

Merienda con amigas

El fin de semana tocaba a su fin, pero antes de que llegara la noche del domingo, todavía me quedaba otra reunión social que no podía esquivar: una merienda en casa, con Sonsoles de invitada, para contarle todo lo que me había sucedido desde el viernes.

Nuestra amiga se presentó en Tetuán con unas *cup cakes* recién hechas y un modelito de lo más glamuroso para un domingo por la tarde

—Sois unas malas pécoras —dijo Sonsoles nada más vernos—. Vosotras de picos pardos y yo sin enterarme de nada. Si lo sé no os traigo la merienda, estas magdalenas que están para chuparse los dedos.

—Yo he estado muy tranquilita en casa, Sonso —afirmó Patri—. La pingo es aquí la amiga, que ha quedado con dos maromos este finde.

—Joder, Lucía, dos por falta de uno. ¡Cómo te lo montas!

—No te creas, no ha sido para tanto —sentenció—. Ah, y deja ahí las *cup cakes* rellenas de chocolate, que soy capaz de matar por ellas.

Le relaté a Sonsoles lo ocurrido en mi cita con Carlos, sin entrar en tantos detalles como la primera vez que se lo había contado a mi compañera de piso. Pero dio igual, porque Patricia apostillaba y metía baza en mi intervención para aclarar cualquier concepto que no hubiera quedado demasiado claro. Así que al final acabamos despotricando las tres del bello durmiente y su querida madre, todo por regalarme una nohecita toledana. Y entre chistes y bromas, al final me acabaría pareciendo una simple anécdota graciosa que contar en pequeñas reuniones.

—¡Madre mía, lo tuyo es ya de record Guinness! —exclamó Sonsoles—. Chica, te pasa de todo, no es ni medio normal.

—Dímelo a mí, yo ya no sé qué hacer. Si pongo un circo me crecen los enanos. Pero bueno, no me voy a amargar de momento.

—Ya le he dicho que no se preocupe —terció Patricia—. Si no sale bien lo de Martín, tengo preparados unos preciosos ejemplares de *machus ibericus* aquí en el Tinder. Luego os los enseño para que nos echemos unas risas.

—¡Nooo! —grité—. Paso de más citas virtuales, ya he tenido bastante

por una temporada, os lo aseguro.

—Venga, no te hagas la estrecha, que los traes loquitos a todos. Y cuéntale a Sonso lo de Martín, a ver qué opina ella.

Rememoré lo sucedido esa misma mañana y comencé a narrarlo de nuevo en voz alta, esta vez sin escatimar en detalles. Sonsoles me miraba mientras yo hablaba y Patricia se aprovechó de nuestra desidia para dar buena cuenta de las *cup cakes* más golosas, las que estaban rellenas de ese chocolate que tanto me gustaba.

Había quedado con *Michelangelo* en la Puerta del Sol, les relaté, y hacia allí me dirigí a media mañana sin tener muy claro de qué iba aquella cita. No es lo mismo quedar para cenar que para tomar el vermut o unas cañas antes de comer. Las connotaciones sentimentales son diferentes, o por lo menos las perspectivas de lo que pueda suceder entre un hombre y una mujer. De ahí que Martín eligiera esa hora tras proponerle yo lo del vermut, o eso supuse en un primer momento. Quería verme y charlar conmigo, pero en un ambiente diferente al del lugar donde nos conocimos.

Yo tampoco quería darle demasiada importancia a esa cita, aunque en el fondo las mariposillas revolotearan de nuevo a su aire en mi estómago. No podía entusiasmarme de nuevo y pegarme otro batacazo. Martín me había avisado de que sus circunstancias eran complicadas y sólo quedábamos para tomar algo de manera informal.

Por eso me vestí de manera casual, no tan arreglada como la noche del viernes: unos vaqueros, una blusa blanca, cazadora vaquera a juego y zapatos cómodos. Un poco de maquillaje, muy suave, y unas gafas de sol muy *fashion*. Nada rimbombante, ni exagerado, por lo que pudiera pasar.

Llegué cinco minutos tarde a mi cita por culpa del dichoso metro, que se paraba cada dos por tres sin que los usuarios pudiéramos hacer nada por evitarlo. Las malas lenguas decían que se trataba de huelgas encubiertas de los trabajadores para presionar a la empresa, pero al final siempre pagábamos los mismos las consecuencias.

Martín ya estaba esperándome junto a la estatua del Oso y el Madroño, —o la osa, como parecía ser en realidad—, símbolo de la ciudad de Madrid. Había tenido la misma idea que yo, y apareció con unos vaqueros de talle bajo, un jersey de punto sin chaqueta, zapatillas deportivas y unas gafas de sol de espejo. La verdad es que le quedaba muy bien el *look* informal, y le hacía parecer incluso más joven.

Por lo visto le había surgido un compromiso para comer, por lo que

tendría que irse en menos de una hora, me dijo tras saludarnos en condiciones y charlar un rato de trivialidades. Me llevó a una tasca típica, en los alrededores de la Plaza Mayor, y nos pedimos unas cañas de cerveza que acompañamos con una tapa de ensaladilla rusa.

Yo estaba muy cómoda en presencia de Martín y la conexión que sentí durante la noche del *Speed Dating* surgió de nuevo sin darnos cuenta. Y eso que él andaba un poco ausente, quizás pendiente de la hora para no llegar tarde a su compromiso posterior o pensando en el problema que le obligaba a abandonar Madrid. En mi caso también quise ser cauta después del varapalo del viernes y al conocer las especiales circunstancias de mi acompañante de ese día, pero no podía negar que existía cierta química entre nosotros.

—También es mala suerte que los de la organización me dieran mal tu dirección de correo. Y para colmo de males, tu correo me llegó al spam y yo no me enteré.

—Pues sí, es la ley de Murphy, ya sabes.

—Que me vas a contar a mí, conozco de sobra a ese señor tan gracioso.

—De todos modos tampoco podría haber quedado contigo esta semana, he tenido mucho lío preparando mi viaje. En unos días me voy a Málaga y no sé cuando volveré.

—Sí, algo me dijiste. Espero que no sea nada y se solucione pronto tu problema.

—Ojalá, no sé... Yo no quiero hacerme ilusiones, sé que es complicado y tiene sus riesgos, pero espero que salga todo bien. Perdona, si tú no sabes nada de...

—Tranquilo, no te preocupes —le interrumpí—. No tienes por qué comentármelo, es un asunto personal y yo lo respeto.

—No pasa nada, quiero contártelo. Para nada es una excusa, me alegra mucho poder seguir hablando contigo, pero ahora mi prioridad es otra. Y por eso he quedado contigo, creo que te mereces una explicación.

Asentí con la cabeza y le di pie para que me lo explicara. Me contó que estaba separado, en trámites de divorcio, y que su ex mujer vivía en Málaga con su único hijo, un varón de ocho años que estaba enfermo. El niño tenía problemas en un riñón, e iba a ser sometido a un trasplante en las próximas semanas.

—Tienen que prepararle primero y hacerle más pruebas, aparte de esperar el donante más conveniente, ya que ni su madre ni yo parecemos ser los donantes ideales para él. De todos modos nos han asegurado que no

tardarán mucho en dar con el órgano adecuado para trasplantarle y yo quiero estar allí durante todo el proceso.

—Lo entiendo perfectamente, es lo más normal.

—Puede alargarse semanas o meses, la recuperación será larga según me han dicho. Y después el niño tendrá que tomar medicación de por vida, para evitar el rechazo, pero nos han comentado que podrá tener una existencia más o menos normal cuando se recupere.

¿Qué podía decirle yo? No sabía que tuviera un hijo, y menos que estuviera tan enfermo. Por no hablar de que todavía se encontraba en trámites de divorcio, una situación familiar complicada en la que yo no me pensaba entrometer.

—Vaya, lo siento. Espero que el niño se recupere pronto. ¿Y qué pasa con tu trabajo?

—En ese sentido no hay problema. Llevaba tiempo buscando un cambio en mi vida y todo esto me reafirma en mi decisión de hace unos meses. Como te dije soy profesor titular de historia en un instituto, pero antes de comenzar este curso pedí una excedencia voluntaria. Tengo unos ahorrillos y he estado ocupado con otros temas, aparte de que ahora sólo me preocupa la salud de mi hijo.

—Claro, lo entiendo —contesté sin demasiado entusiasmo. La situación no era la ideal para empezar a conocer a nadie, pero no quería que Martín notara mi falta de interés en sus problemas. Me sabía fatal por él y esperaba que el niño se recuperara pronto, pero yo tampoco pintaba nada en esa ecuación. Por lo menos hasta que se encauzara el tema, y menos si había otra mujer de por medio.

—Mi mujer, Carmen, es de Málaga y tiene allí a toda la familia. Nos llevamos bien, más o menos, y veo a Adrián siempre que quiero. Aunque claro, no es lo mismo ir a buscarle a la otra punta de Madrid que cogerme un AVE para pasar un fin de semana con él.

—¿Y dónde te alojarás? Si vas a pasar tanto tiempo en Málaga tendrás que buscar una alternativa a los hoteles o apartamentos turísticos.

—Sí, eso lo tengo solucionado, menos mal. Me quedaré en casa de Carmen, que tiene sitio de sobra, y así puedo ayudarles con más comodidad.

No me había pasado desapercibido que Martín había llamado a Carmen su mujer, imaginaba que por la inercia de los años de matrimonio. Tenían un hijo en común y estaba pasando por una situación delicada, por lo que los celos por mi parte eran algo ridículos en esos momentos. O eso quería yo

creerme para no pensar en qué no se me había perdido nada en ese entierro. Y encima Martín iba a pasar varias semanas o meses bajo el mismo techo que su ex esposa. Y donde hubo fuego quedan rescoldos, reza la sabiduría popular.

Martín seguía contándome sus penas, el reloj corría inexorablemente y yo me comportaba como una idiota. No podía alejar esos pensamientos de mi cabeza, era superior a mí, por lo que intenté prestar atención a lo que me estaba contando. Debía confiar en él, no tenía que ser fácil contarme todo aquello cuando no nos conocíamos de nada.

—Quizás no debí acudir esa noche al *Speed Dating*, y menos inmerso en algo así. Pero llevaba tiempo apuntado y mis amigos me animaron para que fuera y pasara un buen rato. Siento no haberte dicho nada ese día, no me parecía lo oportuno en esos momentos.

—Tranquilo, lo entiendo perfectamente. Y sí, siempre es bueno desconectar en momentos tan duros. Además, si no hubieras acudido esa noche nunca nos habiéramos conocido, ¿no crees? No hay mal que por bien no venga.

—Eso es cierto, Lucía. Y lamento de verdad que tenga mi mente en otra parte, porque no quisiera que te llevaras una mala impresión de mí. Sé que no tengo derecho alguno, pero me gustaría pedirte algo de tiempo y paciencia. Hasta que se solucione todo esto o por lo menos lo vea más o menos encaminado.

—No tienes que disculparte por nada, la familia es lo más importante. Me alegra haber tenido noticias tuyas y ya habrá tiempo de conocernos con más calma. Y, por supuesto, te agradezco que hayas confiado en mí para contarme todo esto.

—Gracias por tu comprensión, ya sabía yo que no me equivocaba contigo. No te voy a mentir, Lucía, me gustas mucho. Me encantaría que fuéramos amigos y, con el tiempo, si no te cansas de mí, puede que tal vez pudiéramos llegar a algo más.

—Ya se verá, Martín. Tiempo al tiempo.

Pronto llegó la hora de marcharse y acompañé de nuevo a Martín hasta la Puerta del Sol, donde separaríamos nuestros caminos por una larga temporada. Nos prometimos seguir en contacto, ya fuera por teléfono o por mail, para ir comentando novedades.

Quise insuflarle ánimos en mi despedida y, de paso, marcar un poco el territorio para dejarle claro que él también me gustaba. Y ni corta ni perezosa

le planté un leve beso en los labios, un pico más que otra cosa, casi como un saludo habitual entre amigos más que un gesto con otras connotaciones. Él no se apartó ni pareció escandalizado, por lo que me quedé allí sola, parada en medio de una de las plazas más concurridas de España, cuando se alejó camino del metro. El sabor de sus labios se desvaneció en pocos segundos y supe que debía volver a casa.

—Y ésa es toda mi historia, amigas. Dos maromos, como dice Patri y sigo más sola que la una, ya veis.

—Vaya, me he quedado un poco plof con la historia —aseguró Sonsoles—. Menudo fin de semana que llevas, entiendo que estés un tanto descolocada.

—Sí, es verdad. Y no quiero darle muchas vueltas al tarro, aunque sé que esta noche no pegaré ojo mientras analizo todo lo sucedido.

“Apagar el ruido de tu cabeza”, como decía nuestro monitor de yoga. Yo no era capaz de hacerlo, dejar la mente en blanco y no pensar en nada. Por mucho que siguiera las indicaciones de Marcos, intentara relajarme y respirar profundamente, jamás había conseguido alejar del todo ese ruido de mi mente. Y por las noches, en la soledad de la cama, era mucho peor. Patricia ya me conocía después de varios meses de convivencia, y por eso volvió a la carga.

—Ya te he dicho muchas veces que es malo pensar tanto, te va a salir humo de la cabeza —afirmó Patri—. Vale, el tío se larga para cuidar a su hijo, pero ya volverá.

—O no, eso dependerá de muchas cosas.

La última frase de Sonsoles dio paso a una discusión entre las tres. Cada una aportaba su opinión, y debatimos sobre los diferentes detalles de la historia: la enfermedad del niño, el tiempo que Martín iba a pasar en compañía de su mujer, viviendo bajo el mismo techo; la lejanía de Málaga con Madrid y su desarraigo de una ciudad en la que ni siquiera tenía un trabajo al que volver y otros detalles que desmenuzamos durante un buen rato. Y claro, mis amigas no se ponían de acuerdo sobre lo que yo tenía que hacer durante todo el tiempo que Martín permaneciera fuera.

—Deberías darle espacio, ahora tiene otras preocupaciones en la cabeza —afirmó Sonsoles.

—Ya, pero no puedes darle mucha cuerda, que sepa que sigues ahí —dijo Patricia.

—Yo no quiero agobiarle, le mandaré algún mensajito de vez en cuando.

Con la excusa de ver qué tal está su hijo puedo preguntarle, pero sin ser muy pesada. Yo no soy nadie en su vida y no tengo ningún derecho a molestarle.

—Estoy de acuerdo —soltó Sonsoles.

—Sí, puede ser, no puedes pecar por exceso. Pero tampoco por defecto, si es que te interesa ese hombre, claro. Y si no, a otra cosa, mariposa.

Patricia no se complicaba la vida ni veía razón alguna para que yo lo hiciera. Yo no tenía prisa y podía seguir con mi vida tranquilamente, tampoco es que estuviera enamorada de Martín y él me hubiera abandonado de un día para el otro. Nos gustábamos, sí, eso estaba claro. Pero yo no iba a hipotecar mi vida por una relación que se me antojaba complicada desde el principio, bastante tenía con mis propios problemas.

—Vamos, que dos tiarrones hechos y derechos con los que quedas en un fin de semana y ni siquiera te llevas un buen alegrón para el cuerpo.

—Es verdad, Sonso, que tú los conociste en el *Speed Dating* ése —dijo Patricia—. Cuenta, cuenta, soy toda oídos.

—No me seas cotilla, anda —quise cortar el tema—. Y ya está bien de hablar de mí, estoy un poquito harta del tema.

—Vale, tú lo has querido. Y ahora, queridas amigas, vamos a olvidar las penas por un momento y reírnos de los tíos. O por lo menos de algunos especímenes que están para exponerlos en el museo de cera, pero por terroríficos.

—¿Te refieres al Tinder? —preguntó entonces Sonsoles.

—Claro, ya os había avisado. He encontrado algunos perfiles que son para descojonarse viva. La gente está fatal de lo suyo...

Habíamos dado buena cuenta de las *cup cakes*, por lo que nos dirigimos al salón para estar más cómodas. Patricia sincronizó entonces su *iPhone* con el *iPad* y éste con la televisión para que pudiéramos ver en pantalla grande lo que nos quería enseñar.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Sonso al ver la galería de los horrores que nos mostró Patricia—. ¿No es una coña?

—No lo he comprobado, como puedes imaginarte. Pero no, no es broma. Hay gente que se pone esas fotos en sus perfiles de Tinder.

Yo escuchaba a Patricia y comprendía la intervención de Sonsoles, aquello era de locos. ¡La gente estaba fatal de la cabeza!

Allí había de todo, para que engañarnos: un tío en pelotas, peludo como un oso, que caminaba por una playa de espaldas al objetivo; otro que ponía una foto en la que estaba con su novia o mujer y la cortaba a ella por la

mitad; otro tumbado al lado de una chimenea encendida, en paños menores, y con una cara de psicópata que tiraba para atrás.

—¡Fíjate en este maromo! —exclamó Patri—. Joder, parece un actor porno de los setenta con ese bigotón. ¡Y qué pintas!

—¡Madre mía, qué pibonazo! —gritó Sonsoles cuando apareció en pantalla un tío con peluca y disfrazado con ropa de mujer—. ¡Elige a ése!

—¡Ni loca! —contestó Patricia mientras deslizaba el perfil hacia su izquierda para rechazarlo, con tanta fuerza que casi se le cae el móvil al suelo.

Vimos algunos chicos más o menos normales, pero Patricia no estaba mucho por la labor y no quiso darles una oportunidad. Hasta que se topó con un tipo con pinta de chulazo y mirada de perdonavidas, retratado al lado de un coche deportivo.

—Nole, nole, nole... ¡Sile!

—¿Vas a aceptar el perfil de ese pintamonas? No creo que tenga ni dos neuronas sanas en toda la cabeza, mi niña.

—Me da igual, ahora mismo sólo necesito un poquito de marcha. Y quizás el tal Eric pueda complacerme. ¡Mira, ya tengo el match con él!

La verdad es que nos lo pasamos muy bien despellejando a los tíos que osaron subir esas fotos a su perfil de Tinder. La gente no tenía vergüenza alguna, lo que no entendíamos es que pretendieran ligar así con nadie. Aunque siempre hay un roto para un descosido, como decía mi abuela...

Capítulo 18

Las despedidas no son lo mío

Mi vida había dado un cambio radical en las últimas semanas y tenía que tomar decisiones trascendentales que no me apetecían lo más mínimo. Nunca he sido muy amiga de los cambios, por eso me tiré casada casi veinte años casada con un hombre que ni siquiera se sentía atraído por las mujeres.

En el último año me había visto envuelta en una vorágine que había transformado mi existencia en muchos aspectos: en el sentimental o el profesional, sin olvidarme de mi nuevo domicilio o las amistades retomadas durante ese tiempo, cambios a los que me había ido acostumbrando poco a poco. Y ahora que ya lo tenía todo más o menos encauzado, el destino me tenía preparadas otras cartas para las que debía tomar una decisión en firme.

Lo único que tenía más o menos claro era mi mudanza a otro piso. Llevaba meses mirando inmuebles que estuvieran en buenas condiciones, con unas características definidas y que no se me salieran demasiado de mi presupuesto. Había mirado varias zonas para alquilar yo sola un piso sin llegar a una conclusión definitiva, aunque al final me quedé con dos opciones como finalistas: un piso seminuevo situado en uno de los P.A.U.s del norte de Madrid, en uno de los barrios que más estaban creciendo en la ciudad aunque bastante alejado del centro, y un coqueto ático-dúplex cerca de Quevedo, céntrico y en una zona muy concurrida.

El primero tenía dos habitaciones, dos baños, cocina independiente, un gran salón y era todo exterior, muy luminoso. Anexa a la cocina tenía una pequeña terraza-tendedero donde iba la caldera y la lavadora y, además, el piso se encontraba situado en una urbanización con poco más de 10 años. Contaba también con portero físico durante el día, amplias zonas comunes, gimnasio e incluso piscina. En contra tenía su lejanía del centro y que la zona donde se situaba era eminentemente residencial, con pocos comercios e infraestructuras todavía por desarrollar.

El inmueble de Quevedo no tenía nada que ver. Su dueño era un diseñador de moda que viajaba mucho e iba a pasar una larga temporada entre Milán y París, ya que al parecer le iba muy bien en su profesión. La

finca tenía más de treinta años y había sido rehabilitada, pero lo mejor se encontraba en el interior del piso.

El diseñador lo había reformado de una manera integral, adaptándolo a sus gustos. Era un piso interior, aunque con bastante luz, reformado y decorado con exquisito gusto. El dueño había pedido permiso a la comunidad para realizar las obras que quería y el resultado no podía ser más llamativo.

En realidad se trataba de un dúplex, aunque de una sola habitación. En la parte de arriba se encontraba únicamente un amplio dormitorio abuhardillado, con techos no demasiado bajos y una curiosa ventana en forma de tragaluz que le daba un aire muy bohemio. Estaba unida con la planta baja por una sinuosa escalera de caracol que era lo que menos me convencía del apartamento, pero podría acostumbrarme con el tiempo.

La planta baja era de techos altos, asimétricos con respecto a la zona superior, y distribuida en forma de loft, sin paredes propiamente dichas. Contaba con una amplia zona de salón-comedor y una cocina americana pero de verdad, con una amplia isla en medio al estilo habitual que podíamos ver en cualquier serie televisiva moderna que nos llega de los Estados Unidos. El propietario no quería una mini cocina como las que se ven en muchos pisos de nuevas urbanizaciones madrileñas, por lo que le hizo incluso un esbozo de lo que necesitaba al contratista, con sus propios planos según me aseguró, y el resultado no pudo ser más afortunado: ¡me encantaba!

Contaba además con un enorme baño situado en un lateral de la planta, un espacio de estilo vintage con ducha corrida, a ras de suelo. Y lo mejor del piso, o uno de sus grandes atractivos, se hallaba tras una puerta situada en una esquina del salón: una hermosa terraza interior, rodeada de edificios pero sin sentir demasiado agobio al asomarse, y con una envidiable situación. El dueño me había confesado que se podía tumbar uno a tomar el sol en la terraza y no te podía ver casi nadie, a no ser que se asomaran a la azotea del edificio más cercano, cosa que no había pasado desde hacía años.

Lo malo del ático era que sólo tenía una habitación, y yo quería un dormitorio adicional para que Carol pasara temporadas conmigo. Al diseñador le corría prisa cerrar el trato y yo parecía haberle caído bien, por lo que hablamos incluso de la posibilidad de firmar más adelante un contrato de alquiler con opción a compra en el que las mensualidades abonadas como renta sirvieran para disminuir después el precio final del inmueble.

—¡No lo pienses más, mamá! —me dijo Carol el fin de semana que vino a ver los dos pisos conmigo—. Yo me quedaba el ático ahora mismo, ¡es

chulísimo!

—Ya, si a mí también me gusta mucho. Pero sólo tiene una habitación y yo necesito dos para cuando vengas a verme.

—Seamos serias, por fa. Yo voy a seguir estudiando en Salamanca y después, si tengo suerte, tengo intenciones de independizarme por mi cuenta en cuanto acabe la carrera.

—¿Cómo dices? —pregunté asustada ante las implicaciones de la afirmación de mi hija. ¿Tendría ya un novio con el que quisiera irse a vivir? No quería ni planteármelo en esos momentos, bastantes disyuntivas difíciles se mostraban ante mí. Y menos pensar en que Carol se hacía mayor y se iba a vivir por su cuenta, lo que me avejentaba a mí mucho más, aunque no hubiera cumplido todavía los cuarenta.

—Sí, ya lo tengo hablado con unas amigas de la facultad. Una es de Ávila y la otra de Toledo, pero queremos venirnos a Madrid y alquilar un piso compartido cuando encontremos trabajo. Ya lo he hablado también con papá y me ha dicho que sin problemas, que nos avalaría llegado el momento.

—Vaya, soy siempre la última en enterarme de las cosas —dije con un mohín.

—¡No seas tonta! —contestó Carol mientras me daba un abrazo para animarme—. Surgió el tema el otro día, en una conversación telefónica con papá, y se lo comenté por encima. Quería esperar a tenerlo más claro para hablarlo contigo, aparte de que todavía queda mucho tiempo para ese momento.

—¿No te gusta más el otro piso? Tiene piscina, que en verano hace mucho calor en Madrid y tú no estarás en Salamanca. Aparte de zonas verdes alrededor por las que puedes salir a correr y muchas otras cosas. Me han dicho incluso que en el pequeño gimnasio de la urbanización dan clases de yoga y pilates para los vecinos.

—Buff, está muy lejos del centro, mamá. No hay casi tiendas alrededor y está peor comunicado si no tienes coche, y ninguna de las dos conducimos, quiero recordarte. Éste mola mucho más, en serio.

—No sé, no termino de decidirme. Éste es un poco más caro que el otro, aunque la verdad es que es muy bonito y queda al lado de casi todo.

—Por eso lo decía. Y por mí no te preocupes, tampoco iba a pasar tanto tiempo en el piso, sólo fines de semana. Y de todas formas hay sitio de sobra, me puedo acoplar en el sofá o incluso montar un pequeño cuarto en un lateral del salón, que es enorme. Planto allí un colchón inflable que tengo y tan

ricamente. De verdad, no te preocupes por eso y quédate con él antes de que te lo quiten.

Ese fin de semana lo consulté con la almohada, y también lo hablé con mis amigas. Ellas no habían podido ver los inmuebles en persona, pero con las fotos que les enseñé, el concluyente dato de la ubicación, y las exageradas alabanzas que Carol hizo de su piso preferido, no tenían tampoco ninguna duda: debía quedarme con el dúplex.

—Y mira que me jode admitirlo, pedorra, pero te voy a echar de menos —dijo entonces Patricia con los ojos llorosos—. Ni se te ocurra darle más vueltas y hazle caso a tu hija.

—Estoy de acuerdo, Lucía, tiene muy buena pinta —aseguró Sonsoles, que se había unido al cónclave un rato antes—. Además, el otro piso está en el quinto pino, no íbamos a ir a verte casi nunca.

—Ya veo, lo que vosotras queréis es aprovechar mi espectacular terraza para hacer vuestras fiestecitas, que nos conocemos —intenté bromear.

—También, para que lo vamos a negar —añadió Sonso—. Además, estás a tiro de piedra de todo, en el mismo centro de Madrid. Es un chollo de piso, y por ese precio no me lo pensaba ni un segundo más o te lo van a quitar de las manos.

—Ahora que dices de fiesta, habrá que hacerte una de despedida. ¡Y de las grandes!

Patricia me miró de hito en hito con un brillo especial en sus ojos, mezcla de felicidad por mí y tristeza por perder a una compañera de piso. Me abrazó entonces en un gesto que no me esperaba y nos quedamos así unos segundos, con las emociones a flor de piel.

—¡Decidido entonces! —terció entonces Carol antes de que la reunión se convirtiera en un mar de lágrimas—. ¡Nos quedamos el dúplex!

—Ya habrá tiempo de celebrarlo en condiciones y hacerle a Lucía la fiesta que se merece, pero de momento podemos brindar por ello. ¿No os parece?

Todas estuvimos de acuerdo con la propuesta de Sonsoles y sacamos una botella de vino blanco que guardábamos en la nevera. Nos servimos unas copas y seguimos compartiendo unos momentos especiales que siempre llevaría en mi recuerdo.

Pero claro, no era ése el único cambio en mi vida sucedido durante las últimas semanas. Tenía también pendientes otros dos temas, dos frentes abiertos que me llevaban por la calle de la amargura: el sentimental y el

profesional.

En mi trabajo me habían propuesto para una subida en el escalafón, oficial desde el siguiente trimestre: un nuevo puesto donde tendría mayor responsabilidad, aparte de una subida de sueldo y mejoras en las condiciones contractuales. Le estaba muy agradecida a mi jefa por ofrecerme el puesto, pero Murphy actuaba de nuevo. Me había surgido también la oportunidad de un empleo mejor en otra empresa y tenía mis dudas.

Por un lado, no quería ser una desagradecida con las personas que me habían abierto la puerta al mundo del marketing. Pero por otro, tampoco tendría que preocuparme demasiado, era la ley de la oferta y la demanda, y más en un mercado tan competitivo como el de la ciudad de Madrid. A través de Sonsoles me había enterado de una vacante como adjunto al responsable de redes sociales en una buena compañía y quise probar suerte. Mi amiga le habló bien de mí al jefe del departamento, antiguo conocido suyo, y me consiguió una entrevista.

Por una vez en la vida no me sucedió nada extraño ese día y clavé todas las pruebas del proceso para la vacante. Incluso estuve ocurrente y divertida en la entrevista personal, sin olvidar por supuesto mi profesionalidad, y creí que le había caído bien a la persona que tomaría la decisión final.

No me equivoqué y pocos días después me ofrecieron el puesto, con unas condiciones que mejoraban en todos los aspectos lo que podría obtener en mi actual empresa e infinitamente superiores a lo que tenía en esos momentos. Les comenté mi situación actual, tanto a nivel profesional como personal por el tema de la posible mudanza en las siguientes semanas, y me dieron quince días para pensármelo. Pero el tiempo se echaba encima y yo seguía sin decidirme.

No podía dejar que me afectaran todos los cambios, debía coger las riendas de mi vida. De hecho, eso es lo que había pasado en el terreno sentimental, que se encontraba en una etapa de *stand-by*, mientras me centraba en aclarar el resto de asuntos que me traían loca.

Ya había pasado un mes desde aquel simulacro de cita con Martín y la verdad es que no había tenido mucho contacto con él desde entonces. Le había mandado un par de mensajes que me respondió sin demasiado entusiasmo e incluso me sentí un poco frustrada al no poder hablar con él en una ocasión que se me ocurrió llamarle. Podía entender que no pudiera atender el teléfono por cualquier motivo, pero tampoco le costaba nada devolverme la llamada cuando tuviera un hueco.

De nuevo había sido una egoísta al pensar sólo en mí en esas circunstancias, sin saber siquiera lo que realmente sucedía. Casi me flagelo cuando supe, días después, que el hijo de Martín se encontraba peor. El trasplante no había funcionado correctamente y sufría rechazo, lo que le causaba numerosos problemas.

Al parecer los médicos se planteaban incluso volver a operarle en cuanto tuvieran otro órgano compatible, porque el postoperatorio no estaba resultando muy satisfactorio y querían atajar posibles problemas posteriores que pudieran surgirle al niño durante su convalecencia.

Así que no quise hacerme mala sangre y le di un poco de aire al pobre Martín, que bastante tenía con lo suyo. En la única vez que hablé con él por teléfono en todo el mes le encontré distante y muy preocupado, algo natural dadas las circunstancias, por lo que no quise agobiarle más con mis historias.

A partir de entonces me preocuparía de lo mío, que bastante tenía, y no cargaría además con problemas de los demás. Más adelante, si el destino así lo quería, podría intentarlo con Martín, pero para ello tendrían que suceder muchas cosas que no estaban en mi mano en esos momentos. La vida da muchas vueltas y nunca sabes lo que te puedes encontrar a la vuelta de la esquina, pero no iba a perder más el tiempo con algo que ni siquiera había comenzado.

Lo bueno era que mi corazón no se sintió demasiado maltrecho por semejante decisión. No quise creer que fuera un adiós para siempre, pero tampoco podía esperar nada de una relación que estaba muy lejos de poder considerarse como tal. Sí, había surgido la chispa entre nosotros, pero ya está, nada más. Una velada de siete minutos en un entorno peculiar y unas cañas por el centro no podían dejar tanto poso en nadie y debería ser fácil poder mirar hacia delante, aunque en el fondo me daba pena no haberlo podido intentar en serio con el bueno de Martín.

Una semana después lo tuve claro y tiré por la calle del medio. Ya que la vida de Lucía Iriarte iba a dar un giro de ciento ochenta grados, que fuera del todo. Me quedé con el ático de Quevedo y acepté el nuevo puesto en el departamento de marketing de una gran empresa del sector alimentario. Un cambio radical en mi vida que afrontaba con la mayor de las ilusiones y con el apoyo de las personas que de verdad me querían. Y con un poco de miedo en el cuerpo, tampoco lo obviaría, necesario para luchar con uñas y dientes por mis nuevos proyectos.

Contraté una furgoneta para la mudanza, que efectuaría ya a primeros de

julio, en la que iba a contar con la ayuda desinteresada de Patricia. No sé muy bien cómo, pero también nuestro vecino David se quiso unir a la fiesta y se ofreció para ayudarnos con las cajas y hacer de chófer con el vehículo. Tampoco tenía tantas cosas que abultaran, casi todas eran ropa y libros, pero yo se lo agradecí. Y claro, Patricia aprovechó la coyuntura para picarme.

—Vaya, vaya, parece que en el edificio hay alguien más que te va a echar mucho de menos. Que calladito te lo tenías...

—No sé de qué me estás hablando, ya estás con tus historias.

—Anda, no te hagas la estrecha conmigo. Sé que una tarde te fuiste de merienda con David y nunca me lo dijiste, pero a él se le escapó el otro día. Y ayer, en cuanto le comenté lo de tu mudanza, no tardó ni un segundo en apuntarse a un plan que cualquiera persona en su sano juicio desestimaría con los ojos cerrados en un fin de semana tan caluroso.

—Tampoco fue nada, nos tomamos un café con un poco de tarta y ya está. Y de eso hace varios meses.

—Claro, eso dices tú. Pero creo que a otros les pareció algo más que una simple merienda.

—No seas boba, no tengo tiempo ahora para esas cosas —confesé.

—Tú sabrás, pero creo que le haces tilín al hippie de nuestro vecino. ¿No te gusta ni un poquito? Podías darle una oportunidad al bueno de David.

—De verdad, Patri, no estoy para tonterías. Tengo muchas cosas todavía por hacer y se me echa el tiempo encima.

Después de la conversación con Patricia no me quedó más remedio que mirar a David de otra manera cuando llegó el día de la mudanza. En los últimos meses nos habíamos cruzado poco en el portal; él siempre andaba con sus viajes y otras historias, pero normalmente nos limitábamos a un saludo escueto o una charla intrascendente de pocos minutos. Pero ahora conocía lo que pensaba el vecino de mí, o por lo menos lo que afirmaba Patricia, y pensé que igual me sentiría algo incómoda durante el traslado de cajas a mi nuevo piso.

No había tenido en cuenta ese pequeño punto: David conocería mi nueva dirección al ayudarnos con la mudanza, detalle que hasta ese momento no me había importado porque nunca me hubiera planteado que yo le gustara. ¿Podría suceder algo entre nosotros? No lo tenía muy claro, mis vaivenes de las últimas semanas no me habían ayudado precisamente a tener un buen concepto de los hombres o de las relaciones sentimentales con ellos. Pero tampoco podría descartarlo para un futuro, nunca se sabía por adelantado.

El chico fue muy atento durante todo el traslado, y se portó de maravilla conmigo. No le noté nervioso ni nada por el estilo, quizás ignoraba lo que Patricia me había dicho de él. Fue encantador, como siempre, y más divertido y ocurrente de lo habitual. Y eso que no se trataba precisamente de una cita romántica; allí todos cansados y sudorosos, vestidos con pantalones cortos y camisetas debido al calor, mientras nos afanábamos por cargar las cajas de la mudanza.

Lo que sí note en un par de ocasiones, sobre todo cuando él creía que yo no me fijaba, fue que David me miraba de un modo especial en ciertos momentos. Eso me hizo sentirme halagada, no podía ser hipócrita y negar lo evidente. Nunca viene mal un poquito de autoestima, siempre es algo fantástico para el ego sentir que le gustas a alguien.

David poseía atractivo y carisma, no lo iba a negar, aunque estaba muy alejado de mi hombre ideal. Llamadme antigua o carca, pero yo necesitaba alguien más asentado, con mayor estabilidad en su vida. Y no un bohemio que se dedicaba a viajar casi todo el año y a malvivir cuando se encontraba en Madrid.

Entendía que la gente luchara por un sueño y quisiera vivir la vida a su manera, no era yo la persona más ideal para negarlo. Pero en esos momentos David se encontraba en las antípodas de lo que yo hubiera buscado en un hombre. Siempre quedaba la opción de las relaciones sin compromiso, —seguro que a Patricia le hubiera encantado oírme hablar así y sería partidaria de que me diera un revolcón con el vecino—, pero tampoco era lo mío. Mi educación a la vieja usanza resultaba un hándicap en ese sentido y tampoco tenía que flagelarme por ello.

Además, ¿para qué necesitaba yo a un hombre? Casi toda mi vida adulta había dependido de Andrés y ya era hora de tomar las riendas de mi propia vida de una vez por todas. Es verdad que estaba acostumbrada a vivir en pareja, a excepción de los últimos meses, pero en esos momentos era feliz y tenía que utilizar todas mis energías para sacar adelante los nuevos proyectos a los que me enfrentaba. Una mujer independiente no necesitaba siempre a alguien a su lado, y en esos momentos yo veía que debía centrarme en mí y olvidarme un poco de los demás.

No cerraría las puertas al amor, eso estaba claro, pero tampoco lo buscaría con demasiado ahínco. Me olvidaría de Tinder, *Speed Dating* o citas a ciegas con chicos buscados por amigas o compañeras de trabajo. Tiraría para delante y ya vería lo que el destino me tuviera preparado en el terreno

amoroso. Pero tendría que ser Cupido el que viniera a por mí si le interesaba, yo no iba a salir en su búsqueda.

Me fui llevando el resto de mis cosas durante los días siguientes y no pude impedir que Patricia organizara al final una fiesta de despedida en mi honor. Invitó a todo el edificio, aparte de a unos amigos suyos y a otros de Sonsoles que quisieron unirse. Yo también se lo dije a dos chicas del trabajo con las que me llevaba bien, y que ya sabían que me iría de la empresa en unos días, por lo que así mataba dos pájaros de un tiro y lo celebraba también con ellas.

Patricia desbarró todo lo que pudo y fue más gamberra que nunca, quizás para que no afrontáramos la realidad de nuestra separación. Seguiríamos siendo amigas, ella no se iba a librar de mí tan fácilmente porque además la necesitaba a mi lado, pero ya no sería lo mismo.

Terminaba una etapa de mi vida y claro, eso me afectaba. Mi amiga me había acogido en su casa en una etapa muy difícil para mí, brindándome todo su apoyo cuando más lo necesitaba. Y yo nunca podría agradecerse lo suficiente. La buena de Patri, con esa personalidad arrolladora tan diferente de la mía, había conseguido sacarme de mi caparazón y convertirme en una mujer más fuerte y preparada para lo que estaba por llegar.

Por eso me gustaba también la idea de trasladarme a la zona de Quevedo, no estaríamos tan lejos si cualquiera de las dos necesitaba a la otra. Patricia formaba ya parte de mi día a día, para bien o para mal, y ése era un punto muy importante en mi vida. Sin su inestimable colaboración quizás no me hubiera atrevido a determinados cambios que habían transformado mi vida durante los últimos meses, aportando el empuje necesario para olvidarme de sinsabores pasados y afrontar el futuro con el ánimo recobrado.

Sonsoles también hizo de las suyas durante la fiesta. Se la veía muy a gusto con uno de los chicos que se había traído de acompañantes y a mí me pareció estupendo. Otra persona que se había cruzado en mi camino aquel dichoso día en el que dio comienzo todo, y que también había ayudado a forjar a la nueva Lucía, aunque a veces no estuviéramos muy de acuerdo en determinadas apreciaciones.

Envidiaba a mi vieja amiga por su actitud ante la vida: tal vez otra persona se hubiera echado a perder tras su divorcio, pero ella se bebía cada minuto como si fuera el último, *Carpe diem* era una de sus frases preferidas. A veces me hubiera gustado tener su arrojo y su temple para lanzarme a por lo que de verdad deseaba, y esos meses en su compañía me habían servido

para afrontar los problemas de otra manera.

Patricia y Sonso eran muy diferentes entre sí, aunque se parecían en otras cosas y se complementaban la mar de bien. Ambas me habían ayudado en mis momentos más difíciles y eso las honraba. Mi nuevo yo nunca hubiera sido posible sin la participación de mis amigas y siempre estaría en deuda con ellas. Por eso no tenía intención alguna de separarnos, y menos en una época que se antojaba complicada con tantos cambios en mi vida. Incluso podríamos seguir yendo juntas al gimnasio después del verano, no nos pillaba demasiado lejos a ninguna de las tres.

Como todo el edificio estaba invitado a la fiesta nadie se quejó por la música alta. Nos dieron las tantas bebiendo, bailando y disfrutando de una noche calurosa que dio para mucho. Cuando me quise dar cuenta vi desaparecer a Patricia con un chico, camino de su habitación, mientras Sonsoles le hacía ojitos al que llevaba toda la noche charlando con ella. Me parecía extraño que no se lo hubiera merendado ya, el pobre iba a ser engullido por la mantis religiosa sin que se diera cuenta si seguía mirándole de esa manera.

—Esto decae por momentos, creo que me voy a marchar a casa, ya es muy tarde —me dijo entonces David, que se había acercado sin que yo me diera cuenta.

—Vaya, ¿tan pronto? No me dejes sola ahora, que parece que todo el mundo ha desaparecido de mi fiesta y se supone que soy la homenajead.

No sabía por qué había dicho eso, pero ya no había vuelta atrás. David me miraba con intensidad mientras le decía esas palabras y yo noté cómo las piernas se me aflojaban ante la profundidad de sus pupilas. El alcohol también corría por mis venas y supe que mi lengua corría el riesgo de soltarse cuando mis inhibiciones desaparecieran del todo debido al etanol en sangre.

—No sé, mañana tengo que madrugar. Y encima no queda casi bebida, estos borrachos se lo han terminado todo. ¿Me acompañas a por una botella de tequila? Me apetecen unos chupitos.

—¡Sí, a mí también! —exclamé como una boba.

Salimos juntos del piso sin que nadie se percatara de nuestra ausencia. Pensé que bajaríamos al chino de la esquina para comprar una botella de tequila, aunque no sabía si teníamos limones en casa para tomar los chupitos como es debido. Con las prisas no me había acordado de llevarme el bolso, por lo que esperaba que David tuviera dinero encima. Pero entonces vi que mi vecino se disponía a subir las escaleras, por lo que me quedé

completamente descolocada.

—¿Dónde vas? —pregunté.

—Arriba, a mi casa. Creo que tengo en mi despensa una botella de José Cuervo que puede servirnos muy bien. ¿Me acompañas?

—Claro —asentí.

Visto en perspectiva, quizás no debería haber subido a casa de David en mi estado. Los dos solos, en su ático, con una botella de tequila de por medio. Sonaba oscuro y peligroso, y lo peor es que entonces me pareció una magnífica idea. ¿Qué podía perder?

Yo controlaba, me dije entonces como la mayoría de las personas que han bebido una copa de más. No ocurriría nada fuera de lo común: recogeríamos la botella y bajaríamos enseguida a continuar la fiesta con el resto de nuestros amigos.

Aunque no ocurrió exactamente así...

Capítulo 19

El cartero siempre llama dos veces

David abrió la puerta de su casa y entramos enseguida. Me hizo acompañarle hasta la cocina y me dijo que buscara unos limones en la nevera mientras él iba a por el tequila. “Este chico está en todo”, pensé entonces, aunque no fui capaz de encontrar la dichosa fruta.

—¡No encuentro los limones, David! —grité como una loca como si el dueño del piso se encontrara en la otra punta de la ciudad.

—Mira en los cajones de abajo del refrigerador, ahí no los vas a encontrar —le escuché decir con aire de suficiencia.

Entonces lo entendí, menuda idiota. Acostumbrada a frigoríficos combi, de los que tienen el congelador en la aparte de abajo, había abierto la puerta superior sin percatarme de que en ese modelo de nevera todo estaba situado al revés. Y claro, en el congelador no iba a poder encontrar los limones.

—¡Madre mía, soy lo peor! —exclamé en voz alta sin vergüenza alguna—. Parece que estoy algo más borracha de lo que presuponía.

—Te sienta muy bien ese estado, Lucía, te encuentro más divertida...

Esa frase la escuché a escasos centímetros de mi oído y pegué un respingo al percatarme de la cercanía de David. Se había plantado ante mí en un visto y no visto, mientras yo seguía haciendo la pánfila con el frigorífico, incapaz de encontrar lo que andaba buscando. ¿Qué narices me pasaba?

—¿Necesita ayuda, señorita? —dijo con retintín David mientras se pegaba a mí, todavía plantada delante de la puerta abierta del frigorífico. El frescor interior me calmó un poco la calentura, que ya no sabía si se debía al bochorno veraniego de esa noche o al fuego que comenzaba a subirme por dentro y que amenazaba con arrasarlo todo.

David me rozó imperceptiblemente y yo sentí crepitar todas las terminaciones de mi cuerpo. Suspiré con más fuerza de lo que hubiera querido y él me escuchó, al parecer satisfecho. Cuando me quise dar cuenta David me besó en el cuello desde atrás, con dulzura, y yo me dejé hacer. Un escalofrío recorrió entonces mi cuerpo y no quise parar.

Seguía de espaldas a mi atractivo vecino, pero él se las apañó para cerrar

la puerta del frigo sin golpearme y darme la vuelta con delicadeza. Nos quedamos frente a frente, a muy pocos centímetros el uno del otro, y me preparé para lo inevitable.

Su ataque fue demoledor. David se apoderó de mi boca y me besó con pasión, con ansia de mí. Al principio me sentí un poco violenta, mareada incluso por el influjo del alcohol y la situación, pero enseguida me acostumbré. Mis sentidos se agudizaron como por arte de magia y pude sentir el sabor salado del sudor en su piel o el regusto amargo de su lengua tras una noche de excesos etílicos.

Lo más curioso es que aquello me excitó y me animó a unirme a él con mayor entusiasmo. David me apretó contra la pared de la nevera y pude sentir su erección apoyada en mi bajo vientre. ¡Madre mía, qué poderío! Si aquello llegaba a ser la mitad de lo que prometía iba a verme en un pequeño problema.

Sí, no voy a mentiros. Me noté mojada enseguida, una extraña sensación a la que no estaba muy acostumbrada, por mucho que mis amigas hubieran intentado aleccionarme durante el último año. Sentí la respiración entrecortada de David en mi oído, mientras él me comía la boca y el cuello con un ardor juvenil, y perdí completamente la cabeza.

Le cogí del culo y le apreté contra mí, presa de una excitación para la que no estaba preparada. Yo me había vestido con una falda de vuelo no demasiado larga, sin pantis debido al calor, y una blusa escotada. Y él llevaba unos bermudas y una camiseta ajustada, por lo que podía palpar sus músculos marcados a través de la escueta tela.

A David pareció gustarle mi iniciativa y siguió con su ataque, cada vez más incisivo. Bajó las manos y buscó también mis nalgas, muy accesibles debajo de la falda. Me había puesto un diminuto tanga negro de encaje, por lo que no tuvo problemas en acceder a los cachetes, agarrándolos y amasándolos con unos movimientos que me estaban volviendo loca mientras no dejaba de besarme y frotarse contra mí.

¿Qué demonios estaba haciendo?, pensé en un segundo de lucidez. Mi lado más salvaje demandaba el menú completo tras unos entrantes tan suculentos. Pero me permití un momento de duda que no dejé asomar al exterior, no quería que mi acompañante se asustara y parara de complacerme.

Yo era una mujer hecha y derecha, alguien que lo había perdido todo para reinventarse y surgir con más fuerza, un pequeño ave fénix que se merecía todo lo bueno que pudiera sucederle después de varios desengaños.

Y sí, David no sería el hombre de mi vida, pero estaba muy bueno y yo necesitaba un poco de cachondeo. Me lo merecía, y no pensaba pedir perdón por ello, ni mucho menos. ¡A la mierda la mojigatería!

Esos pensamientos lascivos tuvieron que iluminarme por fuera, porque noté a David más excitado incluso, si es que podía ser posible. Quise desembarazarme un poco de él al sentirme atrapada entre su pecho y la puerta de la nevera, pero él no me dejó hacer. Cuando me quise dar cuenta me dio la vuelta, me colocó frente a la encimera, levantó mi falda y se apoyó contra mi culo. Notaba la dureza del tremendo bulto a través de su pantalón corto, colocado justo en el medio de mis nalgas, y el sofoco subió de nivel. Y claro, con tanta excitación ni me percaté de su siguiente movimiento.

Sin soltarme en ningún momento, utilizó su mano derecha para tocarme los senos, el cuello y el rostro. Sus dedos recorrieron mi cara y se perdieron en mi boca, donde acabaron mientras yo los degustaba con fruición animal. Pero lo mejor estaba por llegar: su otra mano se había introducido entre mi minúsculo tanga y buscaba su premio sin que yo pudiera impedirlo.

Al contrario, me apreté más contra él cuando noté sus dedos en mi interior. Mi humedad pareció sorprenderle para bien y enseguida noté que no era la primera vez que se veía en una situación similar. Con movimientos lentos, muy profesionales, fue recorriendo los labios de fuera adentro, hasta que llegó a su destino: el clítoris. Para entonces yo estaba a punto de perder el sentido y oleadas de algo que no podía controlar me anegaron por completo.

David masajeó mi pequeño botón del placer con un gusto exquisito, mientras me mordía la oreja y se apretaba contra mi culo con mayor fuerza. Yo estaba cachondísima, pero él no me iba a la zaga. Y entonces ocurrió algo inesperado.

De pronto sus dedos salieron de mi interior, dejándome huérfana de unos movimientos que me estaban volviendo loca. Solté un reproche inaudible, pero no tuve tiempo de protestar demasiado ante el siguiente movimiento de mi vecino. David se apartó un poco de mí, apoyó mi torso sobre la encimera y me dijo al oído, con una voz ronca que me puso a mil:

—Ahora no te muevas.

Con las piernas totalmente estiradas y mi cuerpo apoyado sobre la cocina, en forma de L invertida, me encontraba totalmente expuesta. No sabía lo que iba a ocurrir a continuación, pero estaba deseando averiguarlo. Mis inhibiciones habían pasado a mejor vida y sólo quería que David me diera algo para recordar durante mucho tiempo.

Noté que se acercaba de nuevo a mí y metía sus manos debajo de mi falda. Creí que iba a volver a la carga sobre mi palpitante vulva, pero me equivoqué de pleno. Sus dedos vigorosos agarraron la cinturilla del tanga y tiraron con fuerza, rasgando la prenda interior sin apenas esfuerzo. ¡Me había arrancado las bragas sin inmutarse! Eso no me había sucedido nunca, y la sensación de libertad, mezclada con la sensual exposición de mi cuerpo desnudo, me hizo sentirme poderosa: yo era una diosa y David quería adorarme cómo me merecía.

Al instante siguiente noté como el chico se agachaba detrás de mí y metía la cabeza bajo mi falda. Yo seguía sin moverme, con el pecho sobre la encimera y los brazos a los lados, sujetándome con fuerza ante las acometidas que creí llegarían enseguida. Y efectivamente, no me equivocaba. Noté unas ligeras cosquillas al sentir la barba de tres días de David rozando contra la delicada piel de mis nalgas y la parte interna de los muslos. Aunque la verdadera fiesta comenzó cuando su boca ansiosa terminó por devorarme desde atrás sin dejar un resquicio por recorrer.

—¡Arghhhh! —exclamé sin poder evitarlo al sentir su lengua en mi interior.

Casi pierdo la noción del tiempo, extasiada ante la maravilla que David me estaba regalando. Tenía que tener la cara empapada de mí, ya que era incapaz de controlar mi organismo ante la poderosa combinación de estímulos a los que estaba sometiendo mis zonas más erógenas. Tuve que morderme el labio para no gritar como una loca, aquello iba a acabar conmigo.

La maravillosa sensación que me invadió entonces me avisó de lo inminente: un brutal orgasmo se abría paso desde mis entrañas y no hice nada por evitarlo. Con los ojos cerrados y la cara apoyada sobre la encimera, estiré mis brazos buscando un asidero al que agarrarme para no perder pie ante la llegada del devastador tsunami. David seguía a lo suyo, lenta y metódicamente, sin perder en ningún momento el ritmo.

La llegada del clímax me sacudió por entero, desatando una furiosa explosión que buscaba salir al exterior desde las profundidades de mi ser. Gemí extasiada, con las pulsaciones a mil por hora, y grité de placer cuando por fin estallé en una cascada de sensaciones inimaginables. Mis brazos se movían sin control, igual que las piernas que me flojeaban, aunque David seguía sujetándome para que no me moviera. Y entonces escuché un pitido extraño:

—¿Qué leches...?

La boca de David se había separado de su postre y yo protesté, aunque entonces noté más cercano ese pitido rítmico y repetitivo. Estaba perdiendo la concentración y no entendía nada. Hasta que sentí unas fuertes manos que me levantaban en volandas y me alejaban de la encimera, dándome la vuelta en un santiamén.

—¡Cuidado, Lucía! No querrás acabar en Urgencias.

Yo no entendía nada, aunque desde luego el que iba a acabar en el hospital iba a ser él si no terminaba lo que había empezado. Quería tenerle dentro de mí y mi mirada anhelante, pidiéndole más, no pareció surtir efecto. Entonces me hizo un gesto con la barbilla, señalando a mi izquierda, y yo me giré un poco para ver a qué se refería.

¡Santo Dios! Había estado a punto de quemarme viva con la vitrocerámica eléctrica. Su modelo era diferente del nuestro, que se encendía con botones situados en la parte inferior, justo encima del horno. En su caso era una superficie táctil y, sin querer, al mover los brazos y buscar un apoyo con mis manos, había puesto en funcionamiento las dos placas más alejadas. Me podía haber quemado de la forma más tonta pero ni siquiera me lo planteé en esos momentos. Lo único que no quería era que se nos pasara el calentón, y para ello quise poner de mi parte, quitándole hierro al asunto.

—Menos mal que te has dado cuenta —susurré con una voz irreconocible hasta para mí. Parecía que el orgasmo había afectado a diferentes partes de mi cuerpo y yo me sentía en la cima del mundo. La potencia del clímax me dejó casi sin fuerzas, pero parecía haberlas recobrado tras el pequeño susto, y ahora sólo quería retornar a la batalla sin perder más el tiempo—. ¡Eres mi héroe!

Y dicho esto pegué un salto y me abracé con fuerza a David, con las piernas en el aire. Él se sorprendió durante un instante, pero enseguida se recuperó y comenzó a besarme de nuevo, mientras sus manos me sujetaban el culo para que permaneciera pegada a él.

—La cocina tiene mucho peligro —susurró en mi oído mientras yo perdía el control al rozar mis zonas más sensibles contra él—. Te voy a llevar a otro lado.

Y dicho esto se dio la vuelta y conmigo a cuestas, abrazada como un koala, comenzó a atravesar su piso. Me pareció distinguir en un lateral el pequeño estudio que tenía montado para sus cuadros, como taller de pintura, pero yo prefería fijarme en otras cosas. David me llevó hasta su habitación en

un santiamén y supe que había llegado el momento.

Me depositó entonces en la cama y yo me quité la falda como pude, mientras él luchaba con los botones de mi blusa. Me quedé totalmente desnuda sobre la colcha de su cama de matrimonio, respirando fatigosamente y mirándole con devoción. Las palabras recorrieron mi mente y salieron afuera sin que yo me diera cuenta.

—No me dejes así, David. ¡Fóllame de una vez!

Mi vecino sonrió ante mi salida y comenzó a desvestirse de forma lenta y deliberada, mirándome de un modo tan lascivo que hizo que me humedeciera de nuevo. ¡Joder, le quería en mi interior! Estaba a punto de gritárselo en la cara, fuera de mí, cuando terminó de quitarse la ropa y se acercó a la mesilla en busca de un preservativo.

Yo permanecía medio incorporada en la cama mientras contemplaba los movimientos de David. Su cuerpo fibroso brillaba con el sudor que el verano y la refriega entre nosotros había generado en esos gloriosos minutos. Entonces me tumbó totalmente sobre el lecho, se colocó sobre mí y de una certera embestida se perdió en mi interior con una fuerza que me dejó sin aliento.

Ya lo había notado al sentir su erección contra mi cuerpo, minutos atrás, y eso que llevaba todavía la ropa puesta. Pero al verle completamente desnudo, con toda su potencia desatada mientras se colocaba el condón, supe que no me había equivocado. David iba muy bien dotado y su enorme pene se acababa de introducir en mi caliente vagina.

Quizás no era tan exagerado como el amante de Andrés, pero no iba mal armado. Lo noté enseguida, cuando se fue abriendo hueco en mi interior sin miramientos, provocando que las paredes elásticas que rodeaban su miembro se estiraran para dar cabida a semejante músculo viril.

David comenzó a moverse con mayor velocidad, mientras se clavaba en mí sin conmiseración alguna. Yo notaba el peso de su cuerpo y protesté, pero entonces él se levantó un poco, se apoyó en sus brazos y siguió bombeando con mayor intensidad. Yo levanté entonces las caderas para facilitarle la penetración, pero la posición hizo que le notara más adentro. Sentí entonces una extraña mezcla de placer y dolor ante la puñalada de carne que me atravesaba, pero no quise parar ni un segundo.

—¡Me vuelves loco, Lucía! Joder, eres la hostia...

David gruñía cerca de mi rostro y entonces cambió de estrategia. Metió sus manos debajo de mi culo, —parecía que le gustaban mis nalgas, de algo

había servido el gimnasio para tener un culito más respingón—, lo levantó y acercó hacia él, y siguió con su incansable ritmo. Parecía a punto de correrse, pero yo no quería que terminara tan pronto.

—Para un momento, por favor —conseguí rogarle sofocada—. Quiero subirme yo.

Paró un instante y me miró con curiosidad. Amagó una sonrisa cínica y salió de mí, permitiéndome que yo me incorporara mientras él ocupaba mi lugar, tumbado boca arriba en la cama. Me coloqué entonces a horcajadas sobre él y de un certero golpe me metí su pene en mi interior ante la mirada complaciente de mi amante.

Era mi turno y pensaba aprovecharlo. Comencé a moverme de atrás adelante y de arriba abajo, dejando que su miembro saliera casi por entero de mí antes de que me lo volviera a introducir con un ritmo que pareció entusiasmarle. Busqué mi particular punto de apoyo y enseguida lo encontré, notando como mi clítoris rozaba también contra su pubis cuando me movía de determinada manera.

Podía haber conseguido un nuevo orgasmo enseguida, algo que ni siquiera me sorprendió aunque no lo hubiera experimentado demasiadas veces en mi vida. Pero quise probar una cosa diferente y sorprender de nuevo a David con un movimiento inesperado.

Me apoyé entonces con las manos sobre la cama, coloqué también las plantas de los pies sobre el colchón y me di un pequeño impulso, colocándome en cuclillas sobre él. Desde esa posición, que no me costó demasiado gracias a los ejercicios de yoga, comencé a subir y a bajar con una lentitud exquisita, mirándole a los ojos mientras me clavaba su polla de forma premeditada.

David se excitó muchísimo al verme en semejante postura y me pedía más, pero yo no alteré mi ritmo. Él buscaba su propio orgasmo y yo le hacía sufrir, mientras subía y me dejaba caer con malévola lentitud, en movimientos acompasados que nos estaban volviendo locos a los dos, pero de distintas maneras.

Abandoné esa posición y volví a cabalgarle de la forma habitual, ahora sí buscando mi propia meta. No me preocupé por David y seguí moviéndome al compás de una imaginaria música que sólo oía en mi cabeza, cayendo desmadejada sobre él cuando el clímax me inundó de nuevo con una potencia superior a la del primer orgasmo.

Me quedé unos segundos sobre él, respirando trabajosamente, mientras

David subía y bajaba sus caderas casi por inercia. Cuando me recuperé un poco dejé que saliera de mí y me coloqué a cuatro patas sobre el colchón. Le miré con lascivia, moví el culo de forma provocativa y me pasé la lengua entre los labios para que viera que seguía muy cachonda. “Es tu turno, guapo”, le dije en silencio con mis ojos mientras me preparaba para su acometida.

Él no se lo pensó durante más tiempo y me empaló desde atrás. Me cogió de las caderas y comenzó a castigarme sin piedad, con unos movimientos que amenazaban con romperme por dentro. Tuve que aguantarme las ganas de gritar, aunque el placer extremo se sobreponía sobre la intensa sensación que me destrozaba las entrañas. Sentí incluso un cachete de David en el culo antes de que gruñera y se corriera de forma larga y brutal antes de soltar una especie de estertor y derrumbarse sobre mí.

Una vez fuera de mi cuerpo me dio un cariñoso beso en los labios y se fue al baño para quitarse el preservativo y lavarse un poco. Yo me quedé unos momentos extasiada, recuperando el resuello, mientras pensaba en que me habían echado el mejor polvo de mi vida. ¡Hasta mis amigas estarían orgullosas de mí! Me sentía plena, satisfecha y feliz, sin pensar en las tonterías pecaminosas que siempre me habían inculcado.

Sí, el sexo es maravilloso y eso nadie lo puede negar. Quizás nunca sería una firme defensora del sexo sin compromiso, del aquí te pillo aquí te mato, pero a nadie le amarga un dulce. Había disfrutado como una loca y había hecho cosas que jamás hubiera imaginado. Pero no me sentía culpable, para nada. No había hecho nada malo, y el subidón de endorfinas me había dejado un rastro de felicidad que no quería ni podía reprimir.

—¡Cara de recién follada, eso es lo que tienes tú! —me imaginé decir a Patricia en cuanto me viera aparecer por la puerta.

David no era el hombre de mi vida, y no pensaba tener una relación con él, —tampoco pensaba yo que fuera ésa su intención—, pero debía agradecerle que me hubiera abierto las puertas a un mundo que desconocía. Casi veinte años casada con un tío que acabó siendo gay y en un solo rato este chico me había regalado dos orgasmos gloriosos que me iban a dejar un cutis estupendo.

Era la mejor manera de despedirme de ese edificio y comenzar una nueva vida. La antigua Lucía Iriarte había muerto y no pensaba echarla de menos. ¡Hasta nunca!

Capítulo 20

El comienzo de una nueva era

El chute de endorfinas que me proporcionó el *affaire* con David me sirvió como *lifting* para la piel durante unos pocos días. Pero su efecto se pasó enseguida y hoy, casi dos meses después y llegando al final del verano, quedaba en mi recuerdo casi como una simple anécdota.

—Te lo tengo dicho, Lucía, hay que seguir practicando. Que si no se olvida lo aprendido y vuelta a empezar.

Patricia estaba tumbada en mi terraza, tostándose como un langostino a la plancha, mientras pontificaba sobre lo divino y lo humano. Y yo que pensaba haberme librado de sus dardos envenenados, que fueron de los más crueles cuando se enteró de lo ocurrido en el ático de mi antiguo edificio.

Durante esa noche para el recuerdo quise alargar la velada con David, por aquello de que muy posiblemente nunca me volviera a cruzar con él. Además, no me apetecía bajar todavía a la que ya casi no podía ni considerar mi casa, aunque lo hubiera sido durante muchos meses, porque en mi habitación sólo quedaba una muda limpia, una pequeña maleta a medio hacer y muchos buenos momentos que siempre llevaría conmigo.

Y no era sólo la nostalgia la que me incitó a quedarme en el piso superior, es que no quería que mis amigas se cachondearan de mí cuando me vieran aparecer con esa cara de felicidad que delataba lo que había estado haciendo durante todo ese rato.

Así que aproveché la coyuntura, retocé un poco con David en su cama y una cosa llevó a la otra... El chico tenía buen aguante y se recompuso enseguida, por lo que, ni corto ni perezoso, me regaló una segunda sesión de sexo más estupenda que la anterior, que ya es decir. Y mi organismo, generoso él, se lo agradeció con un triple salto mortal del que no había disfrutado en mi puñetera vida.

—¿Cinco orgasmos en un rato? No me jodas, Lucía, no te lo crees ni tú —me soltó Patricia cuando se enteró, al día siguiente, de los detalles más succulentos del “enfrentamiento” vecinal.

—Igual nuestra amiga es multiorgásmica y no se había enterado.

¡Alabado sea el vecino del quinto!

Sonsoles me guiñó el ojo y yo no supe dónde meterme. ¿Tendría razón mi amiga? En esos momentos ni me lo planteaba, pero la verdad es que había disfrutado como una loca y no me sentía culpable para nada. ¡Qué me quiten lo bailao!, como se suele decir.

Y eso que esa noche me libré del escrutinio de mis amigas, pero no a la mañana siguiente. Bajé a casa sobre las cuatro de la mañana, justo cuando los últimos invitados abandonaban el inmueble. Tuve suerte ya que no tenía llaves del piso y no me apetecía buscar a Patri, que seguía desaparecida. Me confirmaron que Sonsoles también se había ido y cuando entré en casa me la encontré desierta. Aproveché la ocasión y me metí en mi habitación para pasar una de las últimas noches en las que dormiría en ese piso de Tetuán al que había tomado tanto cariño.

Ya en el nuevo día, con una resaca de narices, recordé que las tres habíamos quedado para comer y hacer una pequeña despedida entre nosotras. Fue bien durante los primeros minutos, incluso Sonsoles se metió con la benjamina cuando le recordó con quién se había ido a su habitación, pero entonces ambas cruzaron sus miradas y yo temblé ante la inquisitiva pregunta de Patricia:

—Por cierto, pendón, ¿dónde te metiste anoche?

—Nada, acompañé a David a buscar una botella de tequila. Ya ves, después de tanto alcohol todavía nos apetecían unos chupitos.

—Es verdad, os vi salir juntos. Recuerdo ahora que pensé en pedirnos hielo si salíais a la calle, seguro que el chino de la esquina tenía bolsas a buen precio.

Sonsoles lo dijo sin mala intención, pero yo bajé la cabeza y ella se dio cuenta. Allí había gato encerrado y ella no pensaba soltar el hueso.

—Un momento..., ahora que caigo. ¿A qué hora volviste? Yo estaba tonteando con el amigo guiri de Pedro y no recuerdo haberte visto de nuevo. Al rato me marché y no pude despedirme de ti, creía que ya te habías ido a la cama. Y como la pedorra de Patri estaba cabalgando a lo amazona con su maromo, pues me largué a casa.

—Esto, yo... —balbuceé sin saber cómo salir del embrollo—. Es que el chino no tenía el tequila que buscábamos y David creyó que guardaba todavía una botella de José Cuervo en su despensa. Así que subimos a buscarla y...

—¡Nooo! ¿En serio? Joder con la mosquita muerta.

—Perdonad que os interrumpa —dijo Patricia—, pero sigo empanada.

¿De qué leches estáis hablando? No será que...

Mi joven amiga tardó en reaccionar, quizás porque no se creyera que yo, por fin, me hubiera liado la manta a la cabeza. Sonsoles asintió enérgicamente y yo me ruboricé, temerosa de lo que pudiera pasar a continuación.

—¡No me jodas, cabrona! ¿Te has tirado al tío bueno del vecindario? La madre que te parió, has conseguido lo que yo llevo años intentando.

—¿Cómo dices? —pregunté por cambiar el foco de la conversación.

—Nada, cosas mías. He tenido mis más y mis menos con David durante los últimos tiempos. Ya sabes: insinuaciones, puyitas, chascarrillos y demás, pero nada serio. Y ahora llega la monjita ésta y nos da en las narices a todas. ¡Queremos detalles!

—¡Ni de coña!

Evidentemente tuve que claudicar y la charla acabó derivando hacia temas tan personales como el número de orgasmos que había disfrutado durante la noche anterior. El color grana no se bajaba de mi rostro, pero tengo que reconocer que me sentó bien contárselo a mis amigas y desdramatizar el asunto.

—Lo que yo te diga, Sonso; aquí la Lucía se ha olvidado del calvo de Málaga a base de polvazos. Si está todo inventado, ya lo ves.

—No me seas burra, anda. Ha estado bien, no lo voy a negar, pero ya está. Yo me voy del barrio y me llevo un estupendo recuerdo de David, pero nada más. Ninguno de los dos quiere prolongar esto más allá de lo que es, un polvo de una noche. Por una vez, y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con este tipo de relaciones con las que yo no había confraternizado en mi vida.

—Un estupendo recuerdo dice la zorróna —intervino Sonsoles—. Ni baba de caracol ni leches en vinagre, no veas qué bien te ha dejado el cutis el muchacho. ¡Estás resplandeciente!

Las bromas continuaron un rato más, pero salí mejor parada de lo que pensaba. Y lo que fue mejor para mi mente: yo no me castigaba interiormente por haberme comportado como cualquier otra mujer de mi edad en la misma situación. No le debía nada a nadie ni tenía que dar más explicaciones.

Terminé la mudanza, me instalé en el nuevo piso y pocos días después comencé también mi nueva aventura laboral. Muchos cambios en poco tiempo que tuve que acomodar a mi vida sin mirar atrás. Sabía que ese verano me tocaba currar sin vacaciones, para eso fui la última en incorporarme al

departamento a mediados del mes de julio, pero no me importaba. Estaba contenta con mi nuevo puesto y pensaba dejarme los cuernos para triunfar allí.

De todos modos, conseguí escaparme un fin de semana a Mallorca con las chicas. Sonsoles tenía amigos hasta en el infierno y nos invitó a pasar unos días con ella en el casoplón de un conocido suyo que se lo dejaba casi regalado. No quise preguntar el tipo de relación que mantenía o había mantenido con él, seguro que más íntima de lo que podía presuponer, y menos cuando tenía la oportunidad de disfrutar de ese pisazo en Porto Cristo.

También tuve tiempo de pasar un fin de semana largo con mi hija durante el mes de agosto. Me pedí un par de días, aprovechando el puente de mediados de mes, y acompañé a Carol a un viaje que siempre habíamos soñado hacer juntas: una escapada a Londres. La capital inglesa es mejor visitarla en verano, aunque de todos modos no nos libramos de la lluvia y el fresquito, justo cuando en la meseta castellana el termómetro rondaba los 40º grados centígrados.

Me sentía plena, feliz y a gusto conmigo misma. Me estaba realizando como persona y sacando adelante mis planes más inmediatos. Sabía que sería difícil y que surgirían complicaciones, pero estaba dispuesta a luchar por mis sueños. Me sentía llena de energía, con ganas de comerme el mundo, y nadie me iba a impedir conseguir los objetivos planteados.

Con tanto ajeteo tampoco tuve demasiado tiempo para preocuparme de otro asuntillo que me había estado rondando por la cabeza durante las últimas semanas. Ya sabéis, esa cabecita mía que no deja de maquinarse ni estando dormida. Sí, habéis acertado: mi relación con Martín, o cómo demonios se llamara aquello.

Al final operaron de nuevo a su hijo y al parecer salió todo bien. Martín permaneció en Málaga durante casi todo el verano y se tranquilizó un poco cuando comprobó la evolución del niño. Pude incluso bromear con él y charlábamos algunas noches, ya fuera por *whatsapp* o por teléfono.

—No veas que bonita está la luna sobre el Mediterráneo esta noche. Me encantaría que estuvieras aquí para enseñártela...

Eso me soltó un domingo por la noche, después de un rato chateando entre los dos, justo cuando estaba a punto de apagar el móvil para irme a dormir, que el lunes llegaba enseguida. Y claro, el corazón se me aceleró y me turbé como una tonta. Menos mal que mi añorado *Michelangelo* no podía verme la cara, estaba muerta de vergüenza.

—Ya habrá tiempo, te lo aseguro. Ahora sólo tienes que preocuparte de tu hijo y nada más.

Fui una cobarde, no quise seguirle la corriente y tiré balones fuera. Sí, me puse muy nerviosa: no estaba preparada para ese tipo de conversación, y eso que sólo era a través de mensaje y no cara a cara. No recuerdo bien lo que escribí a continuación, pero sé que le dije alguna tontería más y me despedí con la excusa de tener que madrugar.

El tiempo transcurría a toda velocidad sin que me diera cuenta y el verano llegaba a su fin. Agosto dio paso a septiembre, aunque en la capital el calor no había menguado ni un ápice. Llevaba un par de semanas que tenía poco trato con Martín, el profesor de historia andaba un poco disperso o eso me parecía a mí. O quizás no le había gustado mi reacción ante su romántico alegato después del complicado verano que había pasado, pero es que yo no soy mucho de cursiladas. O eso pensaba hasta que me dieron en los morros con una demostración que jamás olvidaría.

Nunca me lo hubiera imaginado, ésa es la realidad. Me engañaron como a una tonta y caí en el ardid sin darme cuenta. ¿Quién se podía esperar algo así? Y menos en un caluroso sábado de mediados de septiembre, sobre las siete de la tarde, cuando recibí una llamada de Sonsoles, que parecía un poco alterada.

—Perdona que te moleste, guapa. ¿Podrías bajar al VIPS de la esquina de tu casa? Es que tengo un problema gordo y me gustaría comentártelo.

—¿Qué pasa, Sonso? No me asustes, por favor...

—Tranquila, estoy bien, ahora te lo explico. ¿Puedes bajar ahora?

—Claro, dame cinco minutos para que me ponga algo decente.

Estuve a punto de mandarle un mensaje a Patricia para ver si sabía lo que le pasaba a nuestra amiga, pero pensé que quizás Sonsoles no quería que ella lo supiera y por eso me había avisado sólo a mí. No perdí más tiempo en elucubraciones y me puse un short fresquito, una blusa y unas sandalias cómodas. No iba a salir a la calle con la ropa andrajosa con la que estaba en casa, pero tampoco era cuestión de ir de tiros largos cuando mi amiga me necesitaba y me llamaba a esas horas con tanta urgencia.

Ni siquiera me planteé que fuera una tontería bajar a la calle a esas horas, con la solanera en plena ebullición, cuando Sonso podía haber subido a mi casa y disfrutado del carísimo aparato de aire acondicionado que había instalado nada más probar las excelencias de vivir en un ático interior en el centro de Madrid. Sí, en el VIP's también se estaría fresquito y podríamos

devorar unas tortitas con nata acompañadas de batido para aplacar las penas, pero algo me olía mal en todo ese asunto.

Llegué a la entrada del VIP's unos minutos después, asfixiada por el bochorno que impregnaba mi barrio, sin encontrar ni rastro de mi amiga. Miré a ambos lados de la calle, por si estuviera llegando, pero no la divisé en ningún lado. Me imaginé entonces que estaría dentro, tal vez ya sentada en uno de esos típicos sofás esquineros de sky de uno de los establecimientos más conocidos en Madrid gracias a su amplia red de franquiciados, esperándome bajo el chorro del aire acondicionado.

Así que traspasé las puertas del local, dispuesta a buscar a Sonsoles y a pedirme algo con mucho hielo para no acabar deshidratada. Miré en derredor y no la encontré por ninguna parte, por lo que le mandé un mensaje al móvil avisándole de mi llegada.

El maître del local me preguntó entonces si quería mesa y le dije que estaba esperando a una amiga. Sonsoles no había visto siquiera el mensaje y me mosqueé un poco, por lo que la llamé directamente por teléfono. “Apagado o fuera de cobertura en esos momentos”, respondió una voz metálica cuando marqué su número.

Yo no entendía nada, ¿qué le habría sucedido? Cuando me llamó con tanta urgencia pensé que ya estaría esperándome allí, pero ahora parecía que tenía el móvil fuera de cobertura, como si se encontrara en el suburbano, a muchos metros bajo el suelo de Madrid. No sabía qué hacer, pero el maître se acercó de nuevo para sacarme de dudas.

—Disculpe, señorita, creo que la persona que está esperando ya se encuentra en el interior de nuestro local. Si es tan amable de acompañarme...

Sonreí al escuchar lo de “señorita” en boca de aquel chico que seguramente era más joven que yo y no iba a ser yo la tonta que le llevara la contraria. Lo que me parecía raro es que no hubiera cobertura en el interior del local y que Sonsoles hubiera tenido que avisar al encargado para que me llevara hasta ella.

Seguí al maître un poco distraída y no me percaté de lo que realmente sucedía. Hasta que el señor me señaló una mesa donde supuestamente se encontraba mi acompañante de esa tarde. Ese perfil me sonaba, pero no era precisamente el de Sonsoles.

Entonces se giró y el respingo que dio mi estómago me avisó de que aquello no era ningún espejismo: ¡se trataba de Martín, en carne y hueso! ¿Qué narices hacía allí? Y lo más importante, ¿por qué Sonsoles me había

engañado?

—Hola, Lucía, me alegra verte de nuevo —dijo Martín tras levantarse de su sitio y acortar la distancia que nos separaba en dos zancadas.

—Esto..., Martín, ¿qué tal? ¡Menuda sorpresa!

Nos saludamos con dos cariñosos besos en las mejillas y un tímido abrazo, todavía no repuesta de la inesperada sorpresa. Iba a matar a mi amiga por semejante encerrona, o por lo menos por no haberme avisado con antelación. Me encantaba que Martín estuviera de nuevo en Madrid, aunque fuera de forma temporal, pero no había podido prepararme para semejante encuentro después de tanto tiempo sin vernos cara a cara.

—Tienes que perdonar a tu amiga, ha sido todo culpa mía. Quise darte una sorpresa y ella me ayudó, nada más.

—Pero yo..., no entiendo nada, la verdad. ¿Tú conoces a Sonsoles? Ah, sí, qué tonta, del *Speed Dating*.

Había caído en la cuenta nada más decirlo en voz alta, pero ese dato no me ayudó a clarificar lo sucedido. ¿Martín y Sonsoles se conocían de algo más? No quería pensar mal, pero la situación no me cuadraba.

—Es muy fácil de entender, ya lo verás. Tengo un amigo, Tomás, que ha salido con Sonsoles un par de veces. Sé que la conoció también en el *Speed Dating* y, cuando me comentó más cosas de la famosa Sonsoles supe que yo también había coincidido con ella. Y claro, entonces comprendí que Sonsoles era tu amiga y podría ayudarme.

—No conozco a tu amigo Tomás, pero sigo sin comprender por qué Sonsoles me ha llamado hace un rato con una urgencia y yo...

—No se lo tengas en cuenta, fue cosa mía. Como te comentaba, una cosa llevó a la otra y entonces, hace unos días, le pedí a Tomás el teléfono de Sonsoles. Hablé con ella, le comenté la sorpresa que quería darte y tu amiga accedió de buen grado. Sólo me pidió que te tratara bien si no quería morir entre terribles sufrimientos.

—Sonso es una buena amiga, me quiere mucho. Pero ésta me la guardo, ya me las pagará.

—Y aquí estamos de nuevo, Lucía. Por cierto, perdona, soy un maleducado. Con tanta explicación se me ha pasado mencionarte una cosa.

—¿El qué? —pregunté como una tonta.

—¡Que estás espectacular! El verano te ha sentado fenomenal y ese morenito playero te queda muy bien.

Martín dijo esa frase mientras me echaba un vistazo de arriba abajo,

medio en broma medio en serio, y yo tuve que disimular mi azoramiento como pude. Le golpeé cariñosamente en el hombro y le respondí:

—¡Tú sí que estás moreno! Tanto tiempo en la Costa del Sol tenía que notarse de alguna manera.

—Ya te digo y no veas cómo me brilla la calva —bromeó—. Tengo que echarle bien de crema para que no se me queme, pero tiene algo bueno. Se me ve a distancia en cualquier lugar y así no me pierdo.

—Anda, no seas bobo.

Pedimos unos refrescos cargados de hielo para mitigar el intenso calor de esa tarde de finales de verano, aunque el climatizador del local funcionaba a pleno rendimiento y allí se podía estar a gusto. Y más al estar en compañía de Martín, un chico al que había echado de menos más de lo que yo suponía en un primer momento.

Enseguida se pasó la sorpresa, y olvidé la encerrona que me había hecho Sonsoles. Ni siquiera pensé en que no fuera vestida para la ocasión ni en que no hubiera podido prepararme con antelación para una cita con Martín después de todo el verano separados. Tal vez fuera mejor así, como quitarse una tirita de golpe para que el dolor se pasara lo más rápido posible. Enseguida me sentí cómoda en su presencia, me relajé y disfruté de la compañía de un hombre que me llamaba mucho la atención.

Martín estaba muy contento porque su hijo se había recuperado bastante bien, y comenzaba a llevar una vida más o menos normal.

—Los críos son de otra pasta, ya sabes. Adrián es un luchador y nos ha dado una lección a todos. En poco tiempo estará jugando al fútbol con sus amigos, ya me lo ha avisado. Yo le he dicho que poco a poco, pero es un torbellino de vitalidad.

—Me alegro mucho por vosotros, es una estupenda noticia. Entonces, ¿te vas a quedar ya en Madrid?

No sé si Martín notó el grado de ansiedad de mi voz al hacerle esa pregunta, pero él me contestó enseguida con una frase que me agradó:

—Sí, vuelvo a mi casa, que la tengo muy abandonada. Seguiré yendo a Málaga con frecuencia, sobre todo durante estos primeros meses tras la operación, pero creo que puedo retomar mi vida donde la abandoné. Y así dejo también en paz a Carmen y a su familia, que se han portado de maravilla conmigo.

El agujón de los celos quiso asomar por el horizonte, pero no le di tregua. Además, el tono con el que Martín hablaba de su ex esposa no tenía

por qué alarmarme. Yo era una mujer moderna, o por lo menos pretendía serlo, y tenía que acostumbrarme a esa situación si quería llegar a tener algo con Martín. Su hijo era lo más importante de su vida, como lo era Carol para mí, y sabríamos separar ese tipo de cosas como personas civilizadas.

—Vaya, es fantástico. ¿Vas a volver entonces a dar clases?

—Sí, ya lo he hablado con el director de mi centro. Me reincorporo a mediados de este mes para el comienzo del nuevo curso escolar. Creía que no iba a echar de menos a esos cabroncetes, pero yo no soy de años sabáticos. Me he dado cuenta de que añoro la enseñanza. Y también echaba otras cosas de menos.

—¿Ah, sí?

—Claro que sí, Lucía. Por ejemplo, esto.

Y sin encomendarse a Dios ni al diablo, me tomó el rostro con ambas manos y me besó dulcemente en los labios. Me pilló totalmente de improviso y los colores se me subieron enseguida, aunque afortunadamente no se me notaron gracias al bronceado. Me aparté lentamente, algo avergonzada por besarme en público con él, pero enseguida me recompuse. Llevaba tiempo esperando ese momento y no podía comportarme como una chiquilla.

—Ummm, la verdad es que yo también echaba de menos estas cosas. Aunque me ha sabido a poco, para que engañarte.

—Sí, a mí también, pero ya habrá tiempo. Antes quería comentarte otra pequeña sorpresa que te tenía preparada.

—¿Otra más? Te aseguro que encontrarte aquí ya ha sido toda una sorpresa, no sé si estaré preparada para más sobresaltos de ese tipo.

—Bueno, igual no, pero tenemos tiempo. Tengo reserva para cenar en un sitio que espero que te guste y no sé si querrás cambiarte de ropa. Aunque para mí estás perfecta así, que conste en acta.

Entonces me percaté del atuendo de Martín. Vestía unos chinos de lino y una camisa del mismo tejido, algo fresquito para esos días tan calurosos. Arreglado pero informal, aunque bastante mejor vestido que yo, por mucho que él intentara adularme. No iba hecha una piltrafa, pero tampoco podía presentarme así para cenar en un restaurante.

—¿Se trata de un sitio muy elegante?

—No mucho, no te preocupes. Tengo reserva para las diez, así que tienes tiempo de arreglarte si quieres. El restaurante no está demasiado lejos de aquí, entre Chueca y Alonso Martínez; podríamos ir casi andando, pero con este calor no es lo más aconsejable.

—Ok, subiré entonces a casa a cambiarme, que luego me entran las prisas —dije algo alterada, los nervios comenzaban a apoderarse de mí. Tomar un refresco no podía considerarse una cita, ni las cañas de la Plaza Mayor en su día, por no hablar de los siete minutos del *Speed Dating*. Nuestra primera cita de verdad tendría lugar esa noche, y yo no me había preparado mentalmente para ello—. ¿Cómo quedamos luego?

—Vengo a buscarte de nuevo y vamos juntos en taxi o en metro si te apetece. O quedamos directamente allí si lo prefieres, no hay problema.

—Dame la dirección, por si acaso. Y si no te digo lo contrario por teléfono, nos vemos allí sobre las diez menos cuarto. ¿Te parece bien?

—Por mí perfecto, nos vemos allí entonces.

Fui yo la que entonces se levantó, le besé en la mejilla con algo de recato y salí de allí camino de casa. No quería ponerme histérica, y menos en presencia de Martín, pero necesitaba a mis amigas. O por lo menos a Patricia, con Sonsoles ya hablaría yo largo y tendido otro día.

En cuanto salí del VIP's llamé a mi amiga, rezando para que estuviera en casa y no tuviera planes para esa tarde. Enseguida la localicé y se prestó de buena gana para echarme una mano en cuanto le comenté por encima lo que sucedía.

—Ya sabía yo que me llamarías, necesitas mi toque mágico para triunfar. Ya verás, ésta va a ser tu gran noche.

—Eso espero, Patri, creo que me lo merezco —contesté rememorando el chasco de mi cita con Carlos. Tenía que alejar esas horrendas imágenes de mi cabeza y centrarme en lo más inmediato. Pero entonces la claridad se abrió paso en mi mente y caí en la cuenta—. Un momento... ¿tú también estabas al tanto de la llegada de Martín?

—Bueno, sí, un poquito... —confesó—. Sonsoles me lo comentó el otro día y me he tenido que morder la lengua para no contártelo y chafarte la sorpresa.

—¡Ten amigas para esto!

Mientras esperaba a Patricia me fui dando una ducha e hidratando bien el cuerpo. Aunque nada más salir del baño ya estaba otra vez sudando, el bochorno de esa tarde era impresionante. Dejé conectado el aire acondicionado para ver si se refrescaba un poco la casa, no podía hacer mucho más.

Saqué varios conjuntos del armario y los coloqué sobre la cama. Entre tanto, Patricia llegó al vecindario y llamó al portero antes de subir a mi casa.

Un poco atacada, no voy a negarlo a estas alturas, la saludé sin recordarle la encerrona que me habían hecho y comencé a hablar a toda velocidad.

—Anda, cálmate un poco, que te va a dar algo. ¿Quieres una copa de vino o algo para tranquilizarte? —me preguntó Patri.

—No, nada de alcohol, por lo menos de momento. Ni ningún otro tipo de ayuda, ni farmacológica ni de ningún tipo. Quiero estar despierta y alerta para la cita.

—Pues no sé yo, te veo pelín histérica. ¿Qué te pasa, Lucía? Si ya conoces a este tío, no es como si fuera la primera vez.

—Pero es que sí es la primera vez. Es mi primera cita en condiciones con Martín y quiero que todo salga perfecto. No sé, llámame tonta, pero me hace ilusión y creo que podría funcionar lo nuestro.

—¿Te gusta mucho ese chico, verdad?

—Sí, y he tardado en darme cuenta. No quiero estropearlo y me encantaría que nos fuera bien. Ambos lo hemos pasado mal y nos merecemos una segunda oportunidad en el amor.

—¡Claro que sí! Ya verás como todo sale genial.

Le conté por encima lo poco que había hablado con Martín en el VIP's, y enseguida nos pusimos a elegir prendas de ropa antes de que me pillara el toro. Probamos diversos conjuntos: de falda y blusa, con pantalones cortos y largos y, por supuesto, vestidos de todo tipo. No me convencía ningún atuendo hasta que Patricia eligió uno diferente de mi armario.

—¿De qué me suena éste? —preguntó mientras me mostraba un estilizado vestido veraniego, no demasiado corto pero sí insinuante gracias a su abertura en la espalda.

—Sí, mujer, me lo compré en Mallorca con vosotras, ¿no te acuerdas?

—Ah, sí. Ese vestido que te sentaba como un guante pero que luego no conseguimos que te pusieras ninguna noche de fiesta en la isla. Y eso que allí no te conocía nadie...

—Buff, no sé, me parece algo atrevido para esta noche.

—Pruébatelo, por favor. A ver si te convences tú misma cuando te veas en el espejo como una diosa.

Me lo puse con la lencería que llevaba puesta en casa, todavía no había elegido conjunto para salir. No me quité el sujetador y claro, la zona del enganche se veía entera por la espalda, lo que me incomodó bastante y afeaba además el resultado.

—No puedo salir así a la calle, Patri. Y no tengo tiempo ahora de buscar

soluciones originales para el sujetador, me pondré otra cosa.

—Anda, deja trabajar a las profesionales. Por un momento olvídate de tu espalda y mírate en el espejo de cuerpo entero. Sí, así: por delante y de lado.

Hice caso a mi amiga y la verdad es que ella tenía razón: me sentaba genial. Su color claro, su tejido vaporoso y el moreno de mi piel sintonizaban a las mil maravillas. La única pega era la dichosa espalda.

—¿Y si vas sin sujetador? Tú tienes un pecho estupendo, no se te caen las tetas como a mí.

—¿Estás chiflada? Sí, hombre, para que se me marque todo.

—Por favor, haz la prueba. Ya verás como no se te nota nada y te realza aún más.

No lo terminaba yo de ver, pero podría funcionar. Mis senos no son demasiado grandes, pero sí los tengo bien puestos, firmes como cuando tenía veinte años. Patricia insistió y yo terminé por resignarme, aunque de entrada no me hubiera convencido la idea.

¿Qué pensaría Martín? Ya sé que soy una idiota, pero no podía quitarme los complejos así como así. Tenía que aprender a marchas forzadas, y ésa iba a ser una lección importante. Además, los hombres son más de fijarse en el conjunto, no en los detalles. Y si conseguíamos que el conjunto resultara atractivo, lo demás no tendría importancia.

—Joder, nena, ¡estás espectacular!

—¿Tú crees? —pregunté no demasiado convencida tras la prueba de fuego.

—¿No me digas que no te sienta bien? Otra cosa es que vayas incómoda o insegura, aunque yo creo que no se te va a mover demasiado. Haz una prueba, a ver qué tal.

La verdad es que me sentía liberada sin el sujetador, como cuando me atreví a hacer *top less* con mis amigas en las playas de Mallorca. Algo que jamás había probado en todos los años de matrimonio con Andrés, —mi marido hubiera puesto el grito en el cielo y me hubiera tachado de todo, por no hablar de si semejante idea hubiera llegado a oídos de doña Mercedes—, y que resultó una experiencia revitalizadora.

El vestido no me apretaba mucho, me dejaba libertad de movimientos y no se notaba la falta de sujetador ni al caminar, ni al sentarme o mover los brazos. Hice diversas comprobaciones y tuve que darle la razón a Patricia.

—¿Me crees ahora o no? Estás para pedirte de postre, Lucía; yo no me lo pensaba ni un segundo más.

—¡Madre mía! —exclamé ante lo que pasaba por mi cabeza—. Venga, sí, un día es un día. ¡A tomar por saco el qué dirán!

—¡Ésa es mi chica! Pues nada, eso que te ahorras en lencería para la noche. Sólo te queda elegir un bonito tanga, que espero no te dure puesto mucho tiempo, y unos zapatos que estilicen aún más ese estupendo culo que se te ha quedado.

—Bueno, de momento yo sólo quiero que salga bien la cena. Después, ya se verá...

—Claro, claro. Anda, busca también unos zapatos con algo de tacón.

Me decanté por un tanga muy fino de encaje negro. Y también escogí unos zapatos que me había regalado Carol, con un tacón de unos cinco centímetros. Algo no muy exagerado para sentirme cómoda al caminar y no tener un traspié. Me hice un recogido en el pelo, me coloqué unos pendientes de aro, unas gotitas de perfume en los lugares adecuados y sólo me quedaba rematar la faena con el maquillaje para la ocasión.

—De eso me encargo yo. Lo vas a volver loco, confía en mí.

Por fin, sobre las nueve de la noche, me di por satisfecha. Le di las gracias a Patricia y me preparé para salir de casa, con las pulsaciones todavía aceleradas. Me miré de nuevo en el espejo de la entrada y me sentí orgullosa. Desde luego, habíamos hecho un buen trabajo, aunque la percha también ayudaba lo suyo. Si no me lo decía yo...

—Me voy para casa, ya me contarás. Te voy a dejar unos minutos a solas para que te relajes y salgas a comerte el mundo. Y nada de darle vueltas al tarro antes de salir, que nos conocemos.

—Ok, lo intentaré. Aunque no te prometo nada, ya sabes lo pesada que soy. Ah, y muchas gracias de nuevo por todo.

—De nada, para eso estamos. Pero luego quiero pelos y señales, tú ya me entiendes.

—No sé yo... Oye, se me olvidaba. ¿No tienes hoy planes con el chico ése con el que te estás viendo?

—¿Quién, Mateo? No, hoy no vamos a quedar porque madrugamos mañana. Me quiere llevar a hacer una excursión por El Escorial o no sé qué, está un poco loco.

—¿Vas a hacer senderismo un domingo por la mañana? ¡Madre mía! ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga Patri?

—Anda, no seas idiota. Tampoco me voy a morir por madrugar un día y respirar aire puro. Así me despejo y me refresco un poco, que este calor en la

capital me está matando.

—Bueno, bueno yo no digo nada. Hay que ver lo que se encuentra una por el Tinder ése. Un muchachote sano con el que haces otro tipo de actividades físicas.

—Sí, sí, tú mucho cachondeo, pero te recuerdo que llegas tarde a tu cita. Hala, ya nos veremos. ¡Y que usted lo folle bien!

—Mira que eres bestia.

Me despedí de Patricia y regresé a mi habitación. No podía hacer mucho más para mejorar mi atuendo, sólo me quedaba tranquilizarme. Respiré profundamente para intentar calmar mis pulsaciones, tomé un pequeño bolso de mano que me acompañaría esa noche y salí a la calle dispuesta a comerme el mundo.

Al final se me había hecho tarde y tuve que pillar un taxi para llegar a la hora convenida con Martín. Con tanto trajín en casa junto a Patricia ni me había acordado del móvil. Afortunadamente no tenía ningún mensaje ni llamada perdida de Martín, por lo que entendía que la cita seguía en pie. Y como yo no le había avisado de lo contrario, nos encontraríamos en la puerta del restaurante a las diez menos cuarto de la noche.

Cuando llegué al sitio indicado ya estaba mi acompañante esperándome. Él no se había cambiado pero no me importó, aquel atuendo le quedaba genial. Pero yo sí había mudado un poco mi aspecto desde nuestra merienda en el VIP's, hecho que no pasó desapercibido para Martín.

—¡Santo cielo! —exclamó mientras me daba dos besos muy cerca de la comisura de los labios. Parecía querer dejar los de verdad para más adelante y a mí no me importó; así me duraría algo más el pintalabios—. Estás realmente espectacular.

—Muchas gracias, Martín —contesté algo azorada. Y eso que todavía no se había fijado en mi espalda al descubierto.

Le adelanté camino de la entrada del restaurante para ver el efecto que causaba en él mi pequeña sorpresa. Me pareció escuchar un bufido de admiración, pero yo no me di la vuelta y esperé a que Martín llegara a mi lado para entrar en el local elegido.

Se trataba de una pequeña *trattoria* italiana que no me sonaba de nada, pero que a simple vista daba muy buenas vibraciones. Martín me abrió la puerta caballerosamente, pasé yo primero y después él, antes de adentrarnos en un espacio a media luz que me fascinó nada más verlo. Un sitio íntimo, romántico y muy acogedor, que en esos momentos se encontraba vacío.

—¡Qué bonito! —dije a media voz—. No conocía este sitio, es precioso.

—Pues ya verás la comida, te va a encantar. Es un restaurante italiano de verdad, no como esas franquicias que han surgido como setas en la ciudad. El dueño es un napolitano de pura cepa y ha querido traer los mejores platos del sur de Italia a Madrid, la esencia de su tierra en esta pequeña *trattoria*.

—No suelo comer pasta por la noche porque a veces me sienta un poco mal —se me escapó sin querer. ¿Qué estaba haciendo? Martín me llevaba a un sitio maravilloso, romántico de verdad, y ya estaba yo con mis pegas. Tenía que arreglar el desaguisado—. Pero adoro las pizzas y los platos de carne italianos, así que sin problema.

—Pues entonces hemos acertado. Lucca hace las mejores pizzas de masa fina en su horno de leña, ya lo verás.

Entonces apareció un señor que parecía recién salido de las películas de Sofía Loren. Un hombre grande, con pinta de bonachón y luciendo un bigote frondoso, que nos recibió como si fuéramos de la familia.

—¡Martín! *Caro* amigo, cuanto tiempo sin verte —dijo en un perfecto castellano con un ligero acento.

—Muchas gracias por recibirnos, Lucca, te lo agradezco mucho. Te presento a mi amiga Lucía.

—¡Bellísima! *È un piacere conoscerti*, Lucía.

—El placer es mío, Lucca. Tiene usted un restaurante precioso, me encanta. Y me han dicho que hacen aquí unas pizzas para chuparse los dedos.

—Oh, sí, las mejores pizzas de Madrid, horneadas con leña de encina. Y otras delicatessen que he preparado para la ocasión, ya lo veréis. Por favor, acompañadme.

Seguimos al campechano italiano, que nos colocó en la mesa central de aquel saloncito tan mono. Me fijé entonces con más detalle en la cuidada decoración, con paredes de estuco azul en un lado y ladrillo visto en otro. Fotografías de famosos artistas italianos o de paisajes del país transalpino colgaban de las paredes en un aparente caos organizado.

Las mesas tenían manteles amarillos sobre un cubre de color azul, a juego con las servilletas. Me fijé entonces en que el resto de las mesas no se encontraban vestidas, huérfanas de vajilla o cubertería. La única excepción era la nuestra, que contaba además con una vela aromática que le daba mayor calidez al conjunto.

—¿No cena nadie hoy en el restaurante? —le pregunté a Martín cuando el italiano nos dejó a solas con la carta de platos y la de vinos—. Me he fijado

en que el resto de mesas está sin colocar, y me parece extraño.

—Bueno, no, ésa es la pequeña sorpresa que te aguardaba.

—No entiendo... Me parece rarísimo que estemos solos en un sitio así una noche de fin de semana. Seguro que hay cola para comer aquí. A no ser que...

Martín me miró con gesto divertido, tal vez esperando que cayera en la cuenta. No podía ser cierto. ¿Cómo lo había hecho?

—¿El restaurante es sólo para nosotros esta noche?

—Efectivamente, premio para la señorita más bella de Madrid.

—Pero..., no entiendo nada. ¿Cómo lo has conseguido?

—Verás, Lucca es amigo mío desde hace tiempo. Cuando le llamé para reservar mesa esta noche me dijo que estaban todavía cerrados por vacaciones, abren la semana que viene. Pero el bueno de Lucca quiso hacerme el favor en cuanto le comenté que quería invitar a cenar a una persona muy especial para mí.

—¿Y lo han abierto hoy así sin más, sólo para nosotros?

—No sólo eso. Como el personal sigue de vacaciones, mi amigo se va a encargar él personalmente de todo, así que nos lo tomaremos con calma. Lucca hará de anfitrión, maître, camarero y cocinero. Espero que te guste la elección del sitio.

—¡Madre mía, no me lo puedo creer! Eres fantástico, Martín.

Y no me pude aguantar, así que le di un espontáneo beso en los labios que él aceptó de buen grado. Martín parecía encantado con mi reacción, y no era para menos.

Y es que me había dejado completamente alhelada. ¡Menudo detallazo! Martín había logrado que abrieran ese restaurante sólo para mí. Vale que Lucca era su amigo, pero me parecía algo fuera de lo común. Y claro, me sentí muy especial: era lo más romántico que habían hecho por mí en la vida.

Tuve que sonreír sin darme cuenta, alucinada ante el despliegue de medios de Martín y su amigo napolitano. ¿Me guardarían alguna sorpresita más?

—¿De qué te ríes?

—Nada, una tontería. Estoy completamente anonadada, Martín, me has dejado sin palabras. ¡Me encanta la sorpresa! Desde luego ha merecido la pena la encerrona de esta tarde. Hay que reconocer que te lo has currado.

—Eso era lo que buscaba, así que yo encantado. Pero dime, ¿en qué piensas? Te has quedado un momento en babia, justo cuando tu preciosa

sonrisa ha asomado para alegrarme el día.

—Anda, no seas tonto. Nada, pensaba en una chorrada. Me imaginaba que en cualquier momento iban a aparecer unos músicos para amenizarnos la velada con un romántico bolero. Y he sonreído por idiota, menudas ideas de bombero que se me ocurren a veces.

—No andabas tan desencaminada...

—¿Cómo dices? —pregunté alucinada.

—Sí, al final lo deseché, parece que estamos en sintonía. Pero te juro que le pregunté a Lucca y a un par de amigos, por si podía conseguir algo así. Lo vi una vez en el auténtico Floridita de La Habana y pensé que podría estar bien, aunque al final no terminé de decidirme.

—¡Estás loco!

Lucca apareció de nuevo por allí y nos encontró de muy buen humor, riendo y charlando de nuestras cosas. La verdad es que la cita había empezado genial y esperaba que siguiera esa senda trazada con tanto mimo.

—Os traigo unos típicos entrantes italianos para abrir boca, aparte de agua mineral. Y por supuesto, espero que aceptéis este regalo de la casa: un estupendo Barolo del Piemonte que os va a encantar.

—Ni se te ocurra, Lucca —terció Martín—. Bastante has hecho ya por nosotros, faltaría más. Deja esa magnífica botella de vino tinto en la mesa, eso por descontado. Pero como no aparezca después en la cuenta me voy a enfadar mucho contigo.

—*Signorina* Lucía, su amigo es un poco cabezota, como dicen por aquí. Entonces, sólo me queda haceros unas pequeñas recomendaciones para los platos principales.

—Si estás de acuerdo, Lucía, había pensado que el chef Lucca nos sorprendiera esta noche con platos de su elección. Queremos dos entrantes para compartir y dos segundos más definidos: una auténtica pizza al horno de leña y un plato de carne o pescado, nada de pasta por un día. ¿Te parece bien? —dijo entonces dirigiéndose a mí.

—Claro, por mí perfecto. Una sorpresa más en esta noche tan mágica.

—Muy bien, pareja, así lo haré. Pero Martín, ¿seguro que no quieres probar mis tortelloni al tartufo? Sé que te encantan.

—Bueno, no sé, tal vez...

—Ok, no te preocupes. El chef Lucca se encargará de todo.

Comenzamos la cena con los platos que nos había dejado allí Lucca: un antipasto con una selección de embutidos y quesos italianos, y una auténtica

mozzarella de leche de búfala con tomatitos sicilianos. ¡Estaba de muerte!

Martín me sirvió un poco de vino y tuve que darle la razón al chef. Nunca había probado el Barolo y me encantó. La noche comenzaba de la mejor manera posible y entonces me asusté, eso no era lo normal. No quise llamar al mal fario, sólo esperaba que no me sucediera ningún suceso extraño que estropeará la velada.

Ahuyenté esas ideas de mi cabeza y nos dispusimos a degustar los primeros platos que Lucca trajo un rato después. No sabría decir si había pasado mucho o poco tiempo, no me fijé en el reloj mientras disfrutaba de la grata compañía de Martín en un entorno inigualable.

—Espero que os guste mi elección. Os he traído una auténtica *Caponata* siciliana: un revuelto casero de berenjenas, cebolla, tomate, apio y olivas. Y también unos estupendos mejillones de roca en salsa de tomate.

—Tiene todo una pinta excelente, Lucca, muchas gracias.

Martín asintió y su amigo napolitano nos dejó de nuevo a solas. No sabía el tiempo que llevaba sonando, pero me pareció entonces escuchar una ligera música de fondo. Me recordó a alguna banda sonora muy conocida, pero no conseguía ubicarla. Mi mente andaba algo distraída ante el cúmulo de sensaciones encontradas que pugnaban por aflorar a la superficie gracias a los increíbles estímulos de todo tipo que me llegaban sin cesar.

La conversación fluyó de nuevo en la mesa entre risas y confidencias. El vino comenzó a subirse a la cabeza, y eso que procuré no beber demasiado sin comer. Los entrantes calientes eran una auténtica delicia y tuve que reconocer que el chef Lucca sabía lo que se hacía.

Se me pasó la noche en un suspiro, estaba en una nube. Ni siquiera me di cuenta de que nos terminamos la botella de vino y que Martín le hacía una sutil seña a su amigo para que nos trajera otro Barolo. Un vino exquisito que, ahora sí, acompañaría a los platos principales de la cena.

—He traído un poco de todo, parejita —dijo Lucca al rato. Al parecer había transcurrido más tiempo del que yo creía entre plato y plato, el pobre chef tenía que encargarse de todo, pero yo ni me había dado cuenta. El tiempo y el espacio eran relativos para mí durante esa noche y no quería pensar en nada más. Me lo estaba pasando genial con Martín y no quería que la noche se acabara nunca.

—Muy bien, amigo. ¿Con qué nos vas a sorprender esta noche?

—Traigo un riquísimo pollo *alla cacciatora* y un emperador con cáscara de naranja y queso parmesano. También he añadido un platito de tortellini al

tartufo para que lo probéis y una pizza *capricciosa*. Son raciones algo más pequeñas de lo habitual, espero que podáis con todo.

—Ummm, se me hace la boca agua —dije sin darme cuenta. Y era cierto, los platos tenían una pinta estupenda y olían de maravilla.

Yo no podía más, no estaba acostumbrada a comer y a beber tanto por la noche. Pero la ocasión lo merecía y yo no iba a hacerles el feo, ni a Martín ni a nuestro anfitrión. La comida era espectacular, no me extrañaba que los italianos afincados en Madrid acudieran a ese restaurante cuando quisieran recordar la verdadera comida de su país.

—Parece que te ha gustado la comida, Lucía. ¡No hemos dejado nada en los platos!

—Es que eso es pecado, ya sabes. Y más con estos platos tan deliciosos, Lucca es un magnífico cocinero. ¡Un artista de los fogones!

—Sí, eso es cierto. Pero no lo digas muy alto, que ya tiene el ego muy inflado —bromeó entre susurros.

—Qué pena que ya se acabe la cena, he disfrutado como una enana. Con la comida sin dudarlo, pero sobre todo con el entorno y la maravillosa compañía. Muchas gracias, Martín, me he sentido muy especial durante toda la velada.

—Gracias a ti, Lucía. Me alegra haberte hecho sentir así, pero es que tú ya eres muy especial para mí. Ah, y no se ha acabado la cena: queda el postre.

Mi mente calenturienta rememoró entonces la frase de Patricia durante la tarde, cuando me vio vestida para matar. Al verme así mi amiga aseguró que yo estaba para pedirme de postre y la verdad es que, en esos momentos, no me hubiera importado ser devorada por Martín de la forma más golosa posible.

Tuve que disimular delante de Martín, aunque en mi fuero interno deseaba que aquella noche terminara en la cama, juntos los dos en una sesión maratoniana de sexo. ¿A quién quería engañar? El vino, la comida italiana y la sorpresa romántica de Martín me habían puesto a cien, por no decir otra cosa.

Estuve a punto de abalanzarme sobre él en esos precisos instantes, pero entonces apareció Lucca para chafarme la idea. Tenía que controlarme, no podíamos comportarnos como dos adolescentes en presencia del italiano.

—Lo siento, pero en postres no tenéis mucha elección. Os puedo traer un poco de tiramisú, si os apetece. Y café, claro.

—Buff, yo no puedo más —dije señalándome mi tripa llena.

—Venga, sí, un poco de tiramisú para compartir. Y un café solo con hielo, por favor.

—Que sean dos.

El tiramisú estaba de muerte, la mejor manera de terminar la cena. Aunque yo pretendía rematar la faena de otra manera más física y ancestral, conocida entre los humanos desde tiempos inmemoriales.

Cuando se me ocurrió mirar el reloj comprobé que nos acercábamos a la una de la madrugada. ¿¡Cómo podía ser!?. Llevábamos casi tres horas en la *trattoria* y no me había dado ni cuenta. Martín se levantó entonces y se acercó a la barra para pagar la cuenta, mientras Lucca nos preparaba unos chupitos de *limoncello* helado para bajar la comida.

—Muchísimas gracias por todo, amigo. Te debo una —se despidió Martín antes de abandonar el local.

—Sí, Lucca, muchas gracias —añadí—. Ha sido una velada fantástica que nunca olvidaré. Y la comida estaba de muerte, ya tengo un restaurante italiano de referencia cuando quiera quedar bien con amigos y familiares.

—Ha sido un placer, chicos —contestó Lucca entregándome una tarjeta del restaurante—. Me alegra que hayáis disfrutado con la experiencia.

Salimos de allí con algo de pena. Primero por dejar atrás ese lugar casi mágico donde habíamos cenado y segundo por regresar de nuevo al bochorno de la calle, que no remitía ni aunque fuera ya de madrugada.

—¿Y ahora, qué te apetece hacer? Me han hablado de una fiesta en el Círculo de Bellas Artes, en su terraza. Podría ser divertido.

—Lo de la terraza me suena bien —asentí—. Pero quizás podríamos tomarnos algo en otro sitio más tranquilo; yo había pensado en un tipo de fiesta más particular, en una terraza más recogidita y sin tantos invitados.

—¿Quieres decir...?

—Sí, guapo, quiero invitarte a mi casa. ¿Te apuntas? Mi terraza también tiene buenas vistas y seguro que a estas horas no nos molesta nadie.

Martín sonrió, me cogió las manos y se acercó a mí. Me besó entonces con dulzura, pero mis labios se entreabrieron ansiosos y terminamos besándonos con pasión en medio de la calle. Su cuerpo se pegó al mío y nuestras lenguas se fundieron en una, mientras la luna llena nos iluminaba en una noche cálida de finales de verano.

—Claro que me apunto, Lucía. ¿Y qué celebraremos en esa fiesta tan particular?

—Celebraremos que estamos vivos y que nos merecemos todo lo bueno que nos pase. Celebraremos habernos encontrado y nos reiremos del maldito Murphy, al que ahuyentaremos de una vez y para siempre.

—Me parece una idea estupenda.

—Ah, y celebraremos también mi cuadragésimo cumpleaños, aunque aún falten unos días para el 25 de septiembre.

—¿Cuarenta años? Eso no es nada, estás hecha una chiquilla.

—Claro, tonto. ¿No sabías que los 40 son los nuevos 30?

Y hacía allí nos dirigimos, camino de nuestro destino. Martín me cogió de la mano y paseamos por Madrid en una noche que jamás olvidaría. Nos dejamos llevar por las sensaciones, parándonos cada dos por tres para besarnos o reírnos ante cualquier ocurrencia, como si fuéramos dos jovencuelos. Ni sé cómo llegamos a mi portal unos minutos después, dispuestos a bebernos la vida a grandes sorbos.

Y si estáis esperando una escenita de sexo, cotillas, siento dejaros con la miel en los labios. Martín y yo queríamos amarnos en profundidad, con nocturnidad y alevosía, y no necesitábamos a nadie más. Sólo puedo adelantaros que la velada transcurrió incluso mejor de lo que me esperaba y que, así en confianza, algunas leyendas urbanas también se cumplen. Ya sabéis, eso que dicen de los calvos en la cama...

Además, no me ocurrió ningún suceso extraño en toda la noche, como si por fin hubiera alejado de mí ese sentimiento de *loser* que me acompañaba desde hacía casi un año. No echaría de menos al bueno de Murphy, aunque no cantaríamos victoria tan pronto.

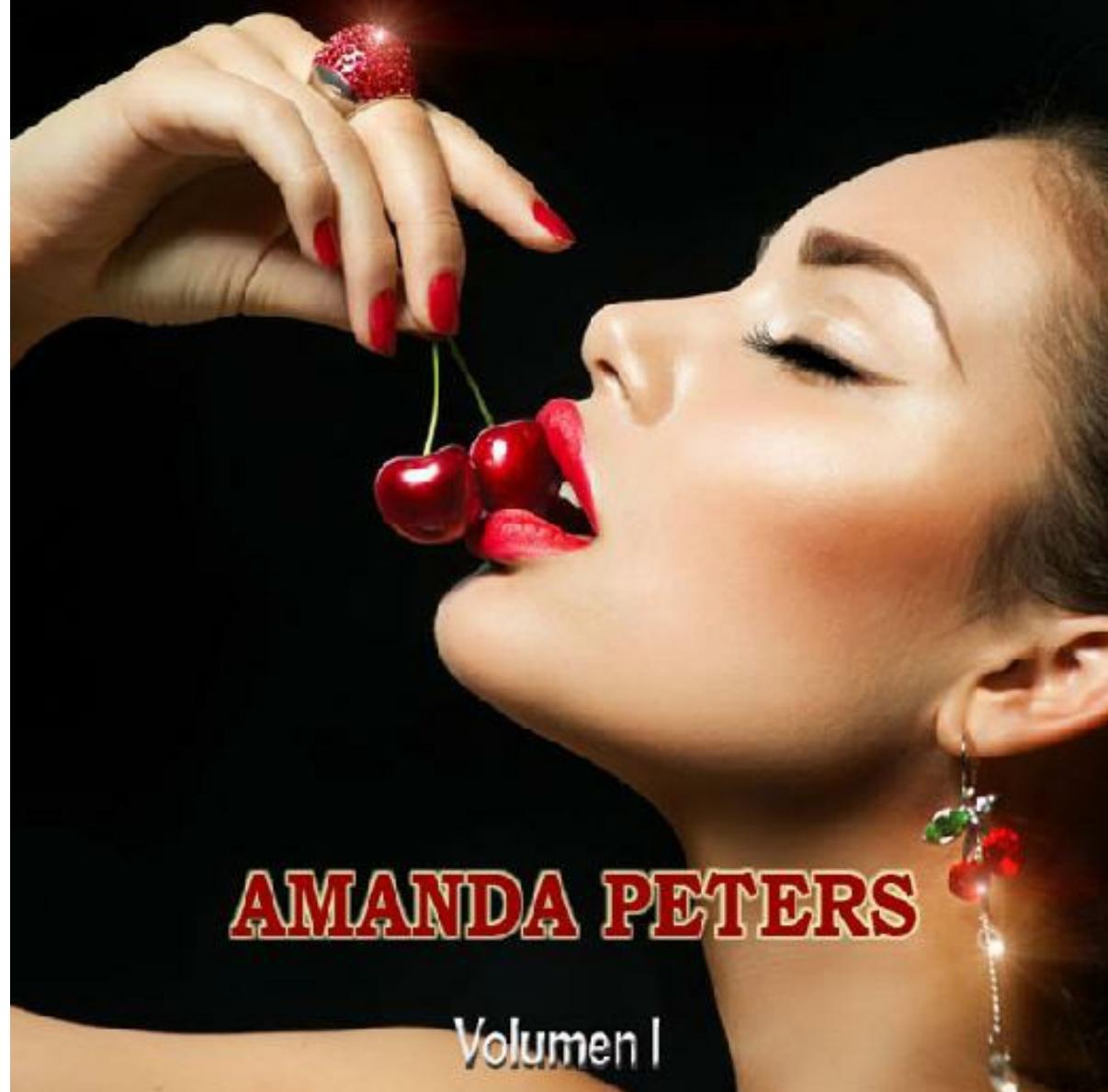
Mi vida había cambiado radicalmente, pero no me arrepentía de nada. Estaba encantada con mi nuevo piso y con el trabajo recién comenzado, pero eso no era lo mejor. Tenía a mi hija, a unas amigas estupendas y a un hombre maravilloso con el que quería comenzar una bonita historia que estaba todavía por escribir.

Pero eso, quizás, os lo cuente en un futuro más o menos lejano.

Otras obras de Amanda Peters

Los pecados de Eva (Volumen 1)

Los pecados de Eva



AMANDA PETERS

Volumen I

SINOPSIS

Eva es una joven periodista recién licenciada que abandona una pequeña capital de provincia para irse a la gran ciudad. Le ha surgido una oportunidad de trabajo en Barcelona, como meritoria en una revista de vanguardia, y no pudo dejar escapar la ocasión. La joven es acogida en casa de unos familiares lejanos, pero enseguida surgen las desavenencias y ella no termina de encontrarse a gusto. Entonces averigua que Noemí, la informática de su empresa, tiene una habitación disponible en su magnífico ático en el centro de la ciudad. Sólo tiene un pequeño inconveniente sobre el que prefiere avisarle con antelación: las peculiaridades de su otro compañero de piso.

Noemí comparte vivienda con Enrico, un atractivo italiano oriundo de la Toscana. Un misterioso hombre que oculta más de un secreto, aparte de trabajar en la noche barcelonesa. La informática advierte a Eva sobre el apetito sexual del florentino, un auténtico cazador que sale con multitud de mujeres hermosas, sin repetir nunca cita. Noemí no quiere que Eva sufra un desengaño, ni que Enrico se aproveche de su inocencia y candidez. Aparte de eso, prefiere evitar malos entendidos entre ellos llegado el caso de convivir todos bajo el mismo techo.

Eva acata esas condiciones, quitándole importancia a las palabras de su nueva amiga. No quiere rollos amorosos de ningún tipo y sólo quiere centrarse en su trabajo. Además, no cree que el italiano sea tan irresistible. ¿O sí? La realidad le golpeará con toda su fuerza cuando conozca de verdad a Enrico, una tentación demasiado golosa para cualquier mujer.

¿Podrá Eva resistirse a los encantos de Enrico o caerá rendida a sus pies? Las sorpresas comenzarán a producirse alrededor de la joven periodista, tanto a nivel personal como profesional, y entonces deberá decidir su propio camino...

Los pecados de Eva es una novela contemporánea, fresca y moderna, donde no faltan el romance, la intriga, el buen humor y un toque de elegante erotismo. Déjate seducir por las aventuras de Eva y Enrico, no te arrepentirás.

Comienza a leer esta historia en las siguientes páginas...

Capítulo 1

El encuentro

No podía apartar los ojos de aquel cuerpo atlético. Sus músculos esculpidos, repletos de vigor masculino, y un sensual ritmo que se acoplaba a la perfección a la cadencia salvaje de sus movimientos, me tenían completamente cautivada. El sudor perlaba la piel bronceada de un hombre del que sólo conocía su retaguardia.

—¡Despierta, Eva! —escuché decir en un susurro a mi lado—. Veo que te has quedado anonadada con mi compañero de piso y su “amiguita”, pero no creo que quieras que nos pillen espiándoles. Ya hemos visto bastante, salgamos de aquí.

—No, claro —contesté con el rubor prendido en mis mejillas—. Tienes razón, Noemí, mejor nos marchamos.

Recorrimos en silencio los escasos metros que nos separaban de la puerta de la calle, andando de puntillas para no llamar la atención sobre nuestra presencia. La fogosa pareja seguía dando cuenta de sus impulsos más ancestrales en la mismísima encimera de la cocina, pero nosotras no habíamos pagado entrada para disfrutar de aquel espectáculo.

¡Y menudo espectáculo! Cuando Noemí me comentó la posibilidad de alquilar una habitación en su piso compartido no esperaba semejante recibimiento. ¡Guauuu!

Mejor comencemos por el principio. Mi nombre es Eva Torres y soy originaria de un pequeño pueblo de la provincia de Toledo. En la ciudad imperial estudié Comunicación Audiovisual, y tras acabar la carrera realicé algunas prácticas en pequeños medios de prensa, nada excesivamente relevante. Hasta que se me presentó una gran oportunidad que no podía desaprovechar dada mi inexperiencia profesional hasta ese momento.

La conocida revista de sociedad, moda y cultura *Women Style* organizó un concurso para encontrar nuevos talentos. Les gustó mi carta de presentación y la resolución que ofrecí para los retos planteados en su concurso online. El premio: una plaza de asistente editorial en sus oficinas centrales.

Y ahí radicaba el primer y más importante escollo para mi despegue en el mundo del periodismo actual, la ubicación de la central de *Women Style*, la nueva cabecera de vanguardia en el tercer milenio: Barcelona.

Y no es que no me gustara la idea de olvidarme de la sociedad cerrada y casi medieval de un pequeño pueblo de la Mancha. Al contrario. Estaba más que harta de que cualquiera de mis conciudadanos supiera todos los detalles de mi vida, y encima se creyeran con derecho a opinar sobre ellos. Vecinas que sabían si entrabas o salías, a qué hora te levantabas o te acostabas, y sobre todo, con quién te relacionabas. Un ambiente asfixiante que estaba deseando dejar atrás.

Durante los estudios universitarios iba y venía todos los días de la facultad a casa, ya que me separaban pocos kilómetros de Toledo. Y por supuesto, había visitado en numerosas ocasiones Madrid con familiares o amigos. Pero la capital siempre me había agobiado un poco, debido al tráfico y a la aglomeración de gente; sobre todo en diciembre, cuando mis padres se emperraban en ir al centro para sus compras navideñas. Un caos generalizado en el que no me podía imaginar verme envuelta a diario, por mucho que quisiera escapar de mi jaula rural.

Acababa de cumplir 23 años y no había visto mucho mundo, esa era la realidad. Me creía una mujer de mi tiempo, pero todavía no estaba del todo preparada para lo que me sucedería meses después en Barcelona, una ciudad que me cambiaría para siempre.

Así que, después de mucho pensarlo y discutirlo con mis padres, decidí aceptar el trabajo. El sueldo no era una maravilla, y menos para vivir en una ciudad tan cara como Barcelona. Pero quería ver mundo, escapar del yugo paterno y disfrutar de la vida. La juventud se pasa deprisa y yo quería experimentarla a tope, disfrutar de ella. Aunque nunca sospeché que llegaría a experimentarla de esa manera...

Afortunadamente, mi padre tenía unos primos carnales que vivían en Barcelona. Una pareja cincuentona que no había tenido hijos, y que estarían encantados en acoger a su familiar durante una temporada, por lo menos hasta que me hiciera a la vida en la Ciudad Condal y pudiera buscarme otra cosa.

Días después me presenté en su casa, situada cerca del Camp Nou, en un barrio bastante acomodado de la ciudad. Santiago y Consuelo formaban una pareja algo peculiar por lo que pude ir atisbando en aquellos primeros días. Oriundos también de Toledo, emigraron a Cataluña treinta años atrás y

empezaron a progresar poco a poco. Santiago era un reputado industrial y su mujer se dedicaba a tareas filantrópicas, pero enseguida me di cuenta de que me habían acogido a regañadientes, sólo por hacerle un favor a mi padre. Un matrimonio conservador que me miraba por encima del hombro sin disimulo alguno, una actitud que no estaba dispuesta a consentir durante mucho tiempo.

Como yo no quería ser un estorbo para nadie, decidí comenzar a buscarme un piso propio. Los precios eran prohibitivos para mi salario mensual, que era bastante reducido al haber firmado un contrato de formación durante mi primer año en la revista. Me aseguraron que si trabajaba duro, el contrato se revisaría al alza una vez transcurrido ese primer año, pasando a formar parte de la plantilla como editora júnior con un contrato indefinido, un salario bruto acorde con el puesto y unas retribuciones variables que eran la envidia del sector.

Tuve entonces que bajar el listón y comenzar a buscar pisos compartidos para alquilar una habitación. Siempre había vivido en el hogar familiar, por lo que se me hacía bastante cuesta arriba meterme en el primer sitio que encontrara. Había escuchado auténticas barbaridades sobre los compañeros de piso de algunos amigos de la facultad, y con mi suerte tenía casi asumido que mi caso no sería muy distinto.

—Eva, tengo trabajo para ti —aseguró Marta, mi jefa directa.

Me acerqué corriendo a su mesa, pero enseguida comprobé que eran tareas rutinarias. Aparte de hacer fotocopias y llevar cafés, todavía no había podido demostrar mi valía en la revista. Y eso que Marta era una tía competente con la que no me llevaba mal, aunque de momento no confiaba en mí demasiado. Tenía pinta de pija engreída y reprimida, y esperaba que poco a poco relajara algo su gesto conmigo.

Aunque siempre he sido una chica tímida para ciertos temas, a morro no me ganaba nadie. Y si había que lanzarse, pues allá que iba la primera. En casa tengo dos hermanos mayores y nunca me lo pusieron fácil, así que mi genio fue desarrollándose con el tiempo, al igual que mis habilidades innatas para salir del paso y solucionar cualquier problema que se me presentara.

Me hice amiga de los diseñadores y maquetadores de la revista, asegurándoles que controlaba de Photoshop y herramientas análogas. Nunca fui una experta, pero además del curso que había hecho en una academia de prestigio, siempre me gustó trastear por mi cuenta. Así que Marc y Josep me adoptaron como su mascota, y me dejaban ayudarles con sus tareas cuando

mi jefa no estaba en la oficina, que era bastante a menudo.

Y gracias a ellos conocí también a Noemí, una de las informáticas de la empresa. En un mundo de hombres, ella era la auténtica frikie. No había asunto técnico que no controlara, y si no sabía de algo, se ponía a investigar por su cuenta. Yo siempre he sido un desastre para esas cosas, pero curiosamente nos caímos de fábula desde un principio. Noemí era un auténtico mirlo blanco que no se había marchado a alguna empresa más grande porque allí se encontraba a gusto, aunque a las dos semanas de entrar yo en la revista me confesó que tenía un pequeño problema.

—Vaya faena, Paul se marcha a su tierra durante un tiempo indefinido y no sé qué voy a hacer yo ahora —me dijo mientras tomábamos un café a media mañana.

—Lo siento, Noemí. Espero que sea por trabajo y vuelva pronto a tu lado —comenté por animarla, desconociendo el tipo de relación que llevaban.

Por lo visto, Paul era un fotógrafo freelance que colaboraba de vez en cuando con nuestra revista. Aunque irlandés de origen, era un enamorado de España y llevaba ya algunos años viviendo en Barcelona. Se trataba de un hombre algo bohemio con miedo al compromiso, según me confesó Noemí, y por eso ella temía que no regresara.

—Ya sé que es una oportunidad para él organizar esa gran exposición en Dublín, pero no me fío de esas lagartas pelirrojas. Apuesto a que me lo quieren quitar —dijo mi nueva amiga.

—Tranquila, seguro que Paul está aquí de nuevo mucho antes de lo que te piensas.

—Ojalá tengas razón. Encima me deja con un pufo importante. Él pagaba un tercio de los gastos del piso compartido en el que vivimos, pero ahora me tocará buscar a alguien para poder asumir el alquiler y demás. Y me da mucha pereza...

Los ojos se me iluminaron nada más escuchar esta frase. Comencé a esbozar una ligera sonrisa mientras miraba detenidamente a Noemí, esperando que saliera de ella. ¡Por fin podría salir de casa de mis primos!

—¿Qué te pasa, Eva? —preguntó confundida—. Esa sonrisa extraña y esos ojos mirándome tan fijamente me están dando muy mal rollo, ja, ja.

—Pero, Noemí, ¿no te das cuenta?

—¿Cuenta de qué? Lo siento, guapa, últimamente ando algo empanada. Me tendrás que perdonar, pero no te entiendo...

—Vale, a ver si ahora me captas. ¿A quién conoces, recién llegada a la

ciudad, que busca desesperadamente un sitio dónde alojarse? Te daré una pista: es una chica muy maja, limpia, sencilla, ordenada, no fumadora y muy, muy responsable...

—¡Joder, soy idiota! —exclamó alborozada—. Perdona, ni había caído. Aunque la verdad, no sé yo si querrías vivir con nosotros. Mi otro compañero de piso es algo peculiar.

—Ya será menos, no me asusto tan fácilmente —repliqué muy segura de mí misma, sin saber en el lío en el que me iba a meter.

—Bueno, bueno, ya lo verás por ti misma. Mejor quedamos a la salida de la oficina, nos tomamos algo y te lo cuento con calma.

—Ok, por mí estupendo. Nos vemos entonces a la salida. Ciao.

Regresé a mi sitio algo más contenta, esperando que llegara la hora de marcharnos para hablar más tranquilamente con Noemí. Mi jefa me pilló despistada en más de una ocasión durante aquella jornada, y eso que yo todavía ignoraba las consecuencias de aquella conversación con la informática. Quizás si me hubiera estado calladita...

El bueno de Marc, que se rumoreaba tenía sus más y sus menos en el plano sentimental con alguien de la revista, quiso conocer más de mi trabajo y me pidió que le enviara algún artículo que hubiera publicado, o algo en lo que estuviera trabajando. Decía que yo tenía mucho potencial, y que no debía permitir que me tuvieran todo el año efectuando labores de becaria.

Naturalmente, le agradecí el gesto y le pase varios escritos: algunos viejos artículos publicados en la Facultad, otros que salieron en medios digitales de mi provincia y un pequeño reportaje en el que trabajaba en mi tiempo libre sobre las desigualdades sociales a raíz de la crisis económica. No tenía muchas esperanzas en lo que pudiera hacer por mí un maquetador, pero tampoco quería quedar mal con él.

Por fin terminó aquella tarde tan soporífera y pudimos abandonar la oficina. Noemí me esperaba en la puerta de la calle con cara de circunstancias. Quizás se lo había pensado mejor y se estaba arrepintiendo de haberme comentado lo de su piso. Era algo normal. Yo era una pipiola recién llegada del pueblo y ella una mujer hecha y derecha (rondaba la treintena), con varios años de experiencia profesional y un bagaje personal que ya quisiéramos muchas.

—Te veo un poco seria, Noemí, espero que no haya ningún problema —dije para romper el hielo al ver su rictus.

—No es nada, no te preocupes. Es sólo que he tenido una pequeña

bronca con Paul por teléfono hace un rato y no estoy para muchas historias.

—Bueno, pues ya hablaremos otro día, no pasa nada. Mejor nos vamos a casa y descansamos. Mañana lo verás de otra manera, ya lo verás.

—De eso nada, monada. Tú y yo nos vamos ahora mismo a un garito muy *chic* que han abierto cerca de mi casa, en el Eixample. Ya sabes, un *after work* de esos tan típicos en la Gran Manzana. Nos tomamos un *Cosmopolitan* o lo que surja, te cuento un poco lo del piso y de paso me desahogo con alguien diferente.

—Vale, por mí encantada —contesté con disimulo. En mi pueblo no existían ese tipo de establecimientos y no quería quedar como una palurda, así que le seguí el rollo.

Noemí tenía un Mini Cooper aparcado en una de las pocas plazas de garaje que nuestra empresa tenía asignadas en el sótano del edificio de oficinas. Se notaba que estaba bien considerada en la empresa, era un activo importante y era tratada con deferencia por los jefazos. Veinte minutos después encontrábamos un hueco para su coche a escasos metros del local en cuestión, por lo que ni siquiera tuvimos que dar muchas vueltas en aquella calurosa tarde del mes de junio.

—Bueno, pues ya estamos aquí. ¿Qué te parece el local? —preguntó Noemí nada más sentarnos en unos taburetes altos e incómodos.

—Está chulo el sitio, me gusta. Se nota que aquí viene gente con clase —contesté como una imbécil al fijarme en la clientela del Barney's, el nombre de un garito que no pensaba frecuentar por mi cuenta y riesgo.

Había mentido a sabiendas, ya que aquel tugurio no me hizo demasiada gracia. Muy frío e impersonal, con una decoración minimalista en tonos blancos y negros que no era para nada acogedora. Metal por doquier, cuadros ultramodernos de esos que no entiende nadie y unos parroquianos bastante alejados de mis amigos de Toledo. Mejor cerraba la boca para no meter más la pata delante de mi nueva amiga.

—Sí, se ha puesto muy de moda. Como verás está lleno de ejecutivos que acaban de salir de trabajar y se quieren tomar la primera antes de una noche loca o simplemente relajarse un poco antes de volver a casa. Aquí también puedes ver a algún actor e incluso me han dicho que viene a menudo algún jugador del Barça.

—Ah, muy bien —contesté por decir algo. De actores sabía algo más, pero de futbolistas la verdad era que no tenía ni idea, ni tampoco me interesaban demasiado. Decidí atacar yo primero, no se me fuera a escapar

viva Noemí—. Bueno, me tienes en ascuas. ¿Cuál es el secreto inconfesable de ese pisito en el que vives?

—Veo que no se te ha olvidado —replicó Noemí con una sonrisa—. Tranquila, el piso está muy bien. De hecho es casi un chollo. Se trata de un ático reformado con más de cien metros cuadrados, tres habitaciones, un salón grande, cocina, dos baños y una terraza espectacular sobre un esquinazo en este mismo barrio, muy cerca de aquí. Y como el contrato tiene cláusulas antiguas, no nos pueden subir la renta. Si lo pagamos entre tres personas te sale una cuota mensual de 250 euros más gastos.

—¡Madre mía! —exclamé anonadada—. ¡Pero si es una ganga! Imagino que ese piso pueden alquilarlo por el doble si quieren.

—Claro, de ahí el chollo. El contrato está a nombre de un familiar mío y con alguna argucia legal que no viene a cuento, yo me hago cargo de él desde hace tiempo y no me pueden subir la renta, que es de 750 euros al mes. El edificio es antiguo pero está rehabilitado, y el piso por dentro fue reformado en el año 2010, está impecable. Además, tienes derecho a cocina, televisión en cada cuarto y conexión a Internet de alta velocidad. Y una terraza de la que te vas a enamorar en cuanto la veas...

—Pero entonces, no lo comprendo. ¿Cuál es el problema?

Noemí me miró con rostro serio, sopesando su respuesta. Yo no entendía aquel misterio, ni qué le podía ocurrir al piso o a sus inquilinos. Cualquiera en mi situación mataría por poder alquilar una habitación en esas condiciones. En un piso de lujo, en uno de los barrios de moda de la ciudad, y a dos pasos de todo: el centro, la playa, el trabajo y las zonas de ocio. Un auténtico chollazo.

—El problema se llama Enrico Manfredi, ese es el fallo que tiene el piso. Paul y yo compartíamos piso con él, y ahora que Paul se ha marchado no sé qué hacer con este chico.

—Hombre, no sé cuál será la situación legal, pero si el contrato está a tu nombre y no quieres tenerle de compañero, imagino que podrías encontrar fácilmente otras personas interesadas en vivir allí, ¿no?

—Verás, es un poco más complicado que todo eso.

Noemí me contó toda la historia. Por lo visto el italiano y Paul eran amigos desde hacía varios años. Enrico había tenido algún tipo de problema personal y Paul le rogó a Noemí para que pudiera compartir piso con ellos ya que no tenía dónde ir. Después mejoró su situación económica, pero el italiano nunca abandonó un piso en el que estaba tan a gusto. Y a Noemí no

le caía excesivamente bien, según me confesó finalmente.

—No es mal chico, pero no me gustan los ambientes que frecuenta. Además, con Paul se cortaba algo más, pero ahora... Presiento que estando a solas conmigo, o incluso contigo o cualquier otra compañera femenina que llegara al piso, podrían empezar los problemas.

—¿Qué tipo de problemas? —pregunté algo asustada.

—Tranquila, no es peligroso ni nada de eso. Simplemente es que es un animal sexual y se cree que todas las mujeres tenemos que caer rendidas a sus pies. Va de divo, aunque en el fondo yo creo que es sólo una pose para esconder su inseguridad innata.

—Ah, vale, creía que era otra cosa. El típico italiano que se cree que está estupendo y da la brasa a todas las chicas. Ya me he enfrentado a ellos en Torremolinos, no hay problema. Y creo que tú también sabrás mantenerlo a raya. Y si se pone tonto, le amenazas con echarle y punto.

—Ya te digo que es más complicado que todo eso. Paul y yo..., bueno, es una larga historia. Digamos que Paul le debe una y yo lo estoy pagando por él, aunque mi maldito irlandés esté a miles de kilómetros de aquí. Ah, y en cuanto a lo de que Enrico se cree que está estupendo, es la verdad. No sólo que se lo cree, sino que lo está...

—No será para tanto, tampoco voy a caer rendida a sus pies según le vea aparecer —repliqué con aplomo.

—Yo no estaría tan segura. Es un tío guapo a rabiar, está buenísimo y sabe tratar a una mujer. De hecho, lo más normal es que suba una diferente cada noche a casa. A mí no me gusta ese tipo de actitud, pero llegamos a un acuerdo tácito en su tiempo y ahora no me atrevo a romperlo.

—Vaya, ahora me has picado la curiosidad —afirmé rotunda—. No te preocupes, si ése es el único problema del piso, yo me postulo como compañera tuya. ¿Tengo que rellenar alguna instancia?

—Bueno, mejor te cuento algo más de este tipo, no quiero que salgas corriendo en la primera semana si decido que te vengas al ático con nosotros. No me gusta cambiar de compañeros tan a menudo y a ti te estoy cogiendo cariño, eres casi como la hermana pequeña que nunca tuve. Veamos...

Noemí comenzó a contarme detalles sobre su compañero de piso. Por lo visto el tal Enrico era de origen florentino, un niño bien que había discutido con sus padres por motivos que mi nueva amiga desconocía. Renunció a la asignación paterna, (al parecer su familia tenía más de una villa en la Toscana), y se largó de su país en busca de aventuras con tan sólo 20 años.

—Es un tío muy educado pero tiene esa mirada peligrosa, ya sabes, como de haber vivido mucho; esos ojos profundos con los que te atraviesa, avisándote de que no te puedes descuidar de un momento si no quieres caer en la perdición. Una mezcla extraña de príncipe azul y maleante de los bajos fondos, un canalla de sonrisa dulce y franca con cara de no haber roto un plato en su vida y a la vez, con el gesto inequívoco de alguien que sabe muy bien lo que se trae entre manos. No sé si me explico con claridad.

—Quizás demasiada. Aunque por lo que intuyo al escuchar tus palabras le conoces demasiado bien, o has sufrido en tus propias carnes la ambivalencia del Maquiavelo italiano.

—Bueno, yo no diría tanto. O sí, tal vez tengas razón. Bueno, el caso es que no me fío de él, y lo sabe. Mantenemos las distancias sin llegar a ser fríos el uno con el otro, aunque hemos tenido más de una trifulca —aseguró.

—Ya veo...

Noemí me contaba todo aquello con las mejillas arrojadas, casi con pasión en sus frases y sus gestos al describirme al bello italiano. O mucho me equivocaba, o aquel efebo la había hecho daño en más de un sentido. No era de mi incumbencia, y tampoco me afectaba para empezar a vivir en el piso con ellos dos. Aunque si las chispas empezaban a saltar entre ellos, ya fuera por tirarse los trastos a la cabeza o por arreglar sus diferencias en la cama como buenos mediterráneos, tal vez la presencia de una extraña en su vida no fuera lo más apropiada en esos momentos.

—Perdona, Noemí, pero yo no quiero ser un estorbo. Quizás primero debáis arreglar vuestras diferencias y después buscar un compañero de piso. Creo que tendríais que hablar entre vosotros y aclarar la situación antes de involucrar a una tercera persona.

—Tranquila, no pasa nada. Nos llevamos bien, sólo te estoy poniendo sobre aviso. No quiero que el Don Juan de la Toscana te apabulle con su imponente presencia y te deslumbré nada más llegar. No es oro todo lo que reluce, sólo eso.

—No, si al final querré conocer a ese tío más de lo que había previsto —afirmé entre sonrisas.

—Soy idiota, al final será culpa mía si te sucede algo. El pecado de lo prohibido siempre nos tira, es algo innato a nuestra naturaleza. Tranquila, sólo quería que fueras con cuidado. No me apetece que mi colega te meta en su cama a la menor oportunidad, te dé la patada al día siguiente y tengamos que convivir los tres en una situación un tanto violenta. Sólo eso... —aseguró

algo triste.

—Me ha quedado claro, tú tranquila. En estos momentos quiero centrarme en mi nuevo trabajo, encontrar un hogar y aclimatarme a la ciudad. No tengo tiempo ni ganas de buscar ningún rollo con tíos, por lo menos de momento.

—Ok, ya veremos si dentro de unas semanas opinas lo mismo — contestó casi con resignación.

Seguía sin convencerme la actitud de Noemí, quizás había algo más detrás de todo aquel alegato. Yo necesitaba un lugar dónde vivir y aquella parecía una buena oportunidad, pero no quería meterme en medio de nada.

Noemí aseguró que Enrico era un compañero ideal en otros aspectos de la convivencia diaria: limpio, ordenado, sabía cocinar y no daba mucha guerra, excepto cuando se subía a casa a alguna espectacular belleza que hubiera conocido en la noche barcelonesa.

—Te lo aseguro, Eva, no sé de dónde las saca. En ocasiones he estado incluso tentada de unirme a la fiesta, le he visto con chicas de una belleza deslumbrante.

—Pero tú quieres, digo..., no sé, perdona, ¿a ti te gustan...? —aventuré como una auténtica paleta.

—No, ¡qué va! Era broma, mujer —contestó con un gesto que no supe discernir en ese momento—. Lo que quería decir es que el muchacho tiene buen gusto a la hora de elegir compañeras de lecho. Y te aseguro que cuando viene con alguien le escucha medio vecindario, suele ser algo escandaloso. El resto de la semana casi ni coincido con él.

—¿Y eso?

—Buff, sus horarios son criminales. Suele trabajar de noche, dormir por la mañana y por las tardes se marcha al gimnasio o vegeta en el sofá, va por rachas. Y los dos días que tiene libres a la semana los suele aprovechar bien, te lo aseguro.

—¿En qué trabaja, si puede saberse? —pregunté ya curiosa por aquel personaje que pretendía fuera mi nuevo compañero de piso.

—En la noche, de ahí no le sacas. Por eso te decía que no me gustan sus compañías: portero de discoteca, relaciones públicas, bailarín, camarero, DJ y yo creo que hasta gigoló si se tercia. La verdad es que prefiero no saberlo. Él paga sus facturas a tiempo y yo no pregunto nada más. Ojos que no ven, corazón que no siente.

—¿En serio? —inquirí cada vez más alucinada.

Noemí me miraba como si yo fuera un pobre pajarillo que había caído en una telaraña difícil de atravesar. Seguramente pensaba que me estaba dejando deslumbrar por la historia fascinante de aquel trotamundos con cara y cuerpo de ángel. Resopló a conciencia, tal vez intentando enfocar el tema de otra manera. Y es que ambas sabíamos que su discurso no me había asustado. Al contrario, cada vez tenía más ganas de conocer al señor Manfredi...

—No me hagas caso, me gusta gastar bromas de vez en cuando— respondió con un rostro serio que no cuadraba con su afirmación—. Bueno, por lo menos yo he sido honrada y te he puesto en antecedentes. Ahora depende de ti.

—Yo estoy dispuesta a arriesgarme, no creo que sea tan malo. Además, nosotras también trabajamos muchas horas y algunos fines de semana me marcharé al pueblo, no creo que haya mayor problema. Así que sólo queda una cosa.

—¿El qué? —preguntó Noemí algo confundida.

—Conocer el piso y a su famoso ocupante, ¿no?

—Claro, perdona. El piso te lo puedo enseñar ahora si te viene bien y después ya hablaríamos de las condiciones.

—Por mí perfecto, no hay problema. En cuanto a tu compañero... — insinué con menos disimulo del que debía haber utilizado.

—Creo que de momento tendrás suerte y no coincidiréis. Hoy es su día libre y me dijo que seguramente tendría cosas que hacer y no pasaría por casa. Eso suele suceder a veces, que no venga a dormir una o dos noches de vez en cuando. Antes me preocupaba más, pero ya es mayorcito para hacer lo que le venga en gana. No soy su *mamma* italiana, que se cuide solo.

—Claro, ya te entiendo. Genial, si te parece podemos acercarnos ahora, a mí me viene bien.

—Sí, por supuesto, es un buen momento. Vamos, el piso está a cinco minutos de aquí, creo que te va a gustar.

Salimos a la calle y comenzamos a caminar por aquellas aceras que empezaban a llenarse de gente. Se acercaba la noche de San Juan, por lo visto uno de los momentos mágicos del año en la Ciudad Condal, una jornada que barceloneses y visitantes esperaban con ilusión. Y esa ilusión se transmitía en los rostros de los transeúntes con los que nos cruzábamos, ajenos a nuestros problemas, quizás esperando que llegara por fin el tan ansiado verano.

Cinco minutos después, tal y como predijo Noemí, nos encontramos

ante el portal de la que esperaba fuera mi nueva vivienda. La rocambolesca historia del italiano me había descolocado al principio, pero en el fondo sólo esperaba poder hacerme con aquel chollo, siendo una de las inquilinas de un ático de ensueño.

¿A quién quería engañar? Aunque Noemí me hubiera asegurado que Enrico no estaría en casa, yo deseaba que se equivocara en su apreciación. Notaba mi corazón acelerado, y aunque el bochorno se había adueñado de la ciudad, no podía acusar al tiempo atmosférico de mi acaloramiento en aquellos precisos instantes. Quería conocer al italiano. No, más bien lo necesitaba...

Mi mente desvariaba en mil y una aventuras surrealistas, imaginándome junto a un guapo y macizo ejemplar masculino que se desvivía carnalmente por mí, entregándome sus dones más lujuriosos en un festival orgiástico sin principio ni final. Una pasión arrebatadora en la que yo sería la protagonista principal de una historia de dos o tres rombos...

Sí, lo tenía que admitir. Pensar en aquel encuentro me había sacado de mis casillas. Notaba las mejillas encendidas tras la conversación con Noemí y algo más. O mucho me equivocaba o tendría que ducharme nada más llegar a casa y no sólo por el sofoco generalizado. Y es que la humedad que empezaba a adueñarse de mí no tenía que ver sólo con el sudor...

Era una niñata, me dije. Alucinada ante la primera historia que me contaban en aquella ciudad cosmopolita. Y eso que todavía no había conocido al susodicho. Noemí tenía razón, con poquito iba. Si sólo con aquella charla estaba tan alterada, ¿qué me podría ocurrir? Si aquel hombre era realmente un canalla de la peor especie, lo iba a pasar muy mal, y yo no quería que me hicieran daño.

¡Al cuerno con los pensamientos negativos!, me dije mientras subíamos los escalones de los cinco pisos que nos separaban de lo que yo ya imaginaba como la casa del placer. Mi mente calenturienta desvariaba y ni siquiera había pestañeado al ver a Noemí subir las escaleras, dejando a un lado el vetusto ascensor. Luego no me extrañaba que tuviera ese culo, duro como una roca. Yo no iba a ser menos, que para eso era bastante más joven. Eva, que no se diga...

Pero mi cerebro seguía a lo suyo mientras, ahora sí, rompía a sudar ante el Everest en forma de escalones. ¿Cuándo narices se acababa aquello? Por mí bien esperaba que Enrico no estuviera en casa, iba a entrar en mi nuevo hogar hecha un auténtico asco y sudando a mares.

¿Sería de verdad tan alucinante mi nuevo compañero? ¿Bailarín, DJ o gigoló? ¡Dios mío, eso era demasiado! Yo seguía a mi aire, sin fijarme siquiera que ya daba por supuesto que aquella sería mi nueva casa, antes incluso de obtener el beneplácito de Noemí.

Por fin llegamos al último piso de aquel precioso edificio en el que no me había fijado demasiado: techos altos con frisos, colores pastel en paredes, ventanas luminosas y una escalera regia antes de llegar al espacioso descansillo de la quinta planta. A la izquierda aparecía una desgastada puerta de roble añejo y a la derecha una más moderna, blindada y con acabados en haya, que parecía ser la entrada directa al famoso ático.

—En el A no vive nadie —informó Noemí al ver la dirección de mi anterior mirada—. Los dueños fallecieron y sus hijos viven en el extranjero, o eso creo, así que no pasan mucho por aquí. Mejor, todo el rellano para nosotros solos...

Asentí con la cabeza mientras Noemí daba las cuatro vueltas de llave que necesitaba para acceder a su inmueble. Al instante siguiente entró, encendió la luz de lo que parecía un pasillo o la entrada principal, y me invitó a pasar.

—Adelante, Eva, estás en tu casa. Tenía la llave echada, así que me parece que el bueno de Enrico no ha aparecido por aquí hoy. Aunque, espera un momento... —dijo mientras se llevaba un dedo a los labios en el universal gesto de silencio.

—¿Qué ocurre? —pregunté angustiada con un hilo de voz.

—No creo que sea nada, no te preocupes. De momento quédate aquí, voy a ver —contestó Noemí en un susurro. Entonces, cogió con fuerza un cenicero pesado de alabastro del mueble situado en la entrada, y avanzó por el pasillo del modo más sigiloso posible.

¿Qué estaba sucediendo? El pánico se apoderó de mí por unos instantes. Si Enrico no estaba en casa, quizás había entrado algún ladrón en el piso mientras los inquilinos se encontraban fuera. Noemí se había hecho la valiente, pero tal vez cometía una estupidez. Debíamos salir de allí enseguida y avisar a las autoridades. De lo contrario...

De pronto escuché un gemido apagado y me asusté de verdad. Noemí había girado a la derecha al llegar al fondo del pasillo y en ese momento desconocía su ubicación exacta. Tal vez el asaltante la había golpeado a traición y ella se encontraba tendida en el suelo, retorciéndose de dolor. Entonces mi furia castellana salió a relucir, aunque supiera que era una

completa equivocación.

Me adentré en la casa siguiendo los pasos de Noemí. Al girar en el recodo casi me choco con ella, que se encontraba agachada tras un sofá de tres plazas. Al parecer había llegado al salón principal, pero no entendía lo que estaba sucediendo hasta que mi amiga me cogió del brazo con fuerza y me obligó a agacharme junto a ella.

—Pero, ¿qué demonios...?

Noemí abrió mucho los ojos, apremiándome para que me callara de una maldita vez. Era una inútil, ella había descubierto a los asaltantes y se escondía para no ser descubierta. Y yo llegaba como un elefante en una cacharrería, dispuesta a jorobar su plan. Si es que tenía uno, claro, porque aquella situación era casi desesperada, nos iban a pillar.

Me quedé en cuclillas tras el sofá, pero la curiosidad pudo más que mi miedo. Además, seguía escuchando aquellos gemidos apagados y no sabía de dónde podrían proceder. Miré a mi compañera, también agachada, y descubrí un gesto algo más relajado en su rostro. Yo cada vez entendía menos de aquella situación. Así que me incorporé ligeramente y asomé la cabeza unos centímetros por encima del sofá.

Miré a mi derecha y distinguí un gran cuadro de Nueva York colgado en la pared, sobre un aparador de madera. Después, más a la izquierda, el mueble principal repleto de estanterías con libros y una enorme televisión de plasma en su centro. Más allá se encontraban dos sillones orejeros y en la esquina una mesa de comedor con cuatro sillas. Y entonces lo vi.

En la pared opuesta a dónde nos encontrábamos encontré el origen de nuestros desvelos. La cocina se encontraba pegada a ese lado del salón y los dueños del piso quisieron unir ambas piezas del inmueble abriendo un hueco en el tabique, al modo de los restaurantes. Así que mirando por aquel cuadrado de un metro de lado podíamos vislumbrar perfectamente lo que sucedía en una cocina iluminada por dos fluorescentes.

Desde mi posición no podía ver a la perfección toda la escena, pero me pude hacer rápidamente una composición de lugar. Un hombre con el torso desnudo, vestido simplemente con unos pantalones cortos, se encontraba de espaldas a nosotras, buscando algo en el interior del frigorífico abierto. A su lado, sentada encima de la encimera, divisé a una mujer ataviada con una simple camiseta que no le cubría mucho más allá de sus vergüenzas.

De pronto el hombre cerró la nevera y se giró con movimientos sensuales, casi felinos. En sus manos llevaba un bol con algún tipo de

contenido. Cogió entonces uno de esos desconocidos objetos y se lo ofreció a ella, que abrió la boca con un gesto lascivo. Él jugueteó con los labios carnosos de la chica, mientras ella mordisqueaba lo que parecía ser una fresa de buen tamaño, o quizás una cereza. Entonces el hombre depositó el bol repleto de fruta, justo al lado de la muchacha, y en un gesto casi hipnótico se puso de rodillas entre sus piernas.

La joven cogió otra pieza de fruta y siguió lamiéndola con descaro, mientras arqueaba su cuerpo, dispuesta para ofrecérselo a aquel hombre. Él la cogió por las caderas y la atrajo hacia su rostro, instantes antes de comenzar a succionar la esencia que tanto anhelaba.

Yo no sabía dónde meterme, mientras Noemí tiraba de mí para que me agachara. Me había quedado embobada mientras Enrico, (imaginaba que sería él, quién si no...) lamía y chupaba de un modo enloquecedor a aquella mujer que se mordía la mano por no gritar de puro placer. Hubiera dado lo que fuera por estar sentada en aquella encimera...

Noemí me pegó un empujón, acuciándome para que volviera a mi posición anterior, o mejor, que desapareciéramos de allí antes de que nos descubrieran. Pero ya era tarde. En ese momento la chica se convulsionó, presa de un orgasmo feroz, y abrió los ojos de par en par ante la violencia desatada en el interior de su cuerpo.

—¡Joder, Rico, eres la leche! —suspiró la muchacha mientras me miraba con descaro—. Pero si empiezas tienes que terminar, *caro mío*...

—Ummm... —gruñó con voz gutural Enrico mientras bajaba a su *partenaire* de la encimera.

El italiano colocó a la chica contra el frigorífico, atrapándola entre su cuerpo y la fría puerta del electrodoméstico. Ella gimió de gusto y siguió mirando en nuestra dirección, al parecer animada por tener público. Me sentía una auténtica *voyeur*, pero no podía apartar la vista de aquella escena mientras escuchaba refunfuñar a Noemí.

Enrico devoraba con fruición los labios de la chica, mientras sus poderosas manos se perdían en el interior de aquella camiseta desvaída. La muchacha le increpaba, juguetona, y se restregaba contra su cuerpo buscando algo más. Y el italiano no pensaba dejar escapar a aquella presa tan apetecible...

Entonces la dio la vuelta con un solo movimiento, pegándose junto a su culo, medio tapado sólo por la camiseta de hombre. Ella contoneó las caderas, provocándole, y Enrico no se le pensó dos veces. Había llegado el

momento de satisfacer sus deseos.

En un visto y no visto se quitó el calzón corto que llevaba. Al girarse un instante pude vislumbrar el poderío de una erección que amenazaba con explotar. Pero su dueño tenía otra idea mejor. De un certero golpe, tras abrir las cachas del culo de la chica, la empaló desde atrás en un solo movimiento.

El gritito de placer de ella pareció ser debido a una mezcla de dolor y sorpresa ante la brusquedad de la acometida. Pero cuando Enrico comenzó a bombear con toda su potencia, la joven arrancó a chillar sin encomendarse a nadie.

—Así, Rico, dame más fuerte. ¡Sí, sí, no pares! ¡Dios mío, me vas a romper!

—Nena..., yo, ummm

—Sigue, sigue, fóllame como tú sabes...

Enrico aceleró el ritmo al acercarse a su meta, apremiado por la voz anhelante de su pareja. Despegó su pecho de la espalda de ella y con la mano izquierda agarró fuerte su melena rubia. Ella volvió a gritar, pero él la volvió a sorprender con los azotes propinados con la otra mano en su trasero enrojecido. Dejó la mano derecha en su cadera, y apretó los dientes, bombeando a una velocidad que no podría aguantar por mucho tiempo. Y de pronto ambos estallaron en un éxtasis simultáneo que derrumbó las pocas defensas que les quedaban en pie.

Era hora de salir de allí con discreción. Así que obedecí a una Noemí risueña, según me pareció vislumbrar en la penumbra, y regresamos por el mismo camino que habíamos recorrido minutos antes.

Anduvimos agachadas hasta llegar al pasillo, nos incorporamos entonces y llegamos por fin a la puerta de la calle. Noemí apagó la luz que se había quedado encendida y se hizo el silencio, aunque en la lejanía podíamos escuchar el sonido apagado de respiraciones intentando regresar a la normalidad.

La dueña del piso abrió la puerta con delicadeza, mientras yo seguía a cien por hora. Notaba los pezones duros como rocas, clavándose contra mi blusa. ¿Me los había tocado mientras contemplaba aquel polvo salvaje? No lo podía recordar en ese momento, la escenita había nublado por completo mis sentidos.

¡Qué vergüenza! Noemí queriendo sacarme de allí y yo parada como una estatua, admirando el panorama. A saber lo que pensaría la informática, no iba a querer vivir con una degenerada como yo.

Salimos al rellano y Noemí cerró la puerta con fuerza, quizás queriendo avisar a los fogosos amantes. Yo la interrogué con la mirada, y ella lo admitió.

—Pues sí, que se jodan. Ya le he dicho mil veces a Enrico que no me gusta que suba a nadie a casa, y menos que se apodere de las zonas comunes de ese modo. Esto se va a acabar, y más si vamos a tener una nueva compañera de piso. Perdóname, Eva, te lo tendré que enseñar otro día.

—No te preocupes, ya lo veré con calma en otro momento —contesté todavía con las pulsaciones alteradas, sin contar con la poco engañosa humedad que cubría mi ropa interior...

Capítulo 2

La confirmación

Un rato después llegué al piso de los primos de mi padre, que afortunadamente habían salido fuera a cenar. No me apetecía cruzarme con nadie en mi estado, todavía bastante revolucionado. Durante todo el trayecto desde el ático de Noemí hasta mi casa no había podido quitarme de la cabeza la escena presenciada, casi como si estuviera metida en una película pornográfica.

Noemí se lo tomó a chufra y no me echó en cara mi atrevimiento. Al contrario, se rió cuando salimos del portal, y casi me pidió disculpas ella a mí por el inesperado encuentro que habíamos tenido al intentar enseñarme su piso.

—Te lo advertí, Eva, este tío es increíble —dijo Noemí algo contrariada—. Joder, es un impresentable, menos mal que te había avisado y tú eres una buena amiga. Si llego a venir con otro tipo de persona o aparece alguien a visitarme, menudo panorama...

—No, si yo... —balbuceé como una tonta. Desde luego estaba de acuerdo con la apreciación de la informática. Enrico era increíble, pero creo que ambas lo veíamos desde puntos de vista diferentes.

—Tranquila, lo comprendo. Ha sido un auténtico flash encontrarte a los amantes de Teruel en plena acción. No era fácil apartar la vista, lo reconozco, pero no debíamos haber llegado hasta el salón. *Mea culpa*, no sé para que he entrado, debía haberme imaginado que el bueno de Enrico estaba haciendo de las suyas.

—Tú no podías saberlo. Has sido muy valiente, si llegan a ser unos ladrones no sé qué hubiera pasado.

—Pues que nos hubieran dado un buen susto, por listas. Los ruidos del principio me habían desconcertado, pero un segundo antes de entrar al salón ya sabía lo que me iba a encontrar. Y es que Enrico y yo somos expertos en pillarnos en situaciones comprometidas, no es la primera vez.

—¿Y eso? —aventuré curiosa.

—Nada, es una larga historia, ya te la contaré en otro momento. Bueno,

Eva, lo lamento de nuevo. Mañana hablamos con más calma en la oficina, no quiero entretenerte. Ah, y si todavía no te has asustado lo suficiente con el semental italiano, todavía tengo una vacante libre como compañera de piso.

—Tranquila, no ha sido tan grave. Y soy yo la que tiene que pedirte disculpas, te podía haber colocado en una situación comprometida con tu compañero, espero que perdones a esta idiota. Desde luego me queda mucho por despabilar, tendré que acostumbrarme a la vida en la gran ciudad.

—Eso es cierto, chiquilla —me dijo quiñándome un ojo—. Pero no te creas que lo que has visto hoy es lo normal en la noche barcelonesa. Ciao, Eva, nos vemos en la ofi.

—Hasta mañana, Noemí. Y gracias de nuevo por todo.

Mi nueva amiga se despidió de mí con dos sonoros besos y yo me alejé de allí lo más rápidamente que pude. Desde luego había sido una tarde que no olvidaría con facilidad.

Ya en mi habitación, decidí darme esa ducha que tanto necesitaba. Comencé a quitarme la ropa antes de dirigirme hacia el cuarto de baño. Me quedé en ropa interior y al girarme, me topé de bruces con el espejo de cuerpo entero que tenía en el cuarto. Lo que vi no me gustó, y decidí borrar de mi mente esa última visión.

El espejo no me había mentido y me mostró la cruda realidad. ¿Qué pretendía yo con aquellos castillos en el aire que me estaba construyendo? Enrico nunca se fijaría en mí, y mucho menos si yo pasaba a ser su compañera de piso. Aunque fuera un Don Juan de pacotilla que intentara ligar con cualquier mujer, eso no me facilitaría las cosas. Muy al contrario, si se enrollaba conmigo una noche cualquiera, eso impediría que pudiera quedarme en ese piso a vivir porque yo no me tomaría muy bien lo de ser un rollete y nada más.

Además, ¿no me había fijado bien? Nunca podría competir con aquella espectacular vikinga que había visto disfrutar sobre una encimera gracias a las atenciones del Adonis italiano. Una rubia que rondaría el metro ochenta de altura, con un cuerpo de modelo y unas facciones que para sí quisieran muchas estrellas del celuloide. Vamos, no me podía comparar ni con ella ni con ninguna de las amantes pasajeras del *latin lover* florentino, según me había confesado Noemí.

¿Dónde iba yo con mi escaso metro sesenta? Al contemplarme en el espejo sólo vi a una joven de provincias, poco glamurosa y bastante alejada de los estándares que un tipo como Enrico podría tener en cuenta a la hora de

fijarse en una mujer. Nunca me he considerado guapa, resultona sí, como diría mi madre. Me gustaba mi pelo color azabache y mi piel morena, pero poco más. Vale, tenía unos ojos color miel bastante expresivos (lo más destacado de mi rostro) y unos labios gruesos, pero mi cuerpo no era ninguna maravilla. Aunque desde luego tenía más pecho que la tía de la cocina y unas caderas en las que poder resguardarse cuando llegara el frío invierno.

¡Menuda cabrona!, pensé entonces. A la rubia le habían regalado un par de orgasmos escandalosos, uno subida en la encimera y otro contra el frigorífico a tenor de sus gemidos y jadeos. Eso, o era una actriz de primera clase. No creía que fuera fingido, cualquier mujer hubiera disfrutado de lo lindo ante las acometidas de aquel Dios del sexo. Pero bueno, tampoco era de mi incumbencia.

Me quité el sujetador y las bragas, avergonzada por encontrar rastros de una humedad bastante sospechosa en mi ropa íntima. Entré a la ducha y abrí el grifo del agua caliente, aunque en aquella noche de primavera tardía no hiciera frío ni mucho menos. Me gustaba sentir el agua hirviendo sobre mi piel, y además, quería quitarme la desagradable sensación que sentía en mi cuerpo. Una sensación que no sabía catalogar en ese momento, como si me sintiera sucia pero lujuriosa al mismo tiempo después de la escena vivida.

Nunca me ha gustado usar una esponja para lavarme, así que cogí el bote de gel y me eché una generosa cantidad en la mano izquierda. Empecé a enjabonar mi tripa, mis brazos y llegué hasta los senos. Efectuando círculos cada vez más amplios, recorrí todo mi torso y mi espalda, buscando limpiar mi cuerpo, aunque mi mente y mi alma siguieran impregnadas de algo que tiraba de mí con fuerza hacia los abismos de la perdición.

Los pezones volvieron a reaccionar, en esta ocasión ante el contacto de mis manos suaves repletas de crema jabonosa. Recordé de nuevo la dureza que habían mostrado tras la visión en el ático, y un pequeño latigazo me golpeó el bajo vientre. Sorprendida, continué lavándome por partes: el cuello, las piernas, los pies, el culo y por fin, llegué al centro de mi deseo.

La entrepierna crepitaba casi antes de que llegara hasta ella. Me enjaboné a conciencia, limpiándome por dentro y por fuera. Y entonces, quizás a propósito después de todo, me detuve más de un segundo en el interior de mi ser. Rocé con premura el clítoris y oleadas intensas de calor me recorrieron al instante, demostrándome que mi cuerpo reaccionaba muy bien a los estímulos.

Saqué la mano de mi vagina y proseguí enjabonando por segunda vez

todo mi cuerpo. Mi piel aceitunada brillaba con el agua y los componentes de aquel gel de extractos, sumida en una vorágine de espuma y vapor ante el agua caliente que caía a mi alrededor. La sensación de mis manos resbalosas sobre el cuerpo era cada vez más placentera, y entonces decidí ser una chica mala.

Me imaginé que yo estaba sentada en aquella encimera tan robusta, esperando a mi bello amante. Con la mano izquierda me cogí el pecho derecho, retorciendo el pezón hasta casi alcanzar un quejido doloroso. La aureola se oscureció aún más, mientras con la mano derecha me acercaba de nuevo hacia mi bajo vientre.

Entonces introduje un dedo en mi interior, jugando con él. Rocé los labios mayores y menores, froté el clítoris en círculos y después el dedo corazón se perdió en mis profundidades. Necesitaba más y lo acompañé con el índice, sacándolos y metiéndolos cada vez a mayor velocidad, pensando en que Enrico me poseía con aquel ímpetu salvaje. Y entonces...

Me mordí el labio y solté un gemido gutural, ahogado por el ruido del agua que caía junto a mí. Una sensación poderosa se concentró en mi cuerpo y estalló como un tsunami, arrasándome sin piedad. El espasmo fue brutal y tuve que sujetarme contra la mampara para no desfallecer, mientras el clímax lo llenaba todo antes de abandonarme con pequeñas réplicas que me sorprendieron por su intensidad.

Todavía exhausta, agotada por la violencia de aquel orgasmo poderoso, dejé caer los brazos. Cerré el grifo del agua unos segundos e intenté recuperarme. Finalmente lo conseguí, por lo que puede terminar de ducharme y lavarme mi pelo cortado a la moda, antes de salir y secarme con una esponjosa toalla con la que envolví mi cuerpo, todavía ardiente después de las experiencias vividas.

Si sólo con mis dedos inexpertos, (no era la primera vez que me masturbaba e incluso tenía un pequeño vibrador con el que jugaba de vez en cuando, pero no era algo habitual en mí) había conseguido aquella sensación, miedo me daba pensar lo que podría ocurrir si de verdad llegaba a convertir en realidad mis verdaderas fantasías. ¿Cómo sería el sexo con alguien como Enrico? Lo deseché inmediatamente de mi mente, no podía seguir pensando en él toda la noche.

Me preparé un sándwich para no irme a la cama en ayunas, pero me lo comí con desgana. Entre unas cosas y otras me habían dado las once de la noche, y me encontraba bastante cansada. Quizás no estaba acostumbrada a

tantas emociones. Además, al día siguiente quería llegar pronto a la oficina, así que decidí acostarme.

Me metí en mi cama e intenté poner la mente en blanco. No quería volver a pensar en aquellos poderosos músculos en plena acción, trabajando al máximo de su rendimiento. Si no conseguía apartar esa visión de mi cabeza no dormiría en toda la noche. Y eso no era nada bueno para mi piel, y mucho menos para mis ojeras.

Finalmente el cansancio se apoderó de mí y me quedé profundamente dormida. Aunque los sueños eróticos que tuve en aquella madrugada de junio quedarán por siempre en mi memoria...

Capítulo 3

Un día en la redacción

A la mañana siguiente llegué mucho más contenta y relajada a la oficina. Me lo notó mucha gente, incluso la recepcionista me dijo que estaba muy guapa aquella mañana con mi falda tableada y mi camiseta modernita. No sabía bien los motivos, pero me había maquillado mis ojos más de lo normal, perfilando también mis labios con un *rouge* sugerente que encontré de casualidad en mi neceser. Quería estar impactante y me peiné también de un modo más informal, acentuando el look casual que quería conseguir para aquel día.

—¡Guauu, niña! ¡Estás despampanante! —exclamó Marc nada más verme. Ya era el segundo piropo del día, eso estaba muy bien.

—Anda, ya será menos, zalamero. Para un día que me arreglo un poco —contesté con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, ya veo. O has quedado con un maromo o anoche triunfaste de lo lindo. Ese brillo en tus ojitos te delata.

—Venga, no seas pesado —contesté algo abochornada—. No he quedado con nadie, y tengo mucho trabajo, así que me voy a mi cubil.

—Vale, lo que tú digas, princesa. Pero si no has quedado con nadie, anoche tuviste una buena ración de sexo. No te preocupes, casi no se te nota.

Me asusté ante la afirmación del maquetador. Si era tan evidente para cualquiera que me viera, tenía un grave problema. Él debió ver cómo cambiaba mi rictus sonriente a uno de preocupación, por lo que se apresuró a tranquilizarme.

—No seas idiota y alegra esa cara, sólo te estaba vacilando. Además, tienes que estar radiante, quizás hoy te llesves una sorpresa agradable.

—¿Y eso? —pregunté mientras mi mente viajaba hacia la única sorpresa que quería encontrar al final de la jornada.

—Nada, cosas mías. Abre bien los ojos, tal vez tu suerte en esta empresa esté a punto de cambiar...

—No puedes hacerme eso, capullo —aseguré risueña mientras le golpeaba en el brazo—. ¿Qué ha sucedido?

—De momento nada, pero sigo moviendo mis hilos invisibles. Yo que tú no hacía planes para este verano —dijo Marc envuelto en un halo de misterio.

—Hombre, podría decirse que soy la becaria y llevo poco en la empresa, tampoco me hacía ilusiones. Pensaba pedir un par de días para escaparme con unas amigas a la playa, pero poco más.

—Aquí tenemos playas de sobra, puedes ir en tu tiempo libre. Y esos días de vacaciones guárdalos para septiembre, por si acaso. Creo que este verano vas a tener que trabajar de lo lindo.

—Pero Marc, no me puedes dejar así...

—Venga, al tajo, que llevamos media mañana de cháchara. En cuanto sepa algo nuevo te lo contaré, pero no menciones nada a nadie. Esta conversación no ha tenido lugar, que conste en acta.

—Vale, señor misterioso. Parece una novela mala de espías, ja, ja.

—Sí, vale, tú cachondéate. Ya me lo agradecerás llegado el caso. O no, quién sabe, ya veremos.

Yo no entendía nada de todo aquello, pero tampoco le di demasiadas vueltas. Sabía que Marc quería lo mejor para mí, y sólo esperaba que no me metiera en ningún lío. Pero hasta entonces seguiría con el trabajo que me había asignado Marta, un rollo burocrático con el que me tenía hasta arriba de papeles.

Vi a lo lejos también a Noemí, enfrascada con tres pantallas de ordenador a la vez. Estaba ensimismada, pendiente de su mundo cibernético, y parecía que el resto del universo ni siquiera existiera para ella. Era increíble la transformación que sufría: de ser una auténtica frikie en la oficina a una mujer de mundo cuando salía de aquellos muros.

Prefería la segunda opción de su personalidad, aunque debía admitir que en la oficina tampoco se comportaba mal conmigo. No como con algunos otros compañeros, a los que abroncaba a voz en grito cuando no hacían lo que ella deseaba o realizaban alguna tarea de modo incorrecto. Prefería tenerla como amiga, sólo eso; como jefa o compañera de departamento debía ser insufrible visto lo visto.

Llevaba un rato trabajando en mi ordenador cuando escuché un ligero sonido que salía de mi monitor. Era el aviso de una llamada entrante en la aplicación informática que teníamos instalada para hablar en la oficina, una especie de Skype de andar por casa que podía usarse para chatear con compañeros sobre temas profesionales. Esa era su intención, aunque no siempre se utilizaba de ese modo y yo prefería tenerlo desconectado para que

no interfiriera en el resto de mis tareas.

Pinché en el icono del programa y vi que era Noemí la que intentaba ponerse en contacto conmigo. Levanté la vista de la pantalla y miré en su dirección. Seguía ensimismada con sus dos o tres pantallas, mientras hablaba por teléfono con alguien y además, le echaba la bronca a uno de los técnicos de sistemas. Desde luego era una auténtica mujer multitarea.

—¿Qué tal todo? —preguntó para romper el hielo por el chat.

—Bien, aquí liadilla. Perdona, pero no me apaño muy bien con este cacharro y tengo varias tareas que terminar para Marta.

—No te preocupes, no te entretendré mucho tiempo; ya ves que yo también ando algo atareada...

—Sí, me he dado cuenta —contesté algo alucinada ante el eufemismo.

—Reitero mis disculpas por lo de ayer. Y si todavía quieres ser mi compañera de piso, te adelanto unas fotillos que tengo del ático. Estos días tengo jaleo con la migración de los servidores y no sé cuándo podré volver a enseñártelo.

—No te preocupes, no hay prisa —contesté a sabiendas de que era mentira.

—Bueno, por si acaso. Te adjunto un link aquí debajo. Pinchas en el enlace y ahí verás unas fotos bastante reales del piso. No están trucadas ni nada por el estilo, ya verás su luminosidad. Espero terminar esto en unos días y así poder retomar el tema, ¿te parece bien?

—Por mí de acuerdo, no te preocupes. Ahora le echo un vistazo a las fotos y ya hablaremos.

—Ok, hasta luego, Eva.

—Hasta luego, Noemí. No cures demasiado...

—Me van a volver loca. Y más con esta panda de incompetentes que tengo por aquí. Si yo te contara...

—Venga, no te molesto más.

—Ciao.

Dejé a Noemí atareada con sus asuntos informáticos y pinché en el enlace que me había enviado. Allí descubrí fotografías del salón y la cocina, esas estancias que yo sólo había intuido durante nuestra aventura conjunta. Eran más o menos cómo me las había imaginado, aunque la noche anterior me fijara más en otras cuestiones menos prosaicas.

Mi habitación estaba muy bien, parecía bastante amplia. O por lo menos intuía que era la que podría convertirse en mi futura habitación, ya que no

aparecían fotos de ningún otro dormitorio en aquel archivo.

Contaba con una cama de matrimonio cubierta por una colcha azul, con un cabecero de hierro forjado bastante mono. Distinguí además una estantería con libros, una cómoda con una pequeña televisión, una mesilla y un armario bastante grande. La ventana aparecía al lado derecho de la imagen y se veía cómo la luz entraba a raudales por el cristal. Las paredes estaban pintadas con gotelé en un tono pastel que no me disgustaba y el suelo era de tarima flotante, o eso me pareció en primera instancia. Un lugar en el que no me importaría pasar las siguientes noches de mi vida, por lo menos durante un tiempo.

Las fotos de la terraza eran lo mejor. Pude disfrutar de una panorámica de casi 360 grados gracias a las imágenes adjuntas, abriendo la boca de admiración ante las instantáneas. Allí descubrí una espectacular terraza de unos sesenta metros cuadrados, dividida en dos ambientes, uno cerrado y acristalado, y el otro abierto. El primero aparecía enmoquetado por una especie de césped sintético y contaba con una mesa de jardín con cuatro sillas, un precioso balancín y algunos puffs desperdigados.

El segundo era incluso más amplio, o eso me pareció al estar al aire; allí se podía encontrar una mini piscina hinchable para refrescarse, una barbacoa en una esquina y un par de hamacas brasileñas colgando de la pared aladaña. Todo ello rematado por una pérgola retráctil para protegerse de las inclemencias atmosféricas o para ganar mayor intimidad.

Algunas fotos mostraban las vistas desde diferentes puntos de la barandilla. Era cierto que se trataba de un esquinazo único, con una visibilidad excelente ya que no tenía edificios altos enfrente. Un amor de espacio del que quedé prendada para siempre. Noemí no se equivocaba, aquella terraza era maravillosa y deseaba poder disfrutar de ella.

Cerré las ventanas abiertas en mi escritorio con las fotografías, no quería que nadie me pillara con temas personales en horas de trabajo. Sabía que todo el mundo lo hacía en algún momento, pero yo estaba empezando y pretendía perdurar en aquella empresa. Divisé entonces el icono de nuevos mensajes en la bandeja de entrada del correo corporativo, por lo que pulsé en él y accedí a los últimos mails recibidos.

El primero que me llamó la atención fue uno cuyo asunto rezaba: “*Despedida*”. Imaginé que alguien se iba (o le echaban) de la empresa, y quería despedirse del resto de compañeros, o por lo menos de los que le cayeran bien. Lo raro es que yo apareciera en esa lista dado el poco tiempo

que llevaba trabajando en la revista. Creí corroborada mi primera impresión al ver que había varias personas copiadas en el mail, pero al leer el cuerpo del mensaje comprobé que me había equivocado completamente.

Os recordamos que la despedida de soltera de Mireia tendrá lugar el viernes de la semana próxima. Quedaremos a las 21 horas en el restaurante Palacios para cenar y tomarnos la primera, antes de acercarnos al lugar donde se celebrará la “verdadera despedida”...

Por favor, rogamos confirmación sin falta durante los próximos días para concretar el número total de invitadas. Podéis contactar conmigo directamente o con Carla, de administración.

¡Os esperamos! Seguro que lo pasaremos muy bien.

Saludos.

Sonia.

No entendía nada, la verdad. Al parecer me invitaban a la despedida de soltera de una tal Mireia, que por lo poco que sabía se trataba de una chica del departamento de personal. Tampoco era que hubiera tenido mucho trato con ella desde mi llegada, aparte de lo relativo a la firma del contrato y demás, por lo que aquello me pilló de improviso.

El siguiente mensaje en el que me fijé procedía de Sonia Martín, la misma persona que había enviado el primer mail, pero esta vez personalizado para mí con el título de “Aclaración”. Sonia era una de las secretarias de dirección, y había coincidido con ella un par de veces en el ascensor o tomando un café en la sala de relax de la oficina, nada más. Alguna charla informal, de esas para rellenar silencios incómodos, era la única interacción que podía recordar entre las dos.

Hola, Eva, ¿qué tal?

Disculpa por haberte puesto en copia en el anterior mail, debía habértelo explicado primero sólo a ti.

Como verás en el historial del mensaje, llevábamos días hablando y planificando la despedida de soltera de Mireia. Ya sé que eres nueva en la oficina y no conoces a muchas de las chicas, pero creo que te podría gustar. Seremos doce o quince personas, más o menos, y lo vamos a pasar muy bien. Tú eres joven y pareces marchosa, por lo que pensé que tal vez te animaras.

Como comentaba en el otro mensaje, iremos primero a cenar a un

restaurante muy bueno que hay por el Puerto Olímpico. Después nos tomaremos algo por allí y más tarde nos acercaremos a otro sitio que no puedo desvelar de momento, pero tratándose de una despedida de soltera te puedes imaginar ;-). Nada chabacano, no te preocupes. Un sitio de alto nivel donde lo pasaremos genial, ya lo verás.

Si te animas, ya sabes. Y si no, perdona por haberte metido en el ajo sin consultártelo primero.

Hablamos cuando quieras si necesitas alguna aclaración.

Gracias y un saludo.

Sonia.

En ese momento no me apetecía demasiado ir a una despedida de soltera con gente que apenas conocía. En Toledo había ido a alguna celebración de ese estilo, aunque sólo un par de mis amigas de toda la vida se habían casado hasta ese momento. Yo era juerguista como cualquier otra chica de mi edad, pero todavía no estaba acostumbrada a la ciudad y a la idiosincrasia de sus habitantes. Tendría que pensármelo, pero antes debía contestar a Sonia, ya que ella habría visto que el mensaje ya había sido abierto y leído gracias al chivato instalado en el programa de mensajería interna.

Hola, Sonia.

Muchas gracias por contar conmigo para la fiesta. Ya sabes que soy nueva en Barcelona y ando un poco perdida todavía (ni siquiera sé llegar al Puerto Olímpico, aunque imagino que no será tan difícil).

De momento me lo voy a pensar y en unos días te contesto definitivamente, aunque no te prometo nada.

Gracias y un saludo.

Eva.

Yo no sabía si los jefes pondrían alguna objeción a que las empleadas utilizaran el correo corporativo para organizar fiestas ajenas a la empresa, por mucho que fuera la despedida de soltera de una empleada. Pero bueno, ya estaba hecho.

Por curiosidad, entré en la aplicación de la intranet donde aparecían todos los empleados, e introduje las direcciones de correo electrónico que estaban copiadas en el primer mensaje. De ese modo descubrí quién se encontraba tras ellas, ya que en la aplicación salía nuestra ficha completa:

nombre y apellidos, teléfono, mail, departamento y fotografía incluida. Una buena manera de saber quién era quién en la oficina.

Al repasar la lista me encontré con varias chicas de administración, personal, alguna secretaria de dirección, una jefa de proyectos, dos redactoras y una becaria de otro departamento. Todas jóvenes, más o menos, así que no tenía por qué sentirme demasiado fuera de lugar. Por un lado prefería no interactuar con demasiada gente de la oficina fuera del trabajo, pero por otro pensaba que podría convertirse en una manera de entrar con buen pie en la empresa, pasarlo bien y quizás hacer alguna nueva amiga.

Además, no podía ser hipócrita con lo de separar mi vida personal de la profesional, sabiendo que pretendía ser la compañera de piso de Noemí. No me sorprendió comprobar que ella no aparecía en la lista, no era muy habitual verla confraternizar con ninguna de las allí apuntadas.

Seguro que la informática podría contarme más cosas sobre esa pandilla, aunque no sabía si quería escuchar sus explicaciones al respecto. Ella era a veces demasiado radical en sus comportamientos y actitudes, por mucho que conmigo fuera casi una madre. Ya vería si le comentaba algo o no, quizás sería contraproducente para mí si llegaba a seducirme la idea de asistir a la fiesta.

Miré hacia su posición y todo seguía igual: Noemí despotricaba contra todo y contra todos, así que no era el momento de molestarla. Ya habría tiempo.

Intenté concentrarme de nuevo en mis tareas pendientes, y me llevé un susto de muerte cuando alguien tocó mi hombro con disimulo. Me di la vuelta y me topé de bruces con el rostro algo contrariado de Marta, mi jefa.

—¿No me escuchabas, Eva? —preguntó a bocajarro—. Te estaba llamando y parecías ensimismada.

—Esto, si, yo..., perdona Marta —contesté entre balbuceos. No sabía dónde meterme, mi jefa no era de las que pasaba una—. Estaba aquí liada con estos listados que me enviaste y no me había dado cuenta. Lo lamento mucho.

—Nada, no te preocupes. Ya veo que has avanzado bastante con este tema. Pero bueno, yo venía a comentarte otra cosa. Creo que es una noticia que te alegrará.

—¿De verdad?! —exclamé como una tonta, seguramente con cara de lela. Tenía que rehacerme a la mayor brevedad y mostrar profesionalidad. Tomé aire y proseguí diciendo—. Muy bien, ¿de qué se trata?

—Luego lo hablamos con calma en la reunión de departamento, sólo quería avisarte. A las 17 horas en la sala azul, ya sabes.

—Muy bien, allí estaré sin falta —respondí de nuevo en mi papel anterior. ¡Claro que allí estaría, era mi deber! La verdad era que me estaba luciendo en aquella dichosa mañana. Si mi jefa quería confiar en mí para otras cuestiones que no fueran burocráticas me había cubierto de gloria, menuda idiota—. Seguiré con los listados, Marta.

—Sí, muy bien. Yo me voy a una reunión con un cliente importante. Estaré fuera de la oficina toda la mañana, pero si me necesitas puedes llamarme al móvil. Nos vemos esta tarde, Eva. Ciao.

Hubiera jurado que mi jefa se despidió de mí guiñándome un ojo o quizás el reflejo del sol en los cristales de aquella espaciosa oficina me había deslumbrado en el momento menos adecuado. La vi alejarse de mi sitio, moviendo las caderas con un balanceo que era motivo de chufra entre el personal masculino según me había comentado Marc.

Al recordar a Marc, y antes de volver con mi tarea, decidí aprovechar en mi beneficio la famosa aplicación corporativa de chat. Quizás me serviría para algo después de todo.

—Hola, guapo. ¿Tienes planes para comer? Esta pobre toledana no conoce los restaurantes de la zona y quizás querrías hacer de buen samaritano acompañándome a alguno donde no me pusieran lagarto para almorzar ;-)

Levanté la vista pero desde mi posición, aunque nuestra oficina era bastante diáfana, no pude distinguir el sitio del maquetador. Tal vez estaba liado con algún tema y no podía perder el tiempo con tonterías.

De pronto el sonido del chat, amortiguado por mí tras bajar los altavoces para no distraer al personal, me avisó de una contestación pendiente de revisar.

—Claro, princesa, te recojo a las dos. Y si piensas que camelándome de esa manera vas a obtener algo, lo llevas claro. Soy una tumba y no voy a soltar prenda.

—Ya lo veremos, torres más altas han caído. Tranquilo, sólo quería hablarte de la despedida de soltera a la que me han invitado unas chicas de la oficina.

La mentirijilla surtió efecto. Sí, claro que le comentaría aquel tema, pero lo que yo quería saber realmente era si él conocía lo que mi jefa tenía que contarme.

—¿Cómo dices? Y yo sin enterarme de nada, estoy perdiendo

facultades. Vale, luego hablamos en el almuerzo. Ciao. Un beso.

Marc me llenó la pantalla con miles de iconitos de caritas sonriendo, guiñándome un ojo, ositos de peluche y corazones por doquier. No tenía ni idea de qué teclas había que pulsar para que salieran esos símbolos tan monos, nunca he sido muy adicta al Whatsapp, pero ya me enteraría.

Mi amigo era una marujona de mucho cuidado, así que me extrañaba que no estuviera al tanto de los chismorreos de la oficina. Quizás eran ciertos los rumores que yo había oído por otro lado, que entre Josep y él había más que una relación simplemente profesional. Yo no le juzgaba, cada uno que hiciera lo que viniera en gana. Aunque él nunca había salido del armario, al contrario que Pep, jugaba con su ambigüedad permitiendo que un halo de misterio velara ese apartado de su personalidad. No le iba a preguntar abiertamente, pero en cuanto cogiera más confianza se lo intentaría sonsacar de un modo u otro. Ya estaba bien de ser la única tonta que siempre lo suelta todo y no saca nada de los demás a cambio.

Capítulo 4

Confesiones de sobremesa

La mañana transcurrió a toda velocidad y casi sin darme cuenta, ya tenía a Marc al lado de mi mesa. Seguía enfrascada con los dichosos listados Excel que me estaban matando. Ojalá Marta tuviera un trabajo más interesante para mí, fuera lo que fuera. Eso o iba a terminar odiando a Bill Gates y el dichoso Office.

—Venga, reina mora, sal de tu jaula. Te voy a llevar a un sitio muy *chic*, espero que te guste —afirmó nada más verme despegar la vista de la pantalla.

—Vale, me fío de ti por esta vez. Pero te advierto que no soy fan de la comida sofisticada. Con un buen par de huevos fritos con chorizo me basta, a mí me gusta más la cocina casera que las chorraditas que sirven en esos restaurantes finolis.

—¡Madre mía, qué ordinariez! —fingió alarmarse con un gesto de sorpresa—. Si te oye mi Pep te mata. Voy a tener que educarte el paladar, monina. Ahora estás en Barcelona, no en tu pequeño pueblo de la Mancha. Así que acostúmbrate a lo bueno, que tampoco te voy a hacer sufrir demasiado.

—Ok, me relajaré y confiaré en tu *savoir faire*. Por cierto, hablando de Pep, podía venirse con nosotros a comer si no tiene otros planes —contraataqué para picarle por ese lado.

—Ojalá, Eva, pero está muy ocupado terminando unas plantillas, otra vez será. Venga, apaga el dichoso ordenador, que sólo tenemos una hora para comer.

—A sus órdenes.

Salimos de allí entre bromas y bajamos en el ascensor junto a otros compañeros de oficina. Nuestro edificio estaban cerca de la Barceloneta, y Marc me condujo hacia una terraza situada enfrente del mar, sobre un mirador privilegiado donde uno podía contemplar el Mediterráneo con tranquilidad.

—Me parece a mí que va a ser difícil levantarme de la silla para estar en la oficina a las tres en punto. Con estas vistas y lo bien que huelen los platos

que están sirviendo, no sé yo si hoy no vamos a llegar tarde.

—Tranquila, sirven bastante rápido. Tienen menú del día y están acostumbrados al trasiego de trabajadores. No es una tasca de esas a las que sueles ir tú, aunque tampoco tiene el glamour perfecto para mí. Pero bueno, así te vas aclimatando a la cocina de por aquí. Y además, puedes ver que tienes el mar al lado, no necesitas vacaciones para nada.

—No me hables de vacaciones, que me agobio. Y encima vosotros no tenéis jornada continua, algo más normal en Madrid y alrededores en el tórrido verano. Aunque con la crisis me han comentado que ya ni eso.

—¿Jornada continua? —preguntó Marc divertido—. No sé qué es eso, chatina. No vendes embutido de 9 a 5, trabajas en una revista *fashion*, a ver qué te has creído.

—Ya, ya lo sé. Pero bueno, acabo de llegar a la empresa, no voy a empezar a exigir. Por cierto, hablando de exigir...

—Luego, Eva —me dijo mientras nos acomodábamos en una mesa situada en un extremo de la terraza, ya casi repleta—. Vamos a pedir y hablamos más tarde, que si no nos atienden. Aunque bueno, creo que tu jefa está fuera, tampoco va a notar si llegas un poco tarde o con un par de chupitos encima.

—¡Pero Marc! —grité como si estuviera escandalizada—. Veo que estás muy bien informado de los movimientos de mi jefa. Al final voy a tener que empezar a pensar mal. ¿Estáis liados la mujer del congresista y tú?

—¿Cómo dices? Ahora sí que me has descolocado del todo...

—Vale, se me ha ido la pinza. Es que a mí Marta me recuerda a la mujer del congresista Francis Underwood en la serie "*House of Cards*".

—Lo siento, sigo sin tener ni idea. A mí Marta me recuerda como mucho a la señorita Rottenmeier, y te aseguro que no es para nada mi tipo.

—Creo que sé a quién te refieres, aunque yo no soy de tu quinta, abuelo. Yo pensaba en Robin Wright, que hace de mala pécora en esa serie. Una tipa estirada casada con un congresista norteamericano, interpretado magistralmente por Kevin Spacey. Bueno, los dos son unos malos bichos de mucho cuidado. Tienes que ver la serie, ¡¡está genial!!

—¿La prota de "*La princesa prometida*"? No sé, no me pone nada —replicó entre risas mi compañero.

—Anda, no seas idiota. Creo que ambos sabemos a lo que se refiere el otro cuando hablamos de Marta. Eso sí, espero que esta conversación sobre la jefa no salga de aquí, no quiero engrosar la ya de por sí interminable cola del

paro —contesté algo asustada. Los chismorreos solían estar a la orden del día en una empresa como la nuestra, y no me apetecía regresar a Toledo en pleno verano con la carta de despido en mi bolsillo.

—Tranquila, soy una tumba. Por cierto, a los postres te digo lo que te quiere contar la “estirada” en vuestra reunión de esta tarde.

—Al final me voy a mosquear contigo. ¿Qué pasa, que le llevas la agenda?

—Calla y come, ya están aquí los entrantes. Y disfruta de un verdadero *allioli* y un *pa amb tomaquet* en condiciones.

—Sí, papá, lo que tú digas...

Seguí picando a Marc durante toda la comida, pero el muy ladino no quiso adelantarme nada de lo que sabía. La verdad era que la comida estaba muy buena, y además, a buen precio. La terraza se encontraba a reventar y no me extrañaba nada. Aunque las inmejorables vistas, con los bañistas disfrutando ya de la playa en el comienzo del verano, no ayudaban precisamente a querer volver a la oficina después de comer.

—Bueno, no me has contado al final lo de la despedida de soltera y ya estamos acabando el segundo plato —dijo Marc unos minutos después.

—¡Es verdad! Hablando de varios temas se me había olvidado completamente ese otro asunto. Culpa tuya, *mon cheri*, me desconcentras y luego pasa lo que pasa.

—¿Quién yo? No seas adúladora —contestó Marc con gesto presumido, atusándose el cabello y apretando aún más el perfecto nudo de la corbata gris.

Marc era un chico bastante mono, pero aparte de estar casi segura de que era gay, no era mi tipo para nada. Rubito, con cara angelical, rostro barbilampiño y ojos claros. Parecía más anglosajón o escandinavo que otra cosa, y ese tipo de belleza masculina, algo aniñada, no me llamaba para nada la atención. Yo era más racial para mis gustos en cuanto a hombres. Algo así como el hermoso ejemplar de potro italiano que vivía en aquel ático del Eixample, sin ir más lejos...

Al final le conté a Marc el intercambio de mails realizado con Sonia y compañía, explicándole con detalle lo que me habían comentado. Añadí además la lista de posibles participantes a la fiesta, las mismas compañeras que había buscado en la Intranet, por lo menos las chicas de las que me acordaba en ese momento. Naturalmente, Marc me hizo una radiografía bastante particular de todas y cada una de aquellas mujeres. ¡Menudo peligro tenía mi amigo! A saber lo que iría diciendo después de mí cuando yo no

estuviera delante...

—Bueno, dentro de lo que cabe no son malas chicas —afirmó tras despotricar un rato sobre ellas. ¡Menos mal que no le caían del todo mal! Menuda lengüita que tenía mi nuevo amigo, tendría que andarme con cuidado—. En la revista tenemos algunas arpías bastante peores, con las que no te habría dejado acercarte ni a la vuelta de la esquina. Pero bueno, creo que podrías ir, igual te lo pasas bien y todo.

—Vaya, gracias por tu benevolencia, Marc. Estoy anonadada, no se que sería de mí en la gran ciudad sin tu ayuda, la verdad. Bueno, fuera de broma, no sé si participar en este rollo. Eso de que las integrantes de una despedida se pongan cosas raras en la cabeza y hagan tonterías por la calle tampoco es lo mío.

—Anda, no seas idiota. Nadie te conoce en la ciudad, puedes desfasar lo que quieras. Si no lo haces ahora que eres joven ya me dirás tú. Eso sí, por Dior no te pongas una “protuberancia carnosa” de esas en la cabeza. Es lo más chabacano que ha parido madre, y tú tienes otro estilo, mi niña. O eso espero por lo menos. En caso contrario, ha sido un placer y hasta la vista, baby.

Marc hizo amago de levantarse de la mesa y dejarme plantada. Yo le agarré del brazo y él sonrió con esa preciosa boca que estaba segura causaba estragos entre hombres y mujeres por igual. El maquetador era un tipo bromista, aunque a veces se pasaba de la raya sin darse cuenta.

—Tranquilo, no tengo intención de ponerme ninguna diadema extraña en la cabeza. Espero que el resto opine como yo y no me sienta encima la rara del grupito, no sería la primera vez. Y mira que luego soy bailonga y desfaso como la que más, pero tengo un sentido muy ajustado de la vergüenza. Y si pienso en que son compañeras de trabajo y luego se pueden ir de la lengua delante de chismosos como tú, imagínate el panorama. Mejor me quedo en mi casa y asunto resuelto.

—Pasaré por alto la puyita, aunque ya me la cobraré más adelante. Bueno, tú verás, pero podrías ir y recrearte la vista (o lo que quieras, claro). Seguro que os llevan al *Boys to Men* o algún sitio de esos que están por el Port Olympic.

—¿El *Boys* qué...? —pregunté extrañada.

—Ya sabes, un garito de esos especiales para despedidas de soltera. ¿En tu pueblo no se llaman “Boys” o algo similar? El que te comentaba es el más famoso de la zona, el *Boys to Men*. Tiene unos chicos de impresión, según me

he oído por ahí...

—Claro, claro, sólo lo conoces de oídas. La verdad es que te lo pasas bien con un grupo de amigas haciendo el tonto en un garito de esos. Nunca viene mal desfogarse un poco, echarse unas risas y disfrutar de las vistas de unos cuerpos agraciados —afirmé mientras el poderoso culo de Enrico se cruzaba de nuevo en mi mente.

Me azoré por un instante, pero me recompuse enseguida. Marc no perdía comba y se dio cuenta, por lo que no tardó mucho tiempo en meterse conmigo.

—Veo que eres una auténtica experta, algo has debido recordar que te has puesto hasta colorada. No te juzgo, que conste, yo también soy un gran admirador de la belleza humana. Eso sí, luego ten cuidadito con lo que haces. No sería la primera vez que una novia o amiga de la novia se encuentra con un regalo sorpresa nueve meses después de la despedida de soltera.

—Eso son bulos nada más. Como lo de la novia que le salió su primer hijo negro, igualito que el *stripper* de una noche loca. Rumores y leyendas, como la de la chica de la curva para los conductores.

—Sí, sí, tú fíate y no corras. Aparte de que cosas parecidas e incluso peores me las han contado amigos y amigas, tengo incluso pruebas válidas para cualquier tribunal.

—¿Cómo dices? —inquirí sin saber a lo que se refería.

—Ya te digo, es muy fuerte. Una amiga de Pep empezó a grabar con su *smartphone* lo que ocurría en la despedida de soltera de una prima suya y tuvo que apagarlo ante lo que estaba viendo. A la chica se le caía la cara de vergüenza y no sabía dónde meterse. Yo he visto los pocos minutos que grabó y es alucinante. No me extraña que la chica se sonrojara, menuda familia de...

—Venga, no seas así, ¡cuéntamelo! ¿Qué es lo que viste? —pregunté a mi vez, algo morbosa ante sus palabras.

—No me seas cotilla, niña, que esto es para mayores de edad. Sólo diré que uno de los mozos salió del escenario y se perdió entre el grupo de sillas donde estaban las amigas y familiares de esta joven. El pobre casi no sale vivo, se lo comieron crudo y nunca mejor dicho. Estos ojitos casi se quedan ciegos al comprobar como una oronda señora, de unos sesenta años por lo menos, se quitaba la dentadura postiza y le hacía un trabajito al muchachote mientras el resto de brujas le sujetaban. Brutal, te lo aseguro.

—No me seas ordinario, Marc. Bueno, no hay problema, en nuestro

grupo no tenemos sexagenarias ni mujeres con dentadura postiza. O eso creo. Que luego alguna intente algo con los *strippers* ya no lo sé, y por supuesto no me pienso meter. Yo como mucho me tomaría una copa, me reiría un rato y hasta luego. Poco más, no vayas a pensar nada raro de mí.

—Eso espero, por tu bien. Y por el mío, no me gustaría tener que dejar de hablarte a ti también, me estoy quedando sin amigas en la oficina.

—Por algo será, chatín...

De pronto me sobresalté al escuchar un sonido procedente de mi bolso, situado en la silla libre que quedaba justo a mi izquierda. Marc me miró con cara de pocos amigos por un instante, pero yo sabía que era una pose.

—El dichoso *Whatsapp* de las narices, lo odio con todas mis fuerzas. Mira que me negué a tenerlo en mi móvil durante mucho tiempo, no necesito todas esas chorradas molestando cada cinco minutos. Entre Pep, mi familia y otros amigos, todos me daban la coña para que me lo instalara, menudo rollazo, y al final claudiqué. Total, lo suelo tener desactivado casi todo el tiempo, así que me da un poco igual.

—Entonces no te quejes. Si ya digo yo que eres de otra generación. Los jóvenes de mi edad ya han nacido con la tecnología en su ADN, aunque en mi caso me siga pegando con muchas cosas que me superan.

En ese momento cogí el bolso y lo abrí, buscando mi Samsung Galaxy de última generación. Yo no me lo podía permitir con mi sueldo, pero fue un generoso regalo de despedida de mi padre días antes de salir del hogar familiar. Tenía una tarifa bastante reducida para poder hacerle frente, aunque desde luego tampoco utilizaba demasiado la conexión a Internet.

Nunca he sido muy fan de las redes sociales, aunque tendría que ponerme las pilas en cuanto tuviera algo de tiempo para mí. Si quería trabajar en una revista contemporánea debía estar al tanto de lo que se cocía en cualquier ámbito del mundo actual: moda, sociedad, cultura, tecnología, política, viajes y mucho más. Y hoy en día era primordial el acceso directo a la información en tiempo real que ofrecían determinadas redes que debía tener muy en cuenta.

—Ah no, monina. Si te pones como Pep a chatear con el puñetero móvil me largo ahora mismo. Me parece una falta de educación y casi todo el mundo lo hace. La gente queda para cenar o tomar un café y se pasa el tiempo con el dichoso aparatito. Que si Facebook, que si Twitter, que si *Whatsapp* arriba y abajo. ¡Coño, que se llamen por teléfono y terminan antes!

—Ya, Marc, pero el *Whatsapp* es gratis y llamar no. Hay mucha gente

que tiene pocos minutos al mes para poder gastar debido a su tarifa y si se pasan de ahí les meten un buen palo. Venga, no me seas gruñón, que sólo iba a ver si es importante. ¡Anda, esto sí que no me lo esperaba! Es mi jefa...

—¿No me digas? ¿La bruja del Oeste sabe utilizar esas cosas? Madre mía, me estoy quedando un pelín obsoleto.

—Pues sí, no te lo quería decir. Pero ya que lo dices tú solito, te doy la razón. Para ir de glamuroso y *fashion victim*, aparte de trabajar en una revista como la nuestra, eres un dinosaurio de mucho cuidado. Anda, háztelo mirar —repliqué mientras me cabreaba al leer el mensaje de Marta.

Marc se miró de arriba abajo, comprobando que su atuendo seguía immaculado. Vestía un impecable terno de raya diplomática, muy fina. Un traje gris marengo en tres piezas, con camisa blanca y corbata en tonos perla que cuadraban perfectamente con sus ojos azules. Enseguida se recompuso y pasó al ataque:

—¿Qué demonios quiere la señora? Se te ha cambiado totalmente el semblante, espero que no sea nada malo.

—Te leo y sacas así tus propias conclusiones: *Eva, se me ha alargado la reunión con el cliente, llegaré tarde a la oficina. Habla con los demás y cancela la reunión de las cinco. Luego hablamos. Ciao.*

—Anda, anda, la mosquita muerta tiene un *affaire* con el cliente misterioso, ja, ja —aseguró Marc muy ufano—. Y encima te deja con la intriga todo el fin de semana.

—No seas burro, no tienen ningún lío con nadie. Ojo lo mal pensado que eres, mejor tenerte como amigo que como enemigo, menuda boquita la tuya. Y de intriga nada, ya me estás contando ahora mismo lo que sabes. Se está acabando nuestra hora de la comida y todavía no has soltado prenda. Y no quiero oír un no por respuesta. Por cierto, no sé por qué dices lo de todo el fin de semana. Mañana veré a Marta en la oficina y hablaré con ella, esto no puede quedar así.

—Efectivamente, me conozco yo mejor la agenda de Marta que tú. Mañana tiene una reunión en Madrid con unos inversores, así que olvídate hasta el martes de hablar con nadie...

—¡Mierda, es cierto! Ya ni me acordaba. Y encima tenemos puente por San Juan, estoy un poquito despistada todavía. Aunque me vendrán bien tres días sin trabajar.

Como si Marta me estuviera leyendo el pensamiento en esos momentos, me envió entonces otro *Whatsapp* a mi móvil. Marc refunfuñó al escuchar de

nuevo el soniquete de aviso, pero yo no le hice ni caso.

Eva, mañana tengo reunión en Madrid. Hablamos tranquilamente el martes, disfruta del puente. Besos.

Mi jefa me enviaba besos, cada vez la encontraba más rara. Al final iba a tener razón Marc y tenía algún rollito por ahí que le hacía estar más simpática que de costumbre.

—Vale, tenías razón; Marta me lo acaba de confirmar. Mañana está fuera y dice que el martes hablaremos. No me podéis dejar así todo el fin de semana, eso debe ser anticonstitucional o algo así. O empiezas a largar o usaré esta cucharilla de postre para torturarte, tú verás.

Marc se rió de nuevo con mi broma y asintió. Parecía que por fin me enteraría de lo que estaba sucediendo a mi alrededor.

—Vale, te lo cuento. Por lo menos hasta lo que yo sé y puedo decirte. Y por supuesto, negaré haber tenido esta conversación contigo en mi vida. Si no quieres meterme en un lío, te aconsejo no hablar de esto con nadie hasta que no sea oficial.

—Pero oficial, ¿el qué? Maldita sea, me tienes en ascuas. Tranquilo, no pienso contarlo por ahí.

—No te creo, tú misma te darás cuenta cuando lo sepas. Bueno, me arriesgaré. Allá va...

Marc se puso muy serio y empezó a hablar. Al parecer uno de los redactores más importantes de la revista se había puesto muy enfermo de repente. No sabían exactamente lo que le ocurría, algo de la vesícula o el páncreas, según me confesó el maquetador. Por lo visto le tenían que hacer un montón de pruebas y quizás operarle. Total, que iba a estar de baja por lo menos unos meses, quizás encamado y sin posibilidad siquiera de trabajar desde casa.

La cuestión era que habían salido varios nombres para sustituir a Joan, que así se llamaba el redactor. Los responsables de la empresa no querían contratar a nadie de fuera, y habían delegado la decisión final en Marta por ser la jefa del departamento. Y ahí entraban las malas artes de mi nuevo amigo.

—Yo he aprovechado estos últimos días para utilizar mis influencias en la empresa —confirmó Marc muy risueño—. Y creo estar en disposición de asegurarte que tienes muchas posibilidades de conseguir este puesto.

—¡Venga ya! Anda, Marc, no me vaciles. ¿Cómo van a elegir a la becaria para hacer un trabajo tan importante? —repliqué toda nerviosa.

—Hombre, no sería la primera vez que alguien que empieza desde abajo en cualquier puesto empieza a subir en el escalafón. Y que yo sepa tú entraste en esa empresa con esa meta en la cabeza. Y aquí tienes tu oportunidad. Ya ves, he filtrado por ahí algunos de tus trabajos, he participado en conversaciones y reuniones donde soltaba tu nombre como quién no quiere la cosa, he movido algunos hilos y *voilà*.

—No me lo puedo creer, Marc. ¿En serio? Sería algo fabuloso, pero no sé yo si estoy lo suficientemente preparada.

—Deja de decir tonterías, lo puedes hacer perfectamente. Sé que hay alguna candidata más, pero teniendo en cuenta lo que te ha comentado Marta esta mañana, creo que tienes muchas posibilidades de lograrlo.

—Madre mía, ojalá tengas razón. Eso sí, me voy a tener que poner mucho las pilas. Es una responsabilidad muy grande y yo estoy algo verde.

—No te preocupes, cariño, puedes contar con nosotros para lo que sea. Creo que tendrías que encargarte de uno de los reportajes más importantes de la edición de agosto de la revista, así que imagínate. Por eso te dije que te fueras olvidando de las vacaciones.

—¡Paso de vacaciones! Esto es mucho más importante. Muchas gracias, Marc, ¡te adoro!

Y dicho esto, me levanté de mi asiento y le planté un sonoro beso en la mejilla. Marc se sorprendió, pero se sintió halagado según pude atisbar en su dulce mirada y en la sonrisa magnífica que me brindó entonces.

—De nada, Eva, pero no me falles. Tienes más ojos de los que te piensas encima de ti, tanto apoyándote como esperando que te la pegues, así que duro y a por ellos.

—Así lo haré, amigo. No te voy a defraudar, ya lo verás.

Al rato nos marchamos de la terraza y regresamos al trabajo. Todavía tenía el runrún en la cabeza de toda la conversación mantenida, aunque una pequeña neblina empañó aquella tarde tan feliz. ¿A qué se refería Marc con lo de que había gente esperando que me la pegara? Yo era el último mono de la compañía, una simple becario, y no esperaba que ya me hubiera hecho enemigo alguno en la revista. Tendría que andarme con cuidado en las siguientes semanas.

Nada más llegar a la oficina cancelé la reunión prevista de departamento siguiendo las instrucciones recibidas. Al rato me llegó un correo de Marta, en el que nos ponía en copia a todos los que íbamos a participar aquella tarde en la reunión de departamento, posponiendo la cita para el martes siguiente a la

misma hora, las cinco. Tendría que esperar todavía unos días para salir de dudas.

El resto de la jornada vespertina se me pasó volando y sin darme cuenta llegamos al viernes, el último día de la semana antes del puente de San Juan.

Capítulo 5

Fin de semana festivo

La gente andaba algo revolucionada en la oficina, pero yo no podía comprenderlo del todo. Para mí y la mayoría de gente que conocía, tanto en Toledo como amigos que tenía en Madrid, la fecha del 24 de junio no significaba nada en especial. Para empezar, nunca ha sido fiesta, y tampoco se ha celebrado de un modo significativo. Las famosas hogueras de San Juan eran típicas de Levante, también era una fiesta arraigada en Galicia y en algunos otros puntos de la península, pero para mí era un día como otro cualquiera.

No se me ocurrió volver a mencionar este detalle delante de compañeros, ya que un día se me ocurrió comentarlo tomando café en la sala de descanso y me miraron todos como si yo fuera alienígena. Preferí “Oír, ver y callar”, como decía mi padre. Pero bueno, si quería aclimatarme a la vida en Barcelona tendría que irme empapando de las buenas costumbres. Y una fiesta tan importante allí era una buena manera de comenzar a conocer la idiosincrasia catalana.

Un rato después, a media mañana de un viernes que marcaba el comienzo del verano con su famoso solsticio, me crucé por casualidad con Noemí al salir del baño. Yo no quería agobiarla con el tema del piso porque sabía que estaba muy atareada con un trabajo crítico para la empresa: la migración de los servidores. Aunque para mí era un asunto prioritario cambiarme de casa, sabía que mis familiares no me iban a poner ninguna traba a que siguiera con ellos por más tiempo, por mucho que nos ignoráramos mutuamente. Así que me sorprendió el comentario de la informática.

—Hola, Eva, ¿qué tal? Perdona, te tengo un poco abandonada, pero es que tengo un jaleo de tres pares de narices.

—No te preocupes, Noemí, tú a lo tuyo. Ya hablaremos con calma en otra ocasión —contesté haciendo amago de volverme a mi sitio

—No, espera un momento, por favor —contestó—. Sí, estoy muy liada, pero espero dejar terminada la implantación este fin de semana sin falta. Y si

no lo consigo, igual mi jefe me pone de patitas en la calle.

—Venga, ya será menos. Si te marchas tú se hunde la empresa...

—Hombre, no diría yo tanto pero... Bueno, sí, tal vez. Desde luego no hay nadie que sepa cómo funcionan estos cacharros tan bien como yo. Perdona, ¿te marchas fuera durante el puente?

—No, ojalá. No tengo dinero y tampoco me apetecía regresar a Toledo, allí ya están a 35 grados y subiendo. Mejor me quedo por aquí, disfruto de la ciudad y me doy algún bañito en la playa.

—Haces bien, tú que puedes. Lo decía porque sabía que a ti San Juan te daba un poco igual. De todos modos, te propongo una cosa. Voy a intentar terminar mi curro lo antes posible, yo te llamo para confirmar. Pero si todo va bien podrías pasarte el domingo por la tarde por mi casa. Así te la enseño en condiciones y te presento a Enrico, si es que puede dejarse los pantalones puestos aunque sólo sea un momento. Y después, si no tienes planes, podemos salir un rato para disfrutar de la noche de San Juan.

—Ah, muy bien, me parece perfecto. Por mí encantada. Quedo entonces pendiente de tu llamada para concretar, espero que te vaya bien con la implantación esa.

—Sí, yo también. Más me vale, porque como no me funcione a la primera me va a dar algo. No veas la de horas que le estoy echando al asunto...

—Venga, no te entretengo más. Hablamos entonces este finde. Suerte con tus cachivaches informáticos.

—Ciao, Eva. Y no te olvides, te doy un toque el domingo y hablamos.

—Claro, Noemí. Hasta luego.

Me quedé mucho más tranquila después de charlar con Noemí. Quizás después de todo estaba ante mi semana de suerte, tenía que aprovechar la coyuntura. No estaba en mi mano, así que me tocaría esperar.

La mañana transcurrió a toda velocidad, y percibí un aire de tranquilidad a mi alrededor. El número de julio de la revista estaba prácticamente terminado, ya que la mayoría de los trabajadores habían apretado en sus tareas para llegar al puente sin agobios. Y eso se notaba en el ambiente, bastante relajado. Tan relajado que antes de las tres se había vaciado la oficina, largándonos todos a nuestras respectivas casas.

Como no me apetecía cruzarme demasiado con mis primos, aproveché para hacer un poco de turismo por la ciudad esa tarde de viernes, aunque Barcelona estaba a rebosar en aquel puente de comienzo de verano. Me perdí

por las Ramblas hasta desembocar en el Mercado de la Boquería; recorrí el Barrio Gótico y accedí a la catedral de Barcelona; callejeé por los intrincados recovecos del Born, disfrutando de la belleza de Santa María del Mar. Y todavía me quedaban muchas cosas de la ciudad que quería visitar: el Museo Picasso, el Parque Güell, Montjuic, la Pedrera y sobre todo, la Sagrada Familia.

Como no iba a hacerlo todo en un solo fin de semana, me lo tomé con calma. También fui de compras por el centro, por si llegaba la hora de salir de fiesta, ya fuera con Noemí o en la despedida de soltera de la tal Mireia. Mi presupuesto no era muy boyante, pero podía permitirme algún que otro capricho.

También quise lucir tipito en la playa, un lugar habitual para cualquier barcelonés que se precie, pero algo muy alejado de una toledana como yo. Tampoco había estado tantas veces en la playa en mi vida, ahora que lo pensaba. Tres o cuatro veces con mis padres en mi infancia y adolescencia, y un par de veces más con amigas. Incluso recordaba un fin de semana que pasé en un camping de Benidorm con un rollete que tuve, pero poco más. El ser de secano, o mesetaria según me llamaban algunas en la oficina, era lo malo en ese sentido. Así que me tenía que desquitar.

Mi color de piel es moreno, pero si no le daba el sol podía tornarse en cetrino, un tono que no me gustaba demasiado. Además, había adelgazado un par de kilitos con el ajetreo de las últimas semanas, por lo que tenía ganas de probarme los bikinis de años anteriores, quizás me estaban incluso mejor.

Siempre he sido de formas generosas, rotundas en algunos casos, pero nunca he sentido complejo. Mi talla 95 de pecho siempre había llamado la atención allá por donde fuera, sobre todo entre el sector masculino, aunque a veces los dolores de espalda me hicieron querer bajar alguna talla. Y de caderas no andaba tampoco escasa. Me faltaba tonificar algo los glúteos para poner en forma ese culo que se pasaba el día sentado en una silla de oficina, pero con 23 años no estaba todo perdido.

Así que me puse muy contenta cuando me vi con mi bañador azul eléctrico, un dos piezas con la parte de arriba bastante ajustada y a juego una braga brasileña muy estilizada. Desde luego, me quedaba mucho mejor que el año anterior y podría lucirlo sin pasar tanta vergüenza. Además, allí no me conocía nadie, por lo que estaba dispuesta a amortizar un gasto totalmente desaprovechado, ya que sólo me lo había puesto un par de veces. En la piscina de mi pueblo me dio muchísimo corte la última vez que me lo puse,

pero allí seguro que nadie se fijaría demasiado. El conjunto me favorecía bastante, aunque quizás mis queridos primos no estuvieran de acuerdo si me vieran paseando por la playa con tanta carne fresca a la vista.

El sábado me acerqué a la Barceloneta, una playa urbana que por lo visto había sido acondicionada para el disfrute de vecinos y turistas. Me doré al sol, me bañé en el todavía fresquito Mediterráneo e incluso disfruté de un agradable paseo por la arena. Tuve que sonreír ante las traviesas miradas que atrapé, lanzadas por algún que otro ejemplar del género masculino, por lo que di por bien empleada la mañana. Afortunadamente, no se me acercó ningún pesado, por lo que al rato recogí mis cosas y regresé a casa.

Quería estar fresca para el domingo, por si me llamaba Noemí y salíamos por la noche. Aparte de que tal vez conociera por fin a Enrico. Realmente ya le había conocido, aunque no fuimos presentados oficialmente. Simplemente admiré sus marcados músculos en una sesión de fitness extremo que no me hubiera disgustado compartir con él.

La tarde del sábado paseé un rato por el centro, recorriendo el elegante Paseo de Gracia y las calles aledañas. Me metí también en un cine para que la tarde se hiciera más corta, cené algo y regresé a casa, dispuesta a que el domingo llegara cuanto antes.

De vuelta en mi hogar provisional me encontré con una nota de mis familiares, avisándome de que saldrían a cenar por ahí. Mucho mejor, tenía pocas ganas de confraternizar con ellos. De todos modos, aunque el salón se encontraba a mi disposición, decidí irme a mi habitación. Allí tenía también televisión, así que me puse cómoda y me quedé dormida viendo una película cualquiera.

Me desperté sobresaltada por un ruido que no conseguía discernir. ¿Qué hora era? Por fin mis neuronas, todavía algo perezosas, hicieron su función y encontré el origen de aquel molesto soniquete: mi dichoso móvil. Se me había olvidado ponerlo en silencio y el susto de muerte en plena noche fue morrocotudo.

Pero no podía ser, el display de mi Samsung mostraba las 10.15 de la mañana. ¿Cómo había podido dormir tanto? Se notaba que el cansancio y el estrés acumulado en los últimos días me habían pasado factura, prácticamente ni me enteré de nada durante una noche en la que había dormido como un tronco.

Me froté los ojos, intentado quitarme las legañas de mala manera. Noemí me estaba llamando y debía despejarme algo más antes de hablar con

ella. Dejé que el móvil sonara cuatro veces, pero no podía permitir que se cortara sin contestar. Al instante siguiente cogí el aparato y contesté con la mejor voz que pude:

—¡Buenos días, Noemí! —saludé con un tono excesivamente alto—. ¿Qué tal todo por ahí?

—Veo que te has levantado con energía, así me gusta —contestó a su vez Noemí, al parecer sin percatarse de mi voz somnolienta—. Yo estoy hecha polvo, pero quería llamarte antes de meterme en la cama.

—¿Y eso? Espero que vaya todo bien.

—Sí, fabuloso, mejor de lo que creía. Aunque estoy muerta, la verdad. Me he tirado toda la noche despierta para intentar terminar con esta mierda, y lo he conseguido al fin. Sólo quería llamarte antes de meterme en la cama, que igual me quedo medio muerta y luego no hay quien me mueva.

—Ah, vale, me alegra que hayas conseguido terminar el trabajo. Pero vamos, que si estás tan cansada no te preocupes. Yo...

—Nada, déjate de monsergas. Ahora me iré a dormir, y esta tarde repasaré de nuevo la instalación, por si acaso he metido la pata en algo. De todos modos, creo que para la hora de cenar habré terminado. Si te parece bien, te puedes pasar por aquí sobre las ocho y media o nueve. Así te enseño el piso, picamos algo y si nos apetece a las dos, nos marchamos a quemar la noche barcelonesa. ¿Qué me dices?

—Por mí bien, suena fabuloso —contesté con una única idea en la cabeza—. ¿Sabes si estará tu compañero por allí?

—Ni idea, la verdad. Igual le pillas en casa remoloneando o a esa hora ya se ha marchado, no puedo saberlo. Pero vamos, no te preocupes. Si está aquí me aseguraré de que esté completamente vestido.

Por mí no lo hagas, Noemí, tampoco había sido una visión tan traumática. Afortunadamente esas palabras no salieron de mi boca, por lo que sólo llenaron mi pensamiento. Si Noemí llegaba a sospechar siquiera cómo se había metido Enrico en mi cabeza (y en otras partes de mi anatomía, por lo menos virtualmente), no me dejaría ni cruzar el umbral de su casa.

—Bueno, da igual. Nos vemos entonces esta tarde y ya hablamos con más calma. Descansa, que te lo has merecido. Hasta luego.

—Ciao, Eva. Nos vemos esta noche.

Me desperecé, estirando todo mi cuerpo como un gato, todavía algo adormilada. Mi cerebro comenzó entonces a funcionar, percatándose de la realidad: quedaban escasas horas para toparme de nuevo con Enrico, el

hombre que ocupaba todos mis pensamientos.

¿Para qué negarlo? Sí, era cierto que deseaba salir de aquella jaula de oro, recluida en un barrio pijo que no cuadraba nada conmigo. Necesitaba desaparecer de allí, alejarme de unos familiares que me miraban cómo si yo fuera una delincuente o algo peor. Pero aparte de encontrar un sitio agradable donde vivir, el único motor que había conseguido ponerme en movimiento durante los últimos días había sido la certeza de que pronto tendría al bello italiano frente a mí, cara a cara.

¿Qué me estaba sucediendo? No podía decirse que me hubiera enamorado de aquel hombre, ya que ni siquiera lo conocía. Apenas había esbozado la silueta de su rostro en aquella noche exhibicionista, en la que sí podía evocar con emoción su esbelto y perfecto cuerpo funcionando con una armonía felina y salvaje, una imagen terriblemente sensual que me seguía trastornando por las noches. No había cruzado ni una sola palabra con Enrico, Rico para la joven que vi disfrutar entre sus brazos, pero me daba igual. Necesitaba conocerle, anhelaba compartir el aire que respiraba. Era una completa locura.

Si no era amor, ¿de qué se trataba entonces? Mi amiga Sandra, compañera en la facultad, lo hubiera resumido muy fácilmente: “encoñamiento”. Pero tampoco podía ser eso, por mucho que mi entrepierna palpitara sólo con recordar aquellos breves minutos de pasión, o el regalo en forma de orgasmo redentor que me autodediqué en la ducha al regresar a mi habitación. No, allí había algo más.

Tal vez era la sensación de peligro, la típica reacción de una Madre Teresa de Calcuta cualquiera. A muchas mujeres les iba el morbo de lo prohibido, de lo inaccesible. Y pensaban que el pobre infeliz, ese alma descarriada que todavía no había encontrado el camino de la verdadera felicidad, hallaría la senda correcta nada más conocerlas. Craso error con el que pagaban toda su vida en algunas ocasiones, por lo que esperaba que yo no fuera una de esas salvadoras masculinas.

No podía comprenderlo, ni controlarlo, pero allí estaba. Sentía algo muy fuerte estallando en mi pecho, luchando por abrirse paso. Una ligera taquicardia me saludó en ese momento, demostrándome que aquella situación me afectaba más de lo que estaba dispuesta a asumir.

Tenía que calmarme, no podía presentarme en casa de Noemí en esas condiciones. Primero, porque no era bueno para mi salud, ya que aquel estado de ansiedad me estaba empezando a preocupar. Y segundo, porque no quería

aparecer como una histérica delante de mi nueva amiga. Necesitaba alquilar aquella habitación, y si para ello tenía que utilizar mis mejores dotes de actriz, intentaría bordar el papel.

No podía permitir que Noemí vislumbrara en mi rostro lo que realmente sucedía en mi interior. Por lo menos hasta tomar posesión de la habitación. Después, si mi casera llegaba a enterarse de lo que sentía por Enrico (si es que la amalgama de sensaciones que me invadía en esos momentos podía llamarse sentimiento), ya sería tarde. No creía que fuera a echarme de allí, a no ser que la situación se tornara realmente violenta. Y yo no pensaba llegar a tales extremos. Sólo quería conocer a Enrico y averiguar lo que realmente mi corazón necesitaba, porque lo que mi cuerpo demandaba lo tenía bastante claro: ¡Maaaaaaaaaambo!

Con la respiración un poco acelerada, decidí desayunar algo ligero y salir a la calle a quemar calorías. No es que me sobraran después de los últimos días de ajetreo, pero el aire fresco me vendría bien para evadirme. Y pensé que lo mejor sería machacarme con un poquito de ejercicio para variar. Aunque el ritmo demasiado rápido de mis pulsaciones indicara lo contrario, yo no me iba a dejar amedrentar.

Salí a correr durante casi una hora por una zona verde cercana al domicilio de mis primos. Llegué a casa completamente agotada, exhausta, sudando a mares. Me crucé con Santiago y Consuelo en el portal, saliendo para su habitual misa de 12 de los domingos. Y eso que yo pensaba que Toledo era la reserva espiritual de Occidente. Allí podía comprobar que mis paisanos seguían llevando a rajatabla sus viejas y rancias costumbres, aunque vivieran en la más moderna y cosmopolita Cataluña.

—Pero hija, ¡vienes hecha un adefesio! —exclamó mi prima con su habitual simpatía hacia mi persona—. Esta juventud de hoy en día...; a tu edad yo ya estaba casada y me comportaba como una mujer hecha y derecha.

—Sí, ya veo. Una mujer que ha vivido del cuento toda su vida. Otras, por lo menos, nos hemos marchado de casa e intentamos ganarnos la vida por nuestra cuenta, sin depender de un marido que pague las facturas.

—¡Qué desfachatez! Eres una ordinaria, voy a hablar con tus padres inmediatamente —afirmó la cacatúa parlante—. Santiago, haz el favor de replicar a esta insolente. Como si ella no dependiera de nosotros para tener un techo dónde cobijarse.

—No te preocupes, querida prima. Con un poco de suerte no tendrás que aguantarme durante mucho más tiempo... —solté sin darme cuenta, harta de

reproches y malos modos.

—Tranquilízate, Eva, ya hablaremos. Dúchate y luego conversamos durante la comida. Espero que no te precipites, no están los tiempos que corren para tonterías de ningún tipo.

—Estoy muy tranquila, Santiago —repliqué. Aquel pobre hombre era mangoneado sin piedad por su mujer, una meapilas de mucho cuidado, aunque él tenía también parte de culpa. Santiago no me caía mal del todo, pero no pensaba echarme atrás—. Lo tengo decidido desde hace tiempo y no hay vuelta de hoja. No quiero ser un estorbo para nadie, será lo mejor para todos.

—Pero mujer, no te lo tomes a mal. Ya sabes lo vehemente que es Consuelo a veces, no se lo tengas en cuenta. Después lo comentamos, no te preocupes —afirmó el industrial.

—Déjate de tonterías, Santiago. Si la niña se quiere ir, ya sabe dónde está la puerta, faltaría más. Y tú, ¡aligera!, que llegamos tarde a misa.

—Sí, cariño, ya voy. Hasta luego, Eva.

El calzonazos de Santiago me lanzó una mirada de perro apaleado, dejando que su esposa se le colgara del brazo como un vulgar apéndice. Luego algunas van fanfarroneando sobre la liberación de la mujer: trabajo, hijos, casa y demás. Pero en el caso de Consuelo siempre tuvo una vida regalada al lado del primo de mi padre. Ni había tenido hijos ni trabajado en su puñetera vida, y tampoco veía yo que fuera un ama de casa muy hacendosa. Yo no quería eso para mí, pero desde luego algunas se quejaban de vicio.

Intenté tranquilizarme, no era bueno seguir añadiendo más tensión en ese domingo de junio. Fui un poco bocazas y le solté a aquel pájaro de mal agüero lo que llevaba días reconcomiéndome, sin pensar en las posibles consecuencias. Quizás Noemí se arrepintiera o sucedía cualquier otra cosa que me dejara sin el nuevo hogar que anhelaba. Pero me daba igual, si no era el ático del Eixample, ya encontraría cualquier otro piso.

Me intenté relajar bajo la ducha, pero mi subconsciente fue más fuerte que yo. Me eché jabón en la cabeza y lavé mi pelo a conciencia, eliminando todo el sudor y la suciedad prendidos en mi cabello color azabache. Me concentré en las placenteras sensaciones y con las manos enjabonadas empecé a recorrer el resto de mi anatomía. Pero enseguida tuve que intentar abrir los ojos, aunque la espuma intentara colarse a través de mis pestañas, ya que un fogonazo devastador se apoderó de mi mente durante un instante.

Mi mente me jugaba malas pasadas. La memoria retentiva relacionó la ducha, el jabón y mis manos recorriendo un cuerpo ávido de sensaciones con lo sucedido días antes en aquel mismo lugar. En mi cerebro se plasmó con una vivencia increíble la imagen de un Enrico poderoso, masculino y posesivo, que se agachaba entre mis piernas, abiertas encima de aquella encimera. El italiano recorría con deleite el centro de mi ardiente pasión, haciéndome perder el sentido entre gritos de lujuria mal contenida.

Me obligué a concentrarme simplemente en la ducha. Abrí el grifo del agua fría para despejarme, y alejar aquellos pensamientos de mi cabeza. No era posible que me sucediera aquello, y menos con esa potencia visual. Realmente parecía que lo estaba sintiendo en mis entrañas, tal era la fuerza de una imagen que no quería apartar de mi mente.

Me mordí el labio, nerviosa, sabiendo que ése no era el camino correcto para alcanzar mi meta. Si seguía así me lanzaría al cuello de Enrico nada más verle, o me quedaría alelada sin poder reaccionar ante su devastadora presencia. Ni lo uno ni lo otro eran las mejores maneras de entrar con buen pie en una convivencia que esperaba fructífera. Por lo menos para mí, quise pensar en ese momento.

A duras penas conseguí terminar la ducha, aguantándome las ganas de tocarme a gusto. Quizás masturbarme me ayudara a rebajar tensiones, a falta de buen sexo. Pero no, me terminé de aclarar y salí del baño con más frustración que antes de irme a correr. De poco me habían servido los kilómetros recorridos, ahora me encontraba peor que al levantarme. Y encima le había mostrado mis cartas a la bruja de Consuelo.

Me puse algo cómodo de ropa, con la tentación todavía prendida en mi carne lujuriosa. Divisé entonces a Júnior en un cajón, escondido entre mi ropa interior. El pequeño vibrador de color violeta que un día compré por catálogo en la plataforma online de una tienda erótica parecía sonreírme con descaro. Un aparato diminuto pero potente, sensible a la par que juguetón, con el que había pasado muy buenos momentos. Sería tan fácil... Sólo tendría que tumbarme, pasarme el juguete por mis partes íntimas, apretar su botón y disfrutar de uno o varios orgasmos que me llevaran al séptimo cielo.

Pero no, no era el momento. Me aguanté como pude, enfadada conmigo misma. Uno de los días más importantes de mi vida no se estaba desarrollando del modo que yo habría deseado, y la frustración y el cabreo estaban haciendo mella en mí.

Como no quería discutir con mis primos a la hora de la comida, decidí

salir de allí. De nuevo en la calle, tomé el metro y me dirigí un día más hacia la playa. No quería bañarme ni tomar más el sol, pero quizás la visión del plácido mar Mediterráneo me ayudara a calmar el ánimo.

Paseé por la playa sumida en mis pensamientos. Me había quitado las sandalias y las llevaba en mi mano, dejando que mis pies desnudos entraran en contacto con la arena dorada. Llevaba unos shorts de loneta y una camiseta sin mangas, por lo que notaba en mi piel la brisa marina, cálida y reconfortante, mientras mi mente volaba muy lejos de allí. Quizás a lugares exóticos y misteriosos, acompañada de un hombre desconocido cuya silueta onírica me recordaba mucho a...

¡Maldita sea! Otra vez la misma cantinela, me estaba hartando de mi mente calenturienta. Era una niñata, tenía que asumirlo. Aunque seguía sin saber por qué me estaba sucediendo aquello, por lo menos con aquella intensidad. Ni siquiera había visto bien el rostro de Enrico y ya fantaseaba con él como si fuera mi novio o amante, era lamentable.

Me senté en una terraza para comer algo. Me pedí una ensalada César y un agua mineral, tampoco tenía muchas ganas de comer, aunque el ejercicio matutino demandara más hidratos para mi organismo. Tenía un nudo en el estómago y dudaba que pudiera ingerir nada más sólido, con aquel sencillo menú tendría que ser suficiente.

Comí tranquilamente, masticando bien para no generar más ansiedad en mi organismo, y después me tomé un café para reposar la sobremesa. No había llevado siquiera bolso, por lo que guardaba el móvil en uno de los bolsillos del pantalón corto. En el otro metí una pequeña cartera con la documentación, el bono del metro y algo de dinero, nada más. De repente noté una vibración en mi pierna y saqué el Samsung de su escondrijo.

Al abrir el móvil descubrí que tenía dos llamadas perdidas, ni me había enterado. Esa tercera llamada era de la misma persona, mi primo Santiago, por lo que decliné contestar, no tenía ganas de discutir con nadie. Seguramente se habrían extrañado al no verme aparecer a comer en domingo, el día del Señor como ellos decían, pero yo no tenía intención de regresar a su casa hasta más tarde.

Abandoné la terraza y comencé a caminar por el paseo marítimo. Se me antojó un helado y no me quise privar de él, por lo que disfruté de dos bolas de vainilla y chocolate como si se fuera a acabar el mundo al día siguiente. Después me arrepentí, claro está. Tanto ejercicio, agua y una ensaladita para después arreglarlo con una bomba calórica en forma de helado italiano.

Otra vez los dichosos italianos. Y es que me perseguían allá donde mirara, o eso me parecía a mí. Al rato me paré a curiosar en un quiosco y me compré una revista. Me senté en un banco a la sombra, dispuesta a hacer tiempo hasta que regresara a casa para arreglarme antes de salir. No me enteré mucho de lo que leí en aquella revista, mi mente estaba a otra cosa, pero conseguí en parte mi objetivo inicial.

Al rato escuché el soniquete característico de mi móvil cuando entraba un *Whatsapp*. No creía que fuera mi primo, a él no le iban tampoco demasiado las nuevas tecnologías. Además, ya me había llamado cuatro veces y dejado dos mensajes en el contestador, el último algo alarmado, pero pensaba seguir castigándole con mi indiferencia, por lo menos durante un rato más. Saqué de todos modos el teléfono del bolsillo y entré en la famosa aplicación para ver el mensaje recibido.

La cara se me tuvo que iluminar al ver el remitente de aquel *Whatsapp*. Era Noemí para confirmarme que había terminado con la tarea, y que me esperaba a las 20.30 en su domicilio. Adjuntó la dirección completa, por si se me había olvidado. Pero no, tenía marcados a fuego esos datos en mi subconsciente, no me perdería para llegar. Respondí al instante:

Me alegra que hayas podido terminar a tiempo el trabajo, Noemí. Ok, allí estaré a esa hora. Besos.

Al rato regresé al piso de la Bonanova, sin ánimo alguno de cabrearme con mis actuales caseros. Santiago, algo alterado tras no haber tenido noticias mías en todo el día, intentó hablar conmigo nada más entrar, pero le dije que tenía prisa.

—Perdona, Santiago, he quedado con una amiga. Tengo que arreglarme y demás, ya sabes. Y disculpa de nuevo por lo de las llamadas, llevaba el móvil en silencio y no me he percatado hasta ahora —solté de corrido sin inmutarme por la mentira.

—Me tenías preocupado, niña. Bueno, me alegra que estés aquí de vuelta. Espero que te lo pases bien con tu amiga, pero no vengas demasiado tarde, por favor. Y mañana, si te parece, podemos hablar con más calma.

—Es mi primera noche de San Juan; no sé a qué hora vendré, Santiago. No me esperéis levantados, procuraré no hacer ruido al entrar en el piso.

—Eso, tú sigue permitiéndole todos sus caprichitos a la nena. ¡Esto no es una fonda! Si no lo haces tú, voy a llamar a sus padres yo misma. Esta insolencia no voy a tolerarla en mi casa, faltaría más —aseguró la arpía de mi prima.

—No le hagas caso, Eva —dijo Santiago mientras me acompañaba por el pasillo, asegurándose de que no le escuchaba su mujer—. Ya sabes cómo es, pero en el fondo tiene buen corazón y te aprecia mucho. No se lo tengas en cuenta, ambos estamos encantados de que estés aquí con nosotros.

—Lamento esta situación, Santiago, sobre todo por ti. Pero debo buscar mi camino, seguro que me entiendes. Soy joven, nueva en la ciudad, con un trabajo absorbente. Necesito vivir mi propia vida, y aquí no es posible tener la libertad que ando buscando. Os estoy muy agradecida por todo lo que habéis hecho por mí, pero ha llegado la hora de marcharme.

—Nada es definitivo, Eva, ya lo hablaremos. Bueno, te dejo que te arregles. Y ya sabes, si necesitas cualquier cosa, aquí estoy para lo que sea.

—Claro, Santiago, muchas gracias —le contesté un segundo antes de besarle en la mejilla.

No sabía si ese gesto instintivo me salió como disculpa por ser una chica díscola, o como agradecimiento por todo, pero a Santiago le sorprendió un poco. Se paró en el umbral de mi habitación y me dejó entrar, mientras él se quedaba pensativo en el pasillo. Me adentré en el cuarto, cerré la puerta y me tumbé en la cama, todavía con las sensaciones a flor de piel.

Desde luego mis padres no iban a estar nada contentos cuando Consuelo les contara su versión. Pero bueno, ya era mayorcita, tendría que asumir las consecuencias de mis actos. Con suerte, en unas horas podría salir de aquella casa para siempre, un lugar que no pensaba volver a pisar ni de visita. Ni siquiera por el pobre Santiago, un hombre que finalmente sí me había demostrado que me quería, incluso por encima de los deseos y órdenes de la señora de la casa.

Capítulo 6

Noche de San Juan

Una vez a solas en mi habitación, había llegado la hora de la verdad. Tenía que arreglarme para conocer por fin al hombre que no me dejaba dormir por las noches, aunque sería mejor que pensara en que sólo iba a visitar un piso que me interesaba. No sabía si realmente la cara era el espejo del alma, porque si mi rostro reflejaba todo lo que corría por mi interior, no tenía ninguna oportunidad de engañar a Noemí.

Me di una ducha rápida, más por quitarme los calores que llevaba tras estar todo el día fuera de casa en un comienzo de verano bastante tórrido para lo que era habitual en Barcelona. Me sequé el pelo a conciencia y lo peiné a mi gusto. Me había cortado mi melena meses atrás, como pauta para comenzar una nueva fase de mi vida, y no me arrepentía para nada. Me favorecía llevarlo cortito, casi como un chico, o por lo menos eso me habían dicho.

Nunca he sido tampoco muy amigas de maquillajes, pero la ocasión lo requería. Un poco de base, aunque el sol mediterráneo había dorado algo mi tez ya de por sí morena. Pasé después a pintarme el ojo, aunque tenía que ser discreta. Cierto era que quizás después saldríamos de noche, pero no era lo mismo asistir a una recepción con el embajador que ir a saltar hogueras en la noche de San Juan.

Rematé la faena con un rouge frambuesa en los labios y adorné mis lóbulos con los mejores pendientes que tenía: unas pequeñas perlas en forma de lágrimas. Sólo me quedaba vestirme para la ocasión y salir a comerme el mundo.

Probé diversas combinaciones, pensando sobre todo en Enrico, pero ninguna me convencía. O era demasiado provocativa, casi en plan: “Aquí estoy yo”, o me pasaba de conservadora. Quizá si dejara de concentrarme en mi italiano preferido y pensara más con la cabeza que con otras partes de mi cuerpo lograra salir con bien de aquello. Además, debía tener en cuenta que tal vez más tarde saliéramos de juerga, ya fuera a la playa, a alguna fiesta o simplemente a pasarlo bien por los garitos de moda de la ciudad.

Descarté las minifaldas por incómodas. Eran muy monas, pero si tenía que sentarme en la arena de la playa o saltar hogueras con ellas, no iba a sentirme demasiado a gusto. Lo mismo podía aplicarse a shorts y similares. Pensé entonces en unos vaqueros entallados que estilizaban mi figura; se trataba casi de mi última oportunidad y esperaba no equivocarme con mi elección.

Me los probé junto a diversas blusas, camisas y camisetas hasta encontrar la combinación perfecta. El lavado a la piedra de mis jeans contrastaba con el rojo pasión de mi camiseta de marca, creando un curioso efecto. Entre casual y arreglado, pero con un tono informal que me agradó.

Me miré en el espejo, convencida de mi triunfo. Fruncí los morros y lancé un beso a mi imagen reflejada, estaba segura de mi éxito. Y es que el optimismo ayuda en estas situaciones, o eso creía en esos precisos instantes.

Añadí una cazadora, por si acaso. Si pasaba toda la noche por ahí quizás tuviera algo de frío en la playa. Cogí entonces un pequeño bolso de mano que esperaba no olvidarme en cualquier lado. Guardé una barra de labios, el monedero, las llaves y el móvil. Creía que llevaba lo necesario, pero entonces pensé que tal vez faltaba algo. No, llegado el caso, esperaba que el chico en cuestión fuera un hombre preparado, y si no, siempre se podían encontrar farmacias de guardia.

Me despedí de mis primos y salí a la calle, dispuesta a comerme el mundo. No quise malgastar ni un minuto más dándole vueltas a la cabeza. Sólo quería conocer un piso, charlar con una amiga y su compañero, cenar y salir después a tomar unas copas. Nada más. Y nada menos, podría añadir, ya que quizás aquella noche marcará el devenir de mi futuro para siempre.

Para colmo de males, la cuña de mis zapatos me hizo una mala pasada y casi me parto un tobillo al resbalarme en la acera. Mis piernas flaqueaban, esa era la cuestión, y todo el dominio sobre mí misma era una simple pantomima. Estaba como un flan y me lo iban a notar. No quería hacer el ridículo, pero tenía todas las papeletas.

Entré en la boca del subterráneo más cercana y recorrí media ciudad en un vagón de Metro, repleto de gente joven que salía de fiesta. Me topé con alguna mirada furtiva de chicos, solos o en grupo, por lo que pensé que quizás el resultado final no estaba tan mal después de todo. Me fijé entonces en el cristal oscuro del vagón y pensé que aquella chica reflejada se merecía una oportunidad. Sólo quedaba cruzar los dedos y no meter la pata. Debía comportarme de forma natural y dejar que todo fluyera.

Minutos después llegué al portal de Noemí, con el pulso acelerado palpitando en mis sienes. Creía que se me iba a salir el corazón por la boca, la ansiedad había vuelto a hacer su molesta aparición. Me di entonces una vuelta a la manzana, respiré profundamente para intentar calmar mis pulsaciones, y regresé al punto de partida.

No tuve que llamar al portero al cruzarme con unos vecinos, así que me adentré en el portal y llamé al ascensor. No me fiaba de aquel artefacto, pero no quería llegar de nuevo toda sudorosa al último piso del inmueble. Segundos después me hallaba ante la puerta de entrada al ático. Cogí aire con fuerza, lo expulsé poco a poco, y llamé al timbre. Enseguida escuché pasos y una voz que me hablaba desde el pasillo:

—¡Ya voy! —gritó Noemí a través de la puerta—. Un momento, por favor.

Segundos después la informática me abrió, recibéndome con una cálida sonrisa. Noemí no era una chica muy guapa, pero la verdad es que aquella noche yo la encontré algo cambiada, casi podría decirse que la vi atractiva a mis ojos. Quizás se había quitado un peso de encima al terminar la migración técnica, y además, podría arreglar el problema de tener una habitación libre si finalmente me aceptaba como compañera.

—¡Hola, Eva! ¿Qué tal? —me preguntó casi entusiasmada mientras me daba dos besos, invitándome a entrar en su casa—. No sé para qué pregunto, si ya te veo. Chica, ¡estás espectacular!

—Gracias, Noemí, tampoco es para tanto. Tú también estás genial, creo que te ha venido bien acabar el trabajo.

—¡Ya te digo, menudo muermo! Menos mal que he terminado con el suplicio. Pero bueno, estamos de puente, así que nada de hablar de trabajo. Anda, acompáñame.

La seguí por el pasillo adelante, temerosa de encontrarme de nuevo con la imagen de Enrico nada más doblar la esquina. No creía que fuera a toparme otra vez con su piel desnuda brillando por el esfuerzo, pero mi mente hizo de nuevo de las suyas. Tragué saliva y pregunté en voz baja para no llamar demasiado la atención:

—¿Estamos solas, Noemí?

—¿Qué..? —Mi nueva amiga pareció no haberme escuchado o entendido a la perfección—. Ah, no, Enrico está en su habitación. Tranquila, hoy lleva la ropa puesta, no te va a asustar de nuevo. Imagino que se estará vistiendo para salir, ahora te lo presento. Mientras tanto, te voy a enseñar la

casa, que el otro día no la viste en condiciones.

Noemí no podía entender que yo no me había asustado al encontrarme a Enrico de esa guisa. Al contrario, estaba deseando tenerlo desnudo ante mis ojos, pero a ser posible pendiente de mi cuerpo y no del de otra mujer...

Dejamos atrás el salón y la cocina con un repaso rápido, ya que Noemí me aseguró que volveríamos después. Anduvimos por el segundo pasillo de la casa, en el que estaban las habitaciones, y nos asomamos un momento a ver el cuarto de la ingeniera informática. Después entramos a la que sería mi habitación, confirmando lo que ya apuntaba en las fotografías.

—¡Me encanta! —exclamé—. Ya la había visto en fotos, pero en vivo y en directo es mucho mejor. ¡Me la quedo!

—Me alegra que te guste, Eva. Anda, vamos a la terraza. Se está poniendo el sol y las vistas son espectaculares, tienes que verlo sin falta.

Salimos de la habitación y enfilamos el final del pasillo. Allí se encontraba la que creía sería la habitación de Enrico, y enfrente, el cuarto de baño que tendría que compartir con él. Noemí tenía el suyo propio dentro de su suite, así que no me quedaba otra que irme haciendo a la idea. Ideas morbosas cruzaron entonces por mi mente, y mi corazón se desbocó al escuchar ruido detrás de la única puerta que no habíamos abierto en nuestro recorrido.

Tras atravesar una especie de arco alcanzamos por fin lo más interesante de aquella casa, si exceptuábamos a sus inquilinos. Una terraza fabulosa se abría ante nuestros ojos, prácticamente igual que en la imagen que había contemplado en mi ordenador. Un amplio espacio en el que se podría disfrutar tanto en invierno como en verano, y que sin duda alguna sería mi lugar preferido de la casa.

Nos asomamos a la barandilla, viendo los coches en la calzada, bastantes metros por debajo de nosotras. Miré a ambos lados y una sensación de libertad me invadió en esos instantes, haciéndome olvidar todos mis pesares: la discusión con mis primos, el agobio por la nueva situación en la empresa y sobre todo, la imponente presencia que percibía a escasos metros de nuestra posición.

El sol se ponía sobre el horizonte en una estampa digna de una postal. Pudimos disfrutar del espectáculo casi en su totalidad, ya que no había edificios altos a nuestro alrededor que nos taparan la vista.

—Ya te dije que te encantaría —confirmó Noemí al ver mi cara de asombro—. Yo me he puesto incluso en top-less ahí tumbada, no hay

problemas. Nadie nos ve desde enfrente ni desde los lados, así que imagínate.

No, no quería imaginarme nada, o podría salir muy mal parada. Miré hacia la hamaca y las tumbonas allí plantadas y la imagen de Enrico se hizo un hueco otra vez en mi mente. Jugar con él en aquella magnífica terraza tendría un morbazo impresionante.

De pronto mis sentidos me avisaron de un repentino cambio, adelantándose a la novedad. Estábamos en un lateral de la terraza pero ambas nos giramos al unísono cuando escuchamos una voz grave, algo ronca pero muy sensual, que nos hablaba desde la entrada de la terraza.

—Hola, chicas —dijo Enrico—. Perdonad, ya me marchó, sólo quería despedirme.

Aquella simple frase hizo que se me fundieran los plomos. Su voz gutural entró en mí, derritiéndome como si fuera mantequilla. Intenté reaccionar antes de que se dieran cuenta de mi estupefacción, no podía quedar como una tonta.

—Anda, Enrico, acércate—le invitó Noemí—. Quiero presentarte a Eva; ha venido a conocer el piso y ver si se queda con la habitación libre.

El italiano no contestó enseguida. Pareció evaluarme un momento y se acercó a nosotras con paso firme. Entonces pude fijarme bien en él, apreciando detalles que desconocía hasta ese momento.

Enrico debía medir 1,85 m. por lo menos. Su pelo era moreno, aunque no tan negro como el mío, y tenía unos ojos oscuros y profundos. El cabello lustroso lo llevaba peinado a la moda, con el flequillo ligeramente levantado, como esos modelos que podíamos ver en prensa o televisión. El italiano tenía una nariz recta, muy bonita, y una mandíbula algo cuadrada, con un juguetón hoyuelo en la barbilla. Era de tez morena, como buen mediterráneo, y sus rasgos tan perfilados me recordaron a un Dios griego.

Llevaba unos pantalones vaqueros desgastados, de talle bajo, y una camiseta que marcaba sus poderosos bíceps. Calzaba además unas deportivas llamativas, que hacían juego con el resto de su indumentaria. Un tío muy sexy, se le mirara por dónde se le mirase. Daban ganas de arrancarle la ropa a mordiscos...

El tiempo pareció detenerse mientras llegaba hasta nuestra posición, o así lo tengo apuntado en mi memoria. Por lo menos me dio tiempo a fijarme en casi todo antes de que se plantara junto a mí, destrozando mis nervios por completo. Sus movimientos gráciles, como los de un felino a punto de cazar, me confirmaron que aquel hombre tenía un punto peligroso que alteraba mis

biorritmos.

—Encantado de conocerte, Eva —me dijo con una enorme sonrisa que hubiera desarmado a cualquiera. Fui capaz de reaccionar para acercarme más y darle dos besos, pero él ya se había adelantado para estrecharme la mano. Me quedé a medio camino e intenté recomponerme enseguida—. Espero que te guste el piso y decidas quedarte con nosotros.

—Sí, bueno..., no —balbuceé como una idiota ante su imponente presencia. Enrico invadía mi espacio vital, llenando mis sentidos. Pude entonces distinguir un olor peculiar, mezcla de perfume y algo más primitivo, casi salvaje. Quizás era su olor corporal, la esencia natural que despedía su piel. Aquella fragancia me cautivó por completo, dejándome parcialmente noqueada. Era el momento de reaccionar si no quería completar el ridículo con mi portentosa actuación—. Tengo que pensármelo, pero me encantaría compartir piso con vosotros. Ya lo hablaré con Noemí.

¿Qué tenía qué pensar? Mi idiotez iba en aumento y Noemí no salía al paso para ayudarme. Me estaba bien empleado, para que el italiano viera realmente cómo era yo en realidad. Pero no, aquello no era lo normal en mí. Me encontraba tan alterada gracias a él, y no podía hacer nada para remediarlo.

—Muy bien, pues ya nos veremos por aquí si te decides —contestó con algo más de acento italiano. Hablaba muy bien nuestro idioma, pero en algunas palabras se le escapaba un tono más cantarín o una pronunciación diferente, revelando su origen transalpino—. Bueno, Noemí, me marchó. Espero que disfrutéis de esta noche mágica.

—Eso haremos, Enrico, no te preocupes. Y tú sé bueno, anda. No rompas demasiados corazones por ahí, Casanova.

—*Ciao, bellas.*

Enrico se dio la vuelta, guiñándonos un ojo, antes de desaparecer dentro del piso. Nos quedamos momentáneamente calladas, hasta que escuchamos el inconfundible sonido del portazo al salir el italiano del ático. Entonces Noemí atacó sin piedad:

—Anda, niña, reacciona de una vez, ja, ja —dijo la informática—. Veo que mi amigo Enrico te ha causado una honda impresión.

—Buff, ¿y a quién no? Vale, tú ya estás acostumbrada pero es que..., es algo salvaje. Joder, menudo compañero de piso. Si pones un anuncio de la habitación en Internet, con una foto de Enrico al lado, las chicas te colapsarían el barrio. Tendría que venir la Policía a poner orden, tendrías

miles de posibles candidatas. Y candidatos, claro.

—Anda, no me seas exagerada. Vale, está bueno, no lo voy a negar. Pero tampoco es para tanto. Y no, no pienso poner ningún anuncio. Y si tú no me prometes que...

—No, tranquila, ya se me ha pasado —mentí—. Está claro que tiene un polvazo, pero en el fondo no es mi tipo. Además, para mí ahora lo importante es el piso, quiero quedarme con la habitación. No pienso en Enrico en ese sentido y te aseguro que él tampoco.

—¿Por qué dices eso? Mira que me extraña conociendo al florentino, que no deja escapar viva una pieza.

—Ya lo has visto, ni siquiera me ha dado dos besos y ya tendría que estar acostumbrado. Eso es lo normal en España cuando te presentan a alguien. Me ha saludado estrechando la mano, por cortesía hacia ti más bien, y se ha marchado enseguida. Así que tranquila, no creo que haya problemas para convivir con él. Vamos, que si tenías dudas por si saltaban chispas entre nosotros te puedes quedar tranquila.

Aquella parrafada me salió del tirón, casi sin respirar. Noemí me miró un segundo, quizás calibrando mis palabras. En mi caso era un completo embuste, ya que hubiera saltado al cuello de Enrico si no hubiera sido algo completamente fuera de lugar. Y aunque era cierto que el chico me había estrechado la mano, quizás no fue algo hecho a conciencia, o eso quise creer. El contacto con sus dedos fue eléctrico, y una corriente de calidez me envolvió al rozarme con su piel. Su sonrisa me iluminó al instante, con aquellos dientes tan blancos enmarcados por unos labios apetitosos y sensuales. No, no se trataba de un encuentro normal, o por lo menos a mí no me lo había parecido.

—Si tú lo dices... —replicó Noemí, no demasiado convencida—. No me fío de Enrico, es un depredador nato. Y sí, le conozco mejor que tú. Y por eso te aseguro que no pasa tanto de ti como te crees. He visto ese brillo especial en su mirada.

—¿Qué brillo? —pregunté—. No sé a qué te refieres.

—Nada, cosas mías. Y espero equivocarme, por el bien de los tres. No quiero que te hagan daño. Y tampoco quiero que haya malos rollos entre nosotros ahora que vamos a convivir juntos. Si es que te quedas la habitación, claro.

—Por supuesto que me la quedo, faltaría más. Venga, ¡vamos a celebrarlo!

Noemí me abrazó y me besó, aunque yo veía un rictus de preocupación en el fondo de su mirada. Ella no se había tragado mis patrañas, pero quizás quiso darme un voto de confianza.

—Por cierto, ya le eché la bronca por el numerito del otro día. Que sepas que se pensaba disculpar ante ti cuando le dije que vendrías, pero se lo quité de la cabeza. No quería ponerte en una situación comprometida, y mucho menos después de haberle visto en acción. Mejor así, nos olvidamos y ya está.

—Ah, ¡qué mono! —me salió sin querer—. Tienes razón, tampoco es plan de irlo recordando a cada momento.

—Por supuesto le he prohibido que haga uso de las zonas comunes, estemos o no estemos nosotras en el piso. Ya tiene su habitación para desfogarse con sus amiguitas, y si no, que se vaya a un hotel. Me he puesto muy seria en ese sentido con él, y si se pasa de listo le echaré del piso. Ya le he avisado.

—Vale, Noemí, no pasa nada. Por mí no te preocupes, ya está superado. Bueno, ¿y ahora qué? ¿Vamos a quemar Barcelona o seguimos de cháchara toda la noche?

—Sí, claro. Primero picamos algo y luego nos vamos. Tengo preparadas algunas cositas en la cocina, ahora vuelvo. ¿Cenamos aquí, verdad?

—Por mí encantada. Sé está de fábula en la terraza, creo que me he enamorado.

—Ya te lo dije, es lo mejor del piso. Espérame aquí un momento, ahora vuelvo con la cena y seguimos charlando.

Y no le había mentado a Noemí con lo del enamoramiento. Aunque no estaba muy segura del verdadero destinatario de mi amor. La terraza era fabulosa, pero Enrico era incluso mejor de lo que me esperaba. Y eso que mis expectativas ya estaban altas de por sí antes de llegar a ese momento.

Noemí regresó al rato con unas bandejas: pan tostado con tomate; jamón, queso y otros embutidos; aceitunas y cervezas. Una buena manera de comenzar la noche.

—Espero que te guste la cerveza. No he tenido tiempo de ir a comprar vino, y no vamos a cenar bebiendo copas.

—No, tranquila, me encanta la cerveza, sobre todo en verano. No la bebo mucho porque se me infla la tripa, pero fresquita está genial. Y lo que has traído para picar tiene una pinta estupenda.

—Pues híncale el diente, que tenemos que coger fuerzas para el resto de

la noche. Espero que disfrutes de tu primer San Juan.

—Seguro que sí, Noemí.

Finalmente llegamos a un acuerdo y decidí quedarme con la habitación. La renta sería de 250 euros mensuales más 50 euros de gastos que ellos solían meter en un fondo común. De ahí se pagaba la luz, el agua, el gas, teléfono e Internet. Cada tres meses hacían cuentas, y si sobraba algo de bote se lo gastaban en una comida o lo que fuera. Me parecía bien, así que le confirmé mi decisión.

—¿Cuándo puedo instalarme? No es que tenga muchas cosas que traer, pero prefiero hacerlo con calma.

—No te voy a cobrar tu parte de la fianza, ya sé que tu sueldo no es ninguna maravilla. Se supone que empiezas a vivir aquí en julio, pero por mí puedes entrar ya esta semana, no hay problema.

—Ok, te hago entonces la transferencia después del puente y voy trayendo mis cosas poco a poco.

—Por el dinero no te preocupes, me lo das cuando cobres, no hay prisa. Ah, y mejor en metálico, ya sabes. Te haré una copia de las llaves y el martes te la doy en la oficina. Así te instalas cuando quieras, avisaré también a Enrico.

Seguimos charlando mientras comíamos y bebíamos. Al rato salimos de marcha. Recorrimos algunos pubs que conocía Noemí, donde me presentó a algunos amigos. Más tarde estuvimos divirtiéndonos en la playa con su pandilla. Bebimos, reímos, bailamos y nos lo pasamos genial. Incluso me atreví a saltar alguna que otra hoguera, pensando en esos sueños que quería cumplir.

Más de un chico quiso tontear conmigo aquella noche, subiéndome el ego un poquito. Pero yo preferí divertirme sin más, pasaba de enrollarme con nadie. Y menos con la poderosa imagen que llenaba mis sentidos cada vez que me descuidaba un momento: Enrico en la terraza, sonriéndome de aquella singular manera. Me parecía incluso más sensual que el recuerdo que tenía de él en la cocina, castigando a aquella rubia con sus brutales embistes.

La madrugada se alargó y vimos incluso amanecer. Era hora de regresar a casa de mis primos para descansar, en lo que serían mis últimos días junto a ellos. Una nueva etapa de mi vida estaba a punto de comenzar, pero todavía no estaba preparada para todo lo que me sucedería en las próximas semanas.

Capítulo 7

El comienzo de algo excitante

El día siguiente lo pasé con una ligera resaca debido a la ingesta de alcohol de la noche de San Juan. Me levanté tarde y empecé a recoger mis cosas. Hasta el día siguiente, si todo iba bien, no tendría la copia de la llave del ático del Eixample. Pero quería estar preparada para ese momento.

Hablé con mis primos y les dije que esa misma semana, sin especificar el día, me marcharía a mi nueva casa. Santiago intentó convencerme para que me quedara, e incluso Consuelo hizo un amago también, pero no pensaba retractarme de mi decisión.

—Eva, por favor, piénsatelo bien. El mundo ahí afuera es peligroso, tú eres una niña todavía y no estás preparada para vivir sola. Tus padres se van a llevar un disgusto. ¿Se lo has dicho ya?

—No, pensaba hacerlo después de hablar con vosotros, que menos que comunicároslo primero. No te preocupes, Santiago, de verdad. Sé cuidar de mí misma. Además, voy a vivir con una compañera de trabajo en un piso muy mono del Eixample.

—No te molestes, Santiago, de desagradecidos está el mundo lleno. Ya le contaré yo a tus padres la verdad. Encima en el Eixample, nada menos. Ese nido de invertidos y gente extraña, un barrio donde el pecado campa a sus anchas —afirmó mi querida prima.

—Anda, no sabía eso de mi nuevo barrio. Mejor, ya va siendo hora de que me espabile un poquito, que con rosarios y avemarías no se conoce el mundo. Y si hay que pecar, pecaremos, que para eso soy joven y tengo que aprender de la vida —solté a propósito ante la mirada rancia de la beata.

—Eso, eso, lánzate a las garras del Averno. Lástima de educación católica que te dieron tus padres, pobrecitos.

—Por eso mismo, Consuelo. Los preceptos que la Santa Madre Iglesia lleva miles de años pregonando no van conmigo. Ah, no, calla. Si luego los prelados hacen de su capa un sayo y pecan de avaricia, soberbia, gula, lujuria y todo lo que se les ponga por delante. Y eso sin meterme con cosas peores que todos conocemos...

—Tengamos la fiesta en paz —terció Santiago viendo el devenir de la conversación—. Bueno, Eva, ya nos avisarás del día concreto de tu marcha.

—Por supuesto, Santiago. Serás el primero en saberlo —le contesté dirigiéndome exclusivamente a él, mientras ignoraba a aquel pajarraco que tenía por esposa.

Me encerré en mi habitación y llamé a mis padres. Naturalmente pusieron el grito en el cielo, pero yo les calmé lo mejor que pude. Les aseguré que estaría bien, en casa de una compañera de la oficina con la que compartiría piso. Además, la habitación me saldría muy económica y eso que se trataba de un ático situado en buena zona. Si tenía algún tipo de problema, podría seguir contando con Santiago para lo que fuera, no tenían de qué preocuparse.

Evidentemente a nadie le comenté la verdadera realidad: también compartiría piso con un *latin lover* aficionado a cambiar de compañera sexual como quién cambia de camisa. Eso me lo reservaría para mí, por lo menos de momento. Tampoco se lo comentaría a ninguna amiga de las que me quedaban en Toledo, por si acaso. Mis convecinos siempre han sido muy cotillas y cualquiera podía irle con el cuento a mis padres.

Preparé la maleta con la ropa y un bolso aparte con las pocas cosas que tenía en aquel piso: el neceser con mis pinturas y artículos de aseo, la colonia, mi móvil, algún libro y mi pequeño netbook. No era demasiado, podía llevarlo todo de una vez cuando me dirigiera por primera vez al ático, ya como inquilina oficial.

Noemí me comentó que no le importaba cobrar la renta hasta que no me ingresaran la nómina, pero yo tenía otra idea distinta. Fui entonces al cajero y saqué 350 euros. Dejé 300 en un sobre para entregárselo al día siguiente a Noemí y guardé el billete de cincuenta euros restante en mi cartera. Todavía tenía ahorros en el banco y no quería malgastarlos, pero quizás esa semana tirara un poco la casa por la ventana. No todos los días se iba una a vivir a un ático con vistas. Y cuando decía vistas no me refería a lo que se veía tras la barandilla de la terraza...

Esa noche dormí más relajada, quizás el cansancio acumulado de todo el fin de semana había hecho mella en mí. No tuve pesadillas ni sueños eróticos, o eso creí a la mañana siguiente, por lo que me levanté como una rosa. Madrugué más de lo habitual y llegué a la oficina de las primeras. Iba a ser un día importante para mí.

Quería hablar cuanto antes con Noemí, pero no la encontré en su sitio.

Así que me dirigí a mi escritorio y comencé a trabajar. La oficina no estaba todavía a pleno rendimiento, la resaca del puente estaba retrasando más de lo habitual a mis compañeros. Revisé el correo pendiente y vi que podré ir adelantando trabajo hasta que llegara Marta. De ese modo estaría entretenida y no pensaría en lo verdaderamente importante de aquel martes 25 de junio: la reunión de la tarde y la recogida de una llave que quizás me abriera las puertas del cielo.

Mi jefa apareció más tarde, revoloteando de departamento en departamento. Yo no quise decirle nada, pero al rato se acercó a mi mesa y me recordó que esa tarde se celebraría por fin la reunión pospuesta. Me pareció verla más risueña, con mejor color de piel. O había tomado el sol durante el fin de semana, o alguien le había dado un alegrón a su cuerpo. Y es que ya se sabe que el buen sexo revitaliza a un muerto, y las endorfinas hacen el resto.

A media mañana me levanté de mi sitio y me acerqué al de Noemí. Se encontraba inmersa en su trabajo, como era habitual en ella, realizando varias tareas a la vez como si no le costara. Parecía también bastante recuperada, y eso que había empalmado un palizón trabajando en la migración de los servidores con la noche de San Juan. Yo no me creía capaz de seguir ese ritmo, pero ella ni se inmutaba. De hecho, casi ni se percató de que estaba a su lado, mientras yo contemplaba como movía los dedos a toda velocidad en su teclado.

—Buenos días, Noemí. Ya veo que estás a tope, menudo ritmo llevas, tía. Te he traído lo que convenimos.

—¡Joder, Eva! Menudo susto me has dado, ni me había enterado de tu presencia. Estoy aquí enfrascada en un pequeño marrón que me ha caído. Ya sabes, gajes del oficio. ¿A qué te refieres con eso de “lo que convenimos”?

—Ya sabes, al dinero del alquiler —reliqué enseñándole el sobre—. Vale, me dijiste que esperara a cobrar la nómina, pero lo prefiero así, de verdad.

—Veo que no me haces ni puñetero caso, así me gusta —respondió Noemí con un guiño—. No, en serio, no te tenías que haber molestado. Además, ayer estaba todo cerrado y no he podido hacerte la copia de la llave. Lo siento, mañana te la traigo sin falta.

Noemí rechazó el sobre que le tendía, pero enseguida notó que me cambiaba el gesto. Había esperado tener la llave en mi poder esa misma mañana, pero ahora me encontraba con que no era así. No parecía ser la

mejor manera de comenzar mi día, pero esperaba que mejorara con el transcurso de la jornada. Mi futura casera se dio cuenta de la situación y reuló enseguida:

—Perdona, soy una insensible. Yo te dije que te podías instalar cuando quisieras, y te aseguré que hoy te traía la llave. *Mea culpa*, soy una idiota. Seguro que además te has despedido de esos familiares tan pesados que tienes, y no quieres volver a ese piso. No te preocupes, creo que podremos arreglarlo. ¿Tienes mucho equipaje?

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Mira, vamos a hacer una cosa. Tengo el coche en el garaje, y hoy espero salir a una hora razonable de aquí. De todos modos, si quieres, me esperas a la salida y vamos juntas. Te llevo en el coche a casa de tus primos, recogemos tus cosas y nos marchamos al ático. Así te puedes instalar esta tarde sin falta. Después nos acercamos a una ferretería que hay al lado de mi casa, y te hago una copia de las llaves. Paul se llevó las suyas y no tengo ninguna otra para dejarte.

—Claro, Noemí, por mí encantada. Te veo entonces a la salida — contesté con mi mejor sonrisa—. De todos modos, quédate tú el sobre. Así te das por pagada, y yo no quiero saber nada de rentas hasta el mes que viene.

—Ok, no hay problema —Noemí recogió el sobre y lo guardó en su bolso—. Hasta esta tarde entonces, voy a seguir con la tarea.

Me fui más contenta para mi mesa; esa noche ya podría dormir en el ático y no tendría que aguantar los reproches y malas caras de mi prima. Recogería mis bártulos y me instalaría en mi nueva habitación, junto a un vecino de pasillo con el que se me hacía la boca agua... Tenía que concentrarme y no pensar más en Enrico, por lo menos hasta salir de la oficina. Esa tarde tenía una reunión muy importante y debía estar al cien por cien de mi rendimiento.

Tras un frugal almuerzo, regresé de nuevo a mi mesa, esperando que en el reloj dieran las cinco de la tarde. Cuando faltaban quince minutos para la hora, Marta me llamó por teléfono, indicándome que me acercara a su despacho. El estómago se me contrajo en ese mismo instante, no me parecía de buen augurio que Marta me llamara a su lado a escasos minutos de comenzar la reunión. O se había cancelado el encuentro o algo mucho peor. Quizás mi amigo Marc andaba totalmente desencaminado y nunca me ofrecerían ese puesto. Yo debía poner cara de póker ante mi jefa, dijera lo que dijera, ya que se suponía que yo no sabía nada de aquel tema.

—Siéntate, por favor —dijo Marta algo seria nada más verme entrar en su despacho. El rictus de felicidad que le había encontrado de buena mañana parecía haber desaparecido por completo—. ¿Qué tal el fin de semana, Eva?

—Genial, Marta. Me lo he pasado muy bien en mi primera noche de San Juan —contesté sin mentir, pero con la preocupación adueñándose de mí.

Me estaba bien empleado, no debía haberme fiado de Marc. Mi jefa iba a hablarme de cualquier otra cosa. O tal vez de algo para lo que no estaba preparada. Esperaba que no me despidiera, yo acababa de llegar a la empresa. Pero ya se sabe que los últimos en llegar son los primeros en salir. Y en una época de crisis tan galopante como la actual, una se podía esperar cualquier cosa. Crucé los dedos en mi regazo, esperando su siguiente frase:

—Es verdad, que tú llevas poco tiempo en Barcelona... Bueno, me alegro por ti. Eres joven y es lo que toca, disfrutar cuánto puedas. Aunque el trabajo es también muy importante, ya sabes.

—Claro, Marta. Yo me esmero en todas mis tareas y espero poder seguir creciendo en mi puesto para desarrollarme profesionalmente con vosotros. Me gusta trabajar en la revista y creo que puedo dar más de mí. Si tú...

—Tranquila, Eva, lo estás haciendo muy bien. De hecho, es de eso de lo que te quería hablar. Al final, comiendo con la gente del departamento, ha salido el tema en la conversación. Así que como era el punto principal de la reunión de esta tarde, y ellos ya lo saben, he cancelado el meeting. Sólo me quedaba comentártelo a ti antes de que te llegara por otro lado la noticia, que aquí hay mucho cotilla suelto...

—¿Comentarme el qué, Marta?

La ilusión se apoderó de nuevo de mí ante la relajación en el gesto de Marta. Quizás Marc tenía razón después de todo. Mi jefa sonrió un poco más y siguió hablando.

—Verás, Eva. No sé si sabrás que nuestro compañero Joan ha caído enfermo y va a necesitar unos meses de recuperación y reposo. Cuenta con todo nuestro apoyo desde aquí, pero debemos seguir trabajando. Y su vacante tiene que ser ocupada, claro...

Yo tuve que poner cara de tonta, asintiendo levemente con la cabeza a todo lo que me iba diciendo Marta. Al final se cumplió la profecía de Marc. Mi jefa me aseguró que le habían llegado muy buenas recomendaciones sobre mi trabajo, y aparte de lo que ella había visto en mí, todos los del departamento pensaban que podrían darme la oportunidad de mi vida.

—Naturalmente, te lo tendrás que ganar. Para empezar, tenemos un par

de reportajes para el número de la revista de agosto sobre los que tendremos que decidir. De uno de ellos te vas a encargar tú fijo, lo concretaremos en los próximos días, y después ayudarás en otras tareas a la gente de redacción. Esto es una prueba, Eva, no nos falles. De ti depende que cuando se incorpore Joan sigas formando parte del elenco de redactores o vuelvas a realizar tareas que realmente no le interesan a nadie.

—Por supuesto, Marta, trabajaré muy duro. Muchas gracias por esta oportunidad, intentaré ser merecedora de vuestra confianza.

—No, Eva, no lo intentarás. Esa no es la actitud adecuada. ¡Lo conseguirás! He apostado fuerte por ti, así que ya sabes...

—Claro, así lo haré, sin duda alguna. Me pongo con ello en cuanto...

—Ahora relájate, no te preocupes. Sigue con lo que estabas haciendo, mañana hablaremos con más calma. Enviaré también la notificación formal a todos los departamentos para que conozcan tu ascenso. Tenemos además que reorganizar las tareas durante el resto de semana antes de dar el siguiente paso. Pero vamos, prepárate para echarle horas durante el mes de julio. Te va a tocar currar de lo lindo.

—Muy bien, Marta. Hablamos entonces mañana —dije levantándome de la silla—. Estoy dispuesta a echar el resto, gracias de nuevo por la oportunidad.

—Venga, deja de darme las gracias y a currar.

Salí de allí con una sonrisa de oreja a oreja. Tuve que contenerme para no saltar de alegría en el camino de vuelta hacia mi mesa. Debía comportarme como una profesional, pero desde luego aquella noticia merecía una celebración por todo lo alto.

Una hora después distinguí a Noemí desde lejos, haciéndome gestos con los brazos. Parecía que ya había terminado su jornada, y yo tampoco quería seguir calentando la silla; así que apagué el ordenador, recogí mis cosas y fui al encuentro de la informática.

—¡Tengo un notición que contarte! —le grité a Noemí nada más llegar a su lado.

—Vaya, veo que vienes muy contenta. No me digas más, mi amigo Álex te ha declarado su amor eterno y tú has claudicado a sus encantos —bromeó a mi costa.

Álex era uno de los amigos de Noemí con los que habíamos pasado la noche de San Juan. Me había tirado los tejos en la playa, pero yo le di largas. Sí, era un chico simpático, pero poco más. Aparte de que mis pensamientos

románticos (por no decir eróticos), estaban ocupados por otro tipo de hombre. Un hombre con el que empezaría a convivir sólo unas horas más tarde.

—No, es algo mucho mejor. Pero bueno, te lo cuento de camino. Mejor hablamos en el coche, no quiero pecar de indiscreta en la oficina.

—Vaya, pues sí que estás misteriosa hoy. Anda, vamos a tu casa a recoger las cosas. Tenemos una mudanza pendiente.

—¡Yuhuuuuuuuuuu! —exclamé como una loca mientras abrazaba a Noemí y bailaba a su alrededor nada más entrar juntas en el ascensor. Menos mal que íbamos solas, aunque no me hubiera importado hacer el ridículo delante de otras personas. Estaba exultante, y quería demostrarlo.

Tras sentarme en el Mini de Noemí lo solté sin más dilación. No podía aguantármelo por más tiempo, ni siquiera habíamos salido todavía del garaje cuando exploté y le conté la buena nueva.

—Joder, ¡qué noticia! No me extraña que estuvieras radiante, Eva. Me alegro mucho por ti, guapa, te lo mereces.

—Gracias, amiga. Hoy está siendo un día increíble. Espero que mis primos no me estropeen esta alegría ahora que me voy a despedir de ellos.

—Tranquila, todo irá bien. Yo te espero abajo, con el coche en marcha. Subes, recoges la maleta, te despedes y les dices que estoy en doble fila. Así tienes una excusa y sales rápido de allí. Mejor hacerlo así y no terminar de mal rollo. En el fondo son familiares tuyos y no querrás llevarte un disgusto discutiendo de nuevo antes de marcharte.

—Tienes razón, Noemí, es buena idea. Además, no estoy haciendo nada malo. Recojo, me despido y me voy, así de sencillo. Buff, me he puesto un poco nerviosa, son demasiadas emociones juntas.

—Sólo será un momento, ya lo verás. Prepárate, en diez minutos llegamos a tu antigua casa. Y un rato después creo que te instalarás en uno de los mejores áticos del Eixample. Me das una envidia que no veas, niña...

Noemí siguió bromeando para quitarle hierro al asunto. Sabía que yo estaba preocupada por la reacción de mis primos, y le agradecí su gesto. Nos conocíamos desde hacía poco tiempo, pero desde luego se estaba comportando como una verdadera amiga. Por fin tenía algo de suerte en ese sentido, ya que en mi Toledo natal ya me había llevado más de un desengaño con alguna supuesta amiga que después me había clavado el puñal por la espalda a la menor oportunidad. Ojalá no me sucediera lo mismo en una Barcelona que estaba empezando a gustarme de verdad.

Minutos después llegamos al barrio de la Bonanova. Subí corriendo al

piso de los primos de mi padre y me encontré de bruces con Santiago, que salía de la cocina en esos momentos. Él se sorprendió al verme, quizás porque lo que leía en mis ojos no le gustaba lo más mínimo.

—Buenas tardes, Eva. ¿Qué tal tu día? —me preguntó con cautela.

—Muy bien, Santiago, la verdad es que no me puedo quejar. Mi jefa me ha confirmado que me ascienden a redactora júnior, pero...

—Nada de peros, ¡eso es una excelente noticia! En cuanto venga Consuelo de sus recados nos vamos a cenar por ahí, para celebrarlo.

—Te lo agradezco, Santiago, pero tengo mucha prisa. Mi nueva compañera de piso está abajo esperándome, con el coche en doble fila, y me tengo que marchar ahora. Esta noche ya duermo allí, voy a la habitación a por mis cosas.

—Pero Eva, por favor, no te precipites...

—Lo siento, Santiago, está decidido. Además, ya he pagado el primer mes de alquiler y mis padres lo saben también. No te preocupes, vendré a verte en cuanto me quite un poco de lío —mentí a sabiendas.

—Sí, me lo comentó ayer tu padre. Estuvimos charlando un rato, pero le dije que intentaría convencerte para que te quedaras.

—Gracias por todo, de verdad. No quiero pecar de grosera, pero tengo mucha prisa —contesté mientras enfilaba el camino de mi habitación hasta ese momento.

—Espera, Eva, yo...

Escuché a lo lejos a mi primo, mientras recorría los escasos metros que me separaban de la libertad. Entré en la habitación, recogí las cosas, hice un último repaso para comprobar que no me dejaba nada y salí cargada en dirección a la salida. Santiago se puso en medio, casi como un último intento desesperado. Le lancé una mirada de “Por favor, no hagamos esto más difícil” y él lo comprendió al instante. Se apartó a un lado y me acompañó hasta la puerta.

—Sabes que me tienes para lo que necesites, Eva, no lo olvides. Y por favor, cuídate mucho.

—Claro, Santiago, así lo haré. Muchísimas gracias de nuevo por todo, nos veremos muy pronto. Ah, y despídeme de Consuelo, por favor. Hasta pronto.

Mi primo me dio un abrazo muy sentido, durante más segundos de los que a mí me parecieron razonables. Al final me soltó, abrió la puerta y salió al rellano mientras llamaba por mí al ascensor. Me metí en su interior con

todas mis cosas y pulsé el botón correspondiente a la planta baja. Me despedí de Santiago con la mano mientras se cerraban las puertas del artilugio mecánico, a tiempo todavía de ver asomar unas lágrimas en los ojos enrojecidos de la persona que me había acogido al llegar a la Ciudad Condal.

No quise pensar más en ello, ya estaba hecho. La culpabilidad no se apoderaría de mí, sólo estaba siguiendo mi propio camino. Cambié el gesto y me apresté a comenzar una nueva aventura junto a Noemí. Y por qué no, claro que sí, junto a un hombre muy especial que esperaba llegara a sentir algo por mí.

También se me saltaron algunas lágrimas que me sequé como pude antes de llegar al portal. Noemí me vio y salió del coche para ayudarme. Si notó el mal rato que había pasado no lo mencionó, y simplemente abrió el maletero del coche. Guardamos mi equipaje en su interior, cerró la portezuela y sin avisar, me dio un abrazo reconfortante en el medio de la calle. Era lo que necesitaba en ese momento, justo antes de emprender mi nuevo camino.

—Vamos allá, Eva. A partir de ahora quiero caras alegres, hoy es un gran día.

—Por supuesto, Noemí. Y muchas gracias por todo. Sin tu apoyo no hubiera sido capaz de dar el gran paso.

—Anda, déjate de tonterías. Igual te arrepientes de convivir con una maniática como yo, así que ándate con ojito.

—Ya será menos —contesté. O eso esperaba, no quería pasarme el día discutiendo con ella por cuestiones menores de logística o intendencia—. Bueno, arranca de una vez, que tengo ganas de llegar a mi casa.

—Así me gusta. Optimismo y positividad ante todo. Te recuerdo además que tenemos muchas cosas que celebrar.

—Y que lo digas...

En menos de media hora ya estaba instalada en mi nueva habitación. Me llevé una pequeña desilusión al no encontrarme allí con Enrico, que por lo visto tenía una semana bastante complicada. Pero bueno, ya tendría tiempo de interactuar con él. Fuimos entonces a la ferretería a por la copia de la llave y entonces sí, comencé a sentirme como inquilina oficial de aquel hermoso ático del centro de Barcelona.

Capítulo 8

Una sorpresa inesperada

Me desperté sobresaltada y sudorosa. No había podido dormirme profundamente, extrañaba quizás mi habitación de la Bonanova, o tal vez, incluso, mi casa de Toledo. Miré el reloj en la oscuridad, y el reflectante de sus agujas me señaló que sólo eran poco más de las dos de la madrugada. Demasiado pronto. O tarde, según se viera.

Tenía bastante calor, así que me incorporé algo pesada todavía, con los huesos convertidos en chicle, y fui hasta la ventana. La dejé abierta, esperando que corriera una pizca de aire. Pero mis deseos no fueron cumplidos. La noche barcelonesa caía con todo su bochorno, y eso que todavía ni había comenzado el verano de verdad.

La humedad reinante me estaba matando. En mi tierra los veranos son secos y muy calurosos, pero yo sobrellevaba mucho peor aquel sofoco, esa humedad relativa del aire que te hacía sudar aunque los termómetros no subieran tanto como en la meseta castellana. La proximidad del mar era a la vez una bendición y un auténtico agobio con el que tendría que empezar a acostumbrarme.

Regresé a la cama, pero comencé entonces a dar vueltas. Me sobraba todo, y eso que sólo llevaba encima unas braguitas de dormir y una camiseta cortada que me tapaba apenas los senos, pegados a mi cuerpo debido al calor. La sensación no me agradaba para nada, pero poco podía hacer. Incluso estuve tentada de ir al baño y darme una buena ducha fría, pero no quería despertar a mis nuevos compañeros de piso. Debía calmarme, relajarme poco a poco y volver a dormirme. La mañana siguiente llegaría muy pronto y no quería pasarme la noche en vela.

No sería la primera vez que me sucediera algo así; ya había tenido épocas terribles, con un insomnio agotador que me devoraba por dentro. En los dos últimos años lo había llevado mejor, pero quizás tanto cambio me había alterado los biorritmos. En Toledo probé de todo, y al final lo único que me funcionaba para dormir como un bebé eran unas pastillas de herbolario. No sabía si realmente me funcionaban debido al efecto placebo, pero eran

mano de santo para mi problema. Me tomaba una pastilla media hora antes de irme a la cama y me quedaba frita casi al instante. Buscaría alguna parafarmacia o herbolario en el barrio para comprarme una caja. Tenía unas duras semanas por delante y si no descansaba en condiciones no podría rendir en el trabajo.

Además, no podía aparecer con ojeras ni en mi propia casa. No si quería que Enrico se fijara en mí y yo tuviera la más mínima oportunidad ante las diosas con las que se solía relacionar. Umm, Enrico... Fue pensar en él, y activarse de nuevo mi libido. Ahora sí que me sería imposible volver a conciliar el sueño.

¡Maldita sea! La situación me superaba, y más al pensar que por primera vez, estaba durmiendo a escasos metros de su habitación. Me daban ganas de ir hasta allí, entrar a escondidas en su cuarto, y meterme en su cama. Quizás le diera un susto de muerte o le alegrara la noche, quién sabía...

Alejé aquellos pensamientos pecaminosos de mi cabeza. Si mi primita Consuelo llegaba a saber lo que se me estaba pasando por la cabeza en esos momentos, me denunciaría al Vaticano por impía. De ahí a la excomunión había sólo un paso. Y de nuevo me asaltó la imagen de Júnior en mi cajón, aunque con la mudanza no sabía muy bien dónde había guardado mi pequeño juguete erótico. Aunque tampoco podría usarlo. No quería arriesgarme a despertar a mis convecinos con su potente motorcito, menuda vergüenza si sabían a lo que me dedicaba por las noches en mi cama.

Refunfuñé, pegándome con las sábanas. Ya no sabía cómo colocarme en el lecho. Ni boca arriba, ni boca abajo, ni de lado conseguía encontrar una postura cómoda, con la ropa totalmente pegada a la piel. Entre el bochorno reinante y mi imaginación calenturienta, temía perder del todo aquella noche infame.

Decidí entonces acercarme a la cocina a beber un vaso de agua, aunque también podría asomarme a la terraza a respirar algo de aire. No sería tan puro como el de la montaña, pero seguro que algo de brisa marina llegaría hasta nosotros. Era una tentación demasiado fuerte. Podría tumbarme en una de aquellas hamacas, parecían bastante cómodas.

Pero enseguida desistí de mi alocada idea. Tendría que pasar por delante de la habitación de Enrico y salir a la intemperie con lo puesto. Tal vez me quedara dormida así, en braguitas y con aquella camiseta de dormir tan poco decorosa nada más tenderme en la hamaca, y no podía arriesgarme. Si me pillaran mis compañeros de tal guisa a la mañana siguiente sería mucho peor

el remedio que la enfermedad. Y tampoco pensaba colocarme un pijama de invierno.

Así que regresé a mi primer pensamiento, poniéndome en pie antes de salir del cuarto para acercarme a la cocina. Era mucho mejor para mi salud mental dirigirme en dirección contraria a la habitación del italiano, por si acaso. Yo no era una sátira, pero una mano irrefrenable tiraba de mí con una fuerza que jamás hubiese imaginado. Y no, debía ser consecuente y no caer en la tentación. Y menos si quería que mi compañero me tomara medianamente en serio y no como a una vulgar mujerzuela, aparte del cabreo monumental que podría pillar Noemí.

No conocía bien la casa y a oscuras temía golpearme con algo o tirar cualquier figurita de adorno. Pero no me quedaba otra, debía hacer el menor ruido posible y conseguir llegar a la cocina sana y salva, pero sin encender ninguna luz. Así que me dirigí hacia la puerta de mi habitación, la abrí con cuidado y me asomé al oscuro pasillo. Miré un momento en dirección al cuarto de la fuente de mis deseos, pero no, debía dirigirme hacia otra fuente: la que manaba agua en la pila de la cocina.

Avancé a tuestas, apoyándome en la pared para ir con mayor seguridad. Mis pies descalzos retumbaban contra el suelo, una tarima que crujía en algunas partes más que en otras, o eso me pareció en ese momento. Dejé de pensar en tonterías, ni que fuera aquello una incursión nocturna en las filas enemigas. Sólo quería llegar a la cocina y beberme un refrescante vaso de agua. Me parecía a mí que iba a pasar del grifo para beber directamente de cualquier botella que encontrara en la nevera, tal era el grado de sed y calor que se iba apoderando de mí por momentos.

Pasé junto a la puerta de la habitación de Noemí, todavía con mayor disimulo, y entonces escuché un leve crujido. Me di la vuelta, algo asustada, pero no distinguí nada diferente. Desde luego era una miedosa, temblando por cualquier ruido nocturno. Serían seguramente las cañerías del edificio, un inmueble que por mucho que reformaran tenía ya bastantes décadas encima. Eso o cualquier sonido procedente del vecindario. Así que miré de nuevo al frente y me adentré en el salón.

Caminar por el pasillo, pegada a la pared, había sido más fácil que lo que vendría continuación. En el salón me encontraría obstáculos, y en ese momento no podía recordar con exactitud la posición del sofá o la mesa de comedor. Ya temía pegarme un doloroso golpe en la rodilla o en la cadera, sabiendo además que siempre he sido un poco patosa. Me veía con los

dientes en el suelo, desmadejada y dolorida, mientras mis compañeros acudían a auxiliarme y yo me moría de vergüenza de nuevo. No, eso tampoco iba a sucederme, por lo menos esa noche. Mi objetivo estaba cada vez más cerca, y no pensaba renunciar a llegar a la meta de una pieza.

De pronto una silenciosa sombra se abatió sobre mí, y no tuve tiempo de reaccionar. Una mano poderosa me tapó la boca ante el inminente grito que iba a soltar, y sentí a mi lado la vigorosa presencia de un hombre alto y fornido, que me chistó al oído:

—Schhhhhhhh, Eva. No te asustes, soy yo...

—Joder, Enrico, ¡casi me muero de la impresión! —repliqué en voz baja cuando el italiano retiró su mano de mi boca—. Iba a por agua, lamento haberte...

—Calla, por favor.

—¿Qué demonios...? —intenté decir.

Antes de terminar la frase sentí los carnosos labios de Enrico en mi boca, besándome casi con rabia y frustración. Sorprendida, intenté echarme hacia atrás, pero me golpeé con el sofá, que estaba a mi espalda. Él se abalanzó de nuevo sobre mí, intentando acallarme con sus ardorosos besos, pero esa no era la idea que yo había tenido sobre nuestro primer encuentro amoroso. Así que luché contra él, golpeándole en su pecho desnudo. Él me sujetó con fuerza los brazos y me inmovilizó con su cuerpo contra el sofá, adentrando poco a poco su lengua en mi boca mientras yo dejaba de luchar.

Mi cuerpo se rebeló ante mi primera intención, y el deseo me incendió por dentro. Yo necesitaba sentir a aquel hombre, y a fe que lo conseguiría. Quizás no había sido el encuentro romántico que toda mujer tiene en su mente cuando piensa en su príncipe azul, pero en esos momentos me daba igual. Mis pensamientos se nublaron y la pasión se apoderó de mí, cediendo a la dulce tentación.

Enrico siguió besándome con deleite, seguro de su victoria. Su lengua juguetona se adentró en mi boca, mientras me mordía suavemente en el interior de mis labios. Bebió de mí, sediento, mientras yo anhelaba que prosiguiera hasta poder disfrutar de todos los néctares de mi cuerpo susurrante.

Apretada contra él, mis manos comenzaron a recorrer su fuerte espalda, mientras notaba como las suyas me arrancaban sin piedad mi exigua camiseta. Mis pechos se enfrentaron a la fuerza de la gravedad, desafiantes, con mis pezones enhiestos pidiendo guerra. Eso pareció sorprender a Enrico,

que soltó un gemido gutural de placer y agachó su cabeza, perdiéndose entre mis senos.

—Ummm, qué ricos. No sabes las ganas que tenía de probar esta exquisitez, Eva. Eres una diosa...

Aquellas roncas palabras, escuchadas en la quietud de la noche junto a mi oído, destrozaron todas las defensas que pudieran quedarme. Sin darme cuenta abrí las piernas, que hasta ese momento aguardaban en posición defensiva ante el primer ataque de mi adversario. Pero ahora necesitaban otro tipo de guerra, y el italiano estaba dispuesto a combatir en ese húmedo campo de batalla.

Gemí de placer, echando la cabeza hacia atrás, cuando los labios de Enrico se posaron sobre mi aureola derecha, sorbiendo a continuación mi dolorido pezón. Lo mordisqueó con delicadeza, y movió su cara contra mi pecho, volviéndome loca. El contacto de su incipiente barba sobre la delicada piel de mi torso disparó una alarma en mí, con la humedad palpitante invadiendo mi entrepierna hambrienta.

Siguió jugando conmigo, perdiéndome en los abismos de la lujuria. Sus manos ávidas masajearon mi culo, sólo separado de sus expertos dedos por unas minúsculas bragas que ya estaban empapadas. ¡Me estaba volviendo loca! Si seguía así me correría casi al instante, mi organismo cabalgaba a toda velocidad hacia el abismo y yo no quería ni podía pararlo.

Dejó descansar mis pechos un instante, subiendo su cabeza hacia mi cuello. Quizás fue peor el remedio que la enfermedad, ya que empezó a besarme en esa delicada parte, subiendo después hacia el lóbulo de mi oreja, mientras sus manos pasaban del culo a las tetas sin apenas darme tiempo a respirar. Enrico estaba ansioso, igual de hambriento que yo, y me quería devorar por completo. Y esta tierna oveja quería ser devorada por el lobo, de la cabeza a los pies.

Retorcí entonces mi pezón derecho con su mano izquierda y gemí de dolor, aunque quizás era más el placer lo que provocó el respingo. Entonces noté como la otra mano se abría paso entre mis piernas, subiendo por la cara interna de los muslos. Yo estaba dispuesta a recibirlo, y anhelaba sentirlo dentro de mí.

Mientras seguía besándome el cuello y el rostro, Enrico metió un temeroso dedo en mi interior. Pareció tensarse un momento, quedándose quieto. Quizás le había sorprendido encontrarme tan receptiva, totalmente mojada para él. Al momento se recompuso, con más seguridad, e introdujo

dos dedos en mi cálida vagina. Tuve que mordirme el labio para no gritar. Comenzó a moverlos rítmicamente, entrando y saliendo de mi cueva ardiente, deseosa de más...

No podía pararme a pensar en lo que estaba sucediendo, pero era demasiado fuerte. Yo sólo había ido a por agua, y ahora me encontraba abierta de piernas, deseando que Enrico me poseyera con todas sus fuerzas. Anhelaba sentir su pene en mi interior, bombeando con potencia hasta fundirnos en un solo ser. Pero no podía permitirlo, no eran esas maneras de comenzar nada y...

No pude seguir concentrada en mis pensamientos, ya que toda la sangre se me agolpaba en el bajo vientre. El cabronazo sabía a lo que jugaba, y cuando apresó el clítoris entre sus dedos confirmó que había conseguido su propósito. Con unos rítmicos movimientos alrededor de mi abultado botón consiguió que me terminara de derretir, echando mi cabeza hacia delante mientras me dejaba vencer por la naturaleza.

Apreté mi cara contra su cuello, intentando acallar mi grito ancestral ante la ola gigante que se avecinaba. El orgasmo me llegó sin avisar, anegando mis sentidos. Clavé mis uñas en su espalda y me convulsioné, todavía con los dedos de Enrico penetrando mi intimidad. Fue auténticamente brutal...

Tardé unos segundos en recomponerme, pero enseguida levanté mi rostro, mirándole directamente a los ojos. Me había acostumbrado a la oscuridad, y aunque en penumbras, pude atisbar sus hermosos rasgos. Enrico permanecía todavía con su mano en mi entrepierna, pero en ese momento fui yo la que le devolví la moneda. Le palpé por encima del bóxer, revelando una potente arma que deseaba entrara de una vez en acción.

Enrico no me permitió seguir investigando por ahí, y tomó de nuevo la iniciativa. Me quitó entonces mis braguitas, triunfante, y me levantó en volandas, totalmente desnuda y expuesta para él. Me agarré con mis piernas a su cintura y dio unos pasos conmigo en esa posición. Me volvió loca de placer sentir la punta de su ardiente virilidad, todavía dentro de su prisión de nylon, rozándome en mi acalorado pubis. La locomotora interna de mi pasión comenzaba de nuevo a desbocarse, pensando en la próxima estación que anhelaba visitar. Y o se decidía de una vez, o iba a estallar, rota por el deseo infernal de mi cuerpo. Quería a Enrico dentro de mí y lo necesitaba ya...

Chocamos contra la pared medianera entre la cocina y el salón, justo al lado de la abertura que separaba aquellas estancias, donde yo había

vislumbrado por primera vez la potencia sexual de mi italiano preferido. Solté un grito, más por la sorpresa al chocar mi espalda contra el yeso, que por el dolor causado por el golpe. No me preocupé por despertar a Noemí, sólo quería que Enrico se dejara de tonterías y terminara de...

Pero no, seguía retozando conmigo, disfrutando del momento. En aquella posición tan vulnerable, completamente desnuda y aprisionada contra la pared, deseé que Enrico se clavara dentro de mí, olvidándose de todo lo demás. Mis caderas se movían a su ritmo, rebozándose contra él, anhelantes. Y sin embargo, Enrico me miró, desafiante, y su sonrisa maquiavélica me dio a entender que todavía me quedaba por sufrir un rato más.

Cabreada por no obtener mi recompensa, le golpeé en su espalda mientras él me movía otra vez, esta vez en dirección hacia el sofá. El muy ladino me dejó caer allí, totalmente desmadejada, mientras se abalanzaba sobre mí para que no pudiera escapar. La tortura era excitante, pero no podía más. Lo necesitaba imperiosamente, y él seguía jugando con mis esperanzas.

Me aprisionó las dos manos con su poderosa zarpa izquierda, mientras con la derecha posaba un dedo sobre mis labios, quizás implorando silencio ante mis gemidos cada vez más fuertes. Me metió entonces el pulgar en mi boca y yo lo mordí con saña, primero por gusto y placer, ya que estaba totalmente cachonda, pero también por darle su propia medicina. Si yo sufría por su culpa, no estaría mal infligirle a él un poquito de dolor.

Su cabeza estaba posada sobre mi pecho, disfrutando de mis senos, henchidos ante sus feroces acometidas. Entonces se revolvió y levantó su testa, sorprendido ante el pequeño mordisco. Me miró con lujuria y asintió, como diciendo que él también sabía jugar a ese peligroso juego. Y yo llevaba las de perder.

Mientras seguía sujetándome las manos comenzó a bajar su rostro, primero por mi abdomen y mis caderas, perdiéndose en mi ombligo. Yo gemí de placer, intentando desembarazarme de sus fuertes brazos. Pero sus garras me tenían presa, totalmente arrebatada y perdida, esperando su benevolencia.

Entonces bajó su cabeza algo más, lamiendo con delicadeza la cara interna de mis muslos. Yo me resistí, intentando cerrar las piernas, más como castigo por su insolencia que otra cosa. Pero él me abrió de nuevo sin esfuerzo, recorriendo mis ingles con la yema de sus dedos. El calor supuraba por todos mis poros, y allá dónde él tocaba me sentía quemada por dentro, devorada por la pasión que estaba a punto de desbordarse.

Yo sufría y disfrutaba a la vez, sabiendo lo que venía a continuación. Y

de pronto me relajé y le dejé hacer, quería disfrutar del momento. Un instante después la boca de Enrico se apoderaba de mis labios externos, mientras su lengua jugueteaba con los carnosos pliegues que cubrían la entrada al verdadero éxtasis. Notaba su rostro en mi interior, y yo me apreté contra él. Con la mano izquierda me agarré un pecho, apretándome el pezón, mientras con la derecha tiraba de su cabello para después empujar su cabeza contra mi sexo, totalmente rendida ante él.

Arqueé mis caderas, queriendo levantarlo con mis movimientos. Pero pesaba demasiado para mí, y su boca estaba disfrutando de su manjar preferido. Enrico apresó mi clítoris con sus dientes y yo di un respingo, mientras su lengua seguía abrasando con fuego mi interior. De pronto reventé como una exclusiva, llenando el rostro de Enrico con el fruto de mi derretido ser.

Él levantó entonces su cara, llena de mí, mientras vi como se relamía de placer. Le miré suplicante, rogando para que terminara aquella tortura maravillosa. No tuve que pedírselo más. Enrico se quitó la única prenda que llevaba y entró de mí de golpe, sin avisar, ensartándome con violencia con su poderoso pene.

Entonces sí, chillé de placer, olvidándome de dónde estaba. Le apreté contra mí, queriendo sacarle toda su esencia. Él se incorporó brevemente, mirándome a los ojos, mientras me asestaba puñaladas de carne que amenazaban con partirme. Notaba cómo entraba y salía de mí, llenándome por completo con aquello que llevaba tanto tiempo esperando.

Enrico comenzó a moverse con mayor velocidad, buscando quizás su propio clímax. Pero yo había recuperado la conciencia, aparte de que ya me había corrido dos veces gracias a sus desvelos. Así que aproveché un momento de debilidad suyo, cuando se apoyó mejor en el sofá con sus manos para no hundirse tanto, y giré hacia un lado. Él se sorprendió ante mi brusco movimiento y al intentar incorporarme se separó de mí, saliendo de mi palpitante vagina. Y es que yo tenía otra idea mejor.

Él pareció disgustado, enfurruñado ante la pérdida de su inminente orgasmo, pero yo le recompensaría de otro modo. Se quedó medio recostado sobre el sofá y yo le empujé, subiéndome entonces encima de él. Enrico se percató de mi movimiento y me dejó hacer. Se quedó entonces sentado en el sofá, apoyado contra el respaldo y con mi cuerpo encima, sobre sus piernas. Atisbé entonces la increíble erección que se mostraba ante mí, con el glande totalmente morado, hinchado por la sangre que inundaba su poderoso

músculo.

Sin pensarlo me puse en cuclillas sobre el sofá, agarrándome con una mano a su hombro. Me acerqué hacia él, subí unos centímetros mis caderas y me dejé caer de golpe, clavándome su herramienta hasta el fondo de mi alma. Los dos soltamos el grito a la vez. Él por la sorpresa y la caliente acogida en mi interior; y yo por verme de nuevo llena, totalmente repleta por aquel hombre que me volvía loca.

Enrico intentó moverse, subiendo sus caderas para acompañar mi ritmo. Pero yo no lo permití. Comencé entonces a cabalgarle con premura, primero al trote, y más tarde al galope. Me dejé llevar, apoyando mis manos en su pecho mientras mi purasangre me miraba embelesado. Fui yo entonces la que acerqué mi mano hacia su ávida boca, mientras él me mordisqueaba los dedos, acelerando su respiración al mismo ritmo que yo incrementaba mis acometidas.

Eché entonces mi cuerpo hacia atrás, subida a lomos de un semental que quería poseer para siempre. Vi en los ojos de Enrico que estaba a punto de alcanzar su orgasmo, y quise acompañarlo en ese momento tan glorioso. Me concentré en mi interior, sintiendo como mis paredes internas apresaban con fuerza su verga, queriendo exprimir hasta la última gota de su esencia. Y entonces...

—Eva, por favor, no pares. Me voy a correr...

—Sí, cariño, yo también —gemí como pude ante la fuerza de nuestra cópula salvaje, moviéndonos cada vez con mayor frenesí.

Entonces me desconcentré ante un extraño sonido. Una ululante sirena comenzó a golpearme los tímpanos, mientras sentía como la lava incandescente que me abrasaba por dentro paraba un segundo en su alocada salida al exterior. Enrico me miró desconcertado, sin saber lo que ocurría, mientras ambos escuchábamos lo que parecía ser una alarma de incendios.

—¿Pero qué demonios es eso? —pregunté cabreada, a punto de perder la compostura.

—Eva, por favor, ¿qué haces? No te vayas. Eva, no....

De pronto se me nubló la vista y perdí el sentido, todavía con Enrico dentro de mí. Caí en una completa oscuridad, mientras mi cuerpo dejaba de responder a las señales de mi cerebro...

Cuando volví en mí me encontraba de nuevo en mi cuarto, tumbada sobre la cama. Me palpé por encima y noté que llevaba todavía la ropa. No podía ser. Mis bragas y la camiseta seguían en su sitio y yo... Sí, estaba

totalmente mojada, eso podía sentirlo antes siquiera de comprobarlo con mis dedos. Pero entonces, ¿qué había sucedido?

De pronto la maldita alarma de mi móvil crepitó de nuevo. Todavía no manejaba bien aquel aparato infernal y me solían pasar cosas raras con él. Apagué el molesto soniquete y me fijé en la hora; las 2.15 de la madrugada...

Sudorosa y cabreada, aparte de completamente mojada, me percaté de la cruda realidad. Todo había sido un maldito sueño, y yo seguía en mi habitación. Y ahora sí, totalmente desvelada y con un calor de mil demonios. Y no sólo externo. El fuego que devoraba mis entrañas no había sido calmado del todo, y eso que en aquel sueño erótico tan real había disfrutado como jamás ningún hombre me hizo gozar en la vida hasta ese momento.

Capítulo 9

Bienvenida al vecindario

Después de dormitar a duras penas un par de horas, me desperté de mal humor, pero no podía hacer nada por evitarlo. Intenté olvidar mi nochecita para concentrarme en la jornada que tenía por delante. Así que puse buena cara al mal tiempo, y me apresté a comerme aquel miércoles que tenía por delante.

Tras desayunar las dos juntas en la cocina, sin atisbo alguno del potro italiano a la vista, me dirigí a la oficina con Noemí, saliendo ya las dos a la vez del ático que compartíamos. Era un auténtico chollo, ni siquiera tenía que coger el transporte público y contaba con mi chofer particular. Por supuesto le dije a mi compañera que pagaría la mitad de la gasolina por lo menos, algo a lo que ella se negó, alegando que de momento seguía teniendo sueldo de becaria. Detalle esencial que era cierto, por mucho que supuestamente me hubieran ascendido a la categoría de redactora júnior.

No quería meter la pata nada más empezar, pero intentaría sacar el tema en mi conversación con Marta. Una reunión que fue más breve de lo que me esperaba y es que mi jefa siempre tenía multitud de cosas que hacer. Me dio una documentación que había estado recopilando Joan antes de enfermar, relativa a un reportaje que estaba preparando sobre la corrupción política en la Generalitat, ya que quería que yo me empapara de los datos principales. Un tema algo delicado para comenzar, pero no pensaba arredrarme.

—Échale un vistazo a lo que te he pasado, y de ese modo te vas familiarizando también con nuestro método de trabajo. Te envío ahora por mail otros archivos, así aprenderás cómo tienes que enfocar los artículos y reportajes. No sé si finalmente te harás cargo del tema de la Generalitat, quizás lo dejemos para más adelante. Es un asunto complicado, llega el verano y estos temas políticos mejor afrontarlos en otoño. Le doy una vuelta entre hoy y mañana y te comento. Tengo otra cosita para ti que quizás sea mejor, aunque el tema también se las trae.

—Lo que prefieras, Marta. Por mí no te preocupes, estoy dispuesta a dejarme las pestañas con el reportaje que me asignéis.

—No sé, la verdad, no quiero equivocarme. Con tu inexperiencia en temas políticos no creo que le pudieras sacar la suficiente chicha a este asunto, y ahí tenemos un filón. La corrupción de altos cargos y familiares puestos a dedo es flagrante en muchos estamentos públicos, pero debemos contrastar bien las fuentes para no recibir una demanda judicial. Y el otro posible artículo es también algo escabroso, pero en otro sentido...

—Bueno, yo me voy repasando esto y espero el resto de la documentación. Lo que decidáis estará bien, tengo muchas ganas de empezar a trabajar en el reportaje que finalmente se decida.

—Quizás hable con dirección y cambiemos un poco el enfoque. Bueno, ya te contaré, no te preocupes. El trabajo en una revista es cambiante y hay que adaptarse a lo que salga. Ya lo irás viendo con el tiempo. Luego hablamos.

Marta me dejó allí, más confundida que otra cosa, sin saber muy bien a lo que se estaba refiriendo. Así que me apliqué en estudiar bien toda la documentación que me habían pasado: folios y folios relativos a los tejemanejes de los mismos políticos que después se llenaban la boca diciendo que todos nos teníamos que apretar el cinturón para sacar el país adelante. Todos menos ellos, claro.

No quería engañarme a mí misma, quizás me quedara algo grande ese tema. También me había picado la curiosidad lo otro comentado por mi jefa. No sabía a qué se refería con ese asunto escabroso, pero lo averiguaría muy pronto. Quizás mi vida habría sido algo distinta si la decisión final de Marta hubiera sido otra.

Pude dominar mi mente al tenerla ocupada todo el día, así que ni volví a recordar aquella experiencia onírica tan pecaminosa de la jornada anterior. Regresé al ático como si nada hubiera sucedido, dispuesta a comenzar de cero.

Esa noche cené con Noemí en mi nuevo hogar, con otra pequeña desilusión para mi mochila. Ni rastro de Enrico en toda la tarde-noche. No quería ser pesada ni poner sobre aviso a Noemí, así que obvié el tema, por mucho que me doliera. Sabía que el italiano entraba y salía del piso cuando le venía en gana, pero me parecía algo extraño. Realmente sólo había coincidido con él cuando me lo presentó brevemente en la terraza, aparte de disfrutar de su cuerpazo en sueños. Pero eso era todo. Algo muy pobre para las expectativas que me había creado en un principio. ¿Me estaría evitando?

A la mañana siguiente me desperté antes siquiera de que sonara el

despertador de mi móvil. Todavía no me había acostumbrado a mi nueva habitación, y lo notaba. Entre la novedad, el calor nocturno que ya se había instalado en la ciudad, y las mariposas que revoloteaban en mi estómago ante la presencia de Enrico (sólo virtual hasta ese instante, ya que ni habíamos vuelto a intercalar una sola palabra entre los dos), esa noche no descansé como me hubiera gustado. Aunque por lo menos no tuve sueños extraños, ni me creí envuelta en una apasionada locura que sólo estaba en el interior de mi cabeza.

De todos modos ya era hora de levantarme. Total, para estar remoloneando en la cama, prefería ir haciendo cosas. Podía darme una ducha y desayunar tranquilamente mientras se levantaba Noemí. A mí siempre me ha gustado tomarme las cosas con calma por la mañana. Si alguna vez me he dormido para llegar a clase lo pasaba fatal intentando salir corre que te corre de casa. El desayuno es la comida más importante del día y es mejor que se asiente en el estómago, con tranquilidad y sosiego, antes de empezar una nueva jornada. Incluso podría ver el noticiario matinal si quería.

Además, tampoco pretendía que Noemí me fuera a llevar todos los días a la oficina en su coche. En ocasiones ella tenía turnos diferentes e incluso ya me había avisado que en julio posiblemente tuviera más de una guardia nocturna en su puesto como encargada de Sistemas Informáticos. Así que tendría que aprender también a moverme en metro y autobús para ir de casa al trabajo. El ático me pillaba más cerca de la empresa que la casa de la Bonanova, así que por ese lado también había salido ganando.

Con ese pensamiento en la cabeza cogí una muda limpia, mi toalla y el neceser, y me dirigí hacia el baño situado al final del pasillo. La habitación de Enrico quedaba enfrente, y permanecía todavía con la puerta cerrada. Tenía ganas de volver a verle, quizás esa noche se dignara aparecer y podríamos cenar los tres juntos. Más que nada por empezar a conocerle mejor, no necesariamente en el sentido bíblico, que para eso éramos compañeros de piso y hasta ese momento para mí era casi un holograma en mi mente.

Entré en el cuarto de baño y cerré la puerta con pestillo, aunque realmente nadie iba a entrar. Noemí tenía su propio baño y el italiano seguía sin dar señales de vida. Era una simple manía como otra cualquiera, aunque seguro que mis padres la habrían aprobado.

Me di una generosa ducha con agua caliente, disfrutando del chorro revitalizante de líquido sobre mi cabeza. Los músculos doloridos del cuello y espalda agradecieron también su balsámico efecto, estaba muy cerca de

contracturarme. Debía retomar los hábitos saludables: algo de ejercicio, dieta sana, dormir por lo menos 7 horas del tirón e intentar disminuir el estrés. Algo complicado dadas las circunstancias. Pero no tenía más salidas, porque en caso contrario podría pasarlo muy mal. No era la primera vez que una contractura en cuello o cervicales me dejaba para el arrastre.

Siempre podía buscar algún fisioterapeuta en la ciudad, seguro que los habría muy buenos. En Toledo iba una o dos veces al año a un chico muy majo que trabajaba en el casco antiguo. Pero en Barcelona no conocía a nadie, tendría que pedir consejo. Aunque tal vez lo que de verdad deseaba era que esa tensión muscular me la quitaran unas manos fuertes y adiestradas, las manos de un hombre al que no podía alejar ni cinco minutos de mi cabeza. Me estaba obsesionando y eso no era bueno. Ese Enrico...

Seguí con la ducha y empecé a tararear una canción de moda mientras me enjabonaba. Siempre me ha gustado cantar, aunque no lo hago demasiado bien, la verdad. No quería subir demasiado el volumen por no despertar a Noemí, que seguramente seguiría soñando con los angelitos. Así que cerré la boca y le di de nuevo al agua para aclararme.

Unos segundos después corrí la mampara esmerilada de la ducha para salir al exterior. Me había entrado algo de jabón en los ojos y no veía con claridad, así que tras poner los pies en la alfombrilla colocada a los pies de la ducha, busqué a tientas la toalla para poder restregarme a conciencia los ojos antes de secarme. En ese momento, escuché una voz masculina a muy escasa distancia, instantes antes de taparme instintivamente con la toalla mientras recuperaba la visión del todo.

—Vaya, vaya... —comenzó diciendo Enrico—. Creo que me podría acostumbrar a este tipo de visiones por la mañana temprano.

—Pero, ¿qué haces aquí? —grité furibunda ante la falta de intimidad. Notaba los ojos negros de Enrico clavándose en mi anatomía desnuda, sólo cubierta por una toalla nada decorosa. Desde luego no era la mejor manera de comenzar nuestra relación como compañeros de piso—. Sal de aquí, por favor, tengo que arreglarme.

El italiano se demoró un instante más, parecía que disfrutaba con la situación. Con los vapores del baño, el ambiente se encontraba algo cargado y no nos veíamos con completa nitidez, pero el rictus canalla de su boca me confirmó lo que mi mente ya barruntaba. Enrico pensaba hacerme sufrir un poco en nuestra primera mañana juntos. Quizás era su manera de marcar un territorio que hasta ese momento había sido sólo suyo.

Entre la vergüenza y la situación, con mis ojos todavía obnubilados por el jabón y los vapores de agua, no me había fijado bien en el bello espécimen que tenía enfrente. Mi vista seguía clavada en aquel rostro perfecto, sonriendo con un cinismo que resultaba casi insultante. Pero me estaba perdiendo lo mejor. Y ya que él disfrutaba de la situación, no sabía si sólo por mi azoramiento o porque le gustaba lo que veía, no iba a ser yo menos.

Con el ruido de la ducha no me había enterado de su entrada, pero él sí debía haber notado que el baño estaba ocupado. Enrico había comenzado a afeitarse, y tenía medio lado de la cara cubierto con espuma. Aún así estaba arrebatador, muy sexy. Ver a un hombre rasurarse la barba siempre me ha parecido algo sensual, diría incluso que hasta erótico. Nunca había tenido la oportunidad de coger una maquinilla (o una navaja bien afilada) y proceder yo con esa tarea tan delicada. Ese hoyuelo de la barbilla era sumamente tentador...

A excepción de unos bóxer blancos, Enrico no llevaba nada de ropa. Pude admirar su vientre plano y su torso esbelto, sin llegar a ser excesivamente musculado. Se le marcaban las abdominales y esas dos curvas tan peligrosas que unen el abdomen con la pelvis. Llevaba el pelo despeinado y tenía ojos de sueño, pero a mí me pareció encantador. Hasta que caí en la cuenta de que llevaba unos segundos esperando una respuesta que no llegaba.

—Disculpa, la falta de costumbre. Me he levantado atontado y he entrado sin más, ni siquiera me acordaba de que ya te habías instalado en el piso.

—Pero..., yo había echado el pestillo desde dentro. ¿Cómo has podido pasar? Además, nada más entrar tendrías que haber escuchado el sonido del grifo —pregunté alucinada, cada vez menos incómoda con aquella situación surrealista.

—Bueno, una de las pegas de la casa. Parece que engancha el cierre, pero salta enseguida. Yo he abierto normal, con un poco más de esfuerzo, pero poco más. Pensaba que estaba algo atascada la puerta, y no se me había ocurrido que fuera a causa del pestillo. Tendré que arreglarlo un día de estos ahora que vamos a compartir baño. Lo lamento, Eva. Además, estoy tan dormido todavía que ni me había percatado del grifo, pensaba que eran las cañerías de arriba. Anoche llegué tarde y no es que haya descansado demasiado —contestó divertido.

—Vale, acepto tus disculpas. Espero que sea la última vez. Y ahora, si haces el favor... —reliqué con algo más de aplomo. El italiano seguía

mirándome con descaro, pero aquello no podía continuar.

—Sí, claro, perdona. Regresaré a mi habitación hasta que termines con el baño. Y buenos días, que no te había dicho nada.

Enrico se marchó de allí, dejándome todavía anonadada. Menuda manera de comenzar el jueves. Tuve que sonreír a mi pesar, el muchacho tampoco tenía la culpa. Yo me había convertido en una intrusa en sus quehaceres habituales y él simplemente había seguido sus rutinas, nada más. Sus excusas eran bastante peregrinas, pero tendría que creérmelas, no me quedaba otra. No iba a montarle un pollo nada más llegar al piso.

Me sequé del todo, me puse la muda, un pantalón corto y una camiseta, y salí al pasillo de nuevo. Ni rastro del italiano. Me adentré de nuevo en la habitación, dispuesta a vestirme antes de acercarme a la cocina a desayunar.

Segundos después escuché pasos vacilantes. Seguramente Enrico regresaba de nuevo al baño a proseguir con el afeitado interrumpido. No pensaba volver allí por el momento, por lo menos esa mañana, así que me secaría un poco el pelo en mi habitación. Tenía el secador todavía en mi maleta, sin colocar, por lo que no habría mayor problema. Además, entre el pelo corto y el calor que hacía, no necesitaría demasiado repaso en mi cabeza antes de dar por finalizada la fase de peinado.

Tuve que sonreír ante lo absurdo del momento. Al principio me incomodé con la presencia de Enrico en el baño, e incluso me había asustado al no saber a quién me encontraría tras salir de la ducha. Si lo pensaba con calma había sido hasta cómico, eso de encontramos cara a cara con otra persona semidesnuda sin apenas darnos cuenta ninguno de los dos. Y por qué no decirlo, también fue una escena de lo más sugerente.

No pensaba preguntárselo nunca al italiano, pero quizás él me había visto completamente desnuda en el tiempo transcurrido entre que salí de la ducha y me rebujé con la toalla. Se encontraba de espaldas a mí, aparentemente pendiente de su afeitado, pero pudo haberme intuido por el espejo, aunque fuera durante un solo segundo. Ese pensamiento turbador me hizo enrojecer hasta la raíz del cabello, mejor ni me lo planteaba.

Prefería que Noemí se levantara más tarde esa mañana, no quería comentar la jugada en el desayuno, por si acaso. Así que una vez arreglada me fui a la cocina y me puse una taza de la cafetera que ya tenía preparada la dueña del piso. Un par de galletas para rellenar el estómago, justo a tiempo de que el resto de habitantes de la casa hicieran su aparición por la cocina. Noemí en pijama, con el pelo revuelto y una cara de sueño increíble; y el

atractivo italiano con pantalones cortos y una camiseta que todavía permitían vislumbrar su maravillosa anatomía. Mejor dejaba de mirarle y me concentraba en otra cosa.

—Vaya, Eva, veo que has madrugado bastante. Yo he apagado el despertador y me he levantado como un zombi. Hoy no tengo ganas de ir a trabajar —aseguró Noemí.

—Sí, tengo mucho que hacer en la oficina. No te preocupes, tú a tu bola. Yo me voy a ir para el curro, que quería también aprender la combinación de metro.

—Como quieras, pero yo no tardaré mucho. Si me esperas vamos juntas en mi coche. Hombre, Enrico, tú también levantado a estas horas. ¿Tienes fiebre o acabas de llegar y todavía no te has acostado?

—Llegué sobre las dos, vosotras ya estabais roncando —contestó Enrico entre risas—. No he dormido bien, será este calor bochornoso, y he preferido levantarme. Lo que no esperaba era encontrarme con este tipo de sorpresas por la mañana temprano.

—¿De qué hablas, tío? —preguntó Noemí—. Buff, necesito un café en vena o no respondo de mí.

—Nada, Noemí, no te preocupes —contesté lanzándole una mirada furibunda al italiano. Él, por su parte, me observaba divertido, apoyado en el quicio de la puerta con aire juvenil. Estaba para comérselo...—. Tú desayuna tranquilamente, yo me voy yendo a la ofi. Nos vemos después allí.

—De acuerdo, Eva, como prefieras. Hasta luego.

—Hasta luego, Noemí. Ciao, Enrico —me despedí también de nuestro compañero, esperando que hubiera captado mi gesto. No quería que le dijera nada a Noemí sobre nuestro encontronazo matutino. A saber la versión que le contaría llegado el caso, no me haría ni pizca de gracia que nuestra común casera pensara nada extraño de nosotros.

Me di la vuelta y salí de allí, sintiendo la mirada de Enrico clavada en mi espalda. Desde luego había captado su atención, o eso me parecía en esos momentos. Sólo esperaba que fuera para bien.

Capítulo 10

Fiesta exclusiva para chicas

Llegué a la oficina sin complicaciones; el trasbordo en el metro era fácil y no se tardaba nada. Continué con la tarea asignada el día anterior, empapándome de la documentación remitida por Marta. Aunque a media mañana me sorprendió con su visita, acercándose ella de nuevo a mi sitio.

—Hasta nueva orden puedes ir olvidándote del tema de la corrupción política, por lo menos de momento —afirmó mi jefa.

—Pero Marta, creo que yo podría...

—Nada, no te preocupes. Le daremos otro enfoque y después del verano lo retomaremos entre varios departamentos. Tenemos varias informaciones que queremos contrastar, puede ser un reportaje bastante potente. Pero vamos, que mañana mismo te asigno otro tema que tengo sobre la mesa: la noche barcelonesa.

—¿La noche barcelonesa? —pregunté a mi vez como una estúpida. Había pasado de dedicarme a un reportaje importante, de calado nacional, a buscar información sobre las borracheras de los guiris en Barcelona. Un paso atrás en toda regla, aunque no podía dejarlo traslucir en mi semblante—. Imagino que tendréis algo particular en mente.

—Sí, te aseguro que no es tan sencillo como parece en un principio, espero que no te asustes. Mañana te cuento los pormenores, pero puedes ir buscando información sobre lo más transgresor que puedas encontrar, queremos darle un toque diferente. Un reportaje que no sea el típico que se puede encontrar en cualquier revista del ramo, hay que ofrecerle un plus a nuestros lectores.

—Ok, le daré una vuelta a ver qué se me ocurre —contesté sin pensarlo demasiado.

—Muy bien, Eva. Luego hablamos, tengo varios asuntos pendientes que atender. Y tranquila, sé que vas a hacer un buen trabajo.

Su voto de confianza me tranquilizó, aunque el quitarme el caramelito de la boca con el reportaje político había sido un golpe bajo. No sabía a qué se refería con lo del reportaje transgresor, así que decidí navegar un poco por

Internet para averiguar algo más sobre la fiesta en la capital catalana. Yo había disfrutado ya de ella, aunque no demasiado, así que por propia experiencia no podría hablar.

Podría comentarlo con Noemí o alguna otra compañera cuando tuviera más claro lo que buscaba la dirección de la revista. Si el reportaje tenía que salir en el número de agosto no tenía tanto tiempo para prepararlo. Quizás tuviera que hacer algo de investigación *in situ*, así que tenía que ir espabilando. Tal vez mi querido italiano pudiera darme algunas pautas. Tenía pinta de conocerse los locales más *cool* de la noche barcelonesa...

Casi al final de la mañana me crucé con una de las chicas de administración, que me saludó al pasar. Yo no sabía exactamente quién era, hasta que ella me habló:

—Hola, Eva, ¿qué tal? Soy Sonia, ya sabes. Creo que has estado muy liada con lo de tu ascenso y no he querido molestarte. Por cierto, ¡enhorabuena!

—Ah, sí, Sonia, perdóname. Se me había pasado completamente, llevo unos días de locos. Entre el puente, lo del ascenso y que me acabo de mudar de piso, no he tenido tiempo de nada. Soy una maleducada, al final ni te contesté. Espero que puedas perdonarme, imagino que ya lo tendréis todo cerrado.

—Sí, ya está preparado. Pero no te preocupes, si te quieres apuntar todavía hay sitio. Le dijimos 15 personas a los del restaurante y demás, pero una chica me ha confirmado a primera hora que no puede asistir. Así que si te animas no habría problema. Ya sabes, te esperamos en el Palacios si te quieres pasar. Llegando al Port Olympic todo el mundo lo conoce, preguntas por allí y lo encontrarás enseguida.

—Bueno, me lo pensaré esta noche, Sonia. Muchas gracias por acordarte de mí. Hasta luego —me despedí antes de volver a mi puesto.

El resto del día transcurrió sin mayores sobresaltos. Al salir de la oficina me fui dando una vuelta hasta una de las avenidas principales de Barcelona. Hacía buena tarde y me apetecía pasear para despejarme un poco; más tarde cogí un autobús que me dejó muy cerca del ático, una nueva forma de moverme por la ciudad entre el piso y la oficina.

Cuando entré en casa vi que Noemí ya había llegado, aunque ella salió más tarde que yo de trabajar. Me dirigí hacia la cocina, ya que vi la luz encendida e imaginé que ella estaba allí. No divisé rastro de Enrico, pero eso era lo de menos. La noche anterior ninguna nos habíamos percatado de su

llegada y menudo susto me pegó después en el baño. Bueno, susto no sería quizás la palabra más adecuada.

—Hola, Eva, no sabía si habías quedado con alguien por ahí —me dijo mi compañera nada más llegar—. Hoy te veo hasta más guapa, el cambio de casa y lo del ascenso creo que te ha venido muy bien.

—Vaya, muchas gracias —contesté. Tal vez el buen color que me veía la informática era debido a los sofocos que provocaba en mí esa presencia masculina que nunca sabría por dónde iba a aparecer. Continué hablando para que Noemí no se percatara de mi sonrojo—. He ido caminando un rato hasta el centro y luego he cogido un bus, por cambiar. Tendré que irme acostumbrando al transporte público de la ciudad, ya que yo no tengo coche y no voy a depender siempre de ti.

—No, si me parece genial. ¿Y qué tal con la jefa? No sé si te han dado ya el reportaje definitivo o siguen mareando la perdiz. Eso es algo típico en la revista, no se lo tengas en cuenta.

—Al final ha habido un cambio de planes, y no sé si me gusta o no —contesté. Yo le había contado a Noemí lo del asunto político, y poco después todo se había venido abajo—. Ahora quieren que prepare no sé qué sobre la noche barcelonesa más transgresora...

—Bueno, ahí tienes mucho tajo también. Te aseguro que esta ciudad guarda secretos muy oscuros e incitantes. Te podría ayudar nuestro amigo Enrico... —afirmó Noemí antes de torcer el gesto, tal vez arrepintiéndose de su afirmación.

Ignoraba si Enrico le había comentado algo sobre nuestro encuentro de la mañana, y yo no pensaba sacar el tema. Sabía que Noemí no quería que hubiera nada entre nosotros, tanto por mi salud mental como por el equilibrio en la convivencia común. Y yo lo entendía, por supuesto, aunque no lo terminaba de compartir. Así que contesté, pero obvié el tema del florentino.

—No sé, mañana hablaré con Marta para ver el enfoque que le damos. El mes de junio ya termina y me tengo que poner las pilas. Espero no meter la pata en mi primer trabajo importante.

—Todo saldrá bien, ya lo verás. Por cierto, no quiero pecar de soberbia, pero te lo dije. Esta mañana nuestro compi me ha estado haciendo un tercer grado sobre ti: de dónde eres, a qué te dedicas, etcétera, etcétera... Menos mal que ni se había fijado en la recién llegada, ya le he dicho que ni se le ocurra acercarse a ti.

—¿Ah, si? Vaya, no me lo esperaba. Pero vamos, no tienes de qué

preocuparte, me imagino que es simple curiosidad. Querrá saber algo sobre su nueva compañera de piso, pero vamos, que me lo puede preguntar a mí cuando quiera. Aunque es difícil coincidir con él, la verdad. ¿Te ha dicho algo más? —pregunté ansiosa, temiendo que le hubiera comentado nuestra peculiar manera de darnos los buenos días.

—No, poco más. Este chico es bastante peculiar, y además, lleva unos horarios complicados. Pero bueno, ya tendréis tiempo de charlar. Eso sí, me reitero en mi primera apreciación. Ten cuidado con él, de verdad. Parece que tiene cara de buen chico pero enseguida le sale su vena de diablillo. Y no quiero que para él seas una muesca más en la culata de su revólver. Más que nada porque no me apetece que andemos a la gresca en el piso en los pocos ratos que coincidamos.

—Tranquila, Noemí, me acabo de instalar y tengo montones de cosas en la cabeza. Por ejemplo, se me había olvidado completamente lo de la despedida de soltera de Mireia.

—Ah, es verdad, algo hablamos el otro día. Yo paso bastante de esas cosas, la verdad. Imagino que acabaréis la noche en el *Boys to men*, es lo típico.

—Sí, lo mismo me comentó Marc. No sé, creo que igual me animo. Me apetece desfasar un poco y así también dejo de darte la murga durante un rato.

—Tranquila, no me molestas. Pero sí, creo que lo pasarás bien con esas petardas, ja, ja. Yo mañana creo que descansaré, tengo que reponer fuerzas.

Llevábamos unos segundos escuchando sonidos en la entrada, y enseguida nos percatamos de su procedencia. Enrico había entrado en el piso y se dirigió hacia nosotras con su andar característico, mezcla de seguridad masculina y gracilidad animal.

—*Buona sera, bambinas* —saludó en un tono cantarían que me derriñó al instante. Pero lo peor estaba por llegar. El italiano dio un cariñoso beso a Noemí en la mejilla izquierda, y después se dirigió hacia mí, plantándome dos sonoros besos también. Tuve que agarrarme a la encimera para no caerme, la arrebatadora presencia de su cuerpo junto al mío provocó que me llegaran a temblar las piernas. Me estaba comportando como una auténtica niñata, tendría que recomponerme enseguida—. Espero que este fin de semana podamos comer o cenar algún día los tres juntos. Tenemos una nueva inquilina en la casa, y con nuestros diferentes horarios esto es un caos. Hoy tengo que dejaros, he venido sólo a recoger unas cosas y ya me marcho. Me

espera una noche complicada.

—Perdona, Enrico. No pretendo pecar de indiscreta pero, ¿en qué trabajas exactamente? Es verdad que tienes unos horarios terribles, imagino que debe ser muy duro.

Enrico me miró de soslayo, con ese rictus canalla que ya había atisbado antes. Si seguía mucho rato tan fijo en mí tendrían que socorrerme, sus ojos negros me taladraban sin remedio. Los calores se subieron enseguida a mis mejillas, aunque afortunadamente mi tez morena atenuaba la rojez que yo sí sentía por dentro.

—No, tranquila, es comprensible. Noemí ya me ha dicho que trabajas en la revista con ella, aunque no eres una frikie. Eso me alegra, bastantes raritas tenemos ya en esta casa —aseguró mientras Noemí le golpeaba en su poderoso hombro. Estaba escapándose de nuevo, aunque entonces me sorprendió con su respuesta—. Soy relaciones públicas de varios garitos y a veces ayudo en determinados temas a otros locales de la ciudad. Por eso cambian mis horarios, ya que me dedico a diversas cosas a la vez. La verdad es que es un poco caótico, nunca sé bien lo que me espera en una determinada semana, pero ya me he ido acostumbrando con el tiempo.

Noemí le miraba algo alucinada, con un gesto que denotaba su sorpresa ante la confesión del italiano. Tal vez con ella no había sido nunca tan sincero, pero yo ya había intuido que entre ellos dos había algo pendiente en el aire que ninguno quería sacar de nuevo a colación.

—Ya te lo decía yo, Eva. Este chico sabe mucho de la noche barcelonesa. Así que si necesitáis ayuda, ya sabéis a quién recurrir —soltó Noemí mientras yo la asesinaba con mi mirada. No me apetecía hablar en ese momento con Enrico del tema, y menos cuando todavía no había aclarado con mi jefa los términos del artículo en cuestión.

—¿A qué te refieres? —preguntó el italiano con interés, paseando su mirada entre nosotras dos.

—Nada, una tontería, Rico —terció de nuevo la informática para zanjar el tema. Yo se lo agradecí con un gesto, aunque el escuchar de boca de mi amiga el apelativo cariñoso del italiano no me ayudó precisamente.

Fue recordar a la nibelunga, gozando en aquella misma encimera mientras nombraba de aquella manera al fogoso semental que llenaba aquella estancia con su sola presencia, y los siete males se apoderaron de nuevo de mí. Iba de mal en peor. Y Enrico se estaba dando cuenta, no apartaba su intrigante mirada de mí. Aquellas pupilas negras iban a acabar conmigo...

—¿Te quedas entonces a cenar con nosotras o no te da tiempo? — insistió Noemí, llamando de nuevo la atención sobre sí misma. Ella se estaba percatando del intercambio de miradas entre Enrico y yo, y no parecía demasiado contenta.

—No, gracias, guapa, me tengo que marchar. Pero os aseguro que este fin de semana os recompensaré. Palabra de florentino.

Se llevó una mano a los labios y nos mandó un imaginario beso a ambas mientras desaparecía de la escena, marchándose hacia su habitación. Noemí no dijo tampoco nada al respecto y yo no iba a ser menos. Así que hicimos como si no hubiera pasado nada, y nos preparamos algo de cena mientras Enrico terminaba de marcharse.

Cenamos de nuevo en la terraza, disfrutando del buen tiempo, y hablando de cualquier tema que no tuviera que ver con el italiano. Noemí se había percatado de mi incomodidad en la cocina, y no quiso insistir. Yo se lo agradecí, cabreada por estar fallándole. Le había prometido una sola cosa cuando quise mudarme a su piso, y estaba deseosa de saltármela. Sólo quería perderme entre los ardientes brazos de Enrico, quemándome con su innata virilidad. Y eso era algo que no podía confesarle de momento a mi amiga, por mucho que ella ya se lo estuviera imaginando.

Nos acostamos relativamente pronto, los últimos días estaban siendo durillos para ambas. Y por fin llegó el viernes, último día de la semana.

Marta tuvo que salir para concretar detalles con unos posibles inversores, así que no me reuní con ella aquella mañana. Me aseguró después por *Whatsapp* que el lunes hablaríamos sin falta, que me relajara ese fin de semana para estar preparada antes de mi puesta de largo como redactora. Teníamos mucho trabajo por delante, y quería que mi reportaje fuera un completo éxito.

Total, que la mañana se pasó rápidamente entre unas cosas y otras. Me acerqué a la zona de administración y le confirmé a Sonia mi asistencia a la fiesta de esa noche. Pareció alegrarse con mi decisión, así que nos despedimos, prometiendo que después nos veríamos en ese restaurante barcelonés. Por lo visto uno de los mejores de la ciudad, aunque nos hacían precio porque conocían a alguien de la empresa.

Le pregunté entonces discretamente sobre el gasto que supondría aquella noche, y me aseguró que no debía preocuparme por nada. Una de las primas solteras de Mireia corría con la mayoría de los gastos, por lo que saldríamos a poco dinero por cabeza. Mucho mejor para mi economía,

tampoco quería gastarme un sueldo que todavía no había cobrado. Por mucho que fuera a disfrutar de una noche de chicas.

Al rato dimos por finalizada la jornada. Comí algo en casa y me eché una pequeña siesta, quería estar fresca para una noche que prometía alargarse. No tendría que saltar hogueras ni sentarme en la arena de la playa, así que podría vestirme para matar. Sería la primera oportunidad que tenía de lucirme en sociedad, y pensaba aprovecharla.

Quise elegir entonces un conjunto rompedor. Al principio pensé en una minifalda muy sexy que tenía, pero al final la deseché. Escogí entonces unos mini shorts de vértigo, de tela vaquera desgastada, cortitos y ajustados que dejaban a la vista unas piernas de las que me sentía orgullosa. Me decidí también por un top de fantasía, negro con lentejuelas, que realzaba mi ya de por sí generoso busto. Me calcé mis taconazos, para darle realce a mi culo y subir además unos centímetros mi altura total. Sólo esperaba que no me dieran la noche, pero en una ocasión así había que lucirlos. Me puse además unos pendientes de estrellitas y algo de laca para el pelo. Añadí un maquillaje especial de noche con los ojos ahumados, a la última moda, y un brillo de labios para causar sensación. Y después, unas gotas de mi mejor perfume en los lugares en los que no me importaría ser besada por...

El maldito italiano se adueñó otra vez de mis pensamientos. Y eso que en unas horas seguramente yo iba a estar disfrutando, aunque fuera sólo con la vista, del macizo cuerpo de algún *stripper* que hubieran contratado para la ocasión. O eso esperaba por lo menos.

Pero Enrico seguía en mi mente, muy a mi pesar. Me miré de nuevo en el espejo y sonreí, estaba contenta con el resultado. Lástima que no estuviese por allí el florentino, así podría verme de otra manera. “Tú te lo pierdes, chato”, pensé mientras salía de mi habitación. Aunque en realidad, él ya me había visto como mi madre me trajo al mundo.

Algo pesarosa, no me crucé con nadie al atravesar el pasillo o el salón. Así que salí del piso y me dirigí de nuevo al metro, en dirección al Puerto Olímpico. Una vez allí pregunté a un par de chicas por el restaurante en cuestión y lo encontré enseguida. Sonia tenía razón, había sido muy fácil llegar.

Allí encontré a mis compañeras de juerga de aquella noche, entrenándose ya con las primeras bebidas espirituosas. Me presentaron a varias chicas de la oficina que no conocía personalmente, y también a otras participantes de la fiesta: la hermana y dos primas de la homenajeadada, aparte

de otro par de amigas tuyas.

Me fijé entonces en Mireia, la novia. A la pobre ya le habían colocado una banda con no sé qué lema escrito en catalán, y una diadema sobre el pelo con motivos sexuales. Las demás la jaleaban y reían, pero a ella tampoco parecía que le hiciera demasiada gracia ese tocado tan soez. Era de las mías, pensé entonces; punto para Mireia, que empezó a caerme bien desde ese mismo instante aunque no hubiéramos cruzado palabra.

Compartimos varios entrantes entre risas y bromas, bebiendo además jarras de cerveza y sangría para todas. Después unos segundos contundentes, carne o pescado a elegir cada una, con una mejor selección de vinos. Y por último, un variado de postres de la casa. Café y licores para terminar, cortesía del restaurante. La verdad es que fue una comida espectacular.

Algunas chicas ya iban tocadas, algo borrachas después de la generosa ingesta de alcohol. Un grado etílico que comenzó a tornarse peligroso en nuestra siguiente parada, un pub llamado Edén, también situado en la misma zona. Tenían una carta de ginebras para preparar el combinado estrella de los últimos tiempos, el Gin Tonic, pero a mí nunca me ha gustado esa bebida. Así que me decidí por un sugerente cóctel con ron, una bebida que me sentaba también algo mejor.

Entonces me llevé una pequeña sorpresa. Al fondo del local me pareció ver a Marta, mi jefa, hablando con la prima de Mireia, la que supuestamente se hacía cargo de la mayoría de gastos de la noche. Quizás ella ya estaba allí al llegar nosotros y ambas mujeres se conocían de antes, no tenía ni idea. Me di la vuelta y me mezclé con otro grupito de chicas, tampoco me apetecía ver a mi jefa mientras me lo estaba pasando tan bien, con el alcohol adueñándose poco a poco de mi voluntad.

Al rato salimos del pub y nos dirigimos hacia el lugar en el que terminaría seguramente la noche: el famoso *Boys to men*. Ya se lo había oído a un par de chicas a lo largo de la noche, así que no fue una sorpresa. Vamos, que debía ser típico, ya que Noemí y Marc habían acertado el local en cuestión.

No quedaba demasiado lejos del último sitio, así que las quince mujeres fuimos caminando hacia allí. Aunque entonces me percaté de que éramos una más, al final Marta se había unido al grupo. Pasó por mi lado y me saludó sin detenerse demasiado, mientras seguía charlando animadamente con Charo, la prima de Mireia. Ellas dos eran las únicas mujeres que rondarían los cuarenta años, el resto éramos mucho más jóvenes. Parecían llevarse bien y reían a

mandíbula batiente mientras les echaban piropos a chicos con los que nos íbamos cruzando por el camino.

No me quise preocupar demasiado por el tema, parecía que Marta pasaba bastante de mí. Era una situación peculiar, una más de las vividas desde mi aterrizaje en Barcelona, pero prefería no darle mayor importancia. Yo me lo pasaría bien y seguiría disfrutando de la noche, cosa que por lo visto también planeaba hacer mi jefa viendo su actitud, bastante diferente de la que guardaba en la oficina.

Minutos después entramos todas al famoso local, tras pasar por el escrutinio de dos fornidos muchachotes que custodiaban la entrada a aquel lugar pecaminoso exclusivo para mujeres. Nada más entrar en la sala principal del *Boys to men* me percaté de la inmensidad del mismo: allí habría más de 200 féminas rodeadas por un ambiente febril que se notaba nada más entrar, flotando imperceptiblemente entre nosotras.

Nos acomodaron en un lugar privilegiado del salón, muy cerca del escenario principal, ocupando uno de los reservados situados en el lateral. Nos sentamos todas alrededor de cuatro mesas muy coquetas que habían preparado para la ocasión, a cuatro chicas por mesa. Y entonces comenzó la fiesta de verdad.

Sobre una plataforma elevada se encontraba el escenario, que ocupaba gran parte del salón. Tenía también acoplada una especie de tarima central por la que los bailarines podrían acercarse todavía más a su entregado público, o bajar incluso a ras de suelo. Un escenario digno de un gran concierto de rock, dispuesto a que las espectadoras pudieran disfrutar del grandioso espectáculo.

Poco a poco me fui acostumbrando a la penumbra reinante, sólo rota por los focos y unas lámparas de estilo retro colgadas en sitios estratégicos. El local estaba decorado con buen gusto, y tenía además una gigantesca barra detrás de la zona de público, con varios camareros trabajando a destajo para atender a la sedienta clientela. Unos camareros con un atuendo muy particular: pantalón ajustado y pajarita, pero nada más, para que pudiéramos contemplar sus marcados pectorales, trabajados seguramente en el gimnasio.

La música bajó su ritmo enloquecedor para anunciar la actuación estelar del siguiente número. Las luces atenuaron su intensidad y una humareda comenzó a adueñarse del escenario. Y entonces, tras los primeros acordes del conocido "*It's raining man*", cinco hombres aparecieron en escena para hacer las delicias de sus admiradoras. La versión cañera de Geri Halliwell tronó

entonces por los gigantescos bafles y aquello se desmadró por completo.

Los gritos de entusiasmo empezaron a adueñarse del local, contagiándonos a todas de aquel éxtasis enloquecedor. Cinco bailarines increíbles comenzaron su actuación, vestidos como Gene Nelly mientras cantaba bajo la lluvia: pantalón de vestir, gabardina y sombrero a juego, y un paraguas como elemento perturbador.

Los *strippers* ejecutaron a la perfección una coreografía complicada, mientras bailaban y movían sus impresionantes cuerpos al ritmo de la música. La ropa iba también desapareciendo poco a poco de sus anatomías, mientras el chillido de fondo aumentaba unos grados más, alentado por las gargantas de todas las que estábamos allí. Y es que no era para menos.

En el fragor de la batalla puede entonces fijarme mejor en los artífices de aquella algarabía inusual. Un morenazo de ojos verdes abría el grupo, jugando con su cuerpo mientras nos ofrecía todo un repertorio de movimientos pélvicos para enervar al personal. Detrás de él dos hermosos ejemplares que no le iban a la zaga: un poderoso negro cuya piel brillaba bajo el sudor y los focos que le apuntaban, mostrando al mundo la superioridad física de su raza. A su lado un gigantesco vikingo de casi dos metros, un rubio impresionante que debía venir de los mismísimos fiordos. Y en el lado exterior del grupo, en perfecta formación, otros dos chicos que quitaban el hipo: un esbelto mulato, quizás brasileño o cubano a simple vista, y otro morenazo de póster. Un elenco que nos había cautivado por completo.

Los movimientos insinuantes de los bailarines, en ocasiones más sexuales que sensuales, revolucionaron aún más unas hormonas femeninas ya de por sí bastante alteradas. Los gritos se sucedieron por doquier, mientras todas cantábamos, bailábamos y batíamos palmas para acompañar la actuación.

El sombrero y el paraguas quedaron muy atrás, y la apertura de las gabardinas nos permitió desencajar la mandíbula ante unos torsos desnudos igual de apetecibles. Se dejaron sólo una fina corbata negra que les quedaba muy sexy, mientras todas pedíamos que aquellos pantalones largos desaparecieran de una vez.

Los bailarines siguieron contoneándose, cada vez más cerca del público, mientras la canción terminaba. Se quedaron parados mientras todas aplaudíamos a rabiar, locas por unos cuerpos que queríamos para nosotras solas. Y entonces, rugieron de nuevo los altavoces.

Comenzó entonces una nueva canción y los bailarines cambiaron su

estrategia. Sin dejar de moverse y lanzar miradas provocativas al público, bajaron a la arena, mezclándose entre las mesas allí dispuestas. La locura se apoderó del local, amenazando con colapsarse.

Los muchachos interactuaban con sus admiradoras, subiendo la temperatura del garito. Se dejaban tocar y manosear, mientras algunas chicas les metían billetes en sus pantalones. Más de un *stripper* se sentaba incluso encima de alguna clienta, moviendo descaradamente su pelvis en un movimiento inequívoco adelante y atrás.

Eso es lo que sucedió en nuestra mesa, donde el mulato se encaramó a la silla de Charo, mientras la susodicha gemía de placer. La novia y otras amigas aplaudían y magreaban al chaval, mientras todas gritábamos para animar más aquel momento de desfase. La noche avanzaba y allí todas estábamos muy revolucionadas, no lo voy a negar. Incluso mi jefa se acercó al muchacho, rozándose descaradamente con él mientras ponía un gesto lascivo que me sorprendió.

Pero la noche acababa de comenzar. Se sucedieron otros números fabulosos: bomberos, policías, trabajadores de la construcción y otros motivos típicos que no nos importaron. Allí estábamos para reírnos y disfrutar.

Algunas disfrutaron más que otras, ya que fueron sacadas de entre el público, subiendo al escenario para acompañar a los chicos en algunos números: como una de las novias de la noche, que fue agasajada por un bailarín con un *striptease* privado, donde sólo ella pudo contemplar la magnificencia de lo que aquel pantalón guardaba en su interior. Y debió ser de campeonato ante el gesto de incredulidad de la homenajead.

A otras las acompañaban al escenario y bailaban con ellas, aunque más bien eran manejadas como muñequitas en manos de aquellos musculosos brazos. Las subían y bajaban a su antojo, mientras representaban movimientos de índole sexual, ya fuera de él hacia ella o viceversa. Todas chillábamos y reíamos, bebiendo sin parar en una noche loca. Y mientras, las chicas encantadas, disfrutando de aquellos cuerpos sin un átomo de grasa.

A uno de los bailarines le llegaron a romper la camiseta entre varias cuando se acercó desde la plataforma del escenario hacia la mesa más cercana. Se tumbó entre ellas, dejándose querer y le llenaron el cuerpo de billetes, mientras comenzaron a devorarlo. La camiseta fue arrancada entre tirones y mordiscos, mientras aquellas lobas hacían con él lo que la mayoría deseaba.

Y es que el clima general de euforia era lo que le venía bien al local. Todas gastando dinero a espuertas, ya fuera en bebidas o en billetes para aquellos sementales, gritando extasiadas ante aquel espectáculo sin igual.

En mi caso, la noche me estaba pasando factura. Me levanté y dejé a mis compañeras gritando y riendo, mientras yo me acercaba al baño. Me eché un poco de agua por cuello y muñecas, estaba algo acalorada. Mis reflejos habían desaparecido y el puntillo gracioso debido al alcohol estaba derivando hacia una borrachera de campeonato. Así que cuando regresé al salón me dirigí a la barra y me pedí un botellín de agua.

Desde aquella atalaya, donde incluso la música estridente sonaba con menos fuerza, pude contemplar en perspectiva toda la increíble panorámica. Doscientas mujeres ebrias de alcohol y sexo, embriagadas por aquel sueño de hombres que sólo eran eso, un sueño para la mayoría de ellas. Y por eso había que disfrutar del momento, aunque fuera sólo esa noche.

De todos modos preferí quedarme un rato allí mientras me terminaba el refrigerio. La música a todo volumen, los bailes y el alcohol me tenían un poco mareada. Apareció a continuación un nuevo bailarín para efectuar otro número, un chico que no había salido hasta entonces. Iba disfrazado de súper héroe o algo así, con una especie de capa y un antifaz que le tapaba bastante parte del rostro. Sólo me fijé en que estaba buenísimo mientras me acercaba a mi mesa. Sólo quería recoger mi bolso, despedirme de mis compañeras y salir de allí, antes de que vomitara o algo peor. Y es que no estaba acostumbrada a beber tanto y temía perder el control sobre mí.

En nuestro grupo vi a otras chicas igual de perjudicadas, e incluso a un par de ellas que parecían incluso aburridas en su mesa. No así mi jefa, que estaba totalmente fuera de control, mano a mano con Charo, la prima de la novia. Serían las dos mayores de la pandilla, pero desde luego tenían una marcha increíble.

Me senté en mi sitio, recogí el bolso y me dirigí a Sonia. Entre el humo y el alcohol no veía con excesiva nitidez, y ya era hora de dar por finalizada la noche.

—Perdona, Sonia, creo que me voy a marchar —dije con más esfuerzo del que hubiera imaginado. La lengua se me trababa y no lo podía negar.

—¿Tan pronto? La noche acaba de empezar, guapa, no te vayas todavía —me dijo Sonia mientras me abrazaba. Creo que a ella se le habían subido más que a mí los mojitos con los que rematamos la faena.

—Por Dios, está buenísimo el cabronazo —escuché decir a mi espalda.

—¡Joder, qué viene hacia aquí el macizo! Preparaos, chicas, igual nos saca a alguna a bailar con él —apuntó otra mientras yo le daba dos besos a Sonia, dispuesta a largarme de allí.

De pronto sentí un vértigo terrible y la cabeza me empezó a dar vueltas. Cuando me quise dar cuenta me encontraba en el aire, todavía sentada en mi silla, pero izada por unos increíbles bíceps que podía contemplar a escasos centímetros de mi cabeza. Mi bolso se me cayó de la mano, mientras escuchaba a mis compañeras jalearse a aquel maromo, que me llevaba directamente hacia el escenario.

Cuando conseguí enfocar la vista vi que el *stripper* tenía sujeta la silla por debajo, con todo el peso de mi cuerpo encima y su cara situada muy cerca de mi pecho. En un movimiento que habría ensayado infinidad de veces dejó caer la silla y me aupó aún más, colocándose sentada a horcajadas sobre su cara. Menos mal que al final dejé la minifalda y me coloqué los mini shorts, si no en esos momentos no sé lo que hubiera pasado, con su rostro tan cerca de mi sexo.

Me llevó hasta el escenario y me depositó allí con mimo. Pero en aquella postura se me habían quedado las piernas abiertas, y él aprovechó para colarse entre ellas, haciendo el típico movimiento del misionero veloz mientras el público gritaba entusiasmado.

Se me quitó la tontería rápidamente, con aquel macizo contoneándose encima de mí. Creo que le cogí de la parte baja de la espalda y le apreté contra mí. En ese momento me di cuenta que se había quitado el pantalón, por lo que estaba palpando las cachas de un culo muy apretado, cubierto simplemente por un escueto tanga. El chico se incorporó entonces un poco y siguió bailando a mi alrededor. Yo me quedé sentada entonces en el suelo, contemplando sus movimientos, mientras él permanecía todavía con el antifaz puesto. Entonces se agachó y me dijo al oído con una voz sensual:

—No sabía que eras tan fogosa, Eva. ¡Me encanta!

Me quedé totalmente a cuadros. ¿Cómo sabía ese tío mi nombre? Pensé que había sido una bromita de las chicas, que habrían quedado con los de la organización para pegármela y sorprenderme. Pero no, no podía ser.

Mientras el resto del alcohol intentaba disiparse de mi mente, la canción fue terminando y también los movimientos del bailarín. Me ayudó a ponerme en pie mientras seguía moviéndose a mi alrededor, pidiendo un aplauso para mí cuando terminó su actuación, despidiéndose con un casto y caballeroso beso en mi mano. Entonces me fijé bien en aquellos pectorales, esos brazos

musculados, su tableta de chocolate y esos surcos tan sexys que iban de su abdomen a la pelvis. No, no podía ser...

Bajé del escenario y me di la vuelta antes de regresar a mi sitio, con el bailarín marchándose de allí. Antes de desaparecer de escena se dio la vuelta una vez más para reclamar su última ovación, obsequiada por su público sin condiciones. Yo me quedé bloqueada, momentáneamente parada, allí clavada junto al resto del grupo.

—¡Qué suerte, Eva! Menudo pibonazo, te has puesto las botas, tía — escuché decir a mi espalda.

—Madre mía, mira que están buenos todos, pero desde luego éste era impresionante. Te ha subido a las alturas sin apenas inmutarse, qué pasada...

Seguía escuchando tonterías a mi alrededor, pero yo tenía la imagen de aquel hombre desnudo, sólo cubriendo con un tanga su abultada hombría, mientras se despedía de todas nosotras. Ese pelo despeinado, esa mandíbula prominente, esa voz gutural...

¡¡La madre que me parió!! ¡Me había estado rebozando con Enrico!

Estaba casi completamente segura, aquello no podía ser normal. No le conocía desde hacía mucho tiempo, y sólo habíamos coincidido en escasas ocasiones. Pero había guardado en mi memoria sus rasgos y su cuerpo, sobre todo después de la escenita de la ducha. Pero el alcohol, el antifaz y el sonido ambiente me habían despistado por completo. Tendría que haberme dado cuenta mucho antes.

El muy cabronazo se había acercado a traición, sacándome al público cuando estaba totalmente despistada, lista para marcharme. Me había dejado en una posición demasiado íntima, con su cara a escasos milímetros de mi entrepierna. Y después... Buff, después se había colocado encima de mí, bombeando como si se fuera a acabar el mundo. ¡Me había manoseado y yo le atraje hacia mí, cogiéndole del culo!

Madre mía, aquello era bochornoso. El cabreo se iba apoderando de mí, Enrico había jugado conmigo. Él debía saber que yo iba a ir esa noche al local de streaptease, pero había sido un golpe bajo sacarme de ese modo al escenario y obligarme a aquellas cosas...

El morbo al recordarlo, al tener ese cuerpo deseado junto al mío, no me ofuscó el pensamiento. Estaba terriblemente irritada, muy enfadada. Si se creía ese italiano de mierda que podía jugar así conmigo lo llevaba claro.

Menos mal que trabajaba en varios asuntos de la noche barcelonesa. ¡El tío era un puñetero *stripper*! Uno muy bueno por lo que pude intuir si hacía

caso a los gritos de las chicas. Porque desde luego yo estaba tan obnubilada que no me había enterado de nada hasta que me atacó sin avisar.

Me marché de allí sin despedirme de nadie. Pasaría un momento por el baño para intentar componerme un poco, iba hecha un desastre. Rabiaba por lo que había sucedido, pero se trataba de algo que no podía haber previsto. Ya me veía fuera del piso, porque no sería nada cómodo compartir el mismo espacio con el tío que me había vacilado de ese modo.

Atravesé el pasillo del fondo y llegué a la zona de los baños. Me encontré a una chica fuera, esperando al lado de la puerta. Me miró con un gesto cómplice, y señaló el baño de mujeres, riéndose por lo bajini:

—Está ocupado...

Yo pasé de ella y me metí dentro. Aunque estuvieran ocupados yo podría retocarme frente al espejo, no necesitaba más. La chica me miró algo asombrada cuando empujé la puerta batiente, pero yo no estaba para adivinanzas. Hasta que comprendí, quizás demasiado tarde, lo que aquella chica me quería decir.

Acababa de acceder al amplio espacio del baño de señoras, y me quedé de nuevo bloqueada, sin poder reaccionar. Comencé a boquear ante la visión que se mostraba ante mí, incrédula una vez más. Aquello no podía estar pasándome, no todo en la misma noche.

Ante mí, dos actores inoportunos representaban una escena para la que no estaba preparada. Enrico se encontraba de pie, totalmente desnudo, mientras Marta estaba de rodillas, frente a él, practicándole una felación en toda regla.

Me quedé anonadada y creo que solté un gritito. La cara de placer del italiano se desdibujó, y entonces giró su rostro hacia mí, contemplándome con descaro. Su gesto denotaba una invitación no implícita que me provocó arcadas. Pero no pude dejar de observar durante unos segundos más el nuevo espectáculo que me brindaban sin pagar ni un euro adicional.

Mi jefa se aplicaba con devoción, chupando y lamiendo el glande abultado del *stripper*. Con gesto goloso parecía querer derretirle, como si fuera un helado. Con su mano izquierda apretaba los huevos de Enrico, mientras con la derecha pajeaba con esmero la increíble erección del italiano. La cabeza de Marta se movía arriba y abajo, ayudada por la mano de Enrico, tragándose sin piedad aquella masa de carne prieta que amenazaba con desbordarse. Creo que ni se dio cuenta de mi presencia.

Ya había tenido bastante. Con un gesto de asco salí de allí corriendo,

con lágrimas de rabia y frustración asomando sin avisar. Un fin de fiesta que difícilmente podría olvidar en todos los días de mi vida. Maldita la hora en la que accedí a asistir a aquella despedida.

Llegué a la calle casi sin darme cuenta, buscando un taxi para volver a casa. Una casa a la que no quería volver, un lugar donde tendría que encontrarme de nuevo con el causante de todas mis desgracias. Noemí había tenido razón desde el principio, y yo había sido una ingenua. Enrico había jugado conmigo, y ni siquiera me llevé el alegrón de disfrutar de un polvo en condiciones. Me tenía que conformar con haber sido la simple *voyeur* de una escena pornográfica de escaso gusto.

Me monté en el taxi y rompí a llorar. Mi pequeño mundo se desmoronaba a mi alrededor y yo no sabía qué determinación tomar...

Avance

Los pecados de Eva (Volumen 2)

Los pecados de Eva

AMANDA PETERS

Vol II



SINOPSIS

Después de lo ocurrido en la despedida de soltera de Patricia, Eva está muy enfadada con Enrico. El italiano le ha defraudado en varios sentidos y la periodista no sabe a qué atenerse. No quiere problemas en la convivencia dentro de su piso compartido, pero no puede dejarlo correr. La bronca está garantizada.

De todos modos, Eva tendrá que mirar hacia delante y afrontar nuevos desafíos. Su jefa en la revista le plantea un reto apasionante a la hora de enfocar su primer gran reportaje para la revista en la que trabaja: un artículo sobre la noche más transgresora de Barcelona.

La joven toledana se ve inmersa en un mar de dudas antes de comenzar con el ambicioso proyecto. Lo que no sabe es que va a contar con un aliado, quizás no tan desinteresado, que le ayudará a infiltrarse en los recovecos de la ciudad mientras sus habitantes duermen: Enrico, el seductor italiano que conoce la noche como la palma de su mano.

Eva y Enrico se verán envueltos en un sinfín de aventuras mientras investigan diferentes asuntos que puedan servir para el reportaje. Visitarán lugares morbosos o prohibidos, vivirán persecuciones policiales, se enfrentarán a las mafias que controlan los diferentes negocios o disfrutarán de espectáculos para los que no están preparados, mientras su relación se va estrechando cada vez más...

Segundo volumen de la saga “Los pecados de Eva”: una novela más ambiciosa, repleta de intriga, romance, misterio y por supuesto, ese punto de erotismo que subyace en todas las aventuras de Enrico y Eva. Descubre sus secretos y déjate seducir por esta fascinante historia de nuestros días.

¡¡Ya a la venta en Amazon!!

www.amazon.es/dp/B00IPL577M/

www.amazon.com/dp/B00IPL577M/

www.amazon.com.mx/dp/B00IPL577M/